Anna-Marie McLemore

CUANDO LA LUNA ERA NUESTRA

DUERMEVELA

Cuando la luna era nuestra

Anna-Marie McLemore

Cuando la luna era nuestra

Traducido por

Aitana Vega Casiano

WHEN THE MOON WAS OURS copyright © 2016 by Anna-Marie McLemore
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency, Full Circle Literary LLC, and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

© de la traducción: Aitana Vega Casiano, 2022
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2022
Calle Alarcón, 52, 33204, Gijón
www.duermevelaediciones.es

Primera edición: marzo de 2022

Ilustración de la cubierta: © Maria Matos
Diseño e ilustraciones interiores: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-124375-7-7
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para los chicos a los que llaman chicas,
para las chicas a las que llaman chicos
y para quienes viven fuera de estas palabras.
Para quienes reciben insultos
y quienes buscan un nombre propio.
Para quienes viven en los márgenes
y en los espacios intermedios.
Os deseo toda la luz del cielo.

A lo mejor te necesito como la luna
necesita al mar abierto.
A lo mejor no sabía ni que existía
Hasta que te vi.[1]

Andrea Gibson

[1] Traducción del poema *Mayby I Need You* proporcionada por la traductora de este libro.

Índice

Mar de las Nubes
Lago del Otoño
Mar Nuevo
Bahía de la Armonía
Lago del Odio
Mar de las Islas
Bahía del Medio
Mar de los Vapores
Bahía de la Verdad
Lago de la Muerte
Mar Austral
Lago del Miedo
Lago de la Soledad
Mar de la Serenidad
Lago del Olvido
Pantano del Sueño
Mar de la Serpiente
Mar de las Olas
Bahía de la Aspereza
Lago del Invierno
Bahía del Honor
Océano de las Tormentas
Bahía de las Nubes
Lago del Dolor

Mar Marginal
Mar de la Tranquilidad
Lago del Verano
Mar Desconocido
Lago de la Blandura
Lago de los Sueños
Lago de la Felicidad
Mar Pequeño
Lago de la Bondad
Mar que se ha vuelto conocido
Bahía del Rocío
Pantano de las Nieblas
Lago de la Primavera
Mar de la Lluvia
Lago del Tiempo
Mar del Frío
Lago de la Perseverancia
Mar Oriental
Bahía del Arcoíris
Bahía del Amor
Mar del Néctar
Lago de la Esperanza
Nota de le autore
Agradecimientos
Posfacio por Almudena Martínez

Mar de las Nubes

Por lo que sabía, Miel había venido del agua. Aunque ni siquiera de eso estaba seguro.

No importaba cuántas noches se hubieran encontrado en el terreno sin cultivar entre sus casas, la granja de al lado no rotaba los cultivos y dejaba que la tierra se vaciase hasta que no crecían más que hierbajos silvestres. No importaba cuántas historias se hubieran contado cuando el sueño se les escapaba, cuando Sam le transmitía las fábulas de su madre sobre osos lunares que ayudaban a los viajeros perdidos y Miel se inventaba cuentos sobre lámparas de luna que se enamoraban de las estrellas. Él no sabía más que el resto sobre de dónde había venido antes de encontrarla entre la maleza. Al principio, parecía hecha de agua y, al instante siguiente, se convirtió en una niña.

Algún día, no serían más que un cuento de hadas. Cuando desaparecieran del pueblo, nadie recordaría el tono de marrón exacto de los ojos de Miel, ni la forma en que condimentaba el recado rojo con clavo, ni siquiera que Sam y su madre eran pakistaníes. En el mejor de los casos, recordarían a una chica de ojos oscuros y a un chico cuya familia había venido de lejos. Solo recordarían que los llamaban Miel y Luna, una chica y un chico entretejidos en el folclore del lugar.

Esta es la historia que las madres contarían a sus hijos.

Había una vez una torre de agua muy antigua. El óxido había cubierto el metal de un color naranja tan intenso que todo el depósito parecía una calabaza, una copia enorme de la fruta que crecía en los campos sobre los que proyectaba su sombra. Nadie cuidaba ya de la torre, no desde que unos cuantos rayos, en un verano en el que hubo muchas tormentas eléctricas, la dejaron inclinada hacia un lado como si estuviera cansada y encorvada. Hacía años, la habían llenado desde el río, pero ya el óxido y los minerales ahogaban las tuberías. Cuando abrieron la válvula en la base de la torre, solo salieron unas pocas

gotas. El débil aspecto de los pernos y las planchas daba la impresión de que un vendaval otoñal haría que todo se viniera abajo.

Así que el pueblo decidió construir una nueva torre de agua y derrumbar la vieja. Sin embargo, la única forma de vaciarla era volcarla como una taza. Tendrían que prepararse para que toda la torre se estrellara contra el suelo, para todo el metal oxidado y los miles de litros de agua sucia que se derramarían en la tierra.

Eligieron para la caída el lado de la torre que daba a un campo de maleza tan seco que una sola chispa haría que todo ardiera en llamas. Pensaron que, a lo mejor, el agua conseguiría traer un poco de verde. En ese campo, desenterraron flores silvestres, achicoria y consuelda, y las replantaron junto a la carretera, para que no se ahogaran ni se aplastaran. Temían que, si no trataban bien a las cosas hermosas que crecían de forma salvaje, sus propias granjas se marchitarían y morirían.

Los niños corrieron entre los matorrales para ahuyentar a las ardillas y a los cervatillos y así evitar que, cuando se derrumbara la torre de agua, quedaran aplastados. Entre ellos había un chico al que llamaban Luna porque siempre pintaba mares y sombras lunares en cristales, papeles y en cualquier superficie que pudiera hacer brillar. Luna sabía que debía caminar y hablar con delicadeza para no asustar a los conejos, sino alentarlos a volver a sus madrigueras.

Cuando los animales y las aves silvestres desaparecieron del campo, los hombres del pueblo golpearon con hachas, martillos y mazos la base de la torre de agua hasta que cayó como un árbol. Se arqueó hacia el suelo en una caída lenta, como si se inclinara para tocar su propia sombra. Cuando chocó con la tierra, la parte superior oxidada se rompió y toda el agua se precipitó al exterior.

Durante un minuto, el agua, marrón como una taza de té olvidada, ocultó la maleza que recordaba a un pálido rastrojo de trigo. No obstante, cuando se deslizó y se extendió por el campo, aplastando a su paso los frágiles tallos y empapando la tierra seca, todos los que observaban distinguieron la forma de un cuerpo pequeño.

Había una niña acurrucada en la maleza húmeda, con el pelo pegado a la cara y los ojos abiertos y redondos como canicas de color ámbar. Llevaba un camisón fino, que debió de ser blanco en algún momento, pero el agua lo había teñido de crema. Se cubría con los brazos, encogida como si estuviera desnuda, y miraba a todo el mundo como si le enseñaran los dientes.

Al principio, algunas de las madres gritaron mientras se preguntaban de quién era la niña que había quedado en el camino de

la torre de agua. Después se dieron cuenta de que no la conocían. No era su hija, ni de ninguna de las madres del pueblo.

Nadie se le acercó. El círculo de los que habían venido a ver cómo se derribaba la torre se fue ensanchando un poco más a medida que la observaban. Cada minuto, se alejaban un nuevo paso, más temerosos de una niñita que del agua derramada y el metal oxidado. Mientras tanto, ella los miraba con mucha atención y daba la sensación de devolver todas las miradas a la vez, con unos ojillos al mismo tiempo agresivos y asustados.

El niño llamado Luna se acercó y se arrodilló frente a ella. Se quitó la chaqueta y se la puso a la niña. Le habló en voz bastante baja para que nadie más lo oyera.

Todo el mundo retrocedió, a la espera de que lo mordiera o le clavara las uñas en la cara, pero ella lo miró y lo escuchó, y sus palabras hicieron desaparecer aquella mirada feroz.

Después de ese día, todos los que no habían estado en la torre de agua pensaban que era igual que cualquier otra niña, apenas diferente del chico con el que siempre estaba. Sin embargo, si se fijaran bien, verían que siempre tenía el dobladillo de la falda un poco húmedo, que nunca se secaba del todo por mucho que el sol lo calentara.

Esa sería la historia, una simplificación ordenada de lo que había sucedido. Se eliminarían todos los detalles que no encajasen. No se mencionaría cómo Miel, empapada y oliendo a óxido, había gritado con la cara enterrada en las manos mientras todo el mundo la miraba. Porque todo el mundo la miraba y ella solo quería desparramarse en el suelo como el agua derramada y desaparecer. Cómo Sam se agachó a decirle que todo iría bien, con palabras lentas y medidas para que entendiera lo que quería decir. «Puedes dejar de gritar. Te escucho. Te entiendo». Cómo ella le creyó, creyó que la escuchaba y la entendía, así que dejó de gritar.

Omitirían la parte de las hermanas Bonner. Desde Chloe, de ocho años, hasta Peyton, de tres, las cuatro habían estado presentes para ver cómo se derrumbaba la torre de agua, alineadas de modo que su pelo parecía componer un bosque de árboles otoñales. Peyton sostenía una calabacita gris que, bajo aquella luz, se veía casi azul. La llevaba acunada en un brazo y con la otra mano la acariciaba como si fuera un pájaro. Cuando dio un paso hacia Miel, aferrada a la calabaza, los gritos de la niña se volvieron salvajes y quebradizos, por lo que Peyton se sobresaltó y volvió con sus hermanas.

Cuando Sam descubrió el miedo de Miel a las calabazas, lo comprendió; cuando vio a Peyton tratar la fruta como si estuviera

viva, Miel le tuvo miedo no solo a ella, sino a todos. Esa parte nunca llegaría a la historia.

Esa versión también eliminaría la parte en la que Sam intentó llevarse a Miel a casa como si fuera un gato perdido. La serena convicción de su madre, mientras cortaba patatas, de que encontrarían un lugar para la niña. Tenía razón, por supuesto. En menos tiempo del que tardó en cocinarse el *saag aloo*, Aracely, la mujer que Sam consideraba tanto una tía como una vecina, apareció en su puerta y les dijo que tal vez tuviera sitio en su casa alquilada para la niña hecha de agua.

No se mencionaría que el pelo de Miel apenas se había secado cuando la primera hoja verde de un tallo de rosa atravesó la piel de su delicada muñeca. Esa era una historia diferente, extraña y sangrienta, que brillaba como la plata de las hojas de unas tijeras. Una historia para niños mayores, que no temieran sus propias pesadillas.

Esa versión de la historia revolvería el orden de los acontecimientos. Nadie más que Sam había oído lo que Miel se gritaba entre las manos. «He perdido la luna», había dicho mientras sollozaba sobre los dedos. «He perdido la luna».

Nunca le preguntó a qué se refería. Incluso entonces, sabía que no debía. La sensación de la niña de que la luna se le había escapado parecía encerrada en un rincón tan profundo dentro de ella que para encontrarlo había que abrirla en canal. Sin embargo, esa era la razón por la que Sam pintaba sombras y mares lunares en papel, metal y cristal, la razón por la que copiaba las sombras del Mare Imbrium y el Oceanus Orocellarum, para devolverle la luna. Había pintado cielos oscuros y lunas brillantes en papel desde que tenía edad suficiente para sostener un pincel y para ojear los atlas de astronomía de la biblioteca, pero no sería hasta que la niña saliera de la torre de agua, llorando por su luna perdida, cuando Sam empezó a pintar infinidad de copias de la luz más brillante del cielo nocturno.

No dejaría que volviera a sentir que la había perdido.

Por ella, en el pueblo habían empezado a llamarlo con el nombre de Luna. Por ella, el pueblo lo había bautizado. Sin ella, no tenía nombre. No era Samir ni Sam. No era nadie. No sabían su nombre, del mismo modo que no sabían quién había sido esa niña antes de ser agua.

Lago del Otoño

Se habían tocado todos los días desde que eran pequeños. Miel le ponía la mano en la frente cuando creía que tenía fiebre. Sam le colocaba pegatinas de estrellas doradas en los días de verano y se las quitaba por las noches para que dejasen pálidas constelaciones en su piel oscurecida por el sol.

Miel había visto el marrón de las manos de ambos cuando eran niños y coger la del otro solo significaba que le gustaba la calidez de su palma en el aire nocturno o que Sam quería arrastrarla a ver algo que se había perdido. Una lluvia de meteoritos o una enredadera de campanillas dobles, tan azules que parecían teñidas.

Todas esas cosas le recordaban las lunas de él, y las lunas le recordaban a todas esas cosas. Sam había colgado una cadena de ellas entre sus casas, algunas tan pequeñas como las palmas de las manos y otras tan grandes como para llenarle los brazos. Iluminaban la tierra y la hierba silvestre. Estaban arropadas por los árboles y cada una emitía un anillo de luz lo bastante amplio como para tocarse con el de la siguiente, para que nunca caminara en la oscuridad. Una dejaba un rastro del mismo color dorado que las pegatinas de estrellas. Otra era del azul de las campanillas que Sam encontraba incluso en la oscuridad. Otra era del blanco puro y suave de las flores de escarcha que le mostraba en las mañanas de invierno, rizos de hielo que parecían tulipanes y peonías.

Por la que pasaba en ese momento era del color de una rosa que había crecido en la muñeca de Miel cuando estaban en noveno curso. Lo recordaba porque, en el pasillo del colegio, la manga se le había deslizado hacia atrás y la rosa había rozado por accidente el codo de una chica que se había apartado con un grito:

—¡Mira por dónde vas!

Esa misma tarde, cuando el novio de la chica rompió con ella, le echó la culpa a Miel y al roce de los pétalos. La acorraló en el baño y parecía a punto de darle una bofetada cuando Sam se le acercó por

detrás y le dijo:

—Yo en tu lugar no lo haría.

Lo había dicho con la voz calmada; casi había sonado más como un consejo que como una amenaza, por lo que la chica se había dado la vuelta.

—¿Sabes que la última persona que hizo eso se convirtió en una planta de interior? —dijo, con un tono de advertencia y seguridad tal que la chica lo creyó. La asaltaron todos los rumores sobre Miel y Aracely y se echó atrás.

Si Miel no había sabido que Sam era su amigo antes, lo supo entonces. Aquella fue la primera y última vez que entró en el baño de las chicas por decisión propia.

Podía trazar su historia en las lunas que iluminaban el camino entre la casa violeta donde vivía con Aracely y el techo de tejas brillantes de casa de Sam.

Cuanto más cerca estaba de él, más lo sentía en las rosas, igual que la luna tira del mar. Desde que era pequeña, las rosas le habían crecido en la piel, abriéndose paso en la herida de su muñeca que nunca cicatrizaba. Crecía una, ella la destruía y crecía otra, que de nuevo arrancaba.

Sin embargo, ahora dudaba antes de cortarlas o de sumergirlas en el agua para que la corriente del río se las llevara. Porque, durante los últimos meses, respondían a Sam. Cuanto más tiempo pasaba cerca de él, más le pesaba y le dolía la muñeca. Un día la sorprendió sujetándose el antebrazo en clase y robó unas bolsas de hielo crujiente del laboratorio de química para que se las pusiera en la manga.

Si pensaba demasiado en él, las rosas crecían de colores más intensos y vivos; la que tenía en la muñeca entonces era del mismo rosa oscuro que su barra de labios favorita.

Esa noche, Sam la esperaba detrás de su casa, con las manos en los bolsillos. La postura no mostraba ni impaciencia ni aburrimiento. Siempre se preguntaba si la veía desde la ventana o si simplemente salía temprano y no le importaba esperar.

—Hoy he robado una cosa del trabajo —dijo. Las lunas proyectaban luz suficiente para ver cómo presionaba la lengua en el paladar, orgulloso de su propia culpa.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Miel.

—No te preocupes. Lo devolveré. Solo quería que lo vieras. Vamos.

Dentro, le enseñó el cepillo que utilizaba para polinizar a mano las flores de calabaza.

«Solo florecen durante un día», le había dicho cuando empezó a

trabajar en la granja de los Bonner. Una explicación para el lento y delicado trabajo de extraer el polen de cada antera y rociarlo en el estigma de cada flor. Ese pequeño acto hacía que una flor se convirtiera en una calabaza. Los Bonner le habían encargado la tarea porque pensaron que su habilidad con los pinceles empapados de pintura se trasladaría a los pinceles empapados de polen.

Miel nunca había visto uno de esos cepillos. Sam le pasó las cerdas de color avena primero por el antebrazo y luego por la rosa. Durante unos segundos, las diminutas marcas de nacimiento de su brazo se convirtieron en granos de polen y la rosa en la corola de una flor de calabaza.

Las cerdas la hicieron estremecerse, como si los pétalos que le crecían en la muñeca tuvieran la misma sensibilidad que sus dedos. No la tenían. Sí, tirar del tallo la lastimaría y si la cabeza de la flor chocaba con la mesa de la cocina le dolía en la herida de la que brotaban las rosas, pero los pétalos eran como pelo; formaban parte de ella, pero no estaban vivos como la piel.

Sin embargo, en ese momento, al ver las cerdas rozar la rosa de color carmín, tuvo la sensación de que los pétalos sentían igual que sus labios o sus dedos.

Lo miró a los ojos.

Estaban un poco más abiertos de lo normal y eran de un marrón más claro.

El cepillo y los dedos se detuvieron en su piel.

No era lo que pretendía. Miel lo sabía. Lo entendió por su mirada de sorpresa.

No era lo mismo que cuando le recorría la piel y los hombros con los dedos para buscar estrellas. No era lo mismo que cuando ella le tocaba la frente en busca de fiebre para llevárselo a casa en plena jornada escolar. Fue algo que acercó sus labios. Fue el cepillo de polinización, que Sam se olvidó de apartar y todavía sostenía al abrazarla; las cerdas le rozaban el cuello. Fue la ruptura del extraño nerviosismo que había crecido entre ellos en los últimos meses, una vacilación antes de tocarse que desaparecía un día y reaparecía al siguiente.

Miel sintió la forma de las flores de calabaza que le aparecían en la piel, a la espera de los dedos de Sam.

Comprendió que era él y no el cepillo con el mango de madera quien poseía la magia de convertir un campo de vides en mil calabazas.

El cuerpo de Miel se había convertido en suaves pétalos de papel.

Le devolvió el beso y lo empujó hacia las escaleras; Sam las subió a trompicones sin darse la vuelta. Incluso con los ojos cerrados, mientras subía los peldaños de memoria, tuvo cuidado de no aplastar la rosa. Miel llevó la mano al cinturón y al botón de sus vaqueros y él la dejó. Sam deslizó la mano por debajo de su camisa y ella lo dejó.

Se dejaron hacer hasta que estuvieron en su cama. El olor a pintura volvía el aire de la habitación amargo y ácido. Una lona cubría el suelo. Pinceles, pinturas y restos de lunas a medio terminar estaban esparcidos de una forma que a ella le parecía desordenada, pero que para él tenía sentido.

La luz de las lunas derramaba una capa violeta pálido sobre el suelo. El azul verdoso de las paredes de la habitación los envolvió, junto con el olor a especias de la cocina de la madre de Sam, que se le pegaba al pelo e impregnaba las sábanas. Flor de naranja. Cardamomo verde. Melaza de granada. El olor era tan agudo y vívido en él que la empujó a morderle la nuca. Él se sobresaltó, luego se acomodó a la suave presión de sus dientes y la apretó con más fuerza.

No se quitó la camisa y ella no intentó quitársela. Nunca se quitaba la camisa por la misma razón por la que trabajaba en la granja de los Bonner. El instituto le permitía convalidar el trabajo de desbrozar los campos y podar las vides por la asignatura de educación física que había pospuesto desde noveno curso. Le era imposible hacerlo de otra manera, no si tenía que cambiarse para clase o para un entrenamiento en un vestuario.

La piel de Sam olía a agua tibia, sin estar impregnada del aroma del jabón. Miel acarició las débiles cicatrices que le ensombrecían la línea de la mandíbula, producto del acné que le había salido y dejado de salir a temprana edad.

Le rozó el cuello con los pétalos de la rosa, a propósito, y luego el interior del muslo, sin querer. Él se estremeció, pero no se apartó. Incluso cuando el contacto provocó que los pétalos le tocaran el cuerpo, procuró que la muñeca guardara una pequeña distancia para que las espinas no lo arañaran.

Cuando le recorrió la piel, Miel recordó todo lo que le había contado sobre la luna, sobre los mares y las bahías lunares. Mare Nubium y Mare Undarum, el Mar de las Nubes y el Mar de las Olas. Lacus Autumni y Sinus Iridum, el Lago del Otoño y el Pantano del Arcoíris. Los rasgos que pintaba con pinceles y con los dedos desnudos.

Movía las manos con seguridad y la presión de sus dedos era gradual y firme; Miel no pudo evitar pensar en su familia, años atrás.

En sus campos de azafranes. En el rápido y delicado trabajo de recoger los hilos de azafrán del corazón de las flores púrpuras. Se preguntó si sería algo que llevaban en la sangre y en los dedos. Un arte que comenzó como un hallazgo de briznas rojas entre pétalos violetas y que, a lo largo de los años y las generaciones, se convirtió en la habilidad de encontrar, con facilidad y sin vacilación, todo lo que buscaba.

Lo único que lo estropeó todo, lo que hizo que no fuera perfecto, fueron las hermanas Bonner. *Las gringas bonitas*[1]. Chicas pálidas, guapas y perfectas. En un solo pensamiento, los hilos de azafrán se convirtieron en el rojo de sus trenzas y rizos. Un único e indeseado pensamiento y el degradado de sus cabellos se arremolinó alrededor de Miel como las hojas del otoño.

Las Bonner no habían desaparecido desde la primera vez que las vio en la torre de agua. Dejó que Sam creyera que el miedo solo se lo había provocado ver a Peyton sostener aquella calabaza como una mascota. Pero había más. El agua apenas se le había despejado de los ojos cuando vio cómo la luna, entre cuarto creciente y llena, desaparecía detrás de sus cabezas. Incluso en la todavía tenue luz del cielo, les iluminó los cabellos en rojo, dorado y naranja. Desde donde estaba, con los ojos nuevos y todo borroso a su alrededor, Miel sintió que la luna se desvanecía en ellas, como si la hubieran absorbido. Se habían llevado su luz. Así que gritó y quiso advertir al chico que tenía delante de que la luna se podía perder.

Ahora las hermanas Bonner habían crecido y eran preciosas, con miradas fieras e intrépidas. Juntas, resultaban imponentes como un bosque sin cartografiar. Había quien las llamaba brujas, por la cantidad de corazones que habían roto. Había quien decía que tenían un ataúd de cristal escondido en el bosque que les servía de crisálida y al dormir en él las volvía tan hermosas como todas las Bonner anteriores. Sin embargo, desde que Chloe se había ido del pueblo, ya no eran las hermanas Bonner. Solo eran Lian, Ivy y Peyton, que vagaban a la deriva por los campos de su padre. A veces, Miel veía a Lian en la tienda, comprando manzanas amarillas, o a Peyton montar en bici a las afueras del pueblo.

Nunca había entendido por qué Sam iba a elegirla a ella, cuando tenía a las cuatro cerca. Miel era un puñado de estrellas de papel de aluminio, ellas eran el fuego que daba vida a las constelaciones. Su pelo era la tierra oscura y húmeda bajo la granja de los Bonner, mientras que el de las hermanas eran enredaderas rizadas y calabazas.

A pesar de todo, no eran ellas las que se habían encontrado con

Sam mil veces en el descampado entre sus casas. No le habían enseñado las tenues diferencias en los azules y marrones de los huevos de las gallinas Araucana y Wyandotte. Tal vez esas cosas habían hecho que la viera diferente. Quizás la vez que la ayudó a cortar unos vaqueros con las rodillas desgastadas para convertirlos en pantalones cortos le había hecho pasar por alto el hecho de que los vaqueros no le quedaban en los muslos igual que a las Bonner. O tal vez los colores profundos y brillantes de las rosas de Miel lo distraían de que casi nunca llevaba las uñas pintadas.

Quizás el día que lo había ayudado a pintar su habitación del color del océano, junto al que había nacido el padre de Sam, aquella tarde en la que se había manchado toda la parte delantera de azul verdoso, había hecho que Sam se olvidara de que no estiraba la camiseta como las hermanas Bonner. Salvo Peyton, la más joven, las hermanas llenaban los sujetadores como la masa vertida en un molde pastelero.

Si esas cosas habían hecho que Sam la viera diferente, si por eso ahora estaba debajo de ella, no le importaba. Porque ella también lo veía diferente a los demás. Lo había visto desnudo. Casi desnudo. Y había comprendido que sin ropa era igual que con ella puesta.

[1] Las palabras en cursiva aparecen en español en el original (N. del T.)

Mar Nuevo

Un día, no serían más que un cuento de hadas. Dos niños a los que llamaban Miel y Luna, enredados en las historias que se susurraban en el pueblo.

Sin embargo, esa noche no eran niños. Eran Sam y Miel. Esa noche él la colocó encima y después debajo de su cuerpo. La forma en que la chica se movía le hizo sentir la aguda presencia de todo lo que tenía entre las piernas y, por un segundo, olvidar todo lo que no tenía.

Creía conocer el cuerpo de Miel. Estaba seguro de que podría haberlo dibujado y cartografiado con la misma facilidad que los mares lunares que pintaba sin falta de un mapa. Sin embargo, bajo sus manos y pegada a su propio cuerpo, le resultaba a la vez conocida y extraña. Era un mundo desconocido. Un lugar cuya oscuridad no entrañaba miedo, sino la promesa de las estrellas.

Incluso pegada a él, Miel era un mundo cerrado y sellado. Incluso mientras dejaba que le pusiera la mano en cualquier lugar que Sam deseara y ella misma se la colocaba donde él era demasiado tímido para ir, tenía muchos secretos. Sam se los había entregado todos, desde por qué nunca se quitaba la camisa, hasta la verdad de lo mucho que su madre había deseado serlo y el frío trato que había hecho para conseguirlo.

Miel aún tenía miles de secretos, pequeños y relucientes. Los protegía con fuerza entre las manos mientras que a él no le quedaba nada a lo que no hubiera renunciado.

Bahía de la Armonía

El día después de que Miel se acostase con Sam, fue el día que volvió Chloe Bonner.

Esa mañana, Miel bajó las escaleras y encontró a Aracely en la cocina preparando café y bostezando en un día tan nuevo que aún era de plata.

Dejó en el fregadero tres tazas que había recogido de su habitación. Últimamente, Aracely estaba harta de que se dejara las tazas de té olvidadas en encimeras y mesas. Encontraba una y le decía: «¿Quieres hacer el favor de dejar eso en el fregadero? Me siento como si viviera en una cafetería».

Incluso en camisón y sin maquillaje, Aracely era una nota de color frente a la ventana. Tenía el pelo brillante como el fruto de una nectarina. El marrón de su piel recordaba al oro en bruto que se desprendía del cuarzo. Además, era lo bastante alta como para dar la sensación de que podría mirar al cielo a los ojos.

Las historias contaban que la mujer había aparecido un verano junto con cien mil mariposas. Las mariposas habían cubierto el pueblo como escamas de oro brillante, alas empolvadas que temblaban con la brisa. Cuando todas se marcharon a principios del otoño, allí estaba Aracely, una joven alta y extraña, con la piel como aquellas alas iridiscentes.

Por supuesto, eso había pasado años antes de que Miel se cayera de la torre de agua, antes de que el agua la devolviera. Así que nunca vio la nube de alas.

Aracely le entregó una cucharada de miel, espesa y profunda como el ámbar.

—Hierba de fuego —dijo mientras se recogía el pelo en un moño suelto. Sus uñas, pintadas del color de las semillas de achiote, resaltaban en el dorado pálido—. La conseguí en ese sitio a las afueras del pueblo.

Sabía cuánto le gustaba a Miel la miel, cómo se la comía

directamente del tarro, daba igual el tipo que trajera a casa. La mujer, que actuaba al mismo tiempo como una especie de hermana y como madre, conocía a la perfección qué alimentos y especias le gustaban y cuales no. Sabía que las tormentas de viento le provocaban pesadillas y que la luz de las lunas de Sam la ayudaba a dormir.

Sin embargo, Miel no sabía cómo hablarle de lo que había pasado con él. De que había salido a escondidas de casa antes de que su madre volviera. Del dolor en el cuerpo que sentía como algo a lo que aferrarse y no algo que deseaba que se le pasara.

Por supuesto, había algunas cosas que Aracely no sabía. A veces, parecía a punto de preguntarle algo. Tal vez quién había sido antes de salir de la torre de agua, o si había pertenecido a alguien más antes que a ella. Sin embargo, siempre abría la boca, hacía una pausa, la cerraba de nuevo y se volvía hacia el fregadero o el horno. Sabía, sin que nadie se lo dijera, las cosas de las que Miel no quería hablar.

En ese momento, ni siquiera se atrevía a mirar a la mujer a los ojos. Su trabajo consistía en curar el mal de amores. Tenía el don de saber cuándo un corazón estaba desbordado por desear a alguien. En lo referente a Aracely, el pueblo se debatía entre la gratitud y la culpa. Por la noche, acudían a ella y le pedían ayuda para sus desgastados corazones. Durante el día, susurraban que era una bruja, la culpaban del tizón que blanqueaba la cosecha de un huerto o la responsabilizaban de la tormenta que había arruinado el encendido de los faroles de calabaza de ese año.

Le dedicaban la misma inconsistencia que a un amante, adoración por la noche y repudio por la mañana. Todo lo que le debían se traducía en desprecio o en respeto, según la hora del día y la cantidad de gente que observara.

Miel había aprendido a vivir con la incómoda sensación de que Aracely sentía el peso de su corazón. Esa mañana, estaba segura de que, si dejaba que la mirara durante demasiado tiempo, lo sabría. El hecho de que a Aracely le gustara el chico lo empeoraba. Se imaginó que los veía más como hermano y hermana, y que sentiría asco ante la idea de que clavara los dedos en la espalda de Sam.

Aracely sirvió el café en unas tazas pesadas; Miel se sonrojó y agachó la vista. Nunca se había dado cuenta de que el color de las tazas, un azul verdoso con el del eucalipto, se parecía mucho al de las paredes de la habitación de Sam.

—Ha vuelto —dijo Aracely. Medio cantó las palabras y alargó cada sílaba hasta ser casi un trino.

Miel lamió la miel de la cuchara. Sabía un poco a té, a los tallos de

las flores rosas que salpicaban la tierra marcada después de un incendio.

—¿Quién? —preguntó.

—*La última bruja*.

Soltó una carcajada. Era una de las mil razones por las que la quería. A Aracely la llamaban *bruja* constantemente y aun así no se inmutaba por llamárselo a otra persona.

La sonrisa se desvaneció en cuanto se dio cuenta de a quién se refería.

La mujer había intentado que sonase a broma mientras sorbía el café, como si se tratara del típico chisme matutino. Una fachada de encanto y seguridad. Por eso era tan buena en curar el mal de amores. Las *curanderas* menos hábiles dejaban a sus pacientes afectados por el *susto*, un miedo profundo que los llevaba a vagar por el bosque temerosos y ciegos. Aracely nunca dejaba a un hombre ni a una mujer enfermos de amor sollozando sobre la mesa de madera. Les ponía las manos en los hombros y les susurraba para que apenas notaran cómo el mal de amores abandonaba sus cuerpos.

Miel conocía la voz de Aracely mejor que esos hombres y mujeres. Había escuchado cada cadencia y cada elevación. No era que les tuviera miedo a las Bonner. Aracely no le temía a nada; se compadecía del miedo de Miel al agua, pero tenía poca paciencia con su miedo a las calabazas. Cada otoño, en la noche en que medio pueblo salía a colocar calabazas talladas y brillantes en el río, Miel se escondía en su habitación y la mujer le decía, desde el otro lado de la puerta:

—Por el amor de Dios, son frutas, no avispones. Sal de ahí.

Sin embargo, incluso Aracely desconfiaba de las chicas del pelo de fuego. Siempre había creído que sus inquietos padres las habían sacado del instituto no por lo que había pasado con Chloe, sino porque, si las educaban en casa, sería menos evidente que no tenían más amigos que ellas mismas. Que nunca invitaban a nadie a casa. Que coqueteaban con chicos en las calles concurridas, pero ni siquiera esos chicos eran sus amigos y no les durarían hasta la siguiente helada o hasta el florecimiento que marcaba una nueva estación.

Miel dejó la cuchara en la encimera y subió al piso de arriba.

—No lo hagas —gritó Aracely.

La chica notó la sonrisa en su voz, pero también una advertencia.

—Lo digo en serio. No lo hagas. Solo vas a torturarte.

Le hizo caso.

Le hizo caso hasta cerca de las cuatro de la tarde, cuando llegó al límite de la granja de los Bonner mientras intentaba espantar el eco de

las palabras de Aracely.

Si el señor o la señora Bonner la veían, les diría que había venido a ver a Sam. Les contaría que iba a enseñarle cómo usaba los cepillos de polinización.

No. Mejor otra cosa. No quería usar los cepillos.

Se mantuvo alejada de las vides. A pesar de las explicaciones de Aracely de que solo eran frutas, seguía temiendo a las calabazas como otras niñas temían a las arañas o las culebras.

Entonces, distinguió la cortina de pelo de Chloe, teñida del color del melocotón a la tenue luz.

La herida de la rosa de Miel creció con una punzada y se calentó.

Chloe se había graduado el año pasado a los diecinueve y había cumplido los veinte mientras estaba fuera, un número que Miel siempre había considerado que, de alguna manera, convertía a una persona en adulta. Paseaba por el patio lateral de la granja familiar con unos vaqueros pitillo que habrían parecido anticuados en cualquier otra persona y un jersey muy fino que revelaba el tono rosado de su piel. Le había crecido el pelo. Cuando se marchó el invierno pasado, le llegaba hasta los hombros en rizos desiguales. Entonces, le caía hasta la cadera y el peso lo estiraba, tan claro que era casi rubio.

Debía de llevar unos vaqueros tan ajustados para enseñar la barriga y mostrar que lo que todo el mundo sabía no había sucedido.

Cuando Chloe se marchó, las hermanas Bonner perdieron la cantidad justa de poder para dejar respirar a todas las demás chicas del pueblo. Sus padres, tan temerosos de sus propias hijas como preocupados por ellas, sacaron a Lian, Ivy y Peyton del instituto, convencidos de que acabarían igual que Chloe. Así que las chicas se quedaban en casa, se sentaban en la mesa de la cocina con los planes de estudios de su madre y se asomaban a las ventanas de bordes blancos que resaltaban en la pintura azul marino de la fachada. Paseaban por los campos de su padre, descalzas o con zapatillas finas y desgastadas que su madre les prestaba porque eran demasiado vanidosas para tener las suyas propias.

Chloe no llevaba zapatos. Sus pies y sus tobillos, desnudos bajo el dobladillo de los vaqueros, eran pálidos como las calabazas Lumina.

Miel apartó la mirada de la esquina de la granja donde estaba, segura de que, si la miraba demasiado tiempo, lo sabría y la pillaría. Recorrió de un vistazo los campos y encontró a Sam. Primero, su pelo, como una cinta negra rizada con tijeras. La temporada de cosecha le había oscurecido más la piel y tenía los antebrazos del marrón de un

huevo de gallina Welsummer. Lucía ese color con el orgullo de saber que lo había heredado de su abuela, una mujer a la que Miel solo conocía por los pocos detalles que él recordaba con suficiente claridad como para contárselos.

El metal de las tijeras de podar destelló en sus manos. Buscaba vides que empezaran a marchitarse —«a irse», decía que lo llamaban— y cáscaras que empezaran a endurecerse.

En ese momento, podría haber sido cualquier chico. Podría haber sido Roman Brantley, que en algún momento tuvo una mirada tan temeraria que los profesores no se atrevían a enfrentarse a ella. Sin embargo, había perdido esa mirada en favor de Lian Bonner, de su pelo de un rojo tan oscuro que casi era castaño y de las pecas que se abrían como un abanico en sus sienes como si fueran alas. Todavía tenía la chaqueta de caza de su abuelo, que Lian juró que le devolvería si se la pedía. Por supuesto, no era capaz de mirarla a los ojos el tiempo suficiente para hacerlo.

Podría haber sido Wynn Yarrow, que rompió con la que era su novia desde hacía dos años por Peyton, la más bajita y la más joven de las hermanas Bonner, con el pelo de color calabaza que su madre le rizaba todas las mañanas. Todo el mundo, excepto él, sabía que nunca iba a estar interesada. Wynn perdió no solo a su novia, sino a todos los amigos que se pusieron de parte de ella.

Miel se alejó del borde del campo de calabazas e intentó desaparecer en las sombras antes de que Sam la viera. Las Bonner, como todo el mundo en el pueblo, la habían visto con Sam tantas veces que no les sorprendía más que verla sola. Sin embargo, si se le acercaba entonces, era muy posible que se pusiera nerviosa y se sonrojase de una manera que trazaría una cinta de aire frío en el calor polvoriento. Cuando lo hiciera, la sonrisa de Miel reluciría como una moneda.

Las Bonner lo verían y las atraería.

Verían que Sam a veces se subía a los árboles para colocar las lunas donde las ramas se encontraban y se entrelazaban, con la misma frecuencia con la que lanzaba una fina cuerda y alzaba la luna desde abajo. Se fijarían en cómo, cuando tenía que subirse a los árboles para poner velas nuevas o volver a encender las que se habían apagado, lo hacía sin prisa. Cómo, si una luna era frágil, llevaba una escalera de madera del cobertizo de su madre y la apoyaba en el tronco, para no arrugarla al subir.

Se darían cuenta de lo hermoso que era el extraño muchacho, de cómo las lunas que colgaba en los árboles por la noche brillaban como

un cuenco de estrellas. Verían cómo los mares lunares que pintaba desprendían diferentes matices de luz.

Ningún chico les interesaba hasta que otra persona se interesaba por él.

Chloe se dio la vuelta. La trenza le recorría la longitud de la columna vertebral y la goma elástica le rebotaba en la parte baja de la espalda mientras recorría el camino de ladrillos. Subió las escaleras hasta el porche y las plantas de los pies, cubiertas de polvo, le brillaron un poco más oscuras que los tobillos. No obstante, ni siquiera el desafío del gesto con el que agitó la trenza en el aire sirvió para ocultar que se movía un poco diferente. Tenía el estómago plano, pero se le habían ensanchado las caderas. Se cruzó de brazos, aún más delgada que cuando se marchó, como si tuviera frío. Parecía tan intrépida y joven como cualquiera de las demás Bonner, pero la postura de sus hombros le daba el aspecto orgulloso y cauteloso a la vez que se consigue al ser la madre de alguien.

Tal vez fuera solo porque Miel lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Lo que Chloe había tratado de mantener en secreto había cobrado vida propia y había crecido tanto que se negaba a pasar desapercibido.

Daba igual lo ajustados que fueran los vaqueros que se ponía, la gente le miraría la barriga y se preguntaría si se le volvía a notar. Tal vez fuera una figura de porcelana, reparada por las manos más hábiles, pero seguía agrietada y rota. Cuando alguien la ponía a contraluz, se distinguían los hilos lechosos donde la habían recompuesto.

No volvería a liderar a las Bonner. El reinado había pasado a Ivy. No a Lian, aunque era la segunda en edad. Si alguien llamara a Lian débil, las hermanas lo arañarían hasta hacerle sangrar con sus uñas brillantes y esmaltadas, pero eso no significaba que no estuvieran de acuerdo.

Ahora que las Bonner volvían a estar juntas, eran una fuerza tan potente como el viento que arranca las hojas de los arces y los sicomoros. Representaban todos los tonos de naranja y oro de un bosque en octubre. La vida volvía a ellas y todas las chicas enamoradas de algún chico del pueblo tardarían un poco más en conciliar el sueño esa noche.

Si las hermanas Bonner supieran que Miel quería a Sam, que no era solo una chica rara amiga de un chico raro, comprenderían de pronto lo divertido que sería llevárselo. Esa era la razón por la que nunca habían tenido más amigas en el instituto que ellas mismas. Siempre que una chica se interesaba por un chico, lo querían para ellas. En el

momento en que percibieran que a Miel le importaba, decidirían que Sam sería el próximo al que le romperían el corazón. No es que pretendieran romper nada. Nunca buscaban hacer daño a nadie. Eran niñas que acariciaban a un gato con demasiada fuerza solo porque les gustaba el tacto de su pelaje.

Juntas, eran lo bastante parecidas como para deslumbrar a la mitad de los chicos del pueblo y lo bastante diferentes para intrigar a Sam. Si alguna vez confiaba en ellas tanto como en Miel, lo destruirían. Se lo arrebatarían todo sin proponérselo.

Le picó la muñeca y se miró la rosa. El color rosado de su pintalabios favorito se escurría de los pétalos y daba paso al rojo y luego al naranja, hasta convertirlos en cobre, ámbar u óxido.

Las gringas bonitas, las cuatro chicas que habían hecho desaparecer la luna, habían vuelto.

Lago del Odio

Tenía que matarla. Ya había esperado demasiado por no querer podar la rosa que había llevado en el cuerpo la noche que se acostó con Sam. Si la seguía llevando, las Bonner lo sabrían. Verían los colores de su pelo. El cobrizo de Ivy en el centro, el naranja suave de Peyton, el rubio fresa de Chloe y el casi marrón de Lian en los bordes.

Si eran brujas, como decían los rumores, lo sabrían. Incluso si no lo eran, se preguntarían por qué la rosa de Miel era de los colores de sus cabellos; entonces la mirarían a ella y luego a Sam.

Se detuvo cuando encontró una forma inesperada en las siluetas familiares a lo largo del río.

Dos figuras se alzaban en la oscuridad, lo bastante cerca de Miel como para que se escondiera en la sombra de un árbol para que no la vieran. Sus ojos se adaptaron a la penumbra y le permitieron distinguir un rasgo cada vez. Una chica. Un chico. Ninguno lo bastante iluminado para reconocerlo.

Sí que diferenció sus posturas. La de la chica, inclinada hacia delante. Ansiosa y coqueta, agitaba las manos en el espacio que los separaba como si fueran pajarillos. Desde donde estaba, una rama le ocultaba el rostro, pero la luna le iluminaba el pelo lo suficiente como para mostrar el color. Un velo de un rojo intenso que solo podía pertenecer a una Bonner.

La postura del chico no coincidía con la de ella. No se inclinaba hacia delante. No intentaba tocarla. No daba la sensación de que hiciera ningún intento de persuadirla para que lo dejara besarla, para que sus hermanas salieran a escondidas con él y sus amigos, para nada.

Parecía aburrido, como si le siguiera la corriente en lugar de estar fascinado. La forma en que cuadraba los hombros y apartaba ligeramente la mirada daba a entender que se marcharía en cuanto se le ocurriera una forma de hacerlo sin resultar grosero.

Miel ya conocía la escena. La había presenciado cuando otras

chicas habían intentado coquetear con Sam, que se había mostrado tan ajeno como indiferente. Había participado en ella, con otros chicos, para vengarse de Sam solo porque otra se hubiera interesado por él y, cuando más tarde lo comprendió, se sonrojó por ello.

Sin embargo, jamás había visto que le ocurriera a una Bonner. Las hermanas habían robado novios, engatusado a hijos de reverendos y atraído a chicos que antes nunca habían hecho nada sin que sus madres se lo dijeran.

Si una Bonner no era capaz de interesar a un chico que le gustaba, si no conseguía todo lo que quería, ¿cómo iba a conservar su propio apellido? Miel se alejó un poco más por el río e interpuso la protección de los árboles entre las dos figuras y ella. Se arrodilló en la orilla y bajó la mirada al agua oscura. Intentó distinguir alguna forma, cualquier señal de que había algo allí abajo. Peces. El brillo de las hojas de las algas. Las sirenas de río de las que Sam le contaba historias para que no tuviera miedo de bañarse.

No estaba preparada. Nunca lo estaba; incluso cuando esperaba impaciente que desapareciera el peso de la rosa, se encogía antes de deslizar las cuchillas por el tallo.

Los rumores sobre las rosas formaban parte de la red de cotilleos del pueblo. Algunos decían que tenían la capacidad de transformar los corazones de quienes carecían de deseo. Otros insistían en que su perfume o el suave roce de sus pétalos eran suficientes para encantar a los reticentes, a los temerosos, a los precavidos.

Alguien había dicho que Miel le había regalado una rosa de color rosa pálido, apenas florecida, a una de las amigas de Aracely. Un chico le había hecho algo tan malo que no soportaba ni pensar en separar los labios para que la besaran, ni siquiera años después, cuando otro chico con las manos suaves como las hojas de un tulipero quiso amarla. Otra persona había dicho que el año anterior le había regalado una rosa a un campesino que se había enamorado de la hija de un cultivador de manzanas, pero era incapaz de ver más allá de que sus ojos eran del mismo verde que los de su familia, una familia que nunca le había permitido olvidar que los suyos eran marrones.

Sin embargo, había sido Aracely quien los había curado, no las rosas de Miel. La mujer había convencido a la chica para amar al chico con las manos como hojas de tulipero. El campesino había venido a verla, igual que la hija del cultivador de manzanas, para pedirle que librase a su corazón del amor por un chico demasiado tímido para corresponderla. Los dos querían una cura para el mal de amores y Aracely los citó a la misma hora. Cuando se encontraron en

el salón de color índigo y se dieron cuenta de que tenían el corazón tan roto como para desear que les arrancasen el amor del pecho, se tocaron con las manos y los labios y se olvidaron del deseo de curarse.

Aracely era pura magia y habilidad. Miel no era más que un cuerpecito inquieto de cuya piel brotaban pétalos. Aracely representaba la belleza y la bondad en la casa violeta. Miel era una niña manchada de agua sucia y de la sangre de dos personas cuyos nombres no se atrevía a pronunciar.

Las tijeras plateadas, el regalo más extraño y más útil que la mujer le había hecho, chirriaron cuando separó las hojas. Las colocó hacia abajo, cerca de la piel, y cerró las cuchillas con un chasquido. El dolor le recorrió las venas. Le llegó al corazón, al estómago y a todo lo que tenía vivo dentro.

La sangre brotó en la abertura. El dolor provocó que sintiera los dedos pesados y la hizo caer al suelo. Le dolía como si la hoja de un cuchillo le presionara la muñeca con tanta fuerza que la notaba en las costillas.

Dejó que la rosa se deslizara en el agua, una ofrenda a la madre que ahora vivía en el viento, pero que había muerto en esa agua. Cuando llegaban las tormentas, Miel oía el murmullo de su voz oculta en el chillido de los vientos, como si tratara de susurrarle para que volviera a dormirse. Era el único regalo que podría ofrecerle a su madre, la obediencia de destruir las rosas que había temido. Quisiera darle más, su valentía frente al agua. Sin embargo, dentro de Miel todavía resonaba la pequeña voz de la niña que Sam había encontrado, una niña que le susurraba que no debía confiar en el agua de la que no veía el fondo.

No recordaba a su padre tan bien como a su madre. Sabía que era un *curandero*, de los que curan las heridas, con un talento para recolocar huesos que le consiguió trabajo como *huesero*. Recordaba sus manos, la suavidad con la que le cortaba las rosas y luego le cubría la herida con una venda. A veces, intentaba instalarse en ese recuerdo, pero era tan efímero que no le pertenecía de verdad.

Los pétalos se desvanecieron bajo la superficie y el agua se onduló como el dobladillo de un vestido. La luna se refractó en una docena de hoces.

A pesar de los pocos recuerdos que tenía, se acordaba de los susurros sobre que los niños a los que les crecían rosas de la piel envenenaban a sus hermanos y robaban los anillos y rosarios de las tumbas de sus familias. Daba igual si las rosas les crecían en las muñecas, como las de Miel, en los tobillos o en la espalda. Decían que

todos los hijos o hijas de su familia cuyo cuerpo creaba rosas se volvían amargados e ingratos.

Antes, su familia hacía pasteles con agua de rosas y cardamomo, pero eso había sido antes de que las rosas se vieran manchadas por el miedo de las nuevas madres. Las mujeres jóvenes se preocupaban por sus hijos e hijas y buscaban los primeros signos de verde en su piel.

El río retomó su lenta corriente y el suave correr del agua le trajo el sonido de unos sollozos amortiguados que se rompieron en un llanto quedo.

Miel se sobresaltó, miró hacia el cielo y escuchó el viento. Cuando llegó, buscó la voz de su madre y deseó que no la oyera llorar. Lo único que deseaba más que a Sam era que su madre supiera que la había perdonado. Que entendía por qué había hecho lo que había hecho. Que sabía que la quería.

Sin embargo, el sonido no venía del viento. Ni de debajo del agua. Atrajo la mirada de Miel hacia la orilla.

La oscura silueta de una joven con los brazos cruzados y el pelo ondeando al viento.

Una hermana Bonner, aunque no sabía cuál.

Miel se levantó y sintió una punzada de dolor en el brazo.

—¿Estás bien? —preguntó e intentó imitar la voz calmada de Aracely, clara y limpia como un reguero de agua sobre las piedras.

Aun así, la chica se sobresaltó. La miró de sopetón y la luna igualó el color de su rostro al de su propia superficie.

Ivy Bonner. Los lazos de luz que se desprendían del río mostraron sus rasgos. Tenía las mejillas mojadas y unas pinceladas cobrizas le calentaban los bordes del pelo incluso en la oscuridad. Tenía la nariz a medio camino entre la de Chloe, que era larga, recta y altiva como la de su padre, y la de Peyton, más bien chata y respingona como la de su madre.

Ivy asintió y se secó las mejillas con los dedos. Miel no era lo bastante importante como para que fingiera que no había llorado.

El asentimiento hizo que se sintiera una intrusa, como si la hubiesen convocado y expulsado inmediatamente después. Se aferró a las tijeras plateadas y le dio la espalda al río.

Sin embargo, Ivy dio unos pasos en su dirección. No con prisa, pero sí lo bastante rápidos para que Miel se detuviera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, al mismo tiempo que bajaba la vista hacia la muñeca desnuda de la chica y las tijeras que tenía en la mano—. Ah.

Volvió a mirarla a los ojos. A esa distancia, la sal y el agua que le

perlaban las mejillas parecían una finísima capa de escarcha.

—¿Duele? —preguntó.

—¿El qué? —respondió Miel y se encogió avergonzada por la falta de seguridad en su voz.

—Cortarlas —dijo.

Decir que no sería como lanzar un desafío que jamás se atrevería a cumplir ni con Ivy ni con sus hermanas. Decir que sí sería reconocer demasiado de sí misma.

Se limitó a asentir.

No había estado tan cerca de Ivy desde que las Bonner habían dejado el instituto. En ese momento, a una distancia en la que llegaba a percibir el acuoso aroma a camelia de su jabón, lo único en lo que pensaba era en Clark Anderson, otro de los chicos que habían perdido el norte por culpa de las hermanas. Clark se había convencido de que una chica como Ivy, con un pelo que poseía el color y el brillo de los centavos nuevos, lo curaría de querer besar a John Sweden bajo la nueva torre de agua. Se acostó con ella en su habitación a plena luz del día, mientras Sam y los demás trabajadores de la granja pasaban bajo la ventana. Menos de doce horas después, volvía a besar a John, esa vez en la escalera de la torre de agua a medianoche, donde la gente solo distinguiría sus siluetas recortadas por la luz de las estrellas.

Desapareció del pueblo la semana siguiente. Sin embargo, al contrario que en el caso de Chloe y el chico que era el padre de su bebé, nadie sabía a dónde había ido.

La manera en que Ivy parpadeaba para aliviar el picor que le causaba la sal de sus propias lágrimas provocó en Miel una oleada de lástima que tuvo que expresar con palabras.

—No importa —dijo.

Ivy retrocedió.

—¿Qué?

Miel sabía que debería callarse, pero quería suavizar lo que había dicho, como quien alisa la capa de crema de un pastel de tres leches.

—Solo es un chico —dijo—. ¿A quién le importa?

La mirada de Ivy se endureció y entrecerró los ojos.

Cuando las pestañas se rozaron, Miel supo que había cometido un error. Ivy sabría que la había visto. Le guardaría rencor por haber sido testigo de una señal de que las Bonner empezaban a perder su poder con los chicos del pueblo.

La chica ladeó la cabeza y observó la muñeca de Miel.

—¿Por qué las matas? —preguntó, sin mostrarse horrorizada ni

preocupada. Era pura curiosidad. Como si pensara que ahogar los pétalos era un desperdicio.

Miel sintió una oleada de alivio por el cambio de tema, hasta que comprendió que le apetecía todavía menos hablar de eso. Sabía cómo la miraba todo el mundo, a ella y a sus rosas. El rumor que corría de que, si una chica deslizaba una bajo la almohada de un chico y él respiraba el aroma mientras dormía, se enamoraría de ella. O, para lograr un efecto aún mayor, los pétalos podían azucararse y usarse para hornear un pastel de vainilla o *alfajores* de lavanda, pero solo con las recetas secretas que poseían las mujeres de la casa violeta.

En ese segundo, el nerviosismo que sentía cerca de Ivy y la sensación de ser una criada a la espera de que le diera permiso para irse se suavizó. Era muy posible que la viese tan extraña como ella veía a las hermanas Bonner. Vivía en una casa violeta como la crema de arándanos. De su muñeca crecían rosas y Aracely, la mujer con la que vivía, invitaba a hombres y mujeres enfermos de amor a tumbarse en su mesa de madera para curarles los corazones rotos.

Si Aracely hubiera estado allí, le habría dicho que se fuera, que dejase de esperar a que la *bruja* le diera instrucciones.

Inclinó la cabeza, un saludo y una despedida a la vez.

Entonces se le encogió el corazón. Las Bonner rara vez hablaban con nadie más que entre ellas y los chicos a los que amaban y destrozaban. Lian se había mostrado callada pero bastante simpática cuando Sam y ella tuvieron que hacer una presentación en grupo sobre el efecto orográfico; Sam escribió el informe mientras Lian dibujaba y coloreaba los dibujos. Cuando a Miel se le adelantó la menstruación una semana, Chloe, sin hacer ningún comentario, le había deslizado un tampón bajo la puerta del baño. No eran ni maleducadas ni agradables, simplemente preferían la compañía de sus propias hermanas por encima de la de cualquier otra persona.

En ese momento, quizás Ivy se sintiera lo bastante sola como para hablar con cualquiera. Chloe había estado fuera meses. Se había perdido cómo Lian cumplía los dieciocho y Peyton los quince; el cumpleaños de Ivy, que tenía dieciséis, no llegaría hasta diciembre. Desde que había vuelto, Miel se imaginaba cómo todo el mundo actuaba con pies de plomo a su alrededor y la avasallaban de atenciones hasta asfixiarla, mientras el resto de las hermanas se sentían al mismo tiempo celosas y agradecidas de no ser ella. Lian, Ivy y Peyton se habrían apiñado para no echarla de menos y para que fuera menos evidente su ausencia. Ahora tendrían que separarse un poco para hacerle sitio.

A Chloe la habían mandado lejos la misma semana en que empezó a notársele el embarazo. Su bebé se había quedado con la tía con la que había vivido los últimos seis meses y, del mismo modo, al chico con el que salía lo habían enviado a vivir con unos parientes en una ciudad tan lejana que Miel nunca había oído hablar de ella.

Sus hermanas debían echarla de menos y, a la vez, considerarla una extraña. Una joven alta que de pronto era madre, con los brazos y la nariz afilados, pero las caderas y los pechos suaves.

—Ivy —llamó.

Se dio la vuelta.

Miel era una de las cien chicas que dormiría mejor si las Bonner perdieran su peculiar poder, pero le era imposible no sentir un poco de pena por Ivy.

—Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar…

La chica se detuvo un segundo y luego asintió, lo que le ahorró a Miel tener que terminar la frase y a ella misma tener que oírla.

Mar de las Islas

Su madre lo sabía.

Se había quedado la noche anterior en casa de los Hodge. El señor y la señora Hodge iban a pasar la noche en la ciudad, así que le habían pedido que cuidara a sus hijos. Imaginaba que les habría contado cuentos para dormir sobre un hermano y una hermana que cruzaban un bosque guiados solo por las estrellas, uno sobre una niña que aprendía el lenguaje de los ciervos de Cachemira y almizcleros u otro que Sam había escuchado contar a su abuela, la historia de una niña llamada Laila y un niño llamado Majnun.

Su madre se asomó por la puerta. En cuanto lo miró, captó la ligera elevación de su barbilla, a medio camino de un asentimiento, que le indicó que lo sabía.

Parecía cansada, pero no agotada, con el *kohl* de la mañana pintado sobre el eco borroso del delineador de la noche anterior, de modo que un gris suave anillaba sus pestañas. El *kohl* y cómo se lo aplicaba era una de las pocas tradiciones familiares que mantenía, esta venía por parte de su madre. Su padre, el abuelo de Sam, le había dado unos ojos de un azul apagado que se veían aún más pálidos por la forma en que los delineaba.

No mostró sorpresa ni decepción. Solo suspiró, para estabilizarse. Por mucho que Sam deseara que todo pasara sin hacer comentarios, sabía que no era posible.

Al final, su madre dijo:

—Espero que os hayáis protegido. —Dejó en el suelo la bolsa de retales rojos y azules que se había llevado a casa de los Hodge—. No me gustaría que dejaras embarazada a esa chica. Aracely me asesinaría.

Se suponía que debía reírse. Sabía que debía hacerlo, pero fue incapaz de forzar el sonido.

Deseó ser diferente. Quiso reírse de sus palabras y responderle lo graciosa que era. Salvo que se produjera uno de los milagros que

Aracely le enseñaba a Miel en su Biblia, Sam no iba a embarazar a nadie.

—Has confiado en ella —dijo su madre, más como una afirmación que como una pregunta.

Por supuesto que confiaba en Miel. Conocía todas las formas que existían de destruirlo, pero actuaba como si no.

Cuando tenía ocho años y lo pilló cambiándose, no gritó ni echó a correr por el pasillo. Se limitó a cerrar la puerta y salir; cuando Sam se puso los vaqueros y la camisa y fue a buscarla, la encontró sentada en la escalera de atrás, con una expresión de asombro y reconocimiento, como si lo entendiera, pero no del todo, así que se sentó a su lado y le contó más de lo que había planeado. Más tarde, Miel empezó a pasarle tampones en el instituto a escondidas porque él no podía arriesgarse a llevarlos en la mochila. Lo programaban para cruzarse cuando ella salía del baño de chicas y él entraba en el de chicos y se daban la mano el tiempo justo para hacer el traspaso.

En cuanto perfeccionaron el sistema, no volvieron a mencionarlo y Miel nunca sacó el tema. Sam nunca le preguntó cómo sabía siempre cuándo hacerlo. No hacía falta. Habían pasado suficiente tiempo juntos para que sus cuerpos se atrajeran el uno al otro y sangraran al mismo tiempo, cuando la luna era una fina curva de luz. Si Miel hubiera sido cualquier otra persona, ese conocimiento que poseía cada mes habría sido humillante.

Sam se preparó sin saber bien para qué. No sería un sermón sobre moralidad. Su madre nunca lo había prevenido de esperar hasta el matrimonio. Era una mujer agnóstica que se mostraba indiferente a las creencias de las familias de su padre y de su madre; apenas había tolerado que Sam fuera con Miel y Aracely a la iglesia y a la escuela dominical. Solo lo había permitido porque pensaba que le haría la vida más fácil que la gente creyera que era «un buen chico cristiano», una descripción que nunca pronunciaba sin dotarla de un tonillo de desdén. Había dejado claro que ningún Dios en el que ella creyera estaría encerrado entre paredes, y menos dentro de las tablas de madera encaladas de la iglesia local.

Aun así, se suponía que nunca se acostaría con una chica. Vivir de esa manera, con los pechos aplastados y el pelo lo más corto que su madre le permitía, debía ser algo temporal. Para que cuidara de su madre y hubiera un hombre de la casa aunque no hubiera tenido hijos.

—¿Estás enfadada? —preguntó e intentó no hace una mueca ni agachar la cabeza. Su madre odiaba que lo hiciera, lo que lo empujaba

a hacerlo más a menudo.

—No te has hecho daño ni a ti ni a nadie más, así que no me corresponde enfadarme —dijo.

A veces decía cosas así y casi distinguía la palidez de la escarcha que impregnaba las palabras. «No me corresponde a mí decepcionarme», le había dicho cuando suspendió matemáticas tres años antes. «Es tu futuro, no el mío». Hacía que se sintiera aún peor.

No obstante, esa vez no era lo mismo. No tenía la misma postura erguida y rígida y su expresión era tranquila. Su rostro parecía más bien ablandado por la preocupación. Peor aún, por la lástima.

—¿Estás molesta? —preguntó.

Su madre se llevó los dedos a la sien, cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

—Sam —dijo y la palabra fue como una ráfaga de viento, como una canción suave y triste.

Siempre que pronunciaba su nombre así significaba lo mismo. No importaba que ella o ninguna otra persona se enfadara o no. Suspender matemáticas o perder la virginidad, fuera lo que fuera, era su vida y, en su opinión, no se comportaba como tal cuando lo primero que preguntaba era si estaba enfadada.

—¿Estás bien? —preguntó su madre.

—Eso creo.

—¿Y ella?

—Eso creo.

Quería decirle que se le pasaría con el tiempo. Del mismo modo que se le había pasado considerar que su color favorito era el transparente («¿por qué?, le había preguntado Miel. «Porque lo transparente es mágico e invisible», le había respondido). Del mismo modo que Miel había dejado de decir que su color favorito era el arcoíris («¿por qué?, le había preguntado él. «Porque son más bonitos juntos —le había respondido—. Porque no quiero elegir»).

Esperaría a que se le pasara.

Su abuela le había contado cómo se llamaban las chicas así. Lo había traído de Pakistán y de las historias que había escuchado del otro lado de la frontera, en Afganistán. *Bacha posh*. Vestida como un chico. Niñas cuyos padres habían decidido que, hasta que crecieran, serían hijos. Sam y su madre habían perdido a su abuela cuando era muy pequeño, por lo que apenas recordaba las arrugas de su cara o si el marrón de sus ojos era más grisáceo o dorado. Sin embargo, sí recordaba su voz. La recordaba contándole que la granja de azafrán de su familia en Cachemira había sido pequeña, pero, para su tamaño, la

más productiva en cientos de kilómetros. Que hacían falta cien mil de las florecillas púrpuras para producir menos de un kilo de azafrán. Cuando su abuela le contaba eso, siempre se escondía una corriente de tristeza bajo el orgullo.

Su familia había tenido que irse de Cachemira para vivir con unos parientes lejanos en Peshawar y abandonar los brillantes campos. A medida que las cosas empeoraban —así lo llamaba ella siempre, «cuando las cosas empeoraban»—, se volvió imposible vender las especias que cultivaban. Cuando llegaba a esa parte de la historia, la que le dejaba el corazón amargo, recurría a historias que no pellizcaban ni mordían, como las de aquellas chicas. Hijas que vivían como hijos en familias que no los tenían propios. Eran chicas que hablaban con los niños y los hombres en la calle. Acompañaban a sus hermanas cuando salían. Cuando Sam escuchó las historias, sintió una envidia tan fuerte como si las conociera por su nombre.

Tenía cuatro años y su abuela había muerto hacía apenas unos meses cuando decidió que podría ser, y sería, una de esas chicas. Sería un *bacha posh*. Sería el mismo tipo de chico que aquellas chicas que vivían como hijos.

Sin embargo, cuando esas niñas crecían, se convertían en mujeres. Tal vez sus vidas como esposas y madres les resultaran asfixiantes al principio, después de recorrer los amplios y despejados caminos de ser chicos, pero la libertad que anhelaban no nacía de que quisieran volver a ser niños. Lo que querían era ser mujeres y no tener obstáculos.

Ese era su problema. Estaba seguro. No podía ser una chica. Aunque tal vez, si esperaba algunos años con ropa de chico y pelo corto, crecería lo suficiente como para querer ser una mujer. Se despertaría y esa parte de él habría desaparecido, como la lluvia y el viento al erosionar una ladera.

—Sabes, nunca quise tener un hijo o una hija —dijo su madre.

—Mamá —intentó cortarla.

—No lo pensé así —siguió—. Me daba igual.

Sam asintió. Ya había oído la historia. De cómo su padre procedía de una familia de pescadores de Campania, todos famosos por pescar una especie de calamar de manto rojo que solo se acercaba a la superficie durante la luna nueva. Cómo la falta de talento de su padre para atrapar al calamar fue la primera de las muchas cosas que condujeron al nacimiento de Sam.

Su madre no siguió con la historia.

—¿Quieres hablar? —preguntó.

Sam recogió la bolsa de la alfombra para llevársela al piso de arriba.

—No.

Bahía del Medio

Miel respondió la llamada creyendo que era Sam. Cuando terminaba su turno en la granja de los Bonner, la llamaba y nunca empezaba la conversación con un saludo. La oía responder y se lanzaba a contarle algo como que había visto a una mujer pasar corriendo por delante de la ferretería con dos periquitos, uno en cada hombro. O le preguntaba si se había fijado en que el rey de corazones era el único que no tenía bigote.

Era una de las pocas personas con las que Sam hablaba por teléfono, por miedo a que la línea le agudizara la voz que siempre se esforzaba por mantener grave.

Pero no era Sam. Era Ivy, y le pedía que fuera a su casa.

No se lo pidió. Solo lo dijo.

—Ven.

Miel se preguntó si la estaría llamando con el teléfono de marfil de princesa que había pertenecido a su abuela. Un teléfono tan antiguo que tenía un dial giratorio y una base plateada y que, según Sam, era algo que los compradores siempre querían ver cuando venían a negociar los precios de las calabazas. Carlie Zietlow, la chica con la que Miel compartía mesa en matemáticas, le había dicho que las Bonner se hacían fotos con él cada vez que se arreglaban; antes, cuando iban a bailes, y ahora, antes del encendido de las calabazas en el mes de octubre.

Había pasado una semana desde que se habían visto en el río. Se había acomodado en el alivio de que Ivy hubiese ignorado su oferta y se hubiera olvidado de ella.

La chica colgó con tanta delicadeza que apenas se escuchó un escueto chasquido.

La voz de Ivy se le quedó grabada en el oído como el susurro del mar atrapado en una concha. Las palabras habían sonado directas y sin tapujos, una niña que le pide a otra que salga a jugar. Sin embargo, también escondían el filo de algo seductor, como el azúcar

de piloncillo que Aracely derretía en el chocolate caliente. Miel se encogió al pensar en las veces que Sam escuchaba esa voz mientras se agachaba entre las enredaderas de los campos de los Bonner. También en esa palabra, creyó captar un poco de la misma tristeza. La voz de Ivy coincidía con la misma mirada vacía y húmeda que había tenido junto al río. Así que hizo lo que le dijo.

Si a nadie en el pueblo le hubiera importado lo que le ocurriera a Miel, todavía seguiría con los ojos desorbitados, escondida en la maleza donde había caído la vieja torre de agua, o en casa de Sam, con su madre preguntándose qué hacer con ella. Ir era lo mínimo que podía hacer, aunque las Bonner y la casa misma en la que vivían la asustaran. Las hermanas hablaban con tan poca gente fuera de esa casa que la petición de Ivy parecía un honor, y peligrosa de rechazar.

En comparación con la casa violeta en la que vivía con Aracely, con las tazas verdeazuladas y la mesa de cocina amarilla como un limón, la granja de los Bonner era de lo más pulcra y sosa. La pintura azul marino hacía relucir los adornos blancos. Los postigos estaban cerrados. Las cortinas de encaje de las ventanas tenían un aspecto envejecido, pero la señora Bonner las blanqueaba tan a menudo que nunca amarilleaban.

La puerta estaba abierta, solo la mosquitera cerrada. Parecía una invitación a entrar sin llamar al timbre.

Lo más extraño de la casa era la nevera de color verde menta de su madre, una antigüedad que, según Aracely, le había costado más dinero repararla que cambiarla por una nueva. El resto era mucho más apagado, incluso ordinario, comparado con las chicas y la propia granja. Las encimeras de la cocina eran de azulejos blancos. Los paños de cocina, arrugados y doblados, estaban apilados junto al fregadero. No había ningún naranja como el del pelo de las hermanas ni el de las calabazas de Cenicienta, puras y estriadas. Tampoco verde intenso, ni dorado, ni azul grisáceo, como los escasos puntos de color que salpicaban los campos.

La mirada de Miel avanzó por la planta baja hasta posarse en cuatro tonos de pelo rojo.

Las gringas bonitas. Las cuatro. Las Bonner se agrupaban alrededor de una mesa de comedor de madera. Redonda, no más grande de lo necesario para que cupieran los seis miembros de la familia o, como mucho, un par de invitados. Como si el señor y la señora Bonner supusieran que sus hijas nunca los abandonarían, o se irían y nunca volverían, que nunca traerían a sus maridos e hijos por Acción de Gracias o Navidad.

Chloe volvía a llevar los vaqueros pitillo, pero con un jersey de cuello alto que le cubría la clavícula llena de pecas. Lian se había recogido el pelo, mucho más oscuro que el del resto, pero todavía rojo, en un moño que empezaba a deshacerse. Tenía los codos apoyados en la mesa y una mano sobre la otra. Peyton trazaba con el dedo el cerco de una mancha de agua, con el pelo en una trenza muy parecida a la de Chloe, tanto que debía de habérsela hecho ella.

Ivy estaba junto a un aparador, con la cadera apoyada en un cajón. Todas miraban a Miel.

Todas la habían estado esperando.

—Ya no vas a matar las rosas —dijo Ivy.

Hasta ese momento, no se había fijado en el jarrón que había en el centro de la mesa. Se preguntó cómo era posible que no lo hubiera visto; era de un azul tan oscuro como la casa.

La manga del jersey le cubría la rosa más reciente, de un amarillo pálido como la llama de una vela. Aun así, Lian y Chloe le miraban la muñeca como si pudieran ver a través de la tela.

Apartó los ojos del jarrón y miró a las hermanas a la cara.

Se centró en Ivy.

—No hacen lo que creéis que hacen —dijo. Sus rosas, colocadas bajo una almohada, no harían que los chicos se enamoraran de las Bonner. No les devolverían lo que habían tenido antes de que el cuerpo de Chloe albergara otra vida.

—Ya no vas a matarlas —repitió Ivy y abrió un cajón del aparador. Pronunció todas las palabras con la misma calma y seguridad—. Cuando una crezca, nos la traerás.

Desprendía una calma que las envolvía como una sábana. Las Bonner estaban perdiendo su extraño poder, pero Ivy pensaba que las rosas las harían recuperarlo. Harían que los chicos que les interesaban se enamorasen de ellas. El pueblo entendería que las hermanas podían tener lo que quisieran, y esa certeza resonaría más alta que ningún rumor sobre Chloe.

Miel miró alrededor y se preguntó dónde estarían el señor y la señora Bonner. O no estaban en casa, o estaban arriba, o a las hermanas no les importaba. Si creían que sus hijas habían invitado a alguien a casa por una vez, a lo mejor habían querido mantenerse a distancia para no perturbar el extraño e incognoscible acto mediante el que nace la amistad femenina.

—No —dijo—. Son mías.

Las palabras sonaron mezquinas, pero eran ciertas. Las rosas le pertenecían. Cortarlas y ahogarlas era su ofrenda a la madre que las

había temido.

Chloe ladeó la cabeza. La trenza le rozó un lado del cuello y trazó la curva exterior de su pecho. Miel se preguntó si sus pechos estarían llenos y pesados y, de ser así, cuánto tardaría su cuerpo en darse cuenta de que no había ningún bebé, nadie que necesitara la leche.

Al final, Lian habló antes que Chloe.

—Seguro que te pone triste —dijo, de una forma que no fue ni lo bastante cálida para sonar amable ni lo bastante afilada para sonar cruel—. Lo que le pasó a tu madre.

A Miel se le empapó el cuello de sudor, como la noche en que había visto un lince en el bosque con Sam. Su pálido pelaje brillaba en la oscuridad y tenía el cuello marcado por bandas negras. Tenía los ojos del color de las venas amarillas oscuras del jaspe de los cañones. Dos mechones de pelo oscuro se curvaban en las puntas de sus orejas.

«No corras —le había dicho Sam—. Si lo haces, le enseñarás que eres menos que ella».

«Lo soy», había respondido Miel. El pelaje del lince, de color gris teñido de rojo y dorado, parecía una cortina de luz.

—No sabes nada de mi madre —dijo.

—Me han contado una historia de una mujer que vivía unos pueblos río arriba —dijo Chloe—. Una de las amigas de mi tía. Una anciana hablaba de una mujer que intentó matar a sus hijos y luego se suicidó.

—Eso no fue lo que pasó —replicó Miel. No fue así para nada.

—Dudo que la gente se lo crea si se enterase —dijo Chloe.

«Baja la cabeza —le había dicho Sam la noche que vieron al lince —. Y la mirada».

Miel lo había hecho; inclinó la barbilla hacia abajo, sin dejar de observar el rostro del lince. Todavía recordaba la sensación del sudor al humedecerle la parte baja de la espalda.

«Ahora retrocede —había dicho—. Despacio. No quieres que parezca que huyes».

«Estoy huyendo», había dicho ella.

Miel se encontró con la mirada de Chloe, se encogió de hombros y negó con la cabeza. «No sé de qué estás hablando», quería expresar. La mujer de la historia de la anciana podría haber sido cualquiera, la madre de cualquiera.

—Te pareces a ella —dijo Lian, sin malicia, sin provocación. Miel estuvo a punto de preguntar de dónde habían sacado una foto de su madre, si la tenían o si estaba pegada en el álbum de fotos de aquella anciana.

No preguntó. No obstante, detenerse les confirmó que tenían razón.

Una vacilación y ya era suya.

Miel no solo tenía los pétalos que creían que las haría volver a ser las hermanas Bonner. Había cometido el crimen de presenciar el fracaso de una de ellas cuando vio a Ivy con aquel chico aburrido y educado.

Peyton seguía trazando la marca de agua. No la miraba a los ojos. Claro que no se atrevía, después de todo lo que Sam había hecho por ella.

Miel trató de mover los pies, pero sentía los zapatos pesados como el cristal. La noche en que vieron al lince, Sam le había puesto la mano en el omóplato y la había guiado lejos de la línea de visión del animal. El calor de la palma de su mano le había atravesado la camisa y había creído que el dibujo de las flores rosadas se volvería oscuro como los arándanos mojados.

Sin embargo, ella no era tranquila, firme y lógica como Sam.

—¿No merece la pena? —preguntó Chloe—. ¿Para que nadie descubra las cosas terribles que hizo?

Pues claro que valía la pena. Si la gente contaba esas historias sobre su madre, su espíritu lo sentiría. Quedaría atormentado, lastrado por las mentiras. Su alma nunca encontraría descanso. Ya le pesaba tener una hija que había nacido con rosas en el cuerpo, una maldición que impulsaba a los niños con pétalos a volverse contra sus madres.

Por culpa de Miel y de las rosas que querían las Bonner, su madre sería culpada y calumniada. ¿Cuánto más daño iba a causarle a su alma?

Sin quererlo, se había convertido en todo lo que se temía que fuera una hija maldita por las rosas, una desgracia y una carga para su propia sangre.

Una brisa entró por la puerta con mosquitera y le agitó la falda. El dobladillo húmedo le rozó la parte posterior de las rodillas. Unas ráfagas de aire frío le subieron por las mangas y le refrescaron la herida de la que crecían las rosas; las sintió sólidas como cintas que la ataron en el sitio en la casa de los Bonner.

El cajón del aparador se cerró y la madera chirrió por un riel desgastado. No vio las tijeras hasta que Ivy se apartó la manga del jersey. El latón de las hojas tenía el barniz deslustrado y el mango brillaba por la grasa de las manos de las Bonner.

No tenía sentido.

Pensaban que Miel les devolvería lo que habían perdido. No entendían que la única manera habría sido que Chloe nunca se

hubiera ido. Chloe era un árbol arrancado y plantado de nuevo en un huerto; sus raíces y las raíces de todos los árboles cercanos se habían visto conmocionados por el vuelco de la tierra.

Aun así, no podía moverse. Se lo permitiría, porque eran las Bonner y todas la miraban. Los ojos de Ivy, de un gris que confería a su pelo rojo el aspecto de una eterna brasa caliente. Los de Lian, de un verde tan profundo como el rojo oscuro de su pelo. Los de Chloe y Peyton, ambos de un marrón que bajo ciertas luces parecía gris oscuro.

Porque juntos poseían una gravedad compartida que atraía a la casa azul marino todo lo que querían. Porque eran cuatro linces rojos brillantes y no podía escapar.

Ivy cortó el tallo.

El corte la atravesó, como si las espinas esperaran bajo su piel. Gritó durante un segundo antes de reprimir el sonido.

Recuperó las sensaciones. El dolor arrancó los lazos de aire frío que la ataban al suelo. Corrió mientras se sujetaba la muñeca contra el pecho. El tallo cortado le goteaba sangre en la manga del jersey, como una rama rota de jazmín estrella que suelta leche.

Abrió la mosquitera y dejó que se cerrara de golpe.

Entre las motas anaranjadas y blancas de las calabazas, había unos destellos de luz, como si el campo fuera de terciopelo oscuro salpicado de ópalo blanco.

Cuando sus ojos se ajustaron a la claridad, las vides y los puntitos de luz se agudizaron.

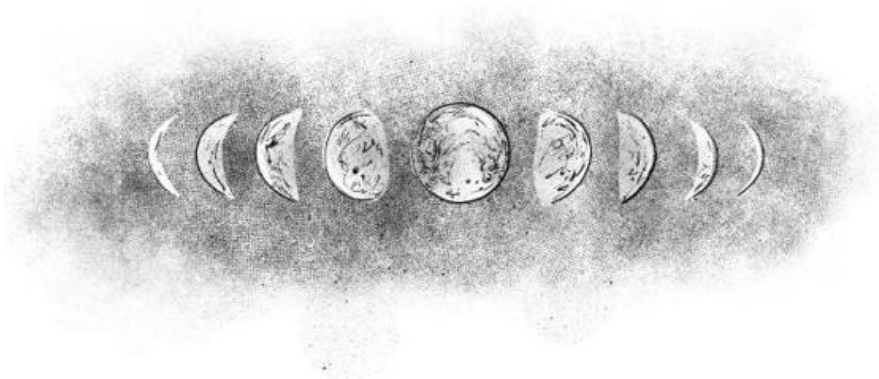
Cristal. Las calabazas se estaban convirtiendo en cristal. Todo lo que se arremolinaba alrededor de las Bonner se había escapado fuera de la casa. No se había acurrucado dentro de las habitaciones de las hermanas. No se había encerrado en sus armarios ni escondido en las baldas bajo sus jerséis.

Se había deslizado hasta allí y se había arrastrado por los campos de su familia, la tierra que heredarían. Se filtraba en las calabazas, de modo que cada una contenía una pequeña tormenta que la convertía en cristal. Las volvía frágiles, duras e inflexibles como el vínculo entre las cuatro chicas. Miel casi sentía cómo le rozaba el cuello como unos dedos hechos de aire frío. Si se quedaba quieta, se abriría paso dentro de ella. La volvería quebradiza.

La convertiría en cristal.

Corrió por el camino hacia la carretera y procuró mantenerse tan lejos de las calabazas como se lo permitía la extensión del terreno. El jersey se le pegaba a la piel y el escote festoneado de la camisa que llevaba debajo se le clavaba como si fueran dientes.

El dolor de la muñeca le recorrió el cuerpo, pero corrió, lo bastante rápido como para fingir que no veía las calabazas en los márgenes de los campos mientras se endurecían y se aclaraban, mientras brillaban con el tenue destello dorado del vidrio caliente.



Mar de los Vapores

Sam y su madre acababan de recoger la mesa después de cenar cuando llamó Aracely.

—¿Puedes venir a ayudarme? —dijo cuando Sam respondió.

Su madre estaba en la cocina con la sartén de hierro colado en el fuego para secarla y que no se oxidara.

Sam se apoyó el teléfono en el hombro y la miró con una pregunta silenciosa. «¿Te importa?». Tenían el acuerdo tácito de que, siempre que pidiera permiso para salir cuando su madre estuviera despierta, no haría comentarios de las veces que se escabullía para ver a Miel cuando estaba dormida.

«¿Has terminado los deberes de mates?», articuló.

Sam asintió.

Su madre apagó el fuego y asintió también.

—Claro —dijo Sam a Aracely.

—Bien. Porque estoy a tres segundos de estrangular a tu novia.

Colgó y lo dejó con la tarea de desentrañar lo poco que había dicho. Se le formó un nudo en la garganta al preguntarse si Aracely lo sabría. Suspiró aliviado cuando se dio cuenta de que, de hacerlo, no parecía querer matarlo. Luego se preguntó qué sería lo que la había puesto de tan mal humor como para querer cargarse a Miel.

Su madre le tiró una chaqueta. Se la puso de la que salía y siguió el camino de lunas que había puesto para Miel, un camino de luz entre sus casas.

Miel no curaba los corazones rotos. No tenía lo que ella llamaba *el don*, como Aracely. Sin embargo, a menudo ayudaba a la mujer, le pasaba cerillas y tarros de cristal con el tipo correcto de huevo. Salía a recoger limones en los árboles de fuera, con las cáscaras doradas salpicadas por la lluvia. Aracely no podía dejar preparadas esas cosas de antemano porque nunca sabía lo que le haría falta hasta que conocía el mal de amores que vivía dentro de un corazón roto.

Sam subió los escalones de la entrada y, como siempre, el color del

exterior le recordó a una pintura que había usado una vez. «Glicinia», se llamaba el tubo. Le había sonado a nombre de lugar, un sitio que sería a la vez hermoso y demasiado pequeño para salir en los mapas. Pero, cuando se lo preguntó a su madre, le dijo que era una flor, una enredadera que goteaba flores como carámbanos.

Aracely lo recibió en la puerta.

—Vigílala —dijo e inclinó la cabeza hacia el interior.

Miel estaba de pie con la espalda apoyada en la pared y los hombros encorvados. Sam se habría preguntado si Aracely le había gritado, pero nunca lo hacía frente a quienes venían a curarse el mal de amores.

Los tacones de la mujer repiquetearon en el suelo y Sam y Miel los siguieron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin levantar la voz.

Miel negó con la cabeza. «Ahora no».

Esa noche, Aracely atendía a un hombre. A veces, llamaba a Sam para que le pasara huevos, hierbas y el tipo de limón adecuado. Tener a un chico cerca hacía que los hombres se sintieran más cómodos. Ya les daba miedo tener las manos de Aracely en el pecho. Cuando además era una chica la que le pasaba huevos azules a Aracely, se ponían nerviosos, como si al ser dos fuera más probable que fueran brujas.

El hombre parecía un poco mayor que la mujer, quizá veintiocho o treinta años. Todo en él estaba pálido al contraste con las paredes oscuras de la habitación, del color de un níscalo azul. Llevaba cortadas las ondas del pelo rubio oscuro como el maíz seco. Vestía unos pantalones planchados, lo bastante bonitos para llevarlos a la iglesia, y un jersey gris de punto demasiado grueso para el tiempo que hacía, como si quisiera protegerse el corazón de lo que había pagado para que le hicieran.

Aracely pidió un huevo de Faverolles y Miel, sin apartar la vista de un trozo de pared añil, le pasó un huevo de Copper Maran. Sam se lo quitó de la mano y lo sustituyó por el huevo color crema que quería la *curandera*. Luego pidió una naranja sanguina y Miel cogió un limón lumia. Sam la detuvo.

Ese era el problema. La chica no prestaba atención.

—Lo siento —susurró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sam. Había sido ella quien le había enseñado a distinguir los tipos de huevos. En circunstancias normales, era capaz de ayudar a Aracely medio dormida. El único talento del chico era tranquilizar a los hombres.

Aracely rompió el huevo en una jarra de agua. Observaba cómo se extendía la yema, en forma de agujas como estelas de cometa o de una luz plena y espesa como el cordón del amanecer que perfilaba las colinas, para saber cómo se aferraba al hombre el mal de amores.

Frotó con hierbas y un huevo nuevo el cuerpo del hombre y le puso las manos en los hombros. Le presionó la parte superior de la caja torácica para palparle la piel. Con las manos, extrajo el mal de amores.

Aracely le había dicho que el mal de amores siempre se resistía a salir. Siempre que Sam la observaba, se fijaba en la tensión de su rostro cuando lo arrancaba, como si sacara un cubo lleno y pesado de un pozo.

No obstante, el hombre no fue distinto de cualquier otro visitante a la mesa de Aracely. Tenía el corazón hinchado y dolorido de amor no deseado. Se le agitaba en la caja torácica como un aleteo. Cuando Aracely lo sacara, tal vez volase por la habitación, correría hacia un armario o molestaría a los albaricoques del frutero. Entonces Miel abriría la ventana y las dos lo echarían fuera como a un pájaro que se hubiera colado en casa.

Solo que esa noche Aracely abrió las manos y Miel se olvidó de abrir la ventana. Se quedó de pie apoyada en la pared mientras miraba el suelo.

Sam saltó y levantó la hoja del alféizar. Se tensó y solo se relajó cuando dejó de oír los amores invisibles que rozaban las paredes y golpeaban los tarros de cristal.

Aracely llamó su atención y luego asintió en dirección a Miel y la puerta, para pedirle en silencio que la sacara de allí.

Miel captó el intercambió de miradas y se volvió hacia la puerta antes que él.

Salió de la habitación índigo y luego de la casa; se detuvo en los escalones de la entrada.

Sam la alcanzó.

—No lo sé —dijo Miel antes de darle tiempo a preguntar—. Tengo un mal día.

Cerró los ojos y volvió a negar con la cabeza.

Quería tocarla. Debería ser fácil. Sin embargo, desde aquella noche en su cama, dudaba antes de acercarle las manos, como si sus dedos y su piel estuvieran cargados con la estática de los días más secos. Antes habían sido como el cristal, y las pequeñas chispas cuando el antebrazo de Sam le rozaba el pecho o la mano de Miel se encontraba por accidente con el muslo de sus vaqueros, pasaban sin pena ni

gloria. Sin embargo, tocarse esa noche los había convertido en cobre y desde entonces sus cuerpos conducían calor hasta en los momentos más insignificantes. Cuando el brazo de él le tocaba la espalda. Cuando al preparar *sohan* en la cocina de la madre de Sam, se daban cuenta al mismo tiempo de que la llama bajo el azúcar y la miel estaba demasiado alta y ambos estiraban la mano para bajarla.

Ahora Miel se alejaba y las preguntas se le pegaban a la piel como los hilos de seda de una tela de araña. ¿Qué versión de él quería? ¿Sam, Samir, o un chico llamado Luna que el pueblo se había inventado?

¿Lo quería porque no se le había pasado al crecer o porque suponía que se le pasaría? ¿Cuánto tiempo podía quererla mientras fuera Sam, antes de crecer y convertirse en otra persona?

—Miel —llamó—. ¿Qué pasa?

—Estoy bien —dijo—. Estoy bien.

Lo besó, pero fue un beso rígido e incómodo que le recordó a la primera vez que se besaron de niños y ella posó los labios en los de él durante un tiempo no superior a un parpadeo.

Saboreó el trébol y el azúcar en sus labios, como la miel de salvia. Se la imaginó lamiendo un cuchillo cuando Aracely no miraba.

Miel entró y Sam escuchó el crujido amortiguado de las escaleras; luego vio que se encendía la lámpara de su habitación. La luz llenó la ventana y la sintió tan lejana e inalcanzable como la luna.

Bahía de la Verdad

Aracely había intentado inmunizar a Miel. A menudo, traía a casa calabazas Jarrahdale de corteza azul y Rouge Vif d'Etampes de naranja intenso, y la chica se escondía en el armario del pasillo. Después, Aracely le narraba lo que hacía desde la cocina. «La he abierto. Ahora voy a vaciarla. La he puesto en la olla». Aun así, Miel se quedaba en el armario, preocupada ante la posibilidad de que brotaran nuevas enredaderas del tallo cortado de la calabaza.

Era otra cosa por la que Aracely casi le había preguntado una decena de veces; abría la boca y luego dudaba. Por qué para Miel una calabaza no era solo una calabaza. Una pregunta que la mujer sabía que no debía pronunciar en voz alta. Esa vacilación siempre le indicaba a la chica que las palabras que iba a pronunciar eran más profundas que si les quedaban huevos azules o si había visto su jersey amarillo. Miel se preguntaba si algo que había cruzado su rostro le había mostrado a Aracely el hilo de miedo que llevaba dentro. «Por favor. Por favor, no hagas preguntas. Por favor, no lo arruines, no destruyas la vida que tengo contigo al obligarme a decírtelo».

Ahora, en el límite de la granja de los Bonner, se rodeaba con los brazos y se clavaba los dedos. La luz de la casa se derramaba sobre los campos y calentaba el suave gris de las calabazas Lumina. La visión de las cortezas envolvió a Miel en la sensación de que iban a aplastarla, de que les crecerían lianas con las que la atravesarían. Le robarían la vida para hacerse más grandes, mientras ella se volvería lo bastante pequeña para tragársela.

Había sido una estupidez ir allí y lo sabía. Era más de medianoche, una hora demasiado tardía para fingir que había ido a buscar a Sam, e incluso para mentir y pretender que quería ver a Lian o a Peyton.

Sin embargo, necesitaba ver las calabazas.

No había sido un delirio causado porque Ivy le cortase la rosa. Más calabazas se habían convertido en cristal. Constelaciones de ellas destellaban, pesadas y brillantes. La carne viva de unas pocas se había

convertido, como flores congeladas en hielo.

La pequeña tormenta que se había desatado entre las hermanas Bonner se había desbordado al exterior de la casa de su familia. Querían desplazarse para tratar de devolverle a Chloe el espacio que había ocupado, pero no eran capaces de asentarse en el lugar en el que habían estado antes de que se fuera. Todavía mantenían el poder compartido de ser las Bonner. Todavía era fuerte. Sin embargo, empezaba a convertirse en algo titubeante y dentado, y los campos lo reflejaban.

El aire de la noche la acarició. El frío la atravesó y en la voz hueca del viento escuchó el triste murmullo de su madre. Para los demás, sonaría como el aviso de una tormenta. Sin embargo, cuando Miel escuchaba, cuando cerraba los ojos y encontraba ese zumbido en el viento, oía a su madre, atrapada entre esa vida y marcharse.

Nunca oía a su padre. Ni siquiera recordaba si había muerto o si los había abandonado. Aunque ¿cómo iba a haberlos abandonado? Se aferró al pensamiento de cómo le envolvía la muñeca con una venda. Le decía que le dolía cuando se la apretaba demasiado y la voz tranquila de él le explicaba que tenía que estar apretada para que se curase. La leve consternación que mostraba cuando le miraba la herida y descubría que volvían a salirle hojas nuevas. «No te preocupes, *mija*, lo conseguiremos la próxima vez», le decía con seguridad, como si fuera posible hacer desaparecer las rosas.

Esos recuerdos representaban para Miel la certeza de que su padre no los había dejado, a pesar de estar mezclados con la sensación de no ser reales y pertenecer a alguna otra persona.

Eso la llevaba a la horrible posibilidad de que lo hubieran perdido. Dejaba a Miel con la tarea de adivinar cómo, de preguntarse si había sido culpa suya.

Con cada guiño de cristal que encontraba la luna, el canto de su madre sonaba un poco más agudo y más parecido a un débil sollozo.

El señor y la señora Bonner se darían cuenta. Si les preguntaban, sus hijas culparían a Miel. Chloe e Ivy les dirían a su madre y a su padre que no era solo una chica que había estado hecha de agua, sino que su madre había intentado matarla. Las hermanas que la mitad del pueblo tachaba de brujas la acusarían de lo mismo a ella, una chica malvada que el río había conservado y después soltado, que ahora había convertido sus campos en cristal.

Las mentiras en manos de las Bonner cortaban como mil pares de tijeras, de latón y oxidadas. Si difundían la historia, el alma de su madre nunca se libraría de ese peso. La perseguiría, se le clavaría y la

arrastraría. Su madre ya estaba demasiado cerca; la vigilaba y buscaba al hermano que Miel nunca volvería a ver.

Tenía que hacer lo que Ivy le había dicho. Tenía que esperar a que la próxima rosa creciera y floreciera, para luego dejar que las Bonner se la llevaran.

La pregunta de por qué las querían la atormentaba. Dudaba que fuera tan simple como hacer que los chicos se enamoraran de ellas. Ya sabían cómo hacer eso. Ni siquiera Chloe, con los meses transcurridos y los rumores que se le prendían al pelo como cintas, había perdido el resplandor en la piel.

No saber era lo peor. Si querían las rosas por un chico en particular o por todos. Si significaba que Ivy estaba empeñada en el chico que no había mostrado interés en el río o si una de sus hermanas se había decidido por uno de otro pueblo que nunca había oído hablar de las Bonner y no estaría preparado para su fuerza.

O Sam. Esa posibilidad también le susurraba. Trabajaba en la granja familiar. Ningún otro chico se había acercado tanto a ellas sin desearlas.

Miel se llevó la palma de la mano a la muñeca; el músculo todavía le dolía. Las palabras que no había encontrado cuando Ivy abrió aquellas tijeras le llenaron la boca.

—No —susurró a los campos—. No te llevarás esa parte de mí.

Si intentaban llevarse a Sam, haría todo lo posible para detenerlas, pero esa elección era de él. Esta era suya.

—No soy vuestro jardín —dijo, las palabras no más fuertes que el hilo de la voz de su madre que transportaba el viento—. No soy una de las vides de calabaza de vuestro padre. No sois dueñas de lo que cultivo.

El viento y el crepitar de las hojas y las vides le respondieron.

Los destellos del cristal se veían más apagados. En lugar de brillo, distinguió el gris crema de las calabazas Estrella y el verde azulado profundo de las Alas de otoño.

El viento y el hilo de voz de su madre se calmaron.

Era la primera vez que la visión de las calabazas, frescas y vivas, la reconfortaba. Se irguió frente a los campos en lugar de encogerse. Era una señal tan importante como la que le había dado su madre. Entre ellas, las calabazas eran un lenguaje tan claro como desconocido para el resto. Escuchar el lejano rumor de la voz de su madre era como recibir su bendición.

No lo haría. La próxima vez que tuviera una rosa completa en la muñeca, se mantendría lejos de las Bonner.

Una sensación de cansancio la invadió, agotamiento y alivio a partes iguales. Quería sumergirse en ella y desplomarse en la cama con la ropa puesta. No importaba que las hermanas pensaran amenazarla, no cedería. La decisión la había dejado agotada y lista para deslizarse bajo el brillo de las lunas de Sam.

Regresó a la casa violeta y encontró la luz encendida en la cocina.

Aracely estaba frente al calendario de pared, con el cinturón de la bata atado en un nudo medio desecho.

La miró y se fijó en su jersey y sus vaqueros, en que no llevaba camisón.

—¿Qué hacías fuera?

—¿Qué haces tú levantada? —preguntó Miel.

—Trato de recordar la última vez que vino Emma. —Estudió el calendario—. Creo que ya le toca.

Emma Owens, la mujer rubia y menuda que dirigía la secretaría de la escuela, se las arreglaba para que le rompieran el corazón al menos una vez cada dos meses. Se enamoraba de hombres que no llamaban, o de hombres que llamaban y ella espantaba con su gratitud y sus prisas. Con treinta y pocos años y empeñada en casarse antes de los treinta y cinco, acababa sollozando en la mesa de Aracely al menos una vez por estación.

Cada vez que le ponía las manos en la caja torácica, Aracely le decía a la señora Owens que tenía que ir con más calma, que el corazón adecuado encontraría el suyo, pero solo cuando ambos estuvieran preparados. Sin embargo, después de curarla y liberarla del amor no correspondido hacia algún comerciante de productos regionales o un contable, al poco de levantarse de la mesa ya tenía otra cita con otro hombre que oscilaba entre el interés y la indiferencia. Incluso con sus remilgadas chaquetas de punto abotonadas con perlas, era lo bastante guapa y lo bastante rubia como para pasar muy pocos viernes por la noche sola.

Miel se colocó al lado de Aracely.

—¿No te preocupa la frecuencia con la que viene?

—La primera regla de un negocio es no cuestionar nunca a un cliente habitual. Además, sé lo que hago.

—Un día le vas a arrancar todo el corazón.

—Me encantaría tener que explicar eso.

Miel extendió una mano como si resaltase un titular.

—«*Curandera* mata por accidente a una mujer local».

—Quita lo de «por accidente» —dijo Aracely—. Jamás se lo creerían.

—Una corrección de la portada del lunes. «La *bruja* lo hizo a propósito».

La mujer chasqueó la lengua y negó con la cabeza, como las *señoras* que chismorrean en el mercado.

—«Le arrancó el corazón del cuerpo a esa pobre mujer».

Miel la miró.

—Sabes que mis antepasados sabían hacerlo en menos de quince segundos, ¿verdad?

Aracely le enseñó las manos.

—No con esta manicura.

Miel sintió que el aire se asentaba entre las dos y la mujer se liberó de la irritación por tener que llamar a Sam.

—Lo siento —dijo—. Lo de antes. No volverá a ocurrir.

Aracely asintió, tanto por el calendario como por Miel.

—Lo sé.

Lago de la Muerte

Aracely lavaba un frasco de vidrio azul, cuyo interior se había quedado lechoso de usarlo para una cura del mal de amores. La mezcla de agua y huevo siempre se resistía a salir.

Miel estaba en la mesa amarilla de la cocina y hacía una pila de libros que necesitaba y otra de libros que no.

Sintió que la mujer la observaba incluso mientras fregaba el cristal.

—¿Vas a estudiar? —preguntó, con una voz que pretendía sonar a broma, pero que hizo que Miel se sonrojara en vez de reírse.

Aracely se había dado cuenta de lo que hacía cuando se metía los libros en la bolsa cada tarde, las tareas de clase que leía mientras esperaba a Sam.

—Asegúrate de darle tiempo a que termine de trabajar —dijo—. Tiene las manos llenas buscando alguna calabaza que cortar.

—¿De qué hablas? —preguntó Miel.

—El cristal. —Dejó el tarro en la rejilla de secado—. Se está extendiendo. Ahora, cuando corta la fruta de la parra, tiene que asegurarse de no romper nada.

Miel se lo imaginó atravesando los campos palpando en busca de tallos vivos y ásperos en lugar de cristales. Como un gato que camina por una estantería abarrotada sin tirar nada.

Sin embargo, pensar en los destellos de los campos todavía le provocaba un escalofrío en las costillas. Por supuesto que el señor Bonner haría que sus peones siguieran como si nada hubiera cambiado. Por supuesto que ignoraría los cristales y fingiría que no estaban allí. Mostraba la misma actitud ante la fuerza en la que se habían convertido sus hijas, como si todavía fueran niñas que se ponían lacitos en el pelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Aracely y le estudió el rostro—. ¿Sabes algo al respecto?

—No —dijo, un poco demasiado rápido. Fuera lo que fuera lo que ocurría entre las hermanas Bonner y fuera cual fuera la razón por la

que sus tierras lo sentían y lo reflejaban, no era asunto de Miel cuestionarlo ni su responsabilidad explicarlo.

Sam era lo único que la haría acercarse a la granja. No obstante, no dejó que las hermanas la vieran. Menos aún entonces, una semana después, cuando había ahogado la rosa blanca con pétalos de puntas verdes que le había crecido. La noche anterior, los pétalos se habían extendido mucho y mostrado un soplo de amarillo del centro, así que había cortado el tallo y dejado que el río se llevara la flor.

En los momentos en que se mentía a sí misma, se decía que lo hacía solo por Sam, porque quería verlo y tocar los lugares donde el sudor de la nuca le habría dejado el pelo un poco mojado. Porque quería besarlo cuando su boca siguiera fresca después de beber agua.

Todo eso era cierto. Sin embargo, en los momentos en que permitía que el resto de la verdad se le metiera dentro, sabía que quería que las hermanas Bonner la vieran. Quería que la vieran llevarse a Sam hacia el bosque y besarlo incluso antes de alcanzar las sombras de los árboles. Quería que le vieran la muñeca desnuda y que supieran que solo porque fueran las Bonner y porque hubieran conseguido a Hunter Cross, a Jerome Carter y a todos los demás chicos que habían querido, eso no significaba que fuera a entregarles aquello que su cuerpo cultivaba.

Si creían que necesitaban sus rosas, algo habían perdido. Eso le quitaba un poco del miedo de que descubrieran que quería a Sam y la empujaba a desear que supieran que no les pertenecía. Se pertenecía a sí mismo, a su madre y tal vez incluso a Miel, pero no a ellas. No era suyo, como tampoco lo eran las rosas de Miel.

Ese día lo encontró en el borde de los campos de calabazas y lo empujó debajo de un sicomoro lo bastante grande como para esconderlos a los dos. Durante unos minutos, antes de que Sam volviera al trabajo y Miel se marchase a terminar de leer o a recoger huevos de la granja de los Carlson, ese dosel de hojas, de color naranja y dorado en los bordes, pero todavía verde en el corazón, fue todo su mundo.

Lo arrinconó contra la corteza y lo besó con tanta fuerza que le escocía. Le rozó el pecho con la mano y, sin ser consciente, la extendió y abrió los dedos para apoyarlos en su camisa.

Solo se dio cuenta cuando el chico se estremeció y tensó los hombros más cerca del árbol.

—Lo siento —dijo, con la boca aún cerca de la de él—. Lo siento.

Ambos se quedaron quietos mientras respiraban largas bocanadas del aire húmedo y terroso del otoño, que arrastraba el olor intenso del

humo de las hojas que quemaban los agricultores.

Miel se obligó a apartar la mano. Trató de enviar la orden a sus dedos para que se movieran. Conocía muchas partes de su cuerpo, pero ese era un lugar que no había tocado. Su pecho se había aplastado contra ella cuando estaban en la cama, pero no lo había cartografiado con las manos.

Incluso con la camiseta interior que lo oprimía y, debajo de la camisa, lo volvía tan plano como cualquier otro chico, Miel nunca había puesto las manos ahí. Ni siquiera le había rozado con un dedo por debajo de la clavícula cuando hacían el tonto o coqueteaban. Era una parte de su cuerpo que no le gustaba que le recordaran y comprendió que sus manos eran el peor tipo de recordatorio.

Miró el reloj por él; siempre lo hacía, porque sabía que a Sam no le gustaba decirle que tenía que volver al trabajo.

—Llegas tarde —dijo.

La besó de nuevo, con fuerza, y sintió como si le hubiera dicho que lo olvidarían. Que la perdonaría. Ni siquiera eso. Lo dejaría pasar, como el accidente que había sido. Como cuando la abrazó y le clavó el borde de la hebilla del cinturón, o cuando ella, sin quererlo, le puso la mano en el cuello y lo arañó.

Cuando Sam se fue, Miel se recostó en el árbol, con las manos apoyadas en la corteza tras la espalda, y lo miró. Para ella siempre había sido Sam, el chico que le hacía lunas y cuya silueta había encontrado cientos de veces en una escalera de madera, con luz en las manos. No cambió cuando lo vio a través de la puerta del dormitorio que creía haber cerrado, pero cuyo pestillo a veces se escurría, cambiándose de ropa o vistiéndose después de la ducha. Fue la primera vez que vio esa parte de él que reprimía con la camiseta interior, o sus caderas, un poco más anchas y con una forma que no se distinguía a través de los vaqueros, pero que reconoció al llevar puestos solo los bóxers.

Nada había sido una sorpresa. Sabía lo que era, la tensión que suponía que, para cualquiera que no lo entendiera, había una contradicción entre cómo vivía y lo que tenía debajo de la ropa. Por qué tenía que llevar pantalones holgados para que nadie notara lo que tenía o no tenía.

Tenía el rostro más suave que los demás alumnos de clase, pero con el trabajo en la granja de los Bonner había desarrollado bastante musculatura en la espalda y los hombros como para parecer un poco más ancho que antes. Los demás casi habían dejado de llamarlo chica, algo que decían con otra intención, algo que decían sin saber lo que

decían.

Por lo poco que sabía Miel y lo poco que su madre había estado dispuesta a decirle, era algo que Sam pensaba que se le pasaría.

No parecía darse cuenta de que cada vez se afianzaba más.

Recorrió el camino mientras las puntas de las hojas húmedas y caídas le rozaban los tobillos.

Una franja de cobre salió del bosque, como una rama cubierta de hojas que se desprenden.

Ivy Bonner se detuvo delante de ella a observarla.

—Quiero enseñarte algo —dijo. Sin saludar, sin rodeos. Ni siquiera una mirada a la muñeca desnuda de Miel.

Podría haber seguido su camino, pero ignorarla le habría parecido una provocación. Quedarse callada y no decirle que no le había costado la rosa amarilla como una vela.

—¿El qué? —preguntó.

—Si pudiera contártelo, no necesitaría enseñártelo —dijo, como si fuera un secreto que compartes con una niña, en lugar de con la seducción y la inclinación del cuello que a las Bonner les gustaba usar tanto con los chicos como con otras chicas.

Miel miró hacia la carretera por encima del hombro. Echar a correr sería tanto una admisión de que tenía miedo como una forma de empeorar la situación.

—¿Quieres relajarte? —dijo Ivy—. No estoy enfadada.

—¿No lo estás? —preguntó, y odió la deferencia en su propia voz.

—Nunca me enfado —explicó—. Nadie debería hacerlo. ¿De qué sirve?

Sonaba igual que la madre de Sam y se preguntó si lo habría aprendido de ella. Incluso las Bonner tenían que saber apreciar la elegancia de las camisas blancas planchadas de Yasmin, su grueso delineador de ojos y sus grandes joyas de cuarzo y jaspe. Les había dado clases particulares algunas veces, no todas las semanas como con los hijos de otras familias, sino cuando la señora Bonner estaba muy resfriada y se retrasaban con el plan de estudios.

—Tú sí lo estás —dijo Ivy.

—No, no lo estoy.

—Claro que sí. Sientes que te he quitado algo sin darte nada a cambio.

El recuerdo de las tijeras sin brillo en las manos de la chica hizo que se agarrara el antebrazo.

No se trataba de que no le hubiera dado nada. No se trataba de que sus hermanas y ella no dejaran de mirarla y atacarla con el hechizo

adormecedor de sus cuatro pares de ojos, para que no se diera cuenta de lo que iban a llevarse hasta escuchar el chasquido de las hojas de latón.

—Por eso quiero mostrarte algo que nadie más ha visto —dijo Ivy—. Algo que no le he mostrado a nadie.

Un pálpito en la caja torácica le gritó que corriera. Sin embargo, otra corriente en su interior la empujó a seguir a Ivy. Tanto porque sentía un poco de curiosidad, como porque cuando una Bonner te ofrecía un secreto, sería tonto y antagónico rechazarlo. Una vez, Lian Bonner celebró una fiesta de cumpleaños, una de las pocas a las que habían invitado a alguien que no fuera de la familia. Lian oyó a Elise Shanholt llamarlas espeluznantes y decir que no se acercaría a menos de un kilómetro de su casa, que no iría a la fiesta ni aunque el guapísimo hermano mayor de Nate Stuart le pidiera que fuera su acompañante.

Así que Ivy y Peyton le robaron el gato, un precioso atigrado naranja tan grande como un mapache. Lo acariciaban, le daban nata que ellas mismas preparaban y se reían cuando una dosis de hierba gatera lo hacía perseguirse la cola. Elise no tardó en descubrir quién se lo había llevado, pero cuando fue a buscarlo, el animal protestó, la arañó y no quiso acompañarla. Se alejó de ella, se restregó en las piernas de Ivy y saltó al regazo de Lian. Los padres de Elise dijeron que le conseguirían otro gato, que las Bonner lo habían cuidado bien y que no era culpa suya que se hubiera encariñado con ellas.

Miel recordaba cómo Elise había llorado por los pasillos durante una semana entera. Incluso sus padres habían defendido a las Bonner. El gato vagó por la granja hasta que murió la primavera pasada; siempre corría para saludar a las chicas que lo habían robado.

Si Miel rechazara el regalo de Ivy y le diera la espalda, sería una declaración de guerra. La chica de la casa violeta contra las hermanas de la azul marino.

Así que fue con Ivy.

Cuanto más se adentraban en los bosques dorados y anaranjados, más oscilaba entre el miedo y la excitación. Supuso que esa era la emoción que provocaban las hermanas en los chicos que las amaban. Nunca sabían en qué momentos sentirse eufóricos y en cuáles aterrados. El tiempo durante el que una Bonner los quería podía ser corto y repentino como la explosión de unos fuegos artificiales, o largo y descontrolado; nunca sabían qué esperar. La decepción podía ser suave o brutal y nunca sabían cuál.

Solo unas pocas columnas de luz se colaban entre los árboles. Sin

embargo, en esa época del año, los árboles eran su propia luz, ámbar, coral y color mantequilla. Ivy se detuvo en una arboleda que era casi toda amarilla, el dorado puro de los álamos, los abedules y los tuliperos.

Había una gran caja en el suelo, larga y ancha como el estuche de un florista o un ataúd, con los lados, la tapa e incluso el suelo hechos de vidrieras de colores. La habían depositado sobre la base en la que descansaría un cuerpo, como si en cualquier momento la caja entera fuera a hundirse en el suelo y convertirse en una tumba. Espirales de color rojo intenso y violeta cruzaban los paneles. Regueros de estrellas lechosas brillaban sobre un campo azul oscuro y verde. Ni siquiera las largas grietas que atravesaban los planetas y las constelaciones le restaban belleza.

—Así que es cierto —dijo Miel.

—A medias. —dijo Ivy—. No nos hace guapas, si es lo que te preguntas.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Nunca sabría de dónde habían sacado las vidrieras las Bonner, ni qué generación las había conseguido. Tal vez la habían comprado, trocado o robado. Aunque a las mujeres Bonner jamás les había hecho falta robar nada con sus propias manos. Por lo que Miel había oído, los lotes de hermosas hermanas relucían en esa familia como micas en la arena. Por eso, el señor Bonner se sentía igual de aterrado de sus hijas de lo que lo había estado de sus hermanas y sus tías; por eso la señora Bonner se sentía desconcertada por la familia de su marido, por todas esas mujeres con el pelo de fuego.

Lo único que habrían tenido que hacer habría sido agitar el suave abanico de sus pestañas de color dorado rojizo para que los hombres arrancaran los brillantes paneles de cristal de las ventanas de sus propias iglesias. Con solo vislumbrar sus hombros blancos como la nata, esos mismos hombres les habrían entregado las vidrieras como si fueran cajas de caramelos. Miel las imaginó coqueteando con metalúrgicos, que no les habrían cobrado nada por unir los paneles sueltos para formar la caja y rematar las esquinas y los bordes con latón rosa.

—Estuvo oculto durante años —dijo Ivy—. Las enredaderas y las hojas prácticamente lo enterraron. —Dibujó un semicírculo alrededor de la vidriera y Miel sintió la inquietud de que, si de algún modo encontraba manchas o huellas de dedos, la chica la haría responsable —. Mis padres no querían que lo supiéramos. Fingieron que solo era un rumor. Pero lo encontramos.

Cuando Ivy dijo que le enseñaría algo que no había mostrado a nadie, se había referido a nadie, excepto a sus hermanas. No había sido una mentira, pues las Bonner estaban tan unidas como las células de un mismo organismo y casi respiraban juntas, solo la certeza de que no tenía secretos con sus hermanas.

—Bueno, Chloe y yo lo encontramos —dijo—. Pero entre todas lo limpiamos.

—¿Por qué? —preguntó Miel.

Ivy se detuvo y contrajo el rostro en una sonrisa como si Miel fuera un poco corta.

—Porque es nuestro —dijo—. Todo el mundo debería cuidar lo que es suyo.

Captó el movimiento de dos sombras, aunque todavía no distinguía las formas. Solo percibió cómo pasaban por debajo de los árboles, como el minuto antes de ver al lince con Sam.

—Me sorprende que no lo sepas ya —dijo Ivy.

Se volvió a mirarla.

—¿Saber qué?

—Que las cosas son más fáciles cuando le das a la gente lo que quiere.

Sintió que el par de sombras se acercaba. En el momento en que volvió a mirar hacia los árboles, Ivy la agarró. Trató de zafarse de su agarre, pero notaba sus dedos calientes en las muñecas. Cuando le apretó el lugar donde Miel acababa de cortar una rosa, el dolor le recorrió por todo el brazo.

Intentó soltarse, pero entonces todo se volvió naranja y rojo; no solo Ivy, sino el cabello castaño suelto de Lian y el naranja apagado de los rizos de Peyton. Cuando las manos de todas cayeron sobre ella, supo que era cierto, que eran un único animal repartido en varios cuerpos. Cuando se liberaba de un par de dedos, otro la agarraba. Cuando se lanzaba contra una, otra tiraba de ella hacia atrás para que perdiera fuerza y no llegara a golpear nada.

Ivy abrió la tapa del ataúd de cristal y obligaron a Miel a entrar. Las rodillas fueron las primeras en chocar y el impacto le repercutió en la muñeca. Se desplomó de lado y todas las manos le empujaron los miembros entre las paredes para que Ivy pudiera cerrar la tapa.

Se dio la vuelta y levantó las manos para impedir que se cerrara, pero el peso la hizo caer y el sonido de un pestillo resonó en el cristal.

Empujó la tapa hacia arriba. No se movió. Lanzó el peso del cuerpo contra el panel. Permaneció en su sitio, sellado.

El pestillo no se abría desde el interior. Aporreó la tapa.

Las paredes apenas le dejaban espacio para mover el cuerpo. Intentó dar un golpe con el hombro en un lado y luego en la tapa. Intentó empujar los paneles y apuntó a los lugares donde las largas grietas cortaban los patrones. Pero las grietas, incluso las largas, eran poco profundas y no cedían; estaba atrapada como una polilla en un tarro mortal. Solo la fría brisa que se colaba por algunos agujeros en el cristal le permitía respirar.

Un movimiento al otro lado de la vidriera la hizo volver la cabeza.

Los brillantes árboles otoñales y el color de los cristales le nublaron la vista, pero le pareció distinguir el cabello cobrizo de Ivy que se desvanecía. Peyton y Lian se quedaron; el naranja y el castaño de sus cabellos inmóviles. Dejaron los pálidos brazos relajados a los lados mientras montaban guardia.

Miel intentó gritar, pero había tan poco aire que el calor y las paredes le robaron el sonido de la garganta. Intentó aferrarse a algo que le permitiera respirar. El olor de la piel y el pelo de Sam.

Cómo Aracely acababa de pintarse las uñas con un esmalte de color ciruela y la punta de plata, o cómo se ponía su pulsera de alejandrita, que brillaba con el mismo púrpura pálido de las hortensias.

Las tejas de la casa de Sam, variadas como los granos de una mazorca de maíz. Azul pizarra y amarillo intenso. Rosa apagado y violeta del atardecer. Pensó en las hileras de piedras, colocadas en la hierba, que conducían a la puerta de la casa.

A pesar de todo, solo olía la sal de su piel húmeda. Pensar en las uñas de Aracely o en las tejas le recordó a los colores de la vidriera. Le arrancaba el aliento. La sometía.

Mar Austral

Esa tarde, Sam se cruzó con Lian en el camino de ladrillos que llevaba a la puerta de los Bonner.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Creo que deberías irte a la mierda —dijo y se dio la vuelta tan deprisa que su pelo lo abanicó como un ala.

«Vete a la mierda». A veces, variaba con un «vete a tomar por el culo». Siempre la misma respuesta, clásica y atemporal como la sombra de ojos de color musgo que todas las hermanas compartían.

Se encogió de hombros.

—Quería asegurarme —dijo.

Sam tenía la distinción de ser la única persona del pueblo con la que Lian Bonner era grosera. Se lo tomaba como un cumplido y cada pocos meses se lo ponía en bandeja.

Cuando las Bonner iban al mismo colegio que Sam y Miel, todos pensaban que Lian era más obtusa que un trozo de cobre. Decían que solo aprobaba porque sus hermanas le hacían los deberes y, como era complaciente y dócil, la jefatura de la escuela no se atrevía a suspenderla. Los profesores nunca le hacían preguntas, ni le pedían que leyera en voz alta, ni que escribiera en la pizarra. A veces, si el alumnado se sentía valiente y se aseguraba de que ninguna de las Bonner andaba cerca, se burlaban de ella y decían que la razón por la que su pelo era el más oscuro de las cuatro era porque todas sus hermanas eran mucho más brillantes.

Sin embargo, Sam era más listo. Incluso cuando empezaron las bromas de que habían empezado a estudiar en casa porque la única profesora que aprobaría a Lian sería su madre, Sam fue más listo.

También sabía que no debía presionarla. Así que cuando Lian lo mandaba a la mierda, la dejaba en paz.

Era la segunda hermana Bonner a la que cabreaba en un día. Tenía que ser un récord. Aunque toda la familia estaba en vilo, nerviosa por los cristales que se extendían por sus campos y los rumores sobre su

quebradiza cosecha. Esa tarde, el señor Bonner, un hombre blanco como las barras de pan en fundas de plástico de la tienda de comestibles, le había gritado por primera vez desde que había empezado a trabajar en la granja. Sam se había sobresaltado, pero lo achacó a cómo, cada mañana, los Bonner se despertaban y descubrían que más calabazas se habían vuelto duras y brillantes, que el rocío cubría cristales.

Antes, en el instituto, había visto a las Bonner alrededor de la mesa de la señora Owens y se habían comportado como si siguieran matriculadas. La señora Owens, una mujer joven y guapa, aunque huesuda y muy pálida, dirigía la oficina de administración y tenía unas manchas de rímel casi permanentes alrededor de los ojos. Parecía que siempre estaba llorando en un pañuelo de flecos, pero sabía por experiencia que, si le preguntaba qué le pasaba, solo afirmaría con insistencia que se debía a la alergia y le diría que se ocupase de sus propios asuntos.

Ese día, las hermanas Bonner, todas ellas, aunque Chloe ya se había graduado y el resto estudiaba en casa, se habían apiñado alrededor de la mesa de la señora Owens. Ni siquiera delante, sino detrás, junto a la mujer; habían compartido las sillas vacías tras la mesa y le susurraban mientras la mujer asentía. Su delgada cola de caballo se balanceaba lo suficiente como para reflejar las luces de los fluorescentes. ¿Qué le estarían haciendo a esa pobre mujer?

Cuando las cuatro se fueron, Sam había pillado a Peyton en el pasillo.

—¿No es un poco mayor para ti? —preguntó.

Por un segundo, Peyton lo miró aterrada, como siempre que se hacía cualquier mención al hecho de que le gustaban las chicas y no los chicos. Abrió tanto los ojos que Sam distinguió un hilo de blanco alrededor de cada iris.

Después, lo miró con desprecio y se marchó con sus hermanas.

Sam debería haber sabido que no le convenía contrariar a nadie a quien no fuera imprescindible hacerlo. En el pueblo, era demasiado moreno para mezclarse con los chicos de pelo claro que se agolpaban en las aulas.

Algunos de los chicos rubios, con la piel tan rosada que el cuello se les ponía rojo incluso en invierno, le decían que se volviera a su casa; le había costado una semana del primer curso darse cuenta de que no se referían a la casa de baldosas brillantes donde vivía con su madre.

Los hijos de los campesinos suponían que se creía mejor que ellos y no sabía cómo hacerles cambiar de opinión sin demostrarles su punto

de vista. Ser amigo de Miel no cambió nada a sus ojos. Su sangre los remontaba a las mismas partes del mundo, pero sus abuelas les habían enseñado a mantenerse alejados de las chicas a las que les creciera en el cuerpo algo más que pelo y piel, a menos que fueran santas.

Después de su turno, se fue a casa; el aire empezaba a enfriarse y el cielo pasaba del gris azulado de las calabazas Jarrahdale a un azul profundo y claro que hacía que las nubes parecieran pintadas con esponja.

De camino, siempre pasaba por casa de Miel. Aquel lugar se había convertido en un hogar para él, casi tanto como el suyo propio.

Miel no había encendido la lámpara de su habitación, pero había luz en la ventana de la cocina. Al pasar, no encontró el pelo oscuro de la chica, abundante y desordenado, sino el de Aracely, rubio y peinado.

La mujer estaba junto al fregadero de la cocina. Se llevó las manos mojadas a la cabeza y se recogió el pelo en un moño que sujetó con el mango de una cuchara.

Tal vez acostarse con Miel había hecho que el mundo de Sam se volviera un poco más definido. Ya había sentido que las cáscaras de las calabazas estaban más frías al tocarlas. Que el pelo de Miel olía a los limones cortados por la lluvia que Aracely la enviaba a buscar.

Tal vez ya nada le pasaba desapercibido; tal vez por eso, cuando vio a Aracely, sintió como si las uñas de una mano se le clavaran en la parte superior del brazo. Sus rasgos lo impactaron como nunca lo habían hecho, cada uno a su manera.

Tenía la nariz más larga y estrecha que la de Miel, con el puente más fino, pero la misma inclinación. Las dos tenían la misma línea suave en el labio superior. Sin arco. Sus ojos eran de diferentes tonos de miel. Los de Aracely, casi negros como el trigo sarraceno y los de Miel, del dorado del azahar o del eucalipto. Aun así, eran grados del mismo color.

Esos detalles jamás habrían bastado para que un extraño se preguntara si las dos eran parientes. Sin embargo, para Sam, destacaban nítidos como estrellas de invierno.

Lago del Miedo

Miel tenía algunos recuerdos que no eran más que hilos sueltos, deshilachados de tanto repasarlos. Encerrados en las paredes de cristal, se desplegaron y extendieron con valentía en el poco espacio que tenían para llenar. El aire entre las paredes, caliente por el aliento de Miel, les dio vida y sangre.

Cerró los ojos para dejar de ver los colores de las vidrieras, pero, cuando lo hizo, aquella noche volvió a ella.

Siguiendo el consejo de una anciana de su iglesia, la madre de Miel había ido a los campos de calabazas y había vaciado la más grande que había encontrado. Una de color blanco crema, tan ancha como el espacio bajo una silla. Había dejado el tallo fijado a la enredadera y la parte superior cortada aferrada a él para que, cuando la volviera a colocar, la calabaza siguiera ligada a la tierra. Cuando la cáscara estuvo limpia de semillas y vides, y el interior tan vacío que estaba húmedo en lugar de mojado, obligó a Miel a entrar.

Recordaba gritar y rogarle a su madre que no la obligara. Cuando la encerró dentro, golpeó con las manos el caparazón para intentar romperlo. Lloró y llamó a su madre. Oyó a Leandro suplicarle que la dejara salir. Incluso intentó abrir la tapa antes de que su madre le diera un azote en la mano y le dijera que parase, si no quería que su hermana se curara.

No recordaba haber llamado a su padre. Ya no debía de estar.

Las *señoras* habían creído que meter a Miel en la calabaza y dejarla allí toda la noche funcionaría. Habían creído que, si la acercaban a la tierra, se llevaría la rosa. La reclamaría. Se marchitaría y se le caería de la muñeca; pasaría a formar parte de la tierra.

Miel recordaba haber acabado agotada y con tanto frío y sed que se quedó dormida. Por la mañana, recordaba los trozos de luz gris cuando su madre había abierto la tapa. La tristeza y la decepción en su cara al ver la rosa aplastada que seguía en la muñeca de su hija.

Recordaba haber escuchado los consejos del cura y su tono

moralizador. El miedo que le recorrió el cuerpo cuando se dio cuenta de lo que vendría después.

Una ráfaga de aire frío atravesó el ataúd de cristal. Le rodeó el cuello y se coló entre sus labios a medio abrir; Miel respiró como si acabase de salir del agua.

Abrió los ojos.

Peyton se inclinaba sobre ella y sujetaba el borde de latón rosa de la tapa.

Se incorporó, sobresaltada al no encontrar ni una vidriera ni la cáscara de una calabaza que la detuviera. Se llevó las manos al pecho; el aire fresco le picaba.

Miró alrededor. Solo encontró el amarillo limpio de las finas hojas del carpe y las hojas de abanico del gingko, ni rastro del cobre del pelo de Ivy ni del casi granate de Lian.

Peyton se cernió sobre ella y sus rizos de hierro casi la rozaron.

—No te iba a dejar salir todavía —dijo—. Tuvimos que pedírselo.

Miel salió a duras penas del ataúd de cristal mientras recuperaba el aliento, demasiado inestable para sostenerse en pie. Todavía de rodillas y con las manos en el suelo, la miró.

—¿Qué quieres? ¿Que te dé las gracias?

La mueca de Peyton fue apenas visible. Se preguntó si la culpa que sentía se debía a que era la mejor amiga de Sam y el chico la había ayudado mucho. Peyton recorría el camino de vuelta a la granja de sus padres todos los jueves por la noche con marcas en el cuello que a menudo eran tanto de carmín como de chupetones. Miel lo sabía porque Sam la había encubierto desde que Chloe se marchó; decía que la ayudaba con los deberes de mates, cosa que todo el mundo, excepto el señor y la señora Bonner, sabía que era absurdo. Sam tardaba una hora en escribir redacciones que a Miel le llevaban una semana, pero si no estudiaban juntos para los exámenes de mates, él no aprobaba.

A menudo pensaba que, por suerte, Peyton era una Bonner de la que no tenía que preocuparse. Era un par de años más joven que Miel y Sam y no le interesaba nadie que no fuera al menos tan guapa como ella. Eso incluía a Jenna Shelby o, a veces, cuando no se hablaba con Jenna, a Liberty Hazelton.

Sin embargo, en ese momento la asustaba más que Ivy. Tenía una mirada culpable y pasiva a la vez, como si fuera a disculparse por sus hermanas y, en el segundo siguiente, salir corriendo para alcanzar sus sombras.

—Cuesta respirar ahí dentro, ¿verdad? —preguntó mientras se cruzaba de brazos y se abrazaba los codos—. Hay agujeritos que

permiten que entre el aire, pero sigue siendo difícil.

El aire en la garganta de Miel se volvió caliente y amargo, como el té que Aracely le hacía beber cuando tenía fiebre. Ivy le había dicho que solo era un rumor que el ataúd de cristal las volviera guapas. Sin embargo, era posible que aquellas paredes de cristal brillante las convirtieran en las hermanas Bonner. Quizá habían metido a Peyton dentro cuando se dieron cuenta de que dejaba marcas de brillo de labios en los jerséis de otras chicas. Tal vez la habían dejado salir cuando se dieron cuenta de que siempre las antepondría a cualquier otra persona, chico o chica, y que las chicas que le gustaban eran tan prescindibles para ella como los chicos para las demás.

Miel se agarró al borde del cristal para levantarse.

—¿Te han metido ahí dentro? —preguntó—. No pueden hacer eso. Deberías decírselo a tus padres.

—Todas lo hacemos —dijo Peyton—. Depende de quién lo necesite.

La mirada de la chica era tranquila, pero no fría, no mostraba miedo, pero tampoco desafío.

No temía a sus hermanas, aunque la hubieran encerrado en el ataúd de cristal. Aunque le hubieran enseñado a hacerles lo mismo a ellas.

—Haz lo que queremos —dijo—. Haz lo que queremos o siempre te obligaremos.

El tono con el que habló, como si fuera a la vez ella misma y una célula de ese cuerpo que formaban todas las Bonner, la hizo sentir la misma claustrofobia que dentro de las paredes de cristal.

—¿Es una amenaza? —preguntó Miel.

—No. Es un consejo.

Peyton se marchó y sus rizos ondulaban como serpentinas; Miel no la siguió. Buscó la manera de salir del bosque y corrió hasta que los árboles se convirtieron en una mancha de escarlata, cobre y amarillo. Cuando encontró un lugar en el que los árboles se espaciaban para dejar paso al campo abierto, respiró hondo; dio un grito ahogado cuando oyó un cristal romperse bajo sus pies y los fragmentos le arañaron los tobillos.

Miró alrededor, con la respiración entrecortada en el fondo de la garganta. Estaba en el otro extremo de la granja de los Bonner. Sus pasos apresurados habían destrozado algunas de las calabazas de cristal. Las más grandes se habían abierto y se balanceaban sobre los lados. Las más pequeñas se habían roto en pedazos que rodeaban el lugar donde habían estado.

Los pasos de Miel, al quebrar el cristal de las calabazas, habían

liberado en el aire todo lo que guardaban, la tormenta que las Bonner no habían conseguido esconder en sus cajones. Casi olía las paletas de sombras de ojos y colorete que se pasaban unas a otras, las camisas que se prestaban con tanta frecuencia que olvidaban a quién pertenecían. El aroma le resultaba amargo, como el humo del fuego salvaje que enrojecía el sol y convertía el aire en ceniza.

Algunas calabazas brillaban como si estuvieran mojadas. Tenían unos colores tan intensos que al principio creyó que eran las cáscaras nudosas y casi negras que se venden en el supermercado como Marina di Chioggia o Musquée de Provence.

Sin embargo, no todas eran de color verde intenso. Algunas eran rojas, como el ancho planeta de la tapa del ataúd. Otras eran violetas y azules como el cielo, o de un blanco puro como las salpicaduras de estrellas.

Y todas eran de cristal, lisas, brillantes y frías.

Daba igual que Miel susurrara o gritara, todas eran de cristal.

Lago de la Soledad

No podía moverse. En el bosque, la esperaba el ataúd de cristal. Delante, las calabazas de vidrio como joyas preciosas y también carnosas como la que la había atrapado años atrás la inmovilizaban y le impedían correr. No era capaz de cruzar las hileras de cristal.

Miel se hundió en el suelo, en un parche de tierra que no estaba cubierto de cristales rotos. Encogió las rodillas y se agarró los tobillos con la intención de ocupar el espacio justo para no tocar las enredaderas ni las calabazas ni los fragmentos que sus propios pasos habían causado. Aun así, unos cuantos trozos de cristal roto se aplastaron bajo sus pies y los hundió con los talones en la dura tierra.

El mundo estaba hecho de todo lo que quería absorberla y hacerla desaparecer.

Todo era ruido. Los gritos de su madre. Las llamadas de su hermano. Sin embargo, el aire estaba quieto y frío; no había viento ni rastro del susurro de su madre.

Se llevó los dedos a las sienes y las apretó con fuerza mientras esperaba que los espacios en su interior se silenciaran.

—¿Miel? —La voz de Sam se abrió paso entre todos los ecos.

Sus pasos habían sido tan silenciosos que ni siquiera había oído el vidrio molido bajo sus zapatos.

Levantó la vista.

Sostenía una de sus lunas, con los rasgos de Palus Somni y Sinus Iridum pintados en un antiguo globo de cristal. Sobre el hombro le colgaba el fino cable que pasaría desapercibido una vez lo cortara para colgarla. Se preguntó dónde habría colocado la escalera de madera. Colgaba las lunas en cualquier lugar que se le antojara y el pueblo se lo permitía en casi todas partes. Decían que la luz de sus lunas era mucho más cercana y estable que la del cielo y que alejaba las pesadillas de sus hijos. Cuando los niños se ponían enfermos, lo llamaban y él enganchaba lunas en las ramas delante de sus casas.

Sam se agachó a su lado y se colocó la luna debajo del brazo; ahora

su peso sí aplastó el cristal del suelo, pero no se sobresaltó, ni se apartó.

—¿Qué ha pasado?

Miel miró detrás de él y negó con la cabeza hacia los campos de calabazas y los rastros de cristales rotos.

Sam les echó un vistazo rápido y luego le devolvió la mirada, sin entenderlo. Debió de pensar que se trataba del miedo de siempre a todo lo que crecía en las vides.

Sin embargo, el brillo del cristal volvió a atraer su atención. Volvió a mirar con más interés. Paseó la mirada por el grupo de calabazas de cristal, el rojo intenso, el violeta, el azul oscuro y el verde. Reconsideró esas joyas que había tenido que esquivar mientras cortaba la fruta de las enredaderas.

La miró de nuevo.

—Tú no has hecho eso —dijo—. No es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad?

Sam era tonto. Era tonto y amable, y siempre se preocupaba porque culpasen a Miel de las cosas. Sabía que a las únicas personas del pueblo a las que llamaban brujas con más frecuencia que a las Bonner era a Aracely y a Miel. Cuando alguien iba a la casa violeta para culparlas porque había llovido mucho o muy poco, o porque había un brote de tos fuerte en la escuela primaria, su madre era la primera en decirles que se largasen. Luego Sam era el primero en decirles que, si no lo hacían, arrancaría todas las lunas del pueblo.

Tanto Miel como Aracely sabían que no lo haría. Nunca destruiría nada que ayudaba a dormir a los niños del pueblo. Sin embargo, era un chico de piel oscura, una oscuridad que no sabían ubicar, así que, cuando los amenazaba, le creían.

Sam y su madre tenían razón al defender a Aracely. No obstante, deberían haber dejado que el pueblo hiciera lo que quisiera con Miel.

Era culpa suya que Leandro estuviera muerto. Era culpa suya que su madre estuviera muerta.

Sam le tendió la mano, despacio, como el vaivén de los árboles.

—Vámonos a casa, ¿vale? —dijo.

Le tocó la manga y ella apartó el brazo; su piel gritaba todo lo que no era capaz decir.

«Por favor, no me toques».

«Por favor, no me dejes».

«Por favor, no dejes que siga siendo así». Temerosa de todo y enfadada con todo el mundo, incapaz de contener todo lo que llevaba dentro, así que le estallaba en la muñeca en forma de espinas y

pétalos.

Miel era veneno y el último chico con el pelo negro como la corteza mojada que intentó salvarla había acabado muerto.

El movimiento de apartar el brazo le había parecido insignificante, pero Sam la miraba asustado y preocupado; la frontera entre sus ojos oscuros y las cuencas blancas estaba clara y nítida.

Le acercó la luna tanto a la piel que se volvió un poco azul.

—Te voy a dejar esto aquí, ¿vale? —dijo.

La luna, grande como el espejo de la habitación de Aracely, proyectaba un tenue resplandor en su piel como el reflejo de la nieve al anochecer. Había pintado en plata pálida y oscura los cráteres y los mares lunares, Mare Insularum y Lacus Hiernalis, el Mar de las Islas y el Lago del Invierno. El resplandor recordaba a la luz de la luna que se filtraba en las aguas poco profundas.

Ya la había encendido y la vela ardía en su interior.

—Volveré —dijo.

Mar de la Serenidad

Encontró a Aracely sentada a la mesa amarilla de la cocina mientras se quitaba el esmalte de uñas.

—¿Dónde está Miel? —preguntó al verlo—. Creía que os estabais enrollando en el bosque.

—No exactamente —dijo.

Bajó la vista al patrón de baldosas del suelo de la cocina. Nunca se había fijado en cuánto se parecía el marrón de la cerámica desgastada al tono de la piel de Miel en invierno. En verano, se le volvía más oscura y remarcaba los nítidos contornos de las estrellas de papel de aluminio que le colocaba en la piel. Sin embargo, después de meses de cielos grises, el color que tenía era ese y nunca lo había notado.

Se sintió extraño por pisar ese suelo, como si Miel fuera a sentir su peso incluso desde donde estaba sentada al borde de los campos de los Bonner.

—Palabras, Sam —dijo Aracely—. Úsalas.

Se lo llevaba diciendo desde que estaba en secundaria, cuando no hablaba para que nadie notara que su voz no se agravaba como la de los otros chicos. Lo habían considerado una prueba de que estaba esperando a que le cambiara, cohibido por si se le quebraba cuando hablara. A solas, en su habitación, había practicado a bajar el tono, de modo que, cuando los otros chicos, callados por el miedo a los inesperados gallos en las palabras, emergieran con la voz grave, él también lo haría.

Sin embargo, Aracely nunca hacía tenido paciencia con su silencio, ni antes ni entonces. Levantó la vista.

—Necesito tu ayuda.

No hizo falta más. No se asustó ni le hizo preguntas. Aracely poseía una calma que rivalizaba con la de su madre. Cuando esta no supo cómo hablarle cuando empezó a sangrar entre las piernas, Aracely le habló una vez a solas; luego los reunió a Miel y a él en la sala de estar de la casa color glicinia para una charla como la que solían dar en

clase de salud, antes de que eliminaran la asignatura. Era la única que no se había sentido incómoda en toda la charla. Sam y Miel la miraban encogidos desde extremos opuestos del sofá; él se agarraba el pelo con las manos y se clavaba los dedos en las raíces, mientras ella enterraba la cara en un cojín.

Aracely tiró las bolas de algodón empapadas de acetona y lo acompañó.

Miel se estremeció cuando Aracely la tocó, igual que lo había hecho cuando Sam había intentado lo mismo. Sin embargo, la mujer le habló con una voz tan suave que el chico ni siquiera distinguió las palabras. La tranquilizó de una manera que él no sabía, como si sus palabras creasen un ritmo para que Miel lo siguiera. La frecuencia de su voz conseguía sintonizar con ella, hasta que la chica asintió y dejó que Aracely le cogiera las manos. La ayudó a levantarse y la guio entre las constelaciones de cristales rotos.

Era muy diferente de lo que él habría hecho, diferente incluso de cómo su madre hablaba con Miel.

Había algo que no era del todo sororal, ni maternal. Algo más allá de la familiaridad que había surgido entre una mujer y la chica que había vivido con ella durante diez años.

Esa noche, Sam pintaría otra luna para Miel, una más cálida que la azulada que había llevado al bosque. Haría una lo bastante grande que no le cupiera en los brazos y cuya luz fuera al mismo tiempo llena y creciente. Le pintaría la cara con el rubor de una flor de luna y el borde se oscurecería hasta ser casi rojo, como una luna de fresa. Le pintaría el Mare Serenitatis y el Mare Tranquillitatis, los amplios Mares de la Serenidad y la Tranquilidad que cruzaban el blanco reluciente de una luna de nieve.

Todos los colores se parecerían a las lunas rosas que había encontrado con Miel en el cielo aquel verano. La colgaría en el haya frente a su ventana y dormiría bajo su luz. Quería regalarle todas las luces que colgaban en el cielo nocturno. Quería devolverle lo que creía haber perdido hacía años.

Sam se quedaría con ella. Le contaría lo que su abuela le había contado de los campos de azafrán, cómo a veces olían a heno, a veces a hojas y a veces a la especia que contenían. Le contaría la historia favorita que le había contado su abuela. Un príncipe y un hada que se habían enamorado a los que a veces se veía sobre el agua del lago Saiful Muluk en las noches de luna llena.

Sin embargo, tuvo que ser Aracely quien la llevara a casa, quien la metiera en la cama y la hiciera dormir. Se quedó en la puerta de la

habitación de Miel para verla respirar con los labios entreabiertos.

Había algo privado en esa mirada. Una posesividad, protectora y orgullosa a la vez.

Sam había desestimado ese momento en el que creyó haber visto un parecido entre las dos. Lo había dejado caer como una piedra en el camino, le dio vueltas entre los dedos y luego decidió no conservarla. Sin embargo, entonces volvió a recogerlo, como si pasara los dedos por un manto de hojas y lo encontrase por segunda vez.

No era el momento de preguntárselo a Aracely, no mientras Miel vagaba en el espacio entre las calabazas de cristal y sus propios sueños. Si embargo, no lo olvidaría. No lo dejaría pasar.

Lago del Olvido

La voz y la risa nerviosa de la señora Owens se elevó por entre las tablas del suelo mientras charlaba con Aracely.

Miel abrió la puerta de la habitación. Oyó a Aracely responder despacio y con calma, con su voz de «los hombres son lo peor». A la señora Owens le temblaban las palabras y Miel se preguntó qué actuario o qué millonario del mundo de los colchones le habría roto el corazón esa vez.

Se preguntó por qué Aracely no la había llamado para que la ayudara.

La mujer estaba junto al fogón y hervía agua para un té de lavanda y jengibre. Desde su segunda visita, siempre se lo daba a la señora Owens para relajarla y asegurarse de que su interior no se volviera demasiado rígido y quebradizo tras tantas curas para el mal de amores.

Miel se apoyó en la encimera, con los codos en la baldosa.

—¿Dónde está? —susurró.

—Ha ido a retocarse —dijo Aracely y la miró apesadumbrada —. Esta vez está fatal. Tiene rímel por todas partes.

—¿Por qué no me has llamado? —preguntó Miel.

La mujer se inclinó.

—Creo que es lo mismo que quiere preguntarle al tipo.

Miel le dio un codazo y Aracely apretó los labios. Era la única persona capaz de hacer ese tipo de bromas sin sonar cruel.

—Me refería a por qué no me has pedido que bajase —dijo, todavía en voz baja—. Siempre te ayudo.

Aracely contrajo los párpados.

—La noche de ayer fue muy larga. Pensé que estarías cansada.

Sintió el malestar de deslizarse de un lugar que había reclamado como suyo. Siempre le pasaba a Aracely los huevos y las naranjas. Aracely siempre le indicaba que abriera la ventana en el momento justo para dejar salir el mal de amores. Ambas expulsaban con

cuidado la enfermedad por la ventana y vigilaban que no volviera ni acabara atascada en un cuenco de fruta o un jarrón de flores mientras la cerámica vibraba como las alas de una avispa. O peor aún, que volviera a meterse en el cuerpo del que salió. Para los visitantes, curar el mal de amores parecía todo instinto y floritura. Sin embargo, Aracely lo trataba como un oficio que requería la misma paciencia y precisión que cortar un ópalo en bruto.

Miel había formado parte de ese proceso casi todo el tiempo que había vivido con ella.

—Estoy bien. —Se incorporó—. Puedo hacerlo.

La tetera silbó y Aracely la apartó del fuego.

—¿Estás segura?

—Solo ha sido un mal sueño —dijo Miel—. Eso es todo.

—No es lo que he oído.

Ya habían corrido por el pueblo los chismes sobre las nuevas calabazas de cristal de los Bonner, profundas y brillantes como el topacio y la piedra de sangre.

—¿Dicen que he sido yo? —preguntó.

—No. —Aracely sirvió el agua caliente—. ¿Por qué iban a hacerlo?

Sintió que la tensión de los dedos se le extendía al corazón.

Nadie más que las hermanas Bonner sabía que habían recuperado el ataúd de cristal de su recóndito rincón en las historias familiares. Nadie más sabía que la habían encerrado dentro.

Nadie, salvo Miel, veía las calabazas de cristal de colores como la amenaza que eran.

Le entregó a Aracely el duro cono de piloncillo que siempre rallaba en el té de la señora Owens.

—Puedo hacerlo.

La mujer tomó el piloncillo.

—¿Segura?

—Siempre te ayudo —dijo.

—La he curado más veces de las que puedo contar. Conozco su corazón mejor que el mío. Si alguna vez tienes que faltar, esta no es una mala opción.

—Pero es importante —replicó Miel—. Siempre dices que hay que tener felices a los clientes que repiten.

Aracely miró la puerta tras la que estaba la señora Owens. Les llegó el sonido del grifo abierto.

—Vale —dijo—. Pero tómatelo con calma. No tienes que pasarme lo que te pida tan deprisa que tengas que lanzarlo. Puedo esperar. Y Emma también. Da lo mismo si tardamos una hora. No quiero que me

des un huevo rosa cuando quiero uno verde.

—Hecho —dijo Miel.

Así que extendieron una sábana sobre la mesa de la habitación índigo y la señora Owens entró con un pañuelo en la mano que debía de pertenecer al hombre del que se hubiera enamorado por última vez. Tenía pinta de valer más que todos los vestidos de Miel. Las velas volvieron la seda del color del arroz español de Aracely.

La *curandera* intentó quitarle el pañuelo.

La señora Owens se aferró a él.

Aracely pasó los finos dedos por un mechón de pelo de la pobre mujer.

—Suéltalo —susurró, con una calidez en la voz que representaba todo lo que era bueno y correcto, la seguridad de que era la hora dorada del mediodía y no la noche, de que no existía el miedo en el mundo.

La señora Owens cerró los ojos y abrió las manos; Aracely le quitó el pañuelo.

Miel cruzó los brazos y se abrazó con las manos. Todo el calor de su cuerpo viajó hacia su muñeca. Casi sentía el lastre del corazón de la señora Owens, la carga de la decepción que pesaba como ropa mojada.

—Túmbate —dijo Aracely.

La mujer lo hizo. El rubio casi blanco de sus rizos se desparramó en forma de abanico. Las escamas de rímel se le pegaban a las mejillas como cenizas y las lágrimas hacían equilibrios en la línea de sus pestañas.

Aracely arrancó un trocito del pañuelo y la señora Owens puso una mueca de dolor como si lo hubiera sentido. Quemó la tela en un tarro de cristal y rezó la oración de Santa Rita de Casia. Los bordes del satén se ennegrecieron y se enroscaron sobre sí mismos.

Miel le entregó una cebolla morada, con el tallo verde todavía. Aracely siempre sabía qué color de huevo necesitaba, qué naranja, qué hierba. Pasó la cebolla por encima de la señora Owens mientras repetía la oración y el susurro templó el aire de la habitación.

La señora Owens mantuvo los ojos cerrados con la suficiente fuerza como para que las lágrimas le llegasen al nacimiento del pelo.

Miel se quedó de pie y esperó a que Aracely le dijera lo que tenía que hacer. Esperó tanto que le pareció ver unas cintas de luz tenue que titilaban en el suelo. Serpenteaban y se retorcían hasta rozar los zócalos. Se enroscaban en las patas de la mesa de madera.

Al principio parecían arroyos, bandas de agua no más gruesas que

su muñeca. Luego se volvieron sólidas y los bordes se endurecieron.

Como cristal. Como vides de cristal, no solo de color verde intenso, sino también azul oscuro, rojo y violeta. Subían por las paredes de color índigo. Se extendían hacia Miel para intentar envolverle los antebrazos. Las sintió sin que la tocaran, un latigazo de dolor desde los codos hasta las muñecas.

La pinchaban como espinas y hojas que le crecían bajo la piel y sentía el dolor de una vid de cristal que le aprisionaba el antebrazo. Se agrietarían y los trozos dentados le cortarían las muñecas. Su sangre teñiría el cristal, que se astillaría y la cortaría más hondo.

Un ruido sordo atravesó la habitación. Un golpe en la ventana, como el de un pájaro que se estrella contra el cristal. Lo siguió un grito agudo que se elevó en el aire y patinó por las paredes.

—Mierda, Miel —dijo Aracely, con las manos en los hombros de la señora Owens—. ¿Me has oído? ¡Abre la ventana!

La señora Owens se incorporó e intentó agarrar el pañuelo que ya no tenía. Miró abajo, sorprendida al encontrarse las manos vacías.

Miel ni siquiera había oído a Aracely llamarla la primera vez. Se fijó en la expresión de sorpresa en la cara de la señora Owens y en que tenía los ojos casi blancos.

Aracely le había sacado el mal de amores.

Y como Miel no había abierto la ventana lo bastante rápido, había chocado con el cristal y se había precipitado de nuevo dentro de ella.

Saltó hacia la ventana y empujó la hoja con todas sus fuerzas.

—Tranquila —dijo Aracely a la temblorosa mujer de la mesa—. No pasa nada.

Pero a la señora Owens se le aceleró la respiración y volvió a gritar.

Aracely no la soltó.

—Vuelve a tumbarte —dijo.

Por muy tranquilizadora que quisiera sonar, Miel percibió la rectitud de su espalda, como si una corriente la hubiera atravesado.

La señora Owens volvió a tumbarse, pero seguía temblando. Agarró el aire.

Aracely le pasó las manos por encima, dispuesta a ponerle las palmas en la clavícula.

Sin embargo, Miel vio el mal de amores agitarse dentro de ella, aún más inquieto después de haber salido y vuelto a entrar.

La mujer se sentó y el pelo se le derramó por la espalda.

—No —dijo. La tensión del rostro le arrancó otras dos lágrimas oscurecidas por el rímel de las comisuras de los ojos—. No puedo.

Salió corriendo de la habitación índigo mientras las ondas del

cabello le barrían los hombros.

Esas no eran las palabras que pronunciaban quienes se levantaban de la mesa de Aracely. Cada vez que daba una cura, los visitantes siempre decían que estaban cansados. «Es muy raro, estoy muy cansado. Nunca había estado tan cansado». La cura del mal de amores de Aracely a menudo hacía que la gente durmiera durante días. Se sentían bien al principio, despiertos y vivos, y luego se hundían en el alivio y el agotamiento. En una ocasión, la cura del mal de amores hizo que un hombre se durmiera con las hojas de color óxido de finales de noviembre y se despertara con las primeras nieves plateadas en la ventana.

Sin embargo, la señora Owens había salido corriendo de la casa violeta, sobresaltada y despierta.

La puerta se cerró de golpe. Los pasos de la mujer removieron la grava del exterior. El pañuelo roto había caído al suelo.

Miel se agachó para recogerlo.

Los pasos de Aracely restallaron en el suelo de madera y levantó la vista. Se apresuraba hacia la puerta principal.

La siguió al exterior, al aire fresco y verde con olor a hierba y a lluvia ligera.

La señora Owens ya había arrancado el coche. A lo lejos, las luces traseras se hacían más pequeñas.

—Déjala ir —dijo Miel—. Ya volverá.

Aracely se volvió hacia ella, tan cerca que le llegó el ámbar de su perfume.

—Me dijiste que estabas preparada. Me dijiste que podías hacerlo.

—Creía que sí —dijo—. No presté atención por un segundo. Lo siento.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Parecía afectada y fuera de sí, como si hubiera presenciado cómo hijos e hijas tachaban los nombres de las lápidas de sus familias.

—Lo siento— repitió.

—Estupendo. Lo sientes. Eso lo arregla todo, ¿no?

Sintió cómo el regusto de la disculpa se retorcía y se volvía afilado.

—Si estás tan enfadada conmigo, ¿por qué no llamas a Sam? —preguntó—. Se le da mejor ayudarte de todos modos, ¿no?

—Sam. —La risa de Aracely fue seca, casi un jadeo—. ¿Quieres hablar de Sam? ¿Cómo crees que su madre y él han guardado el secreto todo este tiempo?

—¿De qué hablas? —preguntó.

Aracely la agarró por el jersey y tiró de ella para acercarla, más

como si no quisiera que nadie la oyera que por sacudirla.

—Emma Owens es la única que ha visto su verdadera documentación —dijo, con los dientes medio apretados—. Ella es la razón por la que está registrado como Samir y no Samira.

La hierba debajo de Miel se reblandeció, como si fuera a convertirse en agua y arrastrarlas a las dos.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Creías que habíamos tenido suerte hasta ahora? —dijo Aracely—. ¿Que en el instituto se limitaron a aceptar la palabra de su madre en cuanto a su nombre y su fecha de nacimiento? Yasmin se libró con decir que no tenía la documentación en primaria y secundaria, pero en el instituto no lo dejaron pasar. No querían matricularlo sin documentos oficiales. Así que le pedí un favor a la única mujer que pasa en esta mesa más tiempo que nadie. Me lo debía. Es la única que sabe su nombre de nacimiento y ha guardado el secreto por todo lo que he hecho por ella, pero ahora…

Las palabras de Aracely se interrumpieron y miró hacia el camino por el que se había ido la señora Owens.

Ahora había fracasado. Después de tantas curas intachables, debidas tanto a la misericordia como a la medicina, había fallado. No era solo la reputación de Aracely la que había dependido de que proporcionara un remedio tan hábil que fuese como un sueño suave e iridiscente.

También lo había hecho el nombre secreto que Sam no quería que nadie supiera.

Y era culpa de Miel.

El miedo la invadió. Aracely volvió a entrar.

—¿Puedes arreglarlo? —le preguntó mientras la seguía.

La mujer se puso el abrigo y se sacó la melena del terciopelo verde del cuello.

—No lo sé. —Cogió las llaves del coche—. Pero reza porque así sea.

Pantano del Sueño

Un dolor le recorrió la muñeca y la despertó de golpe.

Miel se estremeció con la sensación de que acababa de escuchar unas palabras, pero que había estado demasiado dormida para entenderlas y su eco era ya muy débil para captarlas.

Se despegó de donde se había acurrucado en el sofá a esperar a que Aracely volviera a casa y se incorporó.

—¿Aracely? —llamó hacia la puerta.

Todavía la invadía la sensación de estar medio dormida.

Sin embargo, a través de la neblina, distinguió el rojo intenso del pelo de Ivy.

Estaba de pie junto a Miel y le miraba la muñeca. Sus ojos parecían grises como la calabaza que Peyton había sostenido aquella noche junto a la torre de agua. Su expresión oscilaba entre la satisfacción y el alivio, como si acabara de comprobar una puerta o una estufa y descubriera que sí, que estaba cerrada con llave o que la llama azul del gas estaba apagada.

Miel siguió su mirada por inercia. Se miró la muñeca. Dos hojas nuevas de un color verde brillante le asomaban en la piel.

Eran jóvenes y suaves, y todavía no mostraban el tallo duro de la rosa que se avecinaba.

Para Ivy y el resto de las hermanas Bonner, esas dos hojas eran la prueba de que iba a brotar una nueva rosa, de que Miel no había destruido otra de las flores que habían decidido que les pertenecían.

Levantó la vista, pero el cabello cobrizo de Ivy y el gris de sus ojos ya habían desaparecido.

Se sacudió el sueño y corrió hacia la puerta trasera.

Estaba entreabierta; quedaban unos centímetros entre la puerta y el marco.

El olor de la hierba de fuera, clara y un poco agria, se colaba en el vestíbulo y la cocina. Pero también había un olor que no pertenecía a aquella casa. No era el olor a fruta ácida del jabón que usaban Aracely

y ella. Ni el pesado ámbar de la botella de cristal que descansaba en la cómoda de la mujer.

Era un olor como el de las almendras y los lirios de Pascua, el tipo de perfume que la señora Bonner le compraría a sus hijas y que las cuatro se pasarían las unas a las otras. Tenía el trasfondo del jabón con aroma a camelias de Ivy.

Miel dejó la puerta abierta para que entrase más aire nocturno y el perfume se desvaneciera. Se quedó allí a esperar a que se volviera tan tenue como para convencerse a sí misma de que Aracely había olvidado cerrar la puerta al salir corriendo hacia la casa de Emma Owens.

Mar de la Serpiente

Le hizo falta más valor del que había esperado. Había estado muy seguro al pasear la mirada entre Aracely y Miel. Sin embargo, por la mañana, esa certeza se había desvanecido; el sol y su luz blanquecina la habían borrado. Luego, por la noche, había vuelto y se había ido profundizando con el cielo. Cuando llegó a casa desde la granja de los Bonner, le daba vueltas en su interior en una espiral incesante y su peso lo agotaba.

Esa misma noche, después de que su madre se hubiera ido a dormir, Sam salió al aire frío, impregnado del débil aroma especiado de las hojas caídas. Siguió el rastro de las lunas hasta la casa de color glicinia.

La mayoría de las noches se quedaba fuera, donde Miel pudiera verlo, y la llamaba en la oscuridad con una luna en las manos. Sin embargo, esa noche se quedó a la sombra de la casa, con las manos en los bolsillos, y esperó a que se apagara la luz de la ventana de la chica.

La ventana se oscureció y supo que estaba dormida. Rozó con los dedos el metal que llevaba en el bolsillo. Su madre y Aracely guardaban copias de repuesto de las llaves de sus casas en los cajones de la cocina. Había cogido las suyas por si Aracely cerraba las puertas antes ahora que oscurecía más rápido. No lo había hecho.

Se detuvo en la puerta. Por primera vez desde que había salido de casa, sintió la fuerza de lo extraño e invasivo que era lo que estaba a punto de hacer. No importaba lo bien que conociera a Miel. Iba a entrar, sin que nadie se lo pidiera, en un mundo gobernado por mujeres. Incluso desde el umbral olía el perfume y el aroma a fruta azucarada del jabón.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más le asaltaban las dudas. Escuchó el crujido del suelo de madera por encima de él. Si Aracely ya se había ido a la cama, se daría la vuelta y volvería a reunir valor otra noche.

El crujido de los armarios de madera provenía de la habitación índigo.

Aracely estaba despierta y todavía abajo.

Sam la encontró revisando la despensa de huevos.

No estaba seguro de si le había oído entrar por la puerta trasera. Así que golpeó el marco para hacerle saber que estaba allí.

La mujer saltó y agarró la cesta de huevos.

—Me has asustado —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Llevaba puesto el abrigo, uno pesado de terciopelo que Miel había encontrado en una tienda de segunda mano la pasada Navidad.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó.

—Acabo de llegar —dijo y se miró la prenda como si hubiera olvidado que la llevaba puesta—. He tenido que hacer una visita a domicilio. ¿Qué ocurre?

Trazó un mapa de sus rasgos y los comparó con los de Miel. Los omóplatos de ambas igual de pronunciados, aunque Aracely fuera más delgada. La inclinación de las cejas. Incluso la forma de las orejas, el lóbulo derecho un poco diferente del izquierdo.

—¿Va todo bien? —preguntó mientras se quitaba el abrigo.

Sam se apoyó en el marco de la puerta. Esperaba que el gesto le diera un aspecto paciente y sin prisa, que Aracely no se diera cuenta de que lo hacía para mantenerse firme.

—¿Quién es para ti? —preguntó.

Aracely dejó los huevos y alisó una nueva sábana en la mesa de madera.

—¿De qué hablas?

—Miel —dijo—. ¿Quién es para ti? No tienes edad para ser su madre, así que ¿quién eres?

—Cuido de ella. —Tiró de la sábana para que los bordes no se arrastraran por el suelo—. ¿Por qué hay que ponerle nombre?

—No, me refiero a qué parentesco tienes con ella —preguntó.

Desvió la mirada hacia las paredes del mismo añil de las setas que su madre encontraba en los mercados cuando era niña. Los sombreros de color lavanda pálido, las branquias de un azul violeta intenso, los tallos que sangraban de ese mismo color.

—Ahora no tengo tiempo para esto —dijo—. ¿Hablamos mañana?

—¿Eres su hermana? —preguntó—. ¿Una prima? ¿Una tía? No lo sé.

Aracely levantó la vista.

—No soy nada, Sam. Soy una mujer que tenía una habitación libre.

Sam se metió las manos en los bolsillos.

—No me lo creo.

—No tienes por qué.

No iba a convencerlo para que lo dejase pasar. No se le iba a olvidar que tanto Miel como Aracely desgastaban los zapatos de la misma manera; la suela derecha se estropeaba antes que la izquierda y el roce era mayor en el borde exterior que en el interior. Esas cosas no nacían de la convivencia. Eran rasgos y predisposiciones con las que las dos habían nacido y eran demasiados.

—No me debes la verdad —dijo—. Pero se la debes a ella.

Aracely se dio la vuelta.

—Si crees que la verdad es tan importante, ¿por qué no empiezas tú? —Le examinó la camisa y los vaqueros. Mientras lo miraba, sintió que el binder le apretaba demasiado y que los vaqueros no eran lo bastante sueltos para ocultar lo que no tenía—. Lo que estás haciendo…

—No estoy haciendo nada —dijo.

Tal vez *bacha posh* fueran unas palabras que no le pertenecían por completo. Solo a través de las historias que le había contado su abuela, de familias al otro lado de la frontera de Peshawar, de madres y padres que vestían a sus hijas menores de edad como hijos.

Sin embargo, eran mucho más suyas que de Aracely. El padre de su abuela había acogido en su casa a hombres cuyas hijas menores vivían como chicos hasta que les llegaba el momento de ser esposas. Había hecho negocios con esos hombres. Para celebrar su llegada, la abuela y la bisabuela de Sam descascarillaban almendras y pistachos para el *sohan*, y toda la casa se llenaba de olor a caramelo.

Miel lo entendía. Aquel día en que había visto lo suficiente como para hacerse preguntas y lo había esperado en la escalera trasera, se había quedado callada y lo había dejado explicarle el *bacha posh*. Recordaba aferrarse a las palabras que lo desgranarían, palabras que tendría que pronunciar lo bastante rápido para retenerla allí y evitar que corriera de vuelta a la casa violeta y le dijera que no quería ver nunca más otra de sus lunas fuera de su ventana.

«De donde viene mi abuela, a veces los padres que tienen niñas y no niños visten a una de sus hijas como si fuera un hijo. Así es como si tuvieran uno. La chica podrá hacer cosas que los niños pueden y las niñas no. Ser un hermano para sus hermanas. ¿Tiene sentido?».

Miel no lo había mirado mientras hablaba. Se había quedado mirando hacia abajo, a las piernas de ambos, las de él en vaqueros, las de ella con las rodillas al aire bajo el borde de la falda.

Sin embargo, había asentido con la cabeza y se había quedado.

Si Miel había sido capaz de entenderlo cuando eran niños, Aracely, una mujer adulta, no tenía excusa.

Sam volvió a mirarla.

—No tienes derecho a criticar el *bacha posh* —dijo—. No sabes nada al respecto.

—Sé lo suficiente —dijo Aracely—. Le pregunté a tu madre porque nunca había oído hablar de ello.

—Exacto. Nunca habías oído hablar de ello. Así que no pretendas saber nada.

—Sé que esas chicas viven con la libertad de ser chicos durante años y luego se espera que se conviertan en esposas. Se espera que olviden todo lo que han aprendido sobre ser algo diferente a lo que se supone que son.

Las palabras le calentaron la nuca. Lo dejaron tenso con la sensación de que Aracely no solo lo sermoneaba a él, sino a la abuela que le había hablado de Pakistán y del *bacha posh* y que ya no estaba viva para defenderse.

«Esas chicas». «Lo que se supone que son». Todo le sonaba a un juicio que Aracely emitía sobre un mundo que no conocía, un mundo que le había dado una cuarta parte de su sangre.

—¿Quieres jugar a qué cultura está más atrasada? —preguntó Sam—. Porque podemos hacerlo. Las mujeres como tú, con tus curas, tus oraciones y tus huevos de colores, ¿sabes lo que dicen de ti? Las viejas son amables contigo a la cara. ¿Cómo las llamas? ¿Las *señoras*? Te mandan a sus hijos y a sus hijas. Y luego te llaman hechicera a tus espaldas. *Bruja*. Hasta yo conozco la palabra.

Los ojos de Aracely siguieron igual de abiertos que antes, ni se estremecieron ni se abrieron más.

—Y es tu propia gente —dijo Sam. Una cierta crueldad se había deslizado antes en su tono, una intención de restregárselo. Ahora dejó que empapase cada palabra—. Te quieren por lo que puedes hacer por ellos cuando nadie mira y luego en la iglesia te maldicen. Esa es vuestra cultura. Prefiero la mía sin dudarlo.

Aracely lo observó, con el rostro inmutable.

—Además, ¿cómo te atreves a insinuar que las cosas son diferentes aquí que de donde vino mi familia? —preguntó—. ¿Crees que las chicas aquí pueden hacer lo que quieran? ¿Crees que Miel puede? ¿Cómo crees que les iría a las chicas de aquí si les tocara ser chicos mientras crecen y luego tuvieran que volver a ser chicas?

—Pero eso es lo que esperas, ¿no? —preguntó Aracely—. ¿Despertar un día y querer ponerte un vestido?

—Vete a la mierda —dijo Sam. Nunca había tenido nada que ver con vestidos, sino con la ropa con la que su abuela hubiera querido

verlo en las fotos familiares. No una *kurta* de chico, sino los colores del amanecer y los dibujos de un *salwar kameez* de chica. Un *dupatta* en el pelo, más largo de lo que a él le gustaría que le creciera.

Buscó alguna mueca en la cara de Aracely. Alguna señal de que sabía que había ido demasiado lejos. En cambio, solo encontró el rastro de una sonrisa que le curvaba un lado de la boca. Lo había provocado. Quería que se enfadara.

—Así que tienes fuego dentro —dijo—. Bien. Lo vas a necesitar.

Sam apretó los dientes, con tanta fuerza que le dolió la parte posterior de la mandíbula.

—¿Para qué?

—Para ser así —Volvió a mirarle la ropa y de nuevo sintió angustia —. Para vivir así.

—No vivo de ninguna manera —dijo—. Lo hago por mi madre. Este país no es diferente de cualquier otro. Es mejor para una mujer que haya un hombre en casa, incluso si ese hombre es su hijo.

—Deja de fingir que lo haces por nadie más que por ti.

Sam se dio la vuelta.

Aracely no sabía nada de él, ni de su familia. Después de que su abuela muriera, solo quedaron su madre y Sam. Yasmin no tenía hijos, solo a él, que había nacido hija, así que había deseado, tanto como recuperar a su abuela, no solo ser un chico, sino ser un hijo para su madre. Años atrás, cuando había pensado por primera vez en vivir como un *bacha posh*, había sentido el mismo escalofrío de triunfo que lo invadía cada vez que lo confundían con un chico, cuando llevaba vaqueros y el pelo más corto que la mayoría de las chicas. Había pensado en ser así todo el tiempo. En encontrar la manera de tener algo que deseaba y al mismo tiempo ayudar a su madre.

Sería el hombre de la casa y cuidaría de ella. Pensó que, si se convertía en un hijo, no echaría una mirada nerviosa a las ventanas siempre que cerraba la puerta por la noche. Si fuera un hijo, le habría dejado pintar encima de las letras grafiteadas en el lateral de su casa, en lugar de hacerlo ella misma, mientras él miraba. No le había dejado acercarse a esa pared hasta que terminó de cubrirla, y no fue hasta que cumplió los trece cuando consiguió que le dijera qué insulto contenían las letras.

—Sam —dijo Aracely.

Salió de la habitación índigo y se dirigió a la puerta principal.

—Sam —repitió, un grito susurrado. Se dio cuenta de que quería levantar la voz, pero no quería despertar a Miel—. Vuelve aquí.

Miró por encima del hombro.

Aracely todavía tenía una cesta de huevos en las manos. Se había olvidado de dejarla en el suelo.

—Miel pensará que lo sabes todo, pero no sabes nada de mí.

—Sé más que tú.

—¿No me digas? —Se dio la vuelta—. ¿Y eso por qué?

—Porque he estado en tu situación.

La mentira de sus palabras lo hizo sentirse más solo que si no hubiera dicho nada. La ficción de que alguien en ese pueblo hubiera estado alguna vez en su lugar, atrapado entre sentirse aprisionado por la ropa que llevaba y tan desesperado por conservarla que quería aferrarse a ella con uñas y dientes, lo empujó al resentimiento en un movimiento rápido y silencioso.

—De eso nada —dijo y, hasta que escuchó el temblor en su propia voz, no se dio cuenta de cómo las gotas de humedad le perlaban los bordes de las pestañas. De lo mucho que las lágrimas le irritaban los ojos mientras intentaba contenerlas y de cómo se negaban a desaparecer hasta que no le quedaba otra que parpadear y dejarlas ir —. ¿Cómo ibas a estarlo?

—Porque tenías razón —dijo Aracely—. Soy familia de Miel. No solo porque es lo que hemos llegado a ser la una para la otra. Siempre lo he sido.

Era justo lo que había querido saber unos minutos antes. Sin embargo, en ese momento, las pocas ganas que tenía de seguir hablando arrojaban una pesada sombra sobre lo mucho que le importaba.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó.

Aracely se cruzó de brazos y sus delgados codos se volvieron puntiagudos y afilados.

—Porque Miel me recuerda como su hermano.

Mar de las Olas

Al principio, Sam no entendía por qué Aracely le contaba la verdad. La cautela le hizo preguntarse si era un truco u otra mentira. «Miel me recuerda como su hermano». No entendía por qué no le había echado de la casa de color glicinia después de decirle esas palabras. Entonces, se fijó en que su rostro traslucía una tensión que era mitad vacilación y mitad alivio, una expresión que conocía bien, porque él mismo la había llevado.

La conocía desde el día que Miel lo había sorprendido cambiándose y había visto lo suficiente para saber que su cuerpo era diferente de lo que dejaba creer a todo el mundo que era. La conocía desde el momento en que se sentó a su lado en la escalera de atrás y se lo contó todo.

Era lo que ocurría al ocultar tanto y luego dejar salir un poco. El resto se escapaba detrás.

Ahora que sabía que Aracely era como él, lo entendía, y sabía que los dos eran como el lecho de un arroyo, tranquilo cuando iba lleno y tranquilo cuando iba seco. Sin embargo, cuando se quedaban a medias, con una capa de agua poco profunda, la corriente golpeaba las rocas y los valles de los álveos hasta desgastar la tierra. Ofrecerle a otra persona un poco de lo que eran dolía más que no dar nada o darlo todo.

Aracely le había dicho una cosa y el resto iría detrás, siempre que se mantuviera callado.

Esa vez, no mintió. No le dijo que solo era una mujer que había acogido a la niña de la torre de agua. Habló y Sam se enteró de todas las verdades que nunca había adivinado. Cómo había vivido una vez como un niño llamado Leandro, un niño que había sido años mayor que su hermana menor, a pesar de ser más pequeño.

Que Leandro amaba a su hermana y casi murió al intentar salvarla de un río que quiso llevársela.

Que su madre había muerto intentando salvarlas a las dos.

Sin embargo, el agua se llevó a Leandro, lo arropó en su corriente y lo devolvió como la chica en la que siempre había deseado convertirse.

Una chica, no. Una mujer, completa y adulta.

Que un verano cubierto de mariposas de ámbar transformó su pelo en oro y le dio la bienvenida al mundo como otra persona. No sabía si era el regalo del agua por intentar salvar a su hermana, o que el agua la había visto tal y como era y había decidido mostrárselo a todos los demás. Fuera como fuera, lo que sintió mientras el río la devolvía a la luz fue la certeza de que ya no era pequeña.

El agua había sentido su dolor y su corazón roto por no haber salvado a su hermana. Ese dolor le había envejecido el corazón y la había hecho mayor en lugar de niña. Así que el agua había cambiado su exterior para que mostrara la verdad en todos los sentidos, no solo convirtiéndola en una mujer, sino también en una que se correspondiera con la edad de su amargo corazón.

Esa mujer se dio un nombre y buscó a su hermana perdida, y la encontró cuando estaba segura de haberla perdido para siempre.

Miel no tenía ni idea. Sam lo sabía. No porque se lo hubiera dicho. Tenía tantos secretos, miedos y lugares que no le permitía iluminar, que no esperaba que lo hiciera.

Lo supo por cómo Aracely tocaba los huevos y fingía recolocarlos, pero sin hacer nada en realidad. Acarició con las manos el nido de papel triturado.

Cogió unos cuantos hilos de papel entre los dedos y los aplastó.

La comprensión, de nuevo, de que Aracely no había mentido y que conocía el estrecho y accidentado terreno de ser algo y querer ser otra cosa se deslizó por cada vértebra de su columna. Le envolvió la caja torácica, con más fuerza y presión que la venda que había usado antes de que Aracely le comprara esas camisetas interiores que le aplanaban el pecho.

Sin embargo, no quería pensar en eso, no quería abrir la puerta a que le hiciera preguntas porque pensara que eran iguales. Así que trató de imaginarla con el pelo oscuro y cuánto más se parecería a Miel así.

—Sois familia —dijo—. ¿Por qué no se lo has contado?

—Porque hay cosas que no recuerda y que no debería. —Había dejado los huevos, pero le daba vueltas a un frasco azul en las manos, lleno de agua y listo para acoger una yema dorada—. Si se acuerda de mí y de cómo era, si me ve y sabe quién soy, tal vez recuerde el resto.

Sam trató de no adivinar todo lo que le había pasado a Miel. Tal

vez había resbalado y se había caído al río. A lo mejor una vez le había encantado el agua y había nadado con la corriente, hasta darse cuenta demasiado tarde de que el sentimiento no era correspondido. Quizás había sido lo bastante pequeña como para ver la luna en la superficie y pensar que podría entrar y atraparla.

Para no pensar en ello, miró a Aracely. Incluso con todas las pequeñas formas en que las dos eran iguales, había muchas otras en las que la mujer era diferente, rastros de lo que podría haber llegado a ser si el agua no hubiera intervenido. Su altura. El hecho de que tenía las manos más grandes, aunque nadie lo notaba porque la mayor parte de su envergadura eran unos dedos finos y suaves.

—¿Es lo que querías? —preguntó.

Aracely lo miró.

—Desde siempre. Pero mi madre me decía lo guapo que era y lo feliz que la hacía tener un hijo. Así que no había espacio para nada más.

Era la primera grieta que Sam le había visto mostrar, hecha de tristeza, más que de molestia o preocupación. Se miró los dedos, las uñas pulidas y redondeadas, las palmas de las manos más pálidas que el dorso. Las lágrimas se asentaron en las comisuras de sus ojos.

Tenía el autocontrol del que él carecía, el don de ignorar el pico y el escozor sin parpadear.

—¿Cómo acabó Miel en el agua? —preguntó.

Aracely sonrió y el cambio de expresión forzó una lágrima a rodar por su sien.

—Eso no te lo voy a contar.

—¿Porque no quieres que nadie lo sepa? —preguntó.

—Porque nunca lo diré en voz alta.

Se apretó el rabillo del ojo con los dedos.

—El día que apareció —dijo Sam—. El día que vaciaron la torre de agua. ¿Por qué no actuaste? ¿Por qué no hiciste nada? ¿Por qué esperaste a que lo hiciera yo?

La tristeza en el rostro de la mujer fue de puro dolor, sin amargura ni ira.

—Iba a hacerlo —dijo—. Pero dudé. No tenía ni idea de quién era yo. ¿Una mujer que nunca había conocido? Si me hubiera acercado a ella, la habría asustado. Ya viste cómo miraba a todo el mundo.

Juntó una mano con la otra y se llevó las dos al esternón.

—Pero tú eras pequeño —dijo—. Casi tanto como ella. No eras una amenaza. Dudé y tú te moviste antes que yo.

Aracely tenía un derecho respecto a Miel, un reclamo como

hermana. Y Sam había actuado antes. Nunca se había arrepentido de haberse acercado a ella cuando nadie más lo había hecho. Siempre lo había considerado como una de las pocas cosas buenas que había hecho, sin ningún ápice de duda. Sin embargo, un repentino sentimiento de culpa le oprimió los hombros.

—Lo siento —dijo.

—Yo no. Hiciste que se sintiera segura. Lo suficiente como para que, cuando fui a buscarla, estuviera preparada.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —preguntó.

Entonces, la sonrisa se tornó divertida, casi cruel, pero sin llegar a serlo.

—¿Cuándo le vas a decir a tu madre que no te vas a poner un vestido en mucho tiempo?

Se le formó un nudo en la garganta y sintió que habían quedado en tablas.

Con esas palabras, todo lo que había intentado dejar fuera de la historia lo arroyó, como una luna de papel que no se sumergía en el agua. Tal vez se desvanecería en un río oscuro durante un segundo, pero luego aparecía más abajo, pálida y brillante, balanceándose en la superficie.

El hecho de que Aracely entendiera lo que él era incapaz de decir con palabras plantó la semilla de un deseo, nuevo y puro, como cuando no te das cuenta de que tenías sed hasta que tienes agua delante. Nadie más, ni su madre, ni siquiera Miel, entendía ese deseo de vivir una vida diferente a aquella en la que había nacido, tanto que sentía su propia piel como hielo quebradizo. No debería haber importado, no cuando Miel y las demás chicas de su clase llevaban vaqueros más que faldas. No cuando salían hasta tan tarde como querían. No cuando les decían a sus hermanos lo que hacer y tomaban prestados los libros de sus padres.

Sin embargo, estaba todo lo demás. La idea de que lo llamasen señorita o, peor, señora. La idea de que lo incluyeran en el grupo al llamar a las «chicas» o «chiquillas». El uso inagotable y ensordecedor de «ella». Sí, eran palabras. Eran solo palabras. Pero estaban mal y se le pegaban. Eran como hormigas de fuego que le mordían los brazos, el cuello y el pecho comprimido hasta dejarlo sangrando y en llamas.

Él. Señor. Señorito. Incluso los profesores le regañaban junto con sus compañeros con un «muchachos, haya calma» o «señores, por favor». Sonaba perfecto y limpio como la lluvia en invierno y calmaba los mordiscos de las palabras equivocadas.

—¿Lo sabe mi madre? —preguntó—. ¿Lo tuyo?

La risa de Aracely no fue el ruido salvaje y temerario que a veces se escuchaba en la casa color glicinia. Fue cálida y casi compasiva.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo crees que acabasteis aquí?

—¿De qué hablas?

—Conocí a tu madre antes de que os mudarais —dijo—. Vino con una prima que quería una cura para el mal de amores y empezamos a hablar de ti. Le dije que si alguna vez quería mudarse aquí, no podía prometerle mucho, pero sí que cuidaría de ti. —Esa vez la risa fue más ligera. Se peinó un mechón de pelo suelto—. Nunca pensé que aceptaría.

—Pero nos mudamos porque se quedó sin trabajo —dijo Sam—. En el colegio hicieron recortes y la despidieron.

En la sonrisa de Aracely, con los labios apretados y triste, vio la verdad. No había habido recortes.

No la habían echado.

—Te quiere —dijo la mujer—. Te quiere como hija, como hijo, y más que todo lo que hay en el mundo junto.

Su madre había pasado de ser maestra a ser algo a medio camino entre tutora y niñera, por él.

—¿Por eso vinimos? —preguntó—. ¿Por mí? ¿Es culpa mía?

—No es culpa tuya. No fue por ti. Fue para ti.

Sam se apretó la frente con las palmas de la mano y se metió los dedos en el pelo.

—Tu madre quería mudarse —dijo Aracely—. Cuando quisiste vivir como un chico, sabía lo difícil que sería quedarse en el mismo lugar. ¿Cómo te afectaría que un pueblo entero te llamase Samira? No sabía decidir qué era peor, que tú intentaras que entendieran una tradición de la que nunca habían oído hablar o que ella intentara que te llamaran Samir.

Sam mantuvo las palmas de las manos en la frente, con los dedos todavía enredados en el pelo. Sin embargo, sintió que Aracely lo observaba y que su mirada se posaba en el dorso de sus muñecas.

—Quería que tuvieras la vida que desearas —dijo—. Así que más vale que averigües qué tipo de vida quieres.

Bahía de la Aspereza

El teléfono sonó y Miel respondió; apenas le dio tiempo a coger aire antes de que la voz de Ivy le llegase a través de la línea.

—Ven —dijo.

Miel soltó una carcajada tan minúscula que debió de confundirse con una interferencia.

—Olvídalo.

—Ven —repitió— o le diré a mi padre que la despida.

Por la forma en que lo dijo, Miel sintió algo parecido a la admiración. Nada de burlas, nada de cantinelas de patio de colegio, nada de «sé una cosa que tú no sabes». El tono de Ivy era claro y no transmitía ningún placer. Quería lo que quería. El resto era una mera transacción.

Sin embargo, eso no significaba que supiera de qué le hablaba. ¿De Aracely? Aracely no trabajaba para nadie. Nadie podía despedirla. Solo decidir si confiarle sus corazones rotos. ¿La madre de Sam? Los Bonner serían dueños de la mayor granja de calabazas en kilómetros, pero incluso ellos, con sus acres de tierra oscura y sus hijas de cabello brillante, no podían costarle el trabajo que le daban media docena de familias del pueblo.

—¿A quién? —preguntó Miel.

—A Samira —dijo Ivy.

Las tres sílabas la cortaron como un cuchillo.

Samira. El nombre no sonaba a algo que hubiera pertenecido a Sam, sino como el nombre de un espectro, un espíritu que vendría y se lo llevaría si Miel no lo espantaba. Era el nombre de una chica que no había muerto porque nunca había vivido de verdad. Nunca había existido. Era una vida que no pertenecía a Sam, pero a la que había intentado pertenecer con demasiada fuerza.

—¿Quién? —preguntó, pero notó la vacilación en su voz. No la verdadera confusión de la primera vez que lo había preguntado, sino un titubeo al inicio de la palabras, una respiración entrecortada antes

de pronunciarla.

—Sam —dijo Ivy—. Samir. Como quieras llamarla. Ven o le diré a mi padre que la despida.

Colgó.

Un tallo de rosa empezaba a retorcerse dentro del brazo de Miel. La abertura por la que crecería estaba suave y redonda como la quemadura de un cigarrillo en una manta.

Cuando tenían diez años, había dejado que Sam la tocara y pusiera el pulgar en el pequeño nudo de tejido cicatricial. La había tocado como mucho cuidado y con tanto miedo de hacerle daño que ella le había cogido la mano y la había apretado en su piel para que la sintiera.

Ahora esas rosas a las que odiaba más de lo que temía a las calabazas o a las partes más profundas del río eran lo que las Bonner deseaban tanto como para destrozar la vida que Sam había construido. Las anhelaban tanto como para traer de vuelta a rastras a una chica de la que Sam creía haberse desprendido hacía años. Era como un cometa que ardía en el cielo nocturno y Samira era la estela de polvo y hielo que lo seguía.

Las Bonner provocarían que todo el mundo mirase detrás y los viera a ambos. Sam, el chico que era. Samira, la chica que no era. Y el borrón de luz dispersa que les haría creer a todos que eran la misma persona.

Miel no había terminado de abotonarse el jersey cuando salió de la casa violeta. Por supuesto que iría e Ivy lo sabía.

Sintió un llamarada de rabia contra la madre de Sam, esa hermosa mujer con los ojos pintados con *kohl* que le contaba a los niños a su cargo historias de hijas descaradas y sin miedo. Yasmin veía a su hijo como lo que era, un chico que nunca se sentiría bien constreñido en el nombre Samira, ni con una ropa que permitiera a la gente ver y juzgar su cuerpo. Sin embargo, estaba decidida a dejar que las cosas siguieran su propio curso, con la misma indiferencia que sentía por la religión. Se había adaptado tanto al niño que era en el fondo como a su frágil esperanza de desear ser una niña algún día.

«¿Vas a esperar sin más?», le había preguntado Miel cuando Sam no escuchaba. Yasmin se había limitado a decir que ya se daría cuenta solo. La manera en que se encogió de hombros era más un indicativo de sensatez que de que no le importaba. Miel lo sabía. Aun así, le frustraba lo bien que lo conocía y lo cómoda que parecía en la espera.

Dejó que esa pizca de resentimiento se disolviera. No era culpa de su madre. Le había dado todo el espacio que había podido y todo el

tiempo que le fuera a hacer falta.

Ninguna de las dos cosas serviría de nada si las hermanas Bonner sacaban a relucir el nombre con el que había nacido. Si pronunciaban ese nombre que una vez le perteneció pero al que nunca llegó a pertenecer, lo dejarían desnudo.

El señor Bonner estaba en su camioneta y las ruedas rechinaban por el camino de tierra que atravesaba la granja. Se asomó por la ventanilla del conductor y saludó con la cabeza a Miel, como si viniera a visitar a sus hijas para compartir los libros de la biblioteca o pintarse las uñas unas a otras.

Asintió, porque era lo que hacía todo el mundo en el pueblo. Mantuvo la barbilla alta, sin permitirse bajar la vista hacia las calabazas de cristal.

Las gringas bonitas estaban en la misma disposición que la última vez que había estado allí, como si se hubiera ido y ellas se hubieran quedado estáticas todo el tiempo. Las Bonner se habían reunido en torno a la mesa del comedor; los ojos grises y verdes de Ivy y Lian, los marrones sin tintes rojizos de Chloe y Peyton.

El jarrón azul estaba en el centro de la mesa. Miel vio la primera rosa que le habían cortado. Apenas se había marchitado y los bordes de los pétalos se habían oscurecido hasta convertirse en cobre.

No habían intentado usarla. Todavía no habían descubierto que los rumores sobre las rosas de Miel no eran más que una leyenda local.

Se quedó atrapada un segundo en preguntarse por qué, pero entonces las cuatro caras de las Bonner y sus cuatro tonos de cabellos rojos la hicieron sentirse tan mareada que casi vio cuatro rosas. Como si se hubieran multiplicado en el jarrón y les hubieran brotado nuevas raíces y hojas.

Entonces, las rosas fantasma se desvanecieron y se convirtieron en tenues sombras de color.

Las Bonner aún no habían usado la rosa porque tenían que recolectarlas antes. Querían cuatro. Habían decidido que hasta que todas pudieran tener una, ninguna la tendría.

A Miel la inquietó preguntarse cuántas de sus rosas estarían en el fondo del río, enteras y vivas.

—No te importa tu madre —dijo Lian.

Se tensó, aunque no había malicia en las palabras. Solo brusquedad y un indiferencia desarrollada para compensar el tiempo que le llevaba pensar.

Recordar eso impidió que Miel reaccionase con insultos.

—Supongo que no te importa lo que piensen de ella —dijo Chloe.

«No tienes ni idea de lo que pasó», quiso decir para hacerla callar.

Solo porque no quisiera renunciar a las rosas, solo porque no quisiera canjear aquello que su madre había considerado peligroso, no significaba que no le importara su recuerdo. Significaba que no estaba dispuesta a poner en manos de las Bonner los pétalos que su madre temía y su padre estaba seguro de que se podían eliminar.

Sin embargo, las calabazas de fuera y los colores del ataúd de cristal eran una amenaza que no podía desear que desapareciera más de lo que su padre había podido curarla con vendas apretadas que le producían punzadas en los dedos. Sintió que su voz no le pertenecía, como si fuera un aliento que había soltado y ya no podía recuperar.

—Te da igual que todo el mundo sepa que intentó matar a sus propios hijos —dijo Chloe.

La voz de Chloe era más incisiva que la de Lian, pero mantuvo el tono suave y poco amenazante, como si acabara de despertarla de una siesta. Era como la luz de la tarde recogida en los pliegues de las cortinas. Como su mano blanca sobre el papel pintado.

Era una cerilla encendida que se sacaba de la palma de la mano como en un truco de magia, y toda la habitación ardía como una hoguera.

Miró a Peyton, que permaneció callada. Aunque esta vez sí la miraba, no recorría con los dedos las manchas de agua ni buscaba otro lugar en el que posar la vista.

—Pero esto te importa. —Ivy tocó la mesa con un dedo.

Miel se dio cuenta, por primera vez, de que había un papel sobre ella. Una fotocopia. Los bordes y el familiar espaciado entre las líneas hicieron que sintiera que el suelo de madera de los Bonner se resquebrajaba bajo sus pies.

Un certificado de nacimiento. De Sam. Lo supo sin mirar. Comprenderlo vino acompañado del batacazo de darse cuenta de que Aracely no lo había arreglado todo con la señora Owens. Tal vez creyera que lo había hecho. Tal vez creyó que la había dejado esperanzada, tranquila y segura de su fe en que, cuando volviera a enamorarse, Aracely estaría preparada para ella.

Sin embargo, por culpa de Miel, Aracely había estropeado la cura del mal de amores de la señora Owens. Por culpa de Miel, la mujer, dispersa, sollozante y voluble, había acogido con los brazos abiertos las amables palabras de cuatro chicas que le decían lo inútiles que eran los hombres. Miel las imaginaba con los codos apoyados en el mostrador de la oficina como si siguieran matriculadas mientras agitaban las manos en gestos suaves. Le habrían susurrado a la señora

Owens como si formara parte de su club, le habrían contado cómo tanto los hombres como los chicos eran animales fáciles de controlar una vez que se sabía cómo funcionaban.

Tal vez hubieran entrado para buscar el expediente de Miel, algo que usar en su contra. Les había negado lo que le habían exigido. Por supuesto, querían enfrentarla a la verdad de que, si las desafiaba, destrozarían su vida como los dientes desgarran el músculo.

Mientras todas hablaban y reían en voz baja, habría sido muy fácil que la señora Owens hubiera dejado caer que le guardaba secretos al mejor amigo de Miel. Las hermanas Bonner le habrían sonsacado esos secretos muy despacio y con tanta delicadeza que la mujer apenas se habría dado cuenta de que los había revelado. Confiar en las Bonner le habría parecido un acto discreto e inofensivo; no se habría dado cuenta del peso de lo que había hecho. Mostrarles el certificado de nacimiento no le habría parecido una traición, sino una charla entre amigas.

Miel intentó controlar el asombro de su cara. Miró a Ivy.

—¿Cómo sabes que me importa?

—Has venido, ¿no? —dijo.

Mantuvo la garganta inmóvil, con la sensación de que las Bonner notarían cualquier pequeño movimiento. Si tragaba, sabrían que la tenían. Si inhalaba demasiado rápido o exhalaba demasiado tiempo, sabrían que la tenían.

—Lo que me pregunto es qué te importa más —dijo Ivy—. Que todos sepan que es una chica o que sepan que te gustan las chicas.

La segunda parte de la amenaza era tan débil que sintió el repentino surgimiento de una risa. Tomó aire para detenerla.

Todo el pueblo creía que era rara y desconcertante. La veían como la niña huérfana de madre que había salido de la torre de agua y a la que le crecían rosas en la muñeca, una niña con el dobladillo de la falda siempre un poco húmedo, incluso en los días más calurosos. Que dijeran que le gustaban las chicas o los chicos sería como echar arena en el desierto. No la haría más rara ni más inquietante para los demás de lo que ya era.

Sin embargo, lo que detuvo esa risa contenida y la dobló en pequeños pliegues hasta convertirla en ira fue el resto de lo que Ivy había dicho.

—No es una chica —dijo.

Ivy miró el trozo de papel.

—Aquí pone otra cosa.

El papel granulado de la fotocopia empujó a Miel a preguntarse en

qué más se habrían fijado, qué habría llamado su atención después de ver el certificado de nacimiento.

Cómo suplía los créditos de educación física con los turnos de trabajo en la granja.

Cómo nunca se había quitado la camiseta fuera, ni siquiera para nadar; ni siquiera cuando Miel y él encontraban lugares en los que el río se encharcaba, protegido por las rocas.

Cómo Miel, una chica, era su mejor amiga. Muchos chicos eran amigos de chicas, pero no como Sam y ella; no tenían una relación tan cercana que los llamaban Miel y Luna.

Cuántas veces los chicos del colegio lo habían llamado gay o chica. Incluso con los músculos que mostraba, sus rasgos más suaves que afilados y sus manos menudas provocaban que lo llamaran afeminado.

No tenían ni idea de lo que decían.

Los ojos de Miel se volvieron hacia Peyton, pero esta no tenía nada que ofrecerle más que esa mirada fija. Tenía los ojos del mismo marrón que los de Chloe.

Había cierto arte en lo poco que les hacía falta decir para lanzar la amenaza.

Lo llevarían hasta donde hiciera falta. Lo habían demostrado en el momento en que la habían encerrado en aquellas paredes de cristal de colores.

Miel sintió un pinchazo en la muñeca, como el agua oxigenada en un corte. Como si algo la hubiera mordido. Todas la miraban en busca de la primera señal de un nuevo capullo de rosa.

Lian le miró la muñeca.

—Tienes tiempo para pensarlo —dijo y, como se trataba de Lian, sonó como una simple observación, no una amenaza ni una garantía.

Miel sintió cómo la punta de una espina se arrastraba bajo su piel, dispuesta a rasgarla como si fuera papel mojado. Apretó la garganta para contener un jadeo.

Esa vez no corrió. Deslizó el papel fuera de la mesa y lo dobló hasta que quedó pequeño y no se podía doblar más. Iba por la mitad del camino de ladrillos cuando Peyton apareció desde el jardín de hierbas aromáticas de su madre, con el olor de las agujas de romero colgado del pelo.

Miel se sobresaltó. Hacía un minuto, había estado junto a sus hermanas y de pronto estaba allí, como una gata que en un segundo está en la ventana de un ático y al siguiente en un porche.

—Miel —dijo.

La renuncia en la voz de la chica sonó casi a disculpa, pero había

demasiado del orgullo Bonner, la sensación compartida de ser una vida en el cuerpo de las cuatro.

—¿Cómo eres capaz de hacerle esto? —preguntó Miel y apretó el papel doblado entre los dedos—. Siempre te ha encubierto.

Si Sam no mintiera por Peyton, las chicas se reirían a escondidas cuando la vieran por la calle. Las miradas indisimuladas la acosarían a ella y a su familia en la iglesia. Las madres prohibirían a sus hijas visitar la casa de los Bonner, sin darse cuenta de que, de todos modos, nunca las invitaban.

Dios sabría qué palabras, o peor, dedicarían los Shelby y los Hazelton a Peyton y su madre. Lo más seguro sería que tampoco se acercarían a la casa de los Bonner. No se molestarían en ser discretos. La tranquilidad del pueblo estaba salpicada con suficiente furia como para mantener un cotilleo durante meses. El año anterior, una mujer había empujado a la amante de su marido contra un puesto de tomates en el mercado y provocó que las frutas rojas y amarillas se desparramaran por los pasillos. Hacía tres Navidades, el profesor de la escuela dominical, delante de todo el mundo, había ordenado a la niña que interpretaba a María que abandonara el vestido azul porque la habían pillado fumando uno de los cigarrillos de su madre detrás de la iglesia. Si el señor Bonner hubiera sido otro hombre, menos tímido y menos temeroso de sus propias hijas, tal vez le habría pegado un tiro con la escopeta al que había dejado embarazada a Chloe.

—No tenemos por qué hacerle nada —dijo Peyton.

—No puedes hacerlo. —Miel se acercó y comprobó que la señora Bonner no estaba en la ventana de la cocina ni en la del rellano de arriba—. No puedes descubrirlo. Está hecho un lío con todo esto y terminará por aclararse, pero necesita tiempo; no lo tendrá si las cuatro sacáis esto a la luz.

Peyton se encogió de hombros con un ligero movimiento de cabeza. Si su madre hubiera estado mirando desde el rellano de arriba, ni siquiera lo habría visto.

—Solo tienes que darles lo que quieren.

—¿Es que no lo entiendes? —Miel abrió y cerró la mano mientras contenía unas ganas enormes de agarrarla del pelo rizado y tirar hasta que le hiciera caso—. En un pueblo como este, no tienes ni idea de lo que harán. No finjas que te escondes de tus padres.

La franqueza del rostro de Peyton desapareció en un suspiro, como el agua que resbala de unas manos ahuecadas.

—No sabes nada de mí —dijo—. Ni de mis padres. Después de lo de Chloe, quieren que cumpla los treinta antes de besar a nadie.

La risita de Miel salió impregnada de crueldad, pero no la contuvo. Por la forma en que Peyton se había referido a su propia hermana, «después de lo de Chloe», como si la existencia de la mayor de las Bonner se redujera solo al hecho de haber tenido un bebé. Por la insinuación de que la señora Bonner no lloraría a mares entre las cacerolas si supiera lo que Peyton hacía con Jenna Shelby y Liberty Hazelton.

—¿Y ya está? —preguntó—. ¿Esa es la única razón por la que te pones corrector en el cuello?

Las palabras salieron afiladas y entrecortadas, como un grito contenido para mantenerlo en silencio.

Peyton se estremeció y luego se recuperó; tensó los hombros.

Lo sabía. Sabía que si la verdad sobre Jenna y Liberty cruzaba la barrera de los compañeros de clase a los padres, si pasaba de ser un rumor en los pasillos de un instituto al que ya no asistía a los susurros que se extendían por todo el pueblo, sentiría el desprecio incluso a través de las paredes de la casa azul marino.

«Después de lo de Chloe». Después de lo de Chloe, las manchas rojas del cuello de Peyton harían que el pueblo se sintiera en su derecho de llamar a las Bonner desvergonzadas, inmorales y pecadoras. Palabras de las que las hermanas se reirían por ser anticuadas y fingirían que no dolían como mil cortes.

—Exacto —dijo Miel—. Eso pensaba. Quieres imponerle lo que ni tú misma serías capaz de soportar.

Dios sabía qué palabras, o peor, dedicaría el pueblo a un chico que había nacido chica. Envolverían el desprecio y la crueldad en la mentira de que no les habría importado si se lo hubiera dicho.

«Es por la falta de honestidad», susurrarían.

«Cuántas mentiras. Es la mentira lo que odio».

«¿Cómo vas a confiar en alguien que finge así?».

Como si la verdad de su cuerpo fuera de su incumbencia, como si tuvieran derecho a considerar que la forma en que vivía era una afrenta hacia ellos. Como si quién era tuviera algo que ver con el resto.

Miel escuchaba las voces. Odiaba a todos los que pronunciaban esas palabras, aunque no lo hubieran hecho todavía.

Y eso sería si tenía suerte. El pueblo despreciaría a Peyton, pero odiaría a Sam. Así funcionaba, la crítica para las chicas y el odio para los chicos. A los chicos los habían echado del pueblo por acostarse con otros chicos que estaban destinados a casarse con chicas bonitas de ojos pálidos. Los chicos que lo llamaban gay o chica lo odiarían por lo

que considerarían una mentira, firmes en la convicción de que su vida era un insulto hacia ellos, un engaño, un truco.

La crítica para las chicas y el odio para los chicos. Como no sabrían dónde meter a Sam, se llevaría los dos.

—Lo destruirá —dijo.

—Pues dales lo que quieren —dijo Peyton.

El pueblo nunca había visto a nadie como Sam. Si lo habían hecho, no lo sabían. El miedo de Miel a eso, a cómo reaccionarían a lo que no conocían, la empujó a esforzarse por mantener la respiración tranquila. Las chicas que alguna vez habían pensado que Sam era guapo se lo dirían a sus novios, que le pegarían porque no soportarían la idea de que a sus novias les gustara alguien que había nacido mujer. Los chicos que odiarían que se hubiera equiparado a ellos sin que se hubieran enterado durante años lo acorralarían cuando saliera a colgar sus lunas. Los padres, con escopetas iguales que las del señor Bonner, le amenazarían para que se alejara de sus hijas.

—Si le hacen daño, será culpa tuya. Porque tú deberías saber mejor que nadie lo que esto podría hacerle.

—No —dijo Peyton, de nuevo con un ligero movimiento de cabeza, tan lento que sus rizos apenas se movieron—. Si le hacen daño, será culpa tuya. Porque todo lo que tenías que hacer era renunciar a algo que tiras.

No se trataba solo de tirarlas. Tenía que matarlas, destruir los pétalos de los que su padre no sabía curarla ni su madre purificarla.

Ahora debía entregárselas a unas chicas que malinterpretaban su terrible fuerza. Las rosas no tenían el poder que decían los rumores, el poder de obligar a amar a quienes respiraban su aroma.

Sin embargo, su madre las había temido tanto que había estado dispuesta a hacer cualquier cosa que le dijeran las *señoras* y los curas para salvar a Miel de ellas.

—¿Para qué las queréis? —preguntó—. ¿Por si acaso alguien tiene la desfachatez de no enamorarse de vosotras?

Eso hizo que Peyton parpadeara con los ojos apretados y que se le tensaran las mejillas.

—Vosotras cuatro —dijo Miel—. Sois peores que cualquiera que haya pasado por la mesa de Aracely. Queréis enamoraros más que estar enamoradas y queréis que alguien se enamore de vosotras, más de lo que queréis que os amen.

—Eso no es cierto —dijo Peyton.

—¿Entonces qué haces con Liberty? —espetó—. No te gusta como te gusta Jenna y todo el mundo lo sabe.

Abrió los ojos un poco más, una mirada salvaje que se encontraba más cerca de la ira que de la sorpresa.

Complació a Miel más de lo que esperaba. Tal vez solo fuera una grieta superficial como las del ataúd de cristal, pero había conseguido cuartear el color y el brillo que eran las Bonner.

—Espero que ellas tres sean lo único que necesitas —dijo—. Porque van a ser lo único que te quede.

Sentía la muñeca pesada, como si el músculo se hubiera vuelto denso como la piedra de un río.

Se sintió más pesada cuando se dio cuenta de que Peyton la miraba.

Unas cuantas hojas más habían brotado y asomaban por la manga. Protegían un diminuto capullo de rosa, del color casi azul de una amatista, que brillaba con sangre y agua.

Lago del Invierno

El brote verde ya empezaba a convertirse en un tallo y el calor se transformaba en el dolor de un corte. Miel sintió que la base del tallo se le anclaba en el antebrazo y le llegaba casi hasta el interior del codo, bajo un velo de piel y músculo.

Después de salir de la casa de los Bonner, la perla redonda del capullo había engordado hasta alcanzar el tamaño de una canica. Ya era grande como una peonía sin florecer, a un centímetro de abrirse en todo su esplendor.

Pensó en la palma de Sam en su omóplato y el dolor le quemó con fuerza el antebrazo. Lo sentía vivo, como si tuviera dedos y aliento. Cada vez que el tallo se arrastraba un poco más fuera de su muñeca, le entraban ganas de gritar.

El perfume de la flor, como el azúcar cálido de los higos y las granadas, era como una acusación, una prueba para las Bonner de lo mucho que lo quería. Un cotilleo para las mujeres en el mercado. Una confesión para los curas de la iglesia. Un recuerdo de los olivos y limoneros que el padre de Sam había recorrido cuando era niño.

La idea de cortárselo de la muñeca se le vino a la cabeza y no la abandonó. La arañó, como si notara un hilillo de sangre en el labio y tratara de no lamerlo. Esa rosa que había crecido más rápido que ninguna otra antes tiraba de ella.

Aun así, no podía cortarla y matarla.

Las Bonner la querían, la exigían. Peyton había visto cómo comenzaba a brotar, de un violeta más profundo que la casa en la que Miel vivía con Aracely.

Sin ponerse los zapatos, bajó con sigilo por las escaleras y salió al exterior; tomaba una gran bocanada cuando el aire nocturno le golpeó el antebrazo. La hierba olía limpia y fuerte como la médula de los cítricos y las hojas tenían un tono dorado que absorbía la luz de la casa como un paño absorbe el aceite.

—Miel. —Escuchó la voz de Sam, pero no pronunció su nombre

con el mismo interrogante que cuando la encontró mirando las calabazas de cristal. Era una llamada.

Venía de su casa. Incluso desde la distancia y en la oscuridad, se veían los colores pastel de las tejas. El día que había caído de la torre de agua, con los ojos húmedos y doloridos, esas tejas de diferentes colores habían hecho que la casa de Sam le pareciera un lugar sacado de un cuento de hadas.

Ahora, le parecía un lugar que la cruel fuerza de sus rosas destrozaría si se acercaba demasiado.

La luna que llevaba no era como las que colgaba fuera de su ventana, del color azul lavanda pálido de una luna de escarcha o del verde suave de una luna de maíz, como las que hacía para que los niños no tuvieran pesadillas. Esa la había pintado en blanco y negro; donde se encontraban los colores había una fina banda de gris. No estaba pintaba en papel ni en tela, sino en un globo metálico oxidado, desechado por una tienda de antigüedades; había ido con él a buscarlo junto con media docena más que iban a tirar.

Lo había cubierto del negro azulado de una luna nueva y luego le había añadido el afilado corte de una media luna menguante.

—¿Dónde la vas a poner? —preguntó.

—Todavía no lo sé.

Quiso preguntarle si podía acompañarlo, verlo subir a la escalera de madera y colocar la luna, franja de luz, en un árbol alto.

La asustó un poco. Nunca lo había visto pintar una luna así, solo blanca y negra, sin ningún indicio de color, Mare Insularum ni Sinus Honoris en gris. Era muy diferente de todas las que le había traído, violetas y azules con mares lunares pintadas en papel o con llanuras de un oro tan tenue que parecían hechas de crema.

Sin embargo, aquella belleza descarnada hizo que deseara besarlo tanto que la ausencia en sus labios provocó que los sintiera fríos. Sentía la lengua como un bloque de hielo en la boca. Su aliento era un viento invernal que punzaba todas las superficies dentro de ella.

Sam se dio cuenta. Se fijó en cómo cambió la forma en que la miraba, cómo sus labios se separaron con una respiración contenida. Dejó la luna y la besó; sabía como el cardamomo negro que Aracely guardaba en un frasco de cristal. El aroma a humo y especia llenaba el aire cada vez que lo abría. Como el jengibre, pero más oscuro.

Sam sabía como la única noche del año en la que el aire cambiaba de otoño a invierno, al frío repentino, al olor a corteza húmeda.

A cardamomo alado. Así lo llamaba Aracely. Por la forma en que las vainas abiertas parecían polillas a punto de echar a volar. El sabor

le flotó en la lengua como una mariposa loba sobre un pétalo de lirio.

Incluso cuando sus labios se separaron, Sam mantuvo la mano en la nuca de Miel y sus bocas siguieron tan cerca que sentía el ritmo de su respiración.

La atrajo hacia él mientras le rodeaba la cintura con el brazo. Esa mañana, su rosa había desprendido el aroma de la miel y el albaricoque, pero entonces el perfume había adquirido el peso y el sabor del incienso de copal. Llenaba el aire entre los dos.

Cada vez que la besaba, el tenue sabor a cardamomo la hacía cerrar los ojos, pero luego se volvió amargo en su lengua. Cuanto más le importara, más verían las Bonner cuánto le importaba y más confirmarían que era la forma de controlarla. Cuanto más vieran cómo lo miraba, cómo le tocaba el brazo cuando se reía o cómo lo arrastraba hacia los árboles cuando estaba de descanso, más esgrimirían ese certificado de nacimiento.

Era su mejor amigo y todo el mundo lo sabía. No obstante, la mitad del pueblo debía de haber asumido que eran mejores amigos por defecto. El chico que colgaba docenas de copias de la luna y la chica de la torre de agua. La chica que tenía miedo a las calabazas y el chico que sabía cómo alejar a las serpientes con canela, aceite de clavo y agapantos rosas. Los dos tan extraños que solo otra persona igual de rara podría acercársele.

Sin embargo, si lo amaba, las Bonner lo sentirían. Ya tenía que hacer lo que querían y ofrecerles las rosas a cambio de su silencio. No iba a permitir que se acercaran a Sam. No dejaría que supiera que el secreto guardado entre su madre, Aracely, Miel y él estaba también en manos de las cuatro hermanas. Lo volvería temeroso y asustadizo. Se escondería de las preguntas que tenía que hacerse.

Le puso las manos en los hombros y lo apartó.

—No puedo. —Acunó el antebrazo junto al jersey—. No debería haber pasado. Nada de esto.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué?

Buscó en la oscuridad una mentira y sus dedos se aferraron al primer atisbo de solidez.

—Nos conocemos demasiado bien. Hemos sido amigos durante demasiado tiempo. —La voz se le debilitó y se le quebró—. No podemos.

—¿De qué hablas? —preguntó Sam.

—Lo siento —dijo Miel y la primera palabra se le atragantó—. Me importas mucho, pero no puedo estar contigo. —Le dio la espalda antes de que el húmedo escozor de la sal le golpeara las mejillas—. No

así.

Incluso al alejarse, oyó cómo Sam recuperaba el aliento atascado en el fondo de la garganta.

—Miel —dijo.

No respondió, así que no la siguió.

Intentó alejarse lo suficiente como para no oír el suave roce cuando metió las manos en los bolsillos. No miró atrás hasta que supo que se había ido.

Esa vez, cuando las Bonner la encontraron en el oscuro espacio entre los árboles, no se resistió. Y como no se resistió, no le clavaron los dedos, ni la arrastraron al ataúd de cristal. Se limitaron a ponerle las manos encima, como si estuvieran en la iglesia y fueran a bendecirla. Ivy separó las hojas de las tijeras de latón y Miel se entregó a los tonos rojos y naranjas abrasadores de las Bonner, brillantes como lenguas de fuego.

Bahía del Honor

Mantuvo cerrada la puerta de su habitación. Casi nunca lo hacía, pero últimamente Aracely y ella apenas hablaban. Miel no sabía si seguía enfadada y tampoco sabía si debía preguntar.

Estaba acurrucada de lado, con la mejilla apoyada en el edredón. Aracely era civilizada y eso hacía que se sintiera peor. Por la mañana, le servía el café y se lo ofrecía sin decir nada, pero no apretaba los labios ni apartaba la mirada como si estuviera enfadada. Se limitaba a pasarle la taza y volver a freír flores de capuchina. Aquello le recordaba cómo había arruinado la cura del mal de amores y cuánto había debilitado la lealtad de la señora Owens, hasta exponerla a los cuchicheos y encantos de cuatro chicas con el pelo de fuego.

Ya todo dependía de Miel para salvar a Sam y asegurarse de que nadie intentara obligarlo a encajar con el nombre que aparecía en ese papel. Había cortado en pedazos la red de seguridad que Aracely había tejido para ellos. El dolor en la muñeca, como si Ivy le estuviera clavando la punta de las tijeras de latón, no la dejaba olvidar.

Unos nudillos golpearon la puerta con un ritmo suave que reconoció.

—Entra —dijo sin moverse.

El hilo del perfume de Aracely se coló en la habitación.

—¿Tienes hambre? —dijo la mujer—. Había pensado en preparar algo.

Negó con la cabeza sin levantar la mejilla de la cama.

Aracely se sentó en el borde de la cama y sentir el lento descenso de su peso la animó un poco. Siempre la había reconfortado la sensación de otra persona que se sentaba a su lado, sobre todo si era Aracely. En ese momento, hizo aún más patente lo poco que habían hablado.

—Siento haberte gritado por lo de Emma —dijo.

—Me lo merecía —respondió Miel y la voz le salió ronca sin que lo pretendiera. No era un sonido de llanto. Más bien como si se le

hubiera gastado la voz dentro del dominio de la casa.

—No, claro que no. Además, fui y lo arreglé. Está curada. Al menos hasta la próxima vez.

—Genial —susurró, tan suave que hasta a Aracely se le escapó el sarcasmo.

—No vuelvas a hacerlo. Si no estás del todo presente, no me ayudes. Prefiero que me lo digas.

Miel asintió y la mejilla rozó el edredón.

—Sé que siempre te he exigido mucho. —La forma en que bajó la voz hizo que supiera a qué se refería, cómo Miel le había pasado huevos, limones y tarros de cristal desde que tenía seis años y los sostenía con sus manitas—. Pero no me vas a decepcionar si me dices que no puedes. Todo el mundo tiene días malos.

Cerró los ojos. La culpa se le trenzó en la muñeca y se le coló dentro.

Aracely le pasó una mano por el pelo.

—¿Quieres hablar de lo que pasó?

Estuvo a punto de preguntarle a qué se refería, si a la noche en que tuvo que llevarla a casa o a la cura del mal de amores que Miel había fastidiado por no abrir la ventana lo bastante rápido.

No importaba. La respuesta era la misma en ambos casos.

—No.

Oyeron unos golpes en la puerta del piso de abajo. La madre de Sam. Era la única que nunca usaba el timbre. Pensaba que era demasiado formal cuando los cuatro eran como una familia.

Aracely bajó las escaleras. Miel se levantó del edredón, se tropezó con la ropa que había dejado en el suelo los dos últimos días y la siguió.

La madre de Sam estaba en el vestíbulo.

—¿Alguna ha visto a Samir? —preguntó.

Los ojos de Aracely viajaron hacia Miel.

—Se suponía que ibas a quedar con él en algún sitio, ¿no?

Notó cómo apretaba los dientes. Abrió más los ojos. Miel casi escuchó sus pensamientos. «Sí. Di que sí».

—Sí —Intentó que el jadeo sonara como una realización repentina, como si lo hubiera olvidado y acabara de recordarlo—. Sí. —Miró al reloj que la madre de Sam llevaba en la muñeca izquierda—. Llego tarde, pero me aseguraré de que vuelva pronto a casa.

La madre de Sam las miró a los dos, cuidadosa y pensativa.

No las creyó.

Miel sabía lo alta que era, más que Sam o Aracely. Sus largas

faldas, que rozaban el suelo, la hacían parecerlo aún más. Pero nunca lo parecía cuando reía o cuando le enseñaba la diferencia entre la albahaca dulce y la morada. Tenía un árbol de albahaca morada en el lateral de su casa que nunca cortaba ni recogía y las hojas verdes y violetas desprendían un aroma más fuerte al dejarlas a su aire.

Solo aparentaba su estatura real cuando Sam y Miel traían a casa serpientes de hierba o cuando los padres de una de las niñas a las que cuidaba no se daban cuenta de que su hija estaba tan nerviosa que se mordía las uñas hasta sangrar.

O cuando lucía esa mirada de preocupación. Eran esos momentos y esa mirada los que habían hecho a Miel dudar en llamarla Yasmin. No importaba que se lo hubiera pedido. Aquella mujer era madre, adulta, y cualquier recuerdo de ello hacía que llamarla por su nombre de pila le resultara extraño e irrespetuoso.

—¿Quieres quedarte hasta que vuelva? —preguntó Aracely—. Haré café en la olla.

Por supuesto, pensaba que el café mezclado con canela y piloncillo en una olla de barro era la respuesta para todo. Haría que las mentiras se volvieran débiles y finas como la leche descremada.

—No —dijo su madre—. Gracias.

Asintió y se volvió hacia la puerta.

Debía de estar dispuesta a creerlas o a fingir que las creía, por el momento.

Aracely se inclinó hacia Miel.

—Encuéntralo.

La madre de Sam apenas se había ido y el sonido de sus pasos en el camino de entrada apenas se había desvanecido, cuando la mujer alcanzó sus llaves.

—¿Me vas a ayudar a buscarlo? —preguntó Miel.

—No. Voy a ver cómo está Emma Owens.

—¿Ahora?

—Por supuesto que ahora —dijo. Se encogió de hombros dentro del abrigo—. Por si no te has dado cuenta, tu novio no está preparado para que todo el pueblo descubra su nombre legal. No nos conviene tener que preocuparnos de que esa mujer mantenga la boca cerrada. La dejaré hablar toda la noche si es necesario. —Suspiró—. Dios sabe que probablemente lo sea.

Salió por la puerta antes de que Miel le dijera que no fuera, que no había razón ni serviría de nada.

Océano de las Tormentas

La superficie del río estaba tan oscura como las bayas de enebro.

Todas las historias eran mentiras. Las fábulas de su madre sobre perdices *chukar* y mujeres que se disfrazaban de linces. Los cuentos de Miel sobre estrellas que se enamoraban de lunas.

¿De qué les habían servido las historias de estrellas y osos lunares a sus bisabuelos? No les habían permitido quedarse en Cachemira con sus incontables azafranes. No habían salvado el oficio familiar, construido a partir del delicado trabajo de dar vida a las flores y luego sacar los hilos color óxido de sus centros.

¿De qué le habían servido a Miel sus cuentos de hadas? El pueblo no la quería como quería a las Bonner, aunque las temiera. No se reunieron para protegerlas a ella y a Aracely cuando unos desconocidos arrojaron botellas vacías a la casa violeta y las llamaron brujas.

Para el pueblo, Miel estaba sucia como el agua que se había derramado de la torre oxidada y era extraña como las rosas que le crecían en la muñeca. Cuando era niña, pensaban que el dobladillo de su falda, que nunca se secaba, ni siquiera a pleno sol, significaba que estaba poseída. Con el tiempo, pasaron a considerarlo el signo de algún pecado que vivía dentro de su cuerpo, como las rosas.

Sin embargo, si la luna en el cielo era capaz de mover océanos enteros, entonces tal vez, si Sam lo deseaba lo suficiente, las lunas que había hecho conseguirían tirar de esa agua. La atraerían hacia el cielo como un lazo y la convertirían en cristales de hielo y nubes.

Se quedó mirando el río. Si se entregaba a él, a lo mejor le haría lo que le había hecho a Aracely y lo convertiría en lo que era de verdad. Tal vez le daría un cuerpo a la altura de la vida que había construido. O tal vez lo haría desear ser una mujer llamada Samira.

Si no hacía ninguna de las dos, tal vez tendría la misericordia de hundirlo y convertirlo en agua. Tal vez tendría suficiente fuerza dentro para llenar el río y expulsar toda el agua como si fuera un

meteorito, por lo que no quedaría nada. Un pantano, un cráter húmedo en la tierra.

No sabía cómo proteger a Miel de las pesadillas que tenía tan arraigadas que la seguían como sombras. Pero podía destruir una de las cosas que temía.

Vadeó la empinada orilla hasta que encontró el lugar donde el río se hundía más profundo. La fuerza de su cuerpo al cortar el agua lo arrastró hacia abajo. Casi cálida cerca de la superficie, el agua se volvía fría cuanto más se hundía.

Perdió la luna y las estrellas. Perdió las nubes que convertían el cielo en plata.

Se dejó llevar y dejó que le arrastrara el cuerpo, sin resistirse a la oscuridad. Cerró los ojos y vio el parpadeo de los de Miel, como el jengibre confitado, y cómo sus párpados eran un poco más oscuros que el resto de su piel. Cómo tenía las uñas cortas de mordérselas, cómo siempre olía a la rosa que le crecía en el cuerpo, incluso cuando aún no le había atravesado la piel.

Miel era ámbar y la última luz. El momento entre el verano y el otoño. La miel que comía de las cucharas en la cocina de Aracely.

Esa era una de las cosas que le gustaban de ella, cómo se llamaba y que le encantase comerse su propio nombre.

Nunca se libraría de ello. Ni de una mínima parte. De cómo la deseaba de una manera que le dolía tanto como la opresión en los pulmones del agua fría, una desesperación por inhalar que solo igualaba la imposibilidad de hacerlo. De cómo empezaba a perder la convicción de que un día viviría la vida que correspondía al nombre que su madre le había dado.

El día en que tendría que ser una chica, una mujer, le había parecido muy lejano durante mucho tiempo y había creído que estaría preparado. El momento en el que alcanzaría la edad en la que a un *bacha posh* lo despojaban de sus ropas y maneras de chico le había parecido remoto, así que la imposibilidad de alcanzarlo había superado a la imposibilidad de desear ser una chica.

Lo había ignorado durante años, había fingido que el día todavía estaba muy lejos. Se había engañado incluso cuando empezó a sangrar. Incluso cuando tuvo que empezar a llevar el binder bajo la ropa.

Sin embargo, en ese momento, su cuerpo no era suyo. Se movía y flotaba. Le pertenecía al agua y a la corriente que lo sujetaba. La forma en que tiraba de él le hizo comprender por qué se había metido en el río en primer lugar. No había sido solo por la rabia que tenía

dentro ni por Miel.

Era la cruda esperanza de que tal vez el agua no solo lo convertiría en otra cosa, sino que decidiría por él. Tal vez, al igual que con Aracely, lo vería como lo que realmente era y lo transformaría. Si estaba destinado a ser una chica, tal vez le haría querer serlo. Si nunca iba a dejar de ser un chico, tal vez convertiría la materia prima de su piel y sus músculos en un cuerpo a su medida.

Deseaba, más que respirar, que el agua le arrebatara la decisión.

Abrió los ojos y creyó captar la forma y la luz de todas las lunas que había hecho, tenues como el reflejo de una guirnalda de luces en un estanque. Los tenues anillos de color violeta, azul verdoso y dorado flotaron a su alrededor. Sin embargo, la pesadez en la frente lo obligó a cerrar los ojos de nuevo y los perdió.

Unos brazos le rodearon la cintura y tiraron de él.

Reconoció el tacto y la forma en que le clavaba los dedos en los costados. Intentó resistirse y soltarla como si fuera una luna que el cielo fuera a llevarse. No quería ser lo que la anclara a la tierra.

Pero no sentía los brazos y las piernas más calientes ni más vivos que el agua. Tenía los dedos tan entumecidos que se preguntó si iba a desaparecer.

Desde que la conocía, jamás se había sumergido en aguas en las que no se viera el fondo. Incluso cuando nadaban juntos, Miel se quedaba en las zonas poco profundas.

Rompieron la superficie y el fino frío del aire le golpeó la cara.

Respiraba entre jadeos que recordaban a los golpes rápidos del viento cuando se abre paso entre los árboles en las noches de otoño. Sentía que necesitaba inhalar todo el aire del cielo, pero seguía jadeando.

—Sam —gritó y lo agarró del brazo incluso cuando se separó de ella.

Pataleó en el agua para mantenerse a flote. Sam le tendió la mano, con miedo de que, en cuanto se asentara, le entraría el pánico y dejaría de nadar. Sin embargo, Miel se aferró a él y lo remolcó a la orilla a duras penas, como si el agua tuviera garras que los arrastraran a los dos.

Reptó por la orilla y tiró de él.

Sam se arrodilló de espaldas al río, con los antebrazos apoyados en los muslos. El agua del pelo le resbalaba por la nuca y los vaqueros se le pegaban al cuerpo.

—Sam —repitió, con la voz más baja y vacilante.

Encorvó los hombros hacia delante por el dolor que le atravesaba el

esternón.

Se arrodilló frente a él. El pelo mojado le caía por los hombros. Las cintas de agua resbalaban por su cuerpo.

—Sam. —Lo agarró por la parte superior de los brazos.

En el momento en que su piel tocó la suya y lo miró a la cara, lo vio. La chispa de la comprensión, como la estática en el pomo de una puerta.

Miel separó los labios. Abrió tanto los ojos que, incluso en la oscuridad, Sam distinguió todas las tonalidades de marrón y oro. Un pequeño jadeo se hizo eco del ritmo de su siguiente respiración.

Lo sabía. Había captado el desafío y la rabia en él.

Cada gota de agua que le caía del pelo se le clavaba en la piel como una aguja.

No se había resbalado, ni se había caído, ni lo habían arrastrado unas manos que lo odiaban. Se había metido a propósito y Miel lo sabía.

Al principio, no registró la forma de su mano. Voló muy deprisa, un pájaro de alas marrones con la parte inferior cubierta de plumas diminutas y pálidas.

No reconoció aquel destello marrón como una parte de ella hasta que le golpeó la mejilla. Le sacó de los pulmones el poco aire que le quedaba y le arrancó un sonido ahogado del fondo de la garganta. Sintió la lluvia tan lejana como las estrellas bajo la fuerza de su mano y el peso de lo mucho que había deseado que lo tocara, aunque fuera para abofetearlo.

Bahía de las Nubes

Nunca se habían pegado, ni una sola vez. Miel no le había pegado cuando alargó la mano para tocar una cría de serpiente de cascabel que encontraron revoloteando entre las hierbas. El sol la había convertido en una cinta de bronce pálido y Sam había creído que quería que la acariciaran, como si fuera un animal de uno de los cuentos de su madre.

Sam nunca le había pegado, nunca había hecho siquiera el amago. Ni siquiera cuando un chico del colegio lo llamó la peor palabra que a Miel se le ocurría que nadie podría llamarlo, una palabra que su madre había encontrado una vez, en su antiguo pueblo, pintada en el lateral de su casa. Sam había ido a por él y había sido lo más cerca que lo había visto de meterse en una pelea, pero Miel lo había agarrado. Lo había rodeado con los brazos para sujetarlo y había sentido su rabia. No le habría costado nada librarse de ella, pero no lo había hecho porque no estaba dispuesto a hacerle daño.

En ese momento, Miel había atravesado el espacio que los separaba y había roto el pacto de los años en que se habían conocido. Años de noches juntos y unas pocas veces en que se habían peleado hasta dejar de hablarse, pero en las que nunca se habían golpeado. Le había pegado a su mejor amigo, al chico que se le había acercado cuando todos los demás creían que era rara y estaba hecha de agua.

Se había metido en el río para sacarlo porque creía que la necesitaba para salvarse, porque lo había mirado y se había preocupado más con cada segundo que permanecía sumergido. Había dudado junto a la orilla el tiempo justo para ver su forma, la ligera raya de su camisa, el oscuro borrón de su pelo y sus brazos flojos cerca del cuerpo. Luego se había dejado llevar por el agua.

No sintió ninguna alegría al verse cubierta del agua que tanto temía. La corriente la llamaba y le recordaba que se había llevado a su hermano y a su madre, y casi a su mejor amigo. Las gotas le cubrían la piel, como alfileres que la pinchaban. Si hubiera permanecido en el

agua un segundo más, habría sentido la tela del vestido de su madre rozarle las espinillas o los dedos de su hermano que le cogían la muñeca para intentar salvarla.

Entonces había visto la cara de Sam, la ausencia de pánico y el deje temerario en su expresión. Lo supo. El agua no había intentado llevárselo.

Él se había entregado.

Estaban arrodillados la una frente al otro, las manos de él en las rodillas, los brazos de ella cruzados y apretados sobre el pecho.

Sam no había roto el contacto visual, ni siquiera cuando lo abofeteó. Eso la asustó. Le dieron ganas de apartarle el pelo mojado de la cara con los dedos y pegar la boca a la de él con la suficiente fuerza como para no saber si lo besaba o lo mordía.

—¿Qué haces? —preguntó.

No respondió. Tampoco apartó la mirada.

—¿Por qué…? —No era capaz de pronunciar las palabras. Le era imposible decir la verdad de que Sam se había metido en el agua, con la ropa puesta y en un tiempo tan frío en el que no había opción de fingir que estaba nadando.

—Sam —dijo y pronunció la sílaba tan aguda que no le quedara otra que mirarla.

Un brillo de agua hizo que sus ojos parecieran de cristal caliente.

—¿Dónde estás? —preguntó—. ¿Adónde has ido?

La respiración de Sam se profundizó, pero no se estabilizó. Una inhalación era lenta y pausada, la siguiente aguda y entrecortada.

—¿Por qué me dejas fuera? —preguntó Miel.

El cambio en su mirada fue sutil, casi invisible, pero lo sintió claro como la frontera entre el sol y la sombra.

—¿Yo te dejo fuera? —espetó—. ¿Sabes cuántas cosas no sé de ti? ¿Qué pasó la otra noche? ¿Por qué estabas allí fuera?

Miel se levantó.

—¿De dónde te has sacado que nos conocemos demasiado bien? —preguntó.

Miel no lo escuchó. Le dio la espalda y echó a andar.

Sam se levantó y la siguió, con la mano extendida.

—No. —La cogió del antebrazo—. No te alejarás de mí. No te he pedido que vinieras, pero lo has hecho. Ahora no te vas a ir.

El agarre le clavó las espinas de la nueva rosa en la muñeca. La presión de su mano la quemó y la piel se le puso roja y sensible. El capullo se aplastó.

Amortiguó el jadeo para que no fuera más que una inhalación un

poco alta, pero Sam sintió las espinas.

Lo que no sabía era lo rápido que estaba creciendo esa flor. En parte porque Miel lo deseaba y su cuerpo lo sentía. En parte porque las Bonner querían sus rosas tan rápido como su muñeca pudiera hacerlas crecer, y su piel y sus músculos sabían que les convenía cumplir sus deseos. El dolor hacía que, a cada minuto, sintiera el peso de las tijeras deslustradas en el antebrazo.

Sam apartó la mano y la levantó para estudiarse la palma arañada. Incluso a través de la manga mojada de Miel, las espinas habían dibujado unas líneas de sangre finas como los mechones de su pelo.

Sam le colocó la mano bajo el dorso de su muñeca y la sujetó con firmeza, pero menos que cuando la había agarrado.

Una punzada le recorrió el brazo, pero se obligó a no apartarlo. Moverse entonces habría sido peor que pegarle.

Sam le subió la manga.

Tenía la muñeca salpicada de gotas de sangre. El agua había cubierto las hojas y las había vuelto casi translúcidas. El capullo, a un suspiro de abrirse, había crecido redondo e hinchado como una bombilla en una guirnalda de luces. Una cáscara de pétalos del color de la hierba cubría la flor violeta y dejaba entrever un poco de la rosa en el centro.

La respiración de Sam y los latidos de su propio corazón le impidieron escuchar a los pájaros nocturnos.

—Sam —dijo.

Volvió a bajarle la manga.

—Eres un millón de preguntas para mí —dijo—. Siempre lo serás.

Pronunció las palabras sin rastro de admiración. Eran amargas, resignadas.

La soltó, se metió las manos en los bolsillos y los dedos resbalaron por la tela vaquera empapada de río.

Miel veía todas las cosas que vivían dentro de él y lo arañaban con sus bordes afilados.

—No me quieres —dijo—. Entonces, ¿qué quieres?

—Sam. —Lo quería y él lo sabía. Tenía que saberlo. Lo mucho que lo deseaba endurecía el aire entre los dos.

Dio un paso hacia él, tan lento que esperaba que no se diera cuenta de que había reducido la distancia entre ambos. Se sintió desprotegida, como en las noches en las que se tumbaba con Aracely en las mesas de picnic para mirar arriba e imaginaba que el cielo se le caía encima.

Sam le dio la espalda y echó a andar.

La rabia le recorrió los dedos y se extendió por el resto de su cuerpo. Le había impedido que se fuera y ahora quería que lo dejara marchar.

—¿Sabes qué? —dijo—. Dices que no me conoces, pero no te conoces a ti mismo.

Sam se dio la vuelta a medias, con las manos aún en los bolsillos y los músculos de los ojos tensos.

—Dime una cosa. —Se le acercó—. ¿Alguna vez me has querido de verdad o solo me querías a mí porque sabías que guardaría tu secreto?

Se quedó tan sorprendido como enfadado, como si el reconocimiento en voz alta de las cosas de las que nunca hablaban fuera a hacer que se marchasen flotando en el aire y se pegaran como estrellas en el cielo para que todos vieran su reflejo de luz en el suelo.

—No me mires así —dijo Miel—. No voy a decírselo a nadie y lo sabes.

La expresión de Sam cambió de nuevo, enfadada y herida; la tensión de sus ojos se suavizó, pero no dejó de apretar la mandíbula.

—Sé que no ha sido fácil para ti. No voy a fingir que sé cómo es. Pero tampoco ha sido fácil para mí. No puedo preguntarte nada. No puedo preguntar lo que quieres. No tengo ni idea de si besarte está bien. Tengo que adivinar qué partes de ti puedo tocar y cuáles no. No podemos ni mencionarlo porque no quiero presionarte ni confundirte ni hacer que te enfrentes a algo para lo que no estás preparado.

—No estoy confundido —dijo.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó.

Sam bajó la vista al suelo; las hojas de cardo mariano y de oreja de cordero se agolpaban alrededor de sus tobillos como trozos de terciopelo plateado desgastado.

Miel nunca le diría lo que querían las Bonner, no le hablaría de ese trozo de papel y ese nombre con el que la amenazaban. Sin embargo, eso no impidió que la ira surgiera dentro de ella, le calentara los labios y la empujara a hablar.

—No tienes ni idea de lo que estamos dispuestas a hacer por ti si nos dejas.

Sam levantó la vista.

—Una cosa, Miel. Una única cosa de la que no quería hablar. Te he dado todo lo que hay en mí. Lo tienes todo. ¿Cuánto te has guardado tú?

No se había guardado nada solo porque quisiera ocultárselo. El suyo era un mundo de lunas pintadas, gramíneas y árboles que florecían en otoño. No quería llenar ese mundo de las cosas horribles

que recordaba a medias y a las que trataba de aferrarse cuando tenía fiebre. Quería ser la chica que encajaba con sus lunas, la chica en cuya piel había puesto estrellas de papel para formar constelaciones que reflejaran el cielo.

Tal vez le hubiera ocultado más de lo que él le había ocultado a ella. Aun así, seguía siendo tan desconocido como los valles de vapor en la luna. No sabía cuál era la forma segura de tocarlo, ni si debía decir su nombre, dejar que «Sam» saliera de su lengua cuando la tocaba y apenas tenía aliento para hacerlo. No sabía si eso le recordaría que lo deseaba o solo que no quería ser una chica llamada Samira.

No lo conocía mejor que los paisajes de los atlas de astronomía de la biblioteca. Era distante como el Lago del Verano, el Pantano del Sueño y el Océano de las Tormentas.

—No sé cómo trazar un mapa de ti —dijo y la risa ahogada de su voz la sorprendió. La resignación y la rendición hicieron que se sintiera ligera y desconectada—. Lo he intentado y no puedo.

—No quiero que traces nada —dijo—. Quiero que…

Se le cortó la voz. Se estremeció con más fuerza que cuando lo había abofeteado; se inclinó tan de repente que creyó que se iba a doblar. Dio un paso adelante para agarrarlo y sostenerlo, pero Sam se enderezó y se echó hacia atrás.

Incluso así, Miel notó que su boca se deslizaba hacia la forma de la siguiente palabra, una palabra a la que no había dado forma con la voz. Chasqueó la lengua entre los dientes, pero luego se la mordió y se calló.

Aun así, bastó para que ella adivinara lo que no había terminado de decir.

«Quiero que me quieras».

Las palabras sin pronunciar se aferraron a Miel como estrellas de papel. Sintió que la luz de las lunas de Sam las trazaban y que las sombras de los mares lunares dejaban los contornos de las letras en su piel. Llevaría esa noche con todas sus palabras, las dichas y las no dichas, grabadas en el cuerpo. Las puntas de esas estrellas se le clavarían dependiendo de si respondía a lo que él no había sido capaz de decir.

—Te quiero —dijo; apenas un susurro que no sintió que le perteneciera—. Siempre te he querido. Lo sabes, ¿verdad?

Significaría lo que Sam quisiera que significase. Que lo quería como el primer niño dispuesto a acercarse a ella. Que lo quería como mejor amigo. Que lo amaba de una manera que la hacía brillar con el

recuerdo de cada luna que le había pintado y cada vez que extendía las manos sobre su espalda.

—Pues qué bien. —El sarcasmo de su voz fue repentino, agudo y afilado como un carámbano; Miel sintió que el tallo de la rosa arrastraba las espinas bajo su piel—. ¿Sabes qué? Yo no te quiero. Porque no te conozco. —Les dio la espalda a ella y al río—. No me has dejado hacerlo.

Lago del Dolor

Se habían dicho muchas cosas horribles, pero aquella era la que se repetía una y otra vez, con su sonido de cristales rotos.

«No te quiero». «No te quiero».

Lo había querido desde que eran pequeños, cuando se conocieron en una tierra salvaje entre los matorrales de gramíneas. Habían pasado noches enteras fingiendo que las estrellas se podían bajar a la tierra. Que los anillos de hadas formados por hongos de capuchones blancos eran la luz de la luna grabada en el suelo.

La rosa se deslizó un poco más por la muñeca de Miel. Se mordió la lengua y un tenue sabor a sangre le resbaló por la garganta.

Se arrodilló junto al agua y metió la mano, con la palma aún caliente por abofetear a Sam. Un hilo de oro empezaba a trazar las colinas, pero no había vuelto a casa, porque sabía que Aracely seguiría sentada en la cocina de la señora Owens. Si se iba, se llevaría las palabras de Sam con ella y traquetearían por la casa vacía, estéril y fría sin el ruido y la risa de Aracely.

Miel golpeó el agua con las manos. Arañó la corriente con los dedos, aunque sabía que no sentiría nada; nunca la heriría como la había herido a ella. Nunca le quitaría al río lo que le había quitado a ella.

Ya ni siquiera podía entregarle a su madre la ofrenda de sus rosas. No podía cortarlas y obligarlas a bajar por el río que se la había robado. Las Bonner le exigían que les entregara esos pétalos o difundirían mentiras sobre su madre y lo que creían que era la verdad sobre Sam.

Sentía la sangre y los músculos que la mantenían con vida como una sartén de hierro fundido olvidada en el fuego que apenas empezaba a enfriarse. Sentía el aire otoñal que la rodeaba como una capa de hielo que se resquebrajaría con solo tocarle la piel.

Notó un hilo en el antebrazo, caliente y húmedo como la miel, y abrió los ojos.

Se miró la muñeca.

Un rastro de sangre le goteaba en la palma.

La rosa había desaparecido. No quedaba nada más que el tallo, áspero por haberse roto en lugar de cortarlo.

—No —dijo.

Metió las manos en el agua para agarrar la flor que se había roto. Removió lo dedos en busca del capullo y buscó con la mirada los pétalos violetas con el centro rosado.

—No —repitió y la palabra se perdió en el agua espumosa, de modo que era imposible saber si el río le hacía eco o si era Miel quien la decía una y otra vez.

Nunca se creerían que no había tenido intención de hacerlo.

—No —dijo y esa vez sí distinguió su propia voz.

Había perdido algo que las Bonner consideraban suyo. Había perdido lo único que protegía el espíritu errante de su madre y un secreto tan arraigado en Sam que si alguien intentaba arrancárselo se rompería.

Vio el destello de cobre en el mismo segundo en que sintió las manos de Ivy.

—No. —Esa vez la palabra se endureció y se convirtió en un grito —. ¡No!

Ivy la había visto. Por supuesto que la había visto. Miel llevaba arrodillada allí el tiempo suficiente como para oler el débil calor del sol y no había nada que las Bonner no supieran.

Tiró de ella para levantarla y la agarró por el punto más doloroso de la muñeca.

Miel seguía gritando y se retorcía en las manos de Ivy.

Le clavó las uñas.

—Para —dijo y la palabra le sonó caliente en los oídos—. O le hablaré a todo el mundo de ella.

«Ella». Esa sola palabra que no pertenecía a Sam funcionaba mejor que todas las amenazas de las Bonner juntas.

Podría haber rogado y jurado que no quería perder la rosa, pero se lo debía a Sam, a su madre y a Aracely. Les debía cualquier conformidad que satisficiera a las hermanas Bonner. Mientras no lo obligara a salir a la luz, aceptaría las consecuencias de no entregar la rosa.

Dejó de resistirse y permitió que Ivy se la llevara.

Dejó que la arrastrara a lo más profundo del bosque, hacia el ataúd de cristal. Dejó que la obligara a entrar y aceptó el castigo que habían decidido las cuatro hermanas y que aplicarían bajo su vigilancia.

Ivy cerró la tapa de un empujón y el pestillo hizo clic.

Miel se tensó y trató de respirar los hilillos de aire que se colaban por los agujeros de la vidriera.

Miró a través de los paneles laterales y se preguntó quién montaría guardia. Buscó el color del pelo de Peyton, el naranja que parecía suavizado por el sol y el polvo. El casi rojo de Lian e incluso el rubio rojizo de Chloe. Aunque dudaba que Chloe estuviera dispuesta a hacer tareas como vigilar a chiquillas desafiantes. Chloe ya no dirigía a las hermanas, pero lo había hecho una vez, e incluso para Ivy eso tenía algún valor.

Buscó de nuevo a Peyton y Lian, sus cabellos anaranjados recortados entre los árboles dorados.

Solo vio una brillante cascada de cobre. La parte de atrás de la cabeza de Ivy.

Se alejaba. Iba a dejarla allí sin ninguna de las hermanas. No había más tonos de rojo. Solo el amarillo de las hojas de carpe y nogal.

Lanzó las manos a la tapa y gritó en el reducido espacio entre su boca y el cristal de colores.

Sin las otras Bonner para mantener a Ivy a raya, Miel estaba encerrada, sin que nadie la viera y fácil de olvidar. No había nadie vigilando para asegurarse de que seguía viva y respiraba.

No había nadie esperando para dejarla salir.

Golpeó con las manos la vidriera que tenía encima.

—¡No te van a dar lo que quieres! —gritó.

Deseó, con la misma fuerza con la que deseaba estar fuera de las paredes de cristal, que las Bonner comprendieran lo poco que sus rosas harían por ellas. Si lo supieran, dejarían de exigirle que se las entregara. No las querrían solo porque podían tenerlas. Las rosas no eran un gato muy querido y Miel no había rechazado una invitación a una fiesta de cumpleaños.

Sin embargo, Ivy estaba desesperada por creer los rumores de que los pétalos lanzarían una especie de hechizo de amor. Quería cuatro para que sus hermanas y ella pudieran meterlos bajo las almohadas u hornear los pétalos en un pastel de vainilla.

Se aferraban a cualquier cosa con la capacidad de demostrar que no tenían menos poder que antes de que Chloe las dejara. Algo que querían demostrar con cuatro rosas y cuatro corazones robados.

Atacaban a Miel porque había visto lo que nadie debería haber visto nunca, a Ivy y a un chico desinteresado, un chico que no importaba, salvo porque una Bonner lo había aburrido.

No obstante, entenderlo no rompería las paredes de cristal. No

haría que las hermanas la escucharan.

Le escocían las manos por los golpes, pero siguió arremetiendo contra el cristal.

—No las necesitas —gritó al espacio entre los árboles—. No te servirán.

Pero Ivy ya no estaba y los árboles no respondieron.

Mar Marginal

Miel no asistió a la primera clase de la mañana. No la había visto por los pasillos, ni de camino al instituto, que había recorrido quince minutos antes de lo normal para tratar de evitarla y con la esperanza de verla.

El señor Valk lo llamó justo antes de que sonara el timbre.

—Samir —dijo. La mitad de los profesores lo llamaban Samir, a pesar de que nadie más lo hacía. Quizá pensaban que era más formal. Quizás querían llamarle la atención, como cuando se llamaba a un niño por el nombre completo. Quizás querían asegurarse de que nunca olvidara que era diferente a sus compañeros. A los Henrys y Christophers. A las Lilys y Julias.

El señor Valk inclinó el bolígrafo en dirección a la mesa vacía junto a la de Sam.

—¿Dónde está Miel? —preguntó, como si fuera responsable de que la chica se presentara en clase.

Abrió el libro por la página garabateada con tiza en la pizarra.

—No lo sé.

Al final de los cincuenta minutos, Ivy Bonner se asomó en el aula para explicar que Miel estaba enferma y que había venido a por sus deberes.

Así que ahora Ivy era la mejor amiga de Miel. No había tardado mucho. Sin embargo, tenía sentido. Miel tenía el tipo de belleza que encajaba con ellas. No era perfecta ni pulida, como Nina Chan, una de las chicas que sabía tan bien como Sam que si querían que el pueblo los quisiera, tendrían que ponerse apodos; Nina había sido coronada Reina de la Calabaza el año anterior, con los rizos tan cubiertos de laca que parecían barnizados. Tampoco como Adair Lewis, que siempre era el hada de la ciruela de azúcar en la representación navideña; bailaba erguida como un ciprés y llevaba el pelo, casi tan pálido como su piel, siempre enrollado en un moño sin ningún mechón suelto.

No, Miel era como las Bonner. Era morena mientras que ellas eran pálidas y tenía el pelo castaño casi negro, mientras el de ellas abarcaba todos los tonos de rojo. Sin embargo, todas eran un poco descuidadas, sin pulir; la mitad del tiempo iban descalzas y la otra mitad se manchaban los zapatos buenos de tierra. No se maquillaban, salvo alguna pincelada de color brillante, como la sombra de ojos verde pino de las hermanas Bonner o el pintalabios color ciruela que a veces llevaba Miel.

Se preguntó cuántos mejores amigos más tendría Miel en espera. Tal vez las cuatro hermanas Bonner lo habían sido todo el tiempo y él había sido demasiado tonto para darse cuenta.

Fuera del aula del señor Valk, sus compañeros de clase se alineaban en el pasillo, sobre todo los chicos, para mirar a Ivy y tratar de averiguar si había subido una o dos tallas de sujetador desde que se había ido del instituto.

Esa era la diferencia entre Miel y las Bonner. Miel se había desprendido de su cuerpo infantil poco a poco, como si fuera agua que cada temporada se desgastaba y cambiaba de forma. Las Bonner empezaron siendo huesudas, con los codos marcados y las rodillas tan delgadas que se les marcaban en las piernas, pero su forma se fue rellenando año a año. Los chicos ya se fijaban en Ivy cuando había dejado el instituto, pero los que no la habían visto de cerca desde entonces tenían el asombro reflejado en la cara, maravillados por cómo sus caderas y sus pechos parecían ahora tan redondos y suaves como su rostro.

Dos estudiantes de último año se pararon junto a las taquillas. Sam creía que uno se llamaba Reese, pero el otro era un alumno nuevo al que no conocía. No se molestaron en ocultar cómo admiraban el jersey, la falda y las mallas de Ivy mientras caminaba despacio por el pasillo.

—¿Se va a matricular? —preguntó el nuevo.

—Ha venido a cogerle los deberes a otra chica —dijo Reese.

—¿Otra chica que se le parece?

Ahí. Sam sintió un primer pinchazo de ira que le arañaba los brazos.

—No —dijo Reese—. Para Miel.

—¿Quién?

—¿Prestas atención a algo de lo que digo? —preguntó—. Miel. La chica de la falda mojada.

—¿Eh?

—La falda —dijo Reese—. Siempre la tiene mojada.

Por primera vez desde que Sam se fijó en ellos, el nuevo apartó la mirada de Ivy y miró a su compañero.

—Fíjate alguna vez. Ha sido así desde que salió de la torre de agua.

El nuevo se pasó la lengua por los dientes inferiores y Sam apartó la mirada. El gesto le repugnaba y, al mismo tiempo, mirar lo hacía sentir como si hubiera quebrantado una norma no escrita, como si hubiera pillado a alguien masturbándose y se hubiera quedado a mirar.

Reese soltó una risita grave, una especie de gruñido.

—¿Qué? —preguntó el otro.

—Nada —dijo—. Solo que me pregunto si siempre estará mojada en otro sitio, ¿sabes?

Sam sintió cómo algo en su interior intentaba retenerlo. Lo registró como el roce de unos dedos en el hombro. Sin embargo, no fue suficiente para contener la rabia pura que le arañaba en la nuca.

Agarró a Reese por la chaqueta y lo empujó contra la taquilla con suficiente fuerza como para que la parte posterior de su cabeza golpeara el metal.

—¿Qué cojones? —dijo el nuevo y lo agarró por la parte de atrás de la camisa.

Sam se zafó sin esfuerzo.

Reese pareció asustado por un segundo. Luego puso una mueca y se mostró más ofendido que otra cosa porque Sam lo tocase.

Le clavó el antebrazo en la garganta y el miedo volvió a aparecerle en la cara.

—Retíralo —dijo.

El nuevo lo agarró del cuello y lo apartó de Reese. Entonces se oyó el grito de un profesor, que los separó a todos y los llevó al despacho del subdirector mientras todo el mundo los miraba.

Después, todos los presentes se dispersaron. No quedó más que la insistencia del alumno nuevo en que Sam había atacado a Reese sin motivo.

El señor Woods, el subdirector, despidió a todos menos a Sam. En su mayor parte, Sam había conseguido mantenerse fuera del radar de Woods. Solo sabía de él que llevaba un alfiler de corbata diferente cada día de la semana y, por las historias que le contaban, que al comienzo de cada año celebraba una fiesta de juegos de jardín que la mitad de los profesores esperaba con impaciencia y la otra mitad se sentía obligada a asistir.

Woods apretó las manos.

—Esto es serio. Lo sabes, ¿no?

Sam se cruzó de brazos. Solo quería que acabara. Lo castigarían si tenía suerte y lo expulsarían unos días si no. Tal vez incluso lo amenazarían con la expulsión definitiva y haría falta la voz tranquila y amable de su madre para suavizar la situación.

Esa era la peor parte, pensar en que llamasen a su madre y tuviera que dejar de vigilar a los niños a los que había sido contratada para enseñar y cuidar.

El pomo de la puerta giró y las bisagras de la puerta se abrieron con un gemido.

Peyton Bonner estaba en el hueco.

—Solo quiero decir que esta es la razón por la que mi madre no quiere que vayamos a este instituto —dijo con una voz nasal e indignada que probablemente se le había pasado hacía años, pero que sacaba a relucir para plantarle cara a alguien que le doblaba la edad.

Entonces empezó a contar que había oído a Reese hacer comentarios racistas sobre la madre de Sam y que él solo había respondido. No era del todo una mentira; si se extendía un nuevo insulto discriminatorio por el instituto, lo más probable era que tuvieran que agradecérselo a Reese y sus colegas. Aun así, ¿de qué hablaba?

—Eso no es lo que ha pasado —dijo Sam.

Pero Woods ni siquiera lo miraba.

¿A quién iba a creer? ¿Al chico de piel oscura al que acababa de pillar con el brazo en la garganta de un compañero o a la chica pecosa con rizos del color de las calabazas de cartulina que recortan los niños de seis años en primaria?

Por una vez, eso jugaba a favor de Sam.

El subdirector los miró a los dos. Luego llegó a su propia conclusión y se centró en Sam.

—Estás castigado —dijo—. Una semana después de las clases.

—No puede hacer eso —dijo Peyton—. Mi padre lo necesita.

Entonces Woods pareció molestarse, como si quisiera que los dos se largaran de su despacho.

—Pues lo cumplirás después de la cosecha —dijo—. Cuando al señor Bonner le parezca que puede prescindir de ti. ¿Entendido?

—Gracias —dijo Sam y reprimió cualquier otra palabra con tanta fuerza que las dos sílabas le salieron de entre los dientes apretados.

Alcanzó a Peyton en el pasillo.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—No me gusta tener deudas —dijo—. Ahora estamos en paz.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, la chica ya había

recorrido la mitad del pasillo en dirección a la oficina de la señora Owens, donde supuso que sus hermanas la estarían esperando.

—Samir. —El señor Woods salió al pasillo.

A Sam se le calentó la espalda debajo del binder.

—Creo que deberías irte a casa —dijo—. Solo por el resto del día.

Abrió la boca sin saber qué iba a decir.

El hombre levantó la mano.

—No es una expulsión. Es una sugerencia.

Sam se tragó una risa. Una sugerencia. Así se llamaban las órdenes en el vocabulario del subdirector.

—Creo que tanto Reese como tú necesitáis un tiempo para calmaros —dijo.

Sam vio la expresión de su cara. Woods sabía que no podía retractarse de lo que había dicho y decidir de repente que había cambiado de opinión y expulsarlo. Era su manera de fingir que no había obedecido las órdenes de una cría de quince años.

—Sé que tu madre trabaja hoy —dijo.

«¿A diferencia de cualquier otro día?», estuvo a punto de decir, pero se contuvo.

Todo el mundo conocía a la madre de Sam porque cuidaba de los hijos de algunas familias adineradas. Los engatusaba para que tocaran el violín o la flauta con la promesa de contarles más cosas sobre Laila y el chico que la amaba tanto que le llamaban Majnun, porque la gente pensaba que su propio corazón lo había vuelto loco. Los hermanos se peleaban menos cuando ella estaba cerca y leían juntos en lugar de tirarse del pelo. La veían como un ser mágico y cálido y hacían lo que les decía. Vaciaba los armarios de comidas demasiado saladas y azucaradas y les enseñaba el dulce sabor del perejil o cómo el zumo de limón acentuaba el sabor del pepino y el tomate amarillo. Las hijas declaraban que la ensalada de alcachofas era su comida favorita. A los niños les encantaba el sabor fuerte de la cebolla y las semillas de sésamo.

Cuando no querían comerse la sopa o practicar con su instrumento, los sobornaba con historias sobre cabras cuya lana cambiaba de color con las estaciones. La historia de un oso de la luna que se aparecía a los viajeros perdidos, con una media luna blanca brillante en el pelaje del pecho. La de las mariposas de pavo real que concedían deseos a los niños que las liberaban de las telas de araña.

Los niños la querían y Woods no estaba dispuesto a contrariar a sus padres al alejar a la madre de Sam de su labor en pleno día.

—¿Hay alguien que pueda recogerte? —preguntó.

Sam dejó escapar un suspiro con los labios entreabiertos.
—Sí —dijo—. Alguien se me ocurrirá.

Mar de la Tranquilidad

Cuando ya no se los veía desde el instituto, Aracely detuvo el motor. Woods no pensaba permitir que Sam se marchase solo a casa, así que tuvo que dejar que la llamase.

Puso el coche al ralentí.

—¿Qué ha pasado?

Sam se hundió en el asiento.

Se volvió y se enfrentó a él, con una mano en el reposacabezas del lado del conductor.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que se te da de maravilla hacer de adolescente hermético de diecisiete años?

—Gracias —dijo—. Me esfuerzo mucho.

—Mira, sé por lo que estás pasando.

—No, no lo sabes. —Se irguió—. Yo tengo que vivir así. Nada me va a arreglar. No habrá agua que me convierta en otra cosa.

—Empezaría desde tu posición si eso significara que lo que pasó aquella noche no tuviera que haber pasado —dijo Aracely—. No llegamos a ser lo que somos por nada. Tiene un precio. Tienes que luchar por cada pedacito de ti mismo. Tal vez consiguiera todas mis partes al mismo tiempo, pero he perdido todo lo demás. No te atrevas a pensar que existe un agua capaz de hacer que sea fácil.

La culpa le acarició la piel como el soplo de aire frío que se coló por la ventana entreabierta.

Sam se hundió en el asiento.

—Gracias por recogerme.

Lo dijo en serio, pero las palabras le salieron amargas y casi sarcásticas.

—Esto no está bien —dijo Aracely—. No es una forma aceptable de gestionar lo que te pasa.

—¿Se lo vas a contar a mi madre? —preguntó.

—No. Lo harás tú.

—Vale. —Se desabrochó el cinturón de seguridad—. ¿Puedo irme

ya?

—¿Es lo que quieres?

Los pensamientos de todo lo que quería eran brillantes y numerosos, como los rayos de sol que se abrían paso por los resquicios de las cortinas de su madre. Quería ser una chica que quisiera ser una chica, o un chico que fuera un chico sin que nadie pudiera cuestionarlo.

Quería colgar lunas en los árboles sin que le quitasen su nombre para llamarlo Luna. Quería recordar si había pedido que lo llamaran Sam o si su madre había decidido que fuera su apodo, si le preocupaba que Samir fuera un nombre que, para los demás, lo volviera aún más diferente de lo que ya era.

Quería saber si Miel lo había elegido o si solo se había dejado llevar por el ritmo familiar de las noches al aire libre porque era el primero que no le tenía miedo.

Quería no querer a la chica cuyo apego hacia él había sido tan tenue que las Bonner se habían metido de por medio con la misma facilidad con la que Adair Lewis se movía por un escenario.

—No —dijo y miró a Aracely—. Quiero que me cures.

La mujer dejó caer la mano del respaldo de su asiento.

—¿Qué?

—¿Me pides que lo repita porque no me has oído o es que necesitas que lo diga de otra manera? —preguntó.

—Sam.

—Por favor —dijo—. No me trates como si todavía tuviera cinco años. No soy un crío. Te pagaré como cualquiera.

Aracely se miró el regazo.

—No quiero tu dinero.

—Entonces te daré lo que quieras, lo que sea—dijo—. Pero cúrame.

—¿Por qué?

—Porque no quiero seguir sintiéndome así. Y creo que ella tampoco quiere que lo haga.

—¿Cuál de las dos razones te importa más? Porque…

—Quiero que me cures. Quiero que me arregles.

—No puedo arreglarte —dijo—. No necesitas que te arreglen.

—Arregla esto —dijo Sam—. Hazlo por mí.

—Piénsalo bien. —Se inclinó sobre la palanca de cambios—. Piénsalo muy bien.

—Lo he pensado. —Alzó la voz lo suficiente como para que rebotase en las ventanillas del coche—. Es mi cuerpo. Es mi corazón. No le pertenece a nadie más. Yo decido qué hacer con él.

La mujer lo miró con sorpresa y los dedos apoyados en el volante.

—Así que cúrame —dijo Sam.

Aracely abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Araño el volante con las uñas pulidas.

—De acuerdo.

Lago del Verano

Intentó conectar con alguna sensación de su cuerpo. Cualquier cosa que le impidiera alejarse de los dorados de los árboles y volver a caer en el recuerdo del río.

Intentó cerrar los ojos y notar la sequedad en la lengua, pero se sentía sedienta y ahogada al mismo tiempo. Debería rugirle el estómago, pero todo su cuerpo se había vuelto ingrávido y flotaba. Llevaba el suficiente tiempo allí dentro como para acusar la presión de la cinturilla de los vaqueros y la dura costura entre las piernas, pero ni siquiera eso sentía. Había sudado demasiado, incluso con el frío del cristal, y lo único que percibía era la capa húmeda de sal que le cubría la piel.

Había sido el agua lo que los había matado a todos, pero todo había empezado por su escasez. Ese año había habido sequía y el verano había dejado el río con poco caudal, trenzado por corrientes subterráneas que su madre no descubrió hasta que se llevaron a Miel, a Leandro, y luego a ella misma. Las raíces, las piedras y los contornos del lecho del río formaban remolinos y corrientes que, la mayoría de los años, la lluvia y la mayor profundidad suavizaban.

Su madre había pensado que el poco caudal haría que el río fuera más seguro, más fácil de vadear incluso en la oscuridad. No tenía ni idea de que la sequía había dado garras a la poca agua que quedaba.

No se imaginaba que el agua podía ser más peligrosa cuando había menos.

El recuerdo de los gritos de su madre le resonaba en la cabeza. El grito se astilló en cada nota temblorosa hasta concluir en un sonido claro y atormentado. El silencio, la ausencia de la voz de su padre y la duda de si el agua se lo había llevado a él también convirtieron todos los sonidos en mordiscos.

Su madre solo había hecho lo que los curas le habían dicho, meter a Miel en el río. Sin embargo, ella se había resistido tanto mientras la mantenía bajo el agua que se lo había tomado como una prueba de

que las rosas la habían maldecido, de que su hija era pura y buena y solo necesitaba ser salvada. De que el demonio de pétalos que hacía crecer las rosas abandonaba su cuerpo.

Tanto luchó Miel que se zafó del agarre de su madre y la corriente, con las garras crecidas por el polvo y los cielos sin nubes de las sequías, la arrastró lejos de su alcance. La llevó tan abajo que perdió la luna y toda su luz lejana.

El espacio entre las vidrieras se volvió oscuro como el río. Se la estaba tragando.

El recuerdo de su madre al sujetarla la obligó a alejar la sensación de que tenía un cuerpo propio. Se estaba convirtiendo en agua.

La voz de su madre le resonaba en la cabeza, la insistencia en que Miel solo tenía que quedarse quieta, ceder, y se curaría. Había repetido las palabras del cura. «La diferencia entre el bautismo y el ahogamiento son unas cuantas respiraciones sin fe».

Golpeó el cristal con las manos y aplastó las palmas en las estrellas y los planetas de colores no solo por estar atrapada, sino porque encontrarse entre los azules y los verdes la sumergía de vuelta en aquella noche de hacía años, la noche que la había convertido en agua. El recuerdo regresaba como una lejana burbuja de aire en el fondo del río que asciende lentamente.

Golpeó el cristal porque su hermano se había ido, estaba muerto, y lo oía llamándola desde el río, buscándola, dándose cuenta de que no quedaba nada de ella que encontrar o salvar.

Golpeó el cristal porque, años atrás, cuando Sam se había arrodillado por primera vez frente a ella y el agua oxidada le resbalaba por las rodillas y las espinillas empapándole los vaqueros, había creído que era su hermano.

Más tarde, cuando lo miró, no entendió cómo había podido creerlo. No se parecía nada a Leandro. No tenía las cejas arqueadas, y los labios de Sam, comparados con los de su hermano, eran finos y casi púrpuras. El pelo le caía en bobinas sueltas en lugar de en ondas suaves como el de Miel y Leandro.

Daba igual cuántos años hubieran pasado desde ese momento en que lo confundió con otra persona, el recuerdo no se desvanecía.

Sacudió con todas sus fuerzas el panel superior. La piel de los nudillos se le rasgó y sangró; cerró los ojos por el dolor. Aun así, volvió a golpear el cristal, porque su madre también estaba muerta y Miel la oía llorar en el viento.

Su madre había muerto no solo en el agua, sino de la manera en que solo mueren los que tienen el corazón roto. Pero no con el tipo de

mal de amores que curaba Aracely. No por el anhelo de un amante. El corazón de su madre estaba roto a causa de sus hijos, porque a una le crecían pétalos prohibidos en la piel y el otro había perdido la vida tratando de salvarla.

Las rosas de Miel le habían arrebatado a Leandro y a su madre. El recuerdo, recluida en aquel pequeño espacio en el que no podía ignorarlo, drenaba la luz del día. La plata entre los árboles se convirtió en gris y luego en un azul profundo.

Gritó y sollozó a pesar de saber que, por mucho ruido que hiciera, aunque arrancase con la voz las hojas doradas de los carpes, nada le devolvería a su madre y a Leandro. En aquel angosto espacio, bañado por la luz de las vidrieras, era imposible olvidar. El aire que la rodeaba, caliente como su piel, y el cristal, frío como el río, no la dejaban escapar.

Mar Desconocido

Sam observó a Aracely rebuscar en sus reservas de huevos, huevos de colores que solo era posible comprar a los Carlson en las afueras del pueblo. La suya era la única granja que tenía tantos tipos de gallinas, las hueveras incluían todos los tonos desde el verde menta hasta el rosa y el marrón oscuro.

Miró al techo.

—¿Nos escuchará Miel?

—No. —Aracely comprobó el peso de los huevos en la mano, uno azul pálido, otro verde oliva intenso, otro de un cobre profundo y un cuarto de color melocotón—. ¿Sabes por qué? Porque está en clase. —Lo miró de reojo—. Donde deberías estar tú.

Así que no estaba enferma. Nunca la había visto saltarse las clases, pero, si alguien iba a convencerla de hacerlo, serían las Bonner. Si habían conseguido que la señora Galen les dijera a sus padres que estaban en la escuela dominical cuando en realidad se escapaban para probar esmaltes de uñas en la farmacia, entonces no les costaría persuadir a Miel para faltar a clase. Estaría por ahí ojeando revistas con Lian mientras Chloe le trenzaba el pelo. Las formas en que las chicas formalizaban la amistad, las maneras en que declaraban y afianzaban que se pertenecían unas a otras, le resultaban tan extrañas como los fiordos cubiertos de hielo del libro de geografía.

Tal vez ya no eran amigos, pero no iba a traicionarla, ni siquiera por Aracely. Si Miel quería saltarse las clases con las Bonner, era decisión suya, no de Sam. Si estaba dispuesta a que Ivy mintiera por ella y los profesores eran tan estúpidos como para creer todo lo que la chica decía, no era asunto suyo.

Aracely había reducido las opciones a tres huevos, uno azul, otro rojo ladrillo y otro marrón oscuro.

—Dónde estarías si no le hubieras dado un puñetazo en la cara a otro chico.

—No le di un puñetazo —dijo.

Aracely cogió la sábana y la desplegó; dejó que se derramara sobre la mesa como si fuera leche.

—Túmbate.

Incluso a través de la sábana, sintió el granulado de la madera. En unos minutos, sería como los otros visitantes de Aracely, en calma, como si vieran las estrellas en las paredes de la habitación índigo.

Desde ese ángulo, se fijó en un destello verde.

Un jersey del color de los tréboles colgaba en el respaldo de una silla. A Sam se le encogió el corazón. Lo reconoció como el jersey de Miel y recordó haber desabrochado los botones mientras subían las escaleras de su casa, con los ojos cerrados y las bocas unidas. Había terminado colgando del borde de la cama.

Muchas veces, había encontrado una bufanda que se había dejado en clase. En medio de una sesión de estudio, se soltaba el pelo y luego se olvidaba de llevarse las horquillas. Había aprendido muy pronto que Miel era tan limpia como descuidada. Dejaba ropa esparcida por el suelo de su habitación. Sin embargo, cuando iba a su casa y Sam la dejaba sola más de un minuto, se ponía a lavar los platos en el fregadero. «¿Quieres hacer el favor de parar?», le decía cuando volvía a la cocina. «¿Qué pasa? —preguntaba ella y luego añadía—: Estaba aquí y estoy aburrida».

Había pasado los últimos diez años asegurándose de darle a su relación la misma fuerza que le diera ella, para que todo lo que habían construido se mantuviera en pie. Si aflojaba o le daba más peso, se caería.

Hasta la noche en que le pasó el cepillo de polinización por el brazo, se había mantenido quieto, porque si Miel no sentía lo mismo, nada cambiaría entre ellos a menos que la pusiera en la posición de tener que decírselo.

Era lo que habían creado, un lugar donde Miel era más que la niña que había salido de la torre de agua y Sam era más que un niño que pintaba cien lunas, que conocía el Mare Nectaris y el Sinus Roris, el Mar del Néctar y la Bahía del Rocío, y cualquier otro relieve lunar mejor que su propio cuerpo. Mientras no lo cuestionara, ni lo forzara, se mantendría. Pero se había movido e iba a perderla.

«Estaba aquí y estoy aburrida». Le volvieron las palabras. Tal vez la razón por la que antes se encontraban todas las noches en el espacio abierto era así de simple. Sam estaba allí. Miel se aburría. Hasta que dejó de hacerlo. Sin embargo, él seguía varado en ese mundo que solo le pertenecía a medias.

Aracely examinó una naranja sanguina, pero volvió a dejarla y

eligió una bergamota, del tipo que se cultivaban en el lugar del que venía el padre que nunca había conocido.

El cálido aroma del clavo y el ácido meloso de la naranja de bergamota lo invadieron. Abrió los ojos lo justo para ver los huevos que Aracely había elegido, uno rojo y el otro cobrizo.

Le posó las manos en los hombros. Sam se tensó, pero luego se recordó a sí mismo que así era como funcionaba la cura del mal de amores. Tenía que dejarse llevar.

La habitación se convirtió en un torbellino de olores. Clavo, cardamomo y hojas de laurel. Las paredes lo envolvieron en un borrón de añil. Aracely susurró una oración en voz baja sin quitarle la mano del pecho. No desviada hacia aquellos lugares que el binder aplanaba, sino justo en el centro, debajo de la clavícula.

El ritmo de sus palabras lo recorrió por dentro. La mano de la mujer se cernió sobre su cuerpo.

El perfume de las especias, el calcio de la cáscara de huevo y el dulce ácido de la bergamota hacían que le palpitara la frente. Bajo la presión de la palma de la mano de Aracely, sintió que su amor por Miel se revolvía y salía de los rincones donde se ocultaba. Se le había entretejido en las venas, como las raíces de los tallos de sus rosas.

Sintió el escozor del mal de amores al arrastrarse, como si se arrancara la trama de un tejido. Su cuerpo se resistía, pero Aracely lo mantenía quieto, inmovilizado como una mariposa en una vitrina.

Con una mano, rompió el primer huevo en una jarra de agua.

Levantó el tarro para estudiar el dibujo de la yema.

Sam se tapó los ojos con las manos. No cedería a la respiración jadeante que le agitaba los pulmones y la garganta, pero parpadeó y las lágrimas le cayeron de las pestañas, primero en el ojo izquierdo y luego en el derecho.

Las limpió. Sabía lo que Aracely pensaba del llanto. Una vez sorprendió a Miel sollozando porque el dolor de una nueva rosa a la que le faltaban horas para atravesarle la piel no la dejaba dormir. Se paró cerca de su cama y le dijo: «Basta, *mija*, te vas a convertir en sal». Cuando encontró a Sam llorando por un gatito callejero que había muerto a pesar de que Miel y él lo alimentaban con gotas de leche, le dijo: «¿Crees que así lo vas a revivir?». No con dureza. Solo la verdad empapaba sus palabras. Las mantenía rectas y altas.

Les decía que llorar era una pérdida de tiempo.

Sin embargo, en ese momento le susurró:

—Sácalo todo. —No fue amable ni censuradora, solo la recomendación de una *curandera* para curar las pesadillas—. Hará que

lo que llevas dentro se suavice. Así será más fácil.

Sam no apartó las manos de los ojos mientras Aracely le pasaba la naranja de bergamota por encima. Dolía mientras el mal de amores se desprendía de los bordes de su cuerpo, de los dedos de los pies y de las manos, de los labios y de las puntas del cabello. Se dirigía hacia su corazón y el peso que acumulaba le hundía la caja torácica en la mesa.

No obstante, había alivio además de dolor, como el contraste de relajar un músculo después de mantenerlo tenso. Las manos de Aracely compartían el peso y lo atraían hacia sus palmas para sacárselo del cuerpo.

Había dejado la ventana abierta porque sabía que a él no le importaría el frío de la habitación. No era una mujer ni un hombre enfermo de amor que esperaba recibir lo que había pagado y que se quejaría si la habitación añil se enfriaba demasiado, lo que hacía necesario mantener la ventana cerrada hasta el último momento. Aracely le sacaría el mal de amores y lanzaría aquella cosa nerviosa y emplumada, no más grande que un tordo, por la ventana abierta. Lo sacaría como una paloma, una estela apenas visible de tono azul o melocotón que Sam jamás habría sabido captar si Miel no le hubiera enseñado a ver cómo fluía por la ventana y desaparecía.

Aracely le puso una palma en el corazón y la otra en la garganta hasta que el mal de amores ascendió a sus manos.

En ese momento, Sam sintió que tenía trece años y Miel llevaba su vestido favorito, del color azul violáceo de un cielo sin nubes. Los finos tirantes del vestido se le aflojaban y le resbalaban por los brazos; cada vez que la ayudaba a apretarlos, desprendía una estrella de papel de oro de una hoja de pegatinas y se la pegaba en el hombro o en la parte superior de la espalda. Miel le había preguntado por qué lo hacía y Sam le había dicho que confiara en él.

Lo había hecho. Las había dejado allí todo el día, mientras el sol les calentaba la espalda. Cuando corrieron, el sudor hizo que las pegatinas brillasen húmedas y que empezaran a despegarse por los bordes, pero las estrellitas siguieron allí. Esa noche, Sam se las quitó despacio una por una para que no le tiraran de la piel. Cuando terminó, Miel se rio a carcajadas al ver que cada estrella de papel de aluminio había dejado un dibujo más claro con su forma. En aquel primer día de verano, la piel se le había bronceado tanto que había quedado cubierta de constelaciones.

Había querido ponerles nombre a todas. A una la llamó Aracely, a otra como la madre de Sam y luego le dijo que tenía que elegir una para que se llamase como él. Le había rozado con los dedos la que

tenía en la base del cuello, pequeña, pero con los bordes limpios y definidos.

Había trazado su cuerpo como un nuevo cielo. Ya entonces había sabido que aquella noche era perfecta, sin esquinas irregulares en las que engancharse. Sin embargo, en ese momento entendió por qué. El día de las estrellas de papel de aluminio, había tenido una razón para tocarla al mismo tiempo que no le había hecho falta una razón. Eran más jóvenes. Miel no había dudado antes de quitarle hojas del pelo y Sam no se había detenido antes de extender la mano y colocarle una estrella de papel de aluminio en el hombro.

Se incorporó y apartó las manos de Aracely.

—Sam —dijo con un jadeo al comienzo y otro al final.

El mal de amores se precipitó de nuevo dentro de él. Le picaba cada rincón del cuerpo. Era un río atrapado entre el agua y el hielo. Demasiado congelado para moverse. No lo suficiente como para mantenerse sólido contra el viento y la atracción de las lunas que había creado.

Se sentía pesado por el mal de amores que casi había desaparecido y que ahora se aferraba a él, con un agarre profundo y firme. Era un animal al que casi habían arrancado de su nido y Sam era la maraña de ramitas, hilos y hierba donde tenía su hogar.

Si alguien intentaba arrancarlo de nuevo, lo desgarraría con sus garras.

—No puedo —dijo en un susurro ahogado.

Los ojos de Aracely brillaron con un marrón rojizo. Las manos todavía le olían a laurel y a clavo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque es mío —dijo.

Era suyo. Todo era suyo. El cuerpo que se negaba a coincidir con su vida. Su corazón, amargo y desgastado. El amor por Miel, aunque no tuviera adónde ir, aunque no supiera cómo amar a una chica que se mantenía tan distante como una constelación sin nombre.

Todo le pertenecía. Era suyo, aunque le rompiera por dentro.

Se bajó de la mesa.

—Sam —repitió Aracely más por preocupación que con intención de pedirle que se subiera otra vez.

—Estoy bien —dijo sin darse la vuelta—. Estoy bien.

Salió de la casa de color glicinia y cruzó los campos de gramíneas hacia el bosque.

La sensación de la boca de Miel en la suya se volvió sólida como el frío del metal. Creció desde el roce de los pétalos de sus rosas hasta el

azote de los vientos que soplan en el día más corto del año. Echó raíces en él y se le clavó con más fuerza por haber estado a punto de ser arrancada. La sintió, cálida y viva como las raíces de un tejo.

La forma en que la amaba era suya, aunque Miel no lo fuera. Sus nombres eran suyos, todos ellos.

Las lunas que había hecho le pertenecían, para colgarlas, esconderlas o destrozarlas.

De un roble escarlata, bajó una que era del azul oscuro de la laminilla de un níscalo índigo con la franja de una luna creciente casi lavanda. De unos arces, cogió otra del color gris de un día nublado pero sin lluvia y otra del suave dorado de un haya frente a la ventana de Miel. Encontró las lunas lilas y rosas del final de la primavera, las verdes y amarillas de la temporada de siembra, una del ámbar del otoño y otra del azul pálido del invierno. Encontró unas tan pequeñas que Miel podría haberlas guardado en cajones y otras tan grandes que había olvidado lo difícil que había sido subir el metal o el cristal por la escalera de madera.

Había muchas lunas. Muchos mares lunares y valles sombríos. Cuando tenía los brazos llenos y no podía cargar más, las agrupaba en la base de un árbol e intentaba recordar dónde las había dejado para volver a por ellas.

Dejó las que estaban cerca de las casas para que los hijos e hijas durmieran seguros de que la luz tintada alejaría las pesadillas. Sin embargo, derribó todas las que encontró en el bosque. Aparecían como los huevos que teñía con Miel en Pascua para luego esconderlos en el césped de la iglesia y que los niños los encontraran. La única época del año en que Aracely compraba huevos blancos. Una luna le recordó a los que teñían de verde con cebolla amarilla. Otra era del color del crepúsculo de los arándanos. Otra como el dorado y el marrón suave de los huevos que tintaban con cayena y cúrcuma. La siguiente lucía el turquesa intenso que procedía de la col roja, tan morada que el trabajo del tinte parecía un truco de magia.

El bosque era la hierba y las hojas, y Sam, un niño que trataba de encontrar innumerables huevos. Encontró una luna detrás de otra y el rastro lo condujo a lo más profundo de los árboles, hasta que los rojos y el óxido se volvieron tan espesos que apenas distinguía que era de día.

Lago de la Blandura

Se hundió más en el agua. Empezaba a perder no solo el dorado brillante de los árboles al otro lado del cristal, sino también las luces que Sam había hecho. Las lunas eran la forma en que lo conocía. Cada año, en el cumpleaños de su madre, colgaba una luna amarilla como las caléndulas silvestres. El tono verdoso de una luna de maíz le indicaba que no podía dormir. Una luna blanca y lisa, como el lino limpio, significaba que estaba listo para un nuevo año y exhalaba el último aliento de diciembre.

Sam hablaba con la luz que se colaba por las ventanas. Era su idioma, su lenguaje. En el último cumpleaños de Miel, le había dejado una luna pintada de oro oscuro, una luna de miel tan ámbar que la luz que desprendía la había convencido de que se había despertado en otoño, meses después de haberse dormido. Cuando tuvo una tos profunda que le bajó al pecho y Aracely no la dejó salir de la cama, Sam le había traído una que parecía el sol reflejado en las flores de lila. Cada año, durante la temporada en que las granjas recogían las cosechas, colgaba una que proyectaba un tenue resplandor por su habitación para alejar las pesadillas de las enredaderas y las cáscaras acanaladas de las calabazas.

Esas lunas habían sido su forma de llamarla para que saliera a la calle. Salían de casa todas las noches para encontrarse. Sin embargo, el aire entre ellos había empezado a agitarse como una advertencia y estaba a punto de perderlo. Sam era la luz del cielo e iba a perderlo.

Un aire frío atravesó el cristal de colores y Miel salió a la superficie. Lo persiguió mientras el aroma de las hojas húmedas y la tierra le quitaba la sal de la piel. Jadeó y tosió como si los paneles hubieran estado llenos de agua. Dentro de esas paredes, a cada momento se escapaba de las manos de su madre.

Entonces recuperó el aliento.

La tapa golpeó el lateral del ataúd de cristal y el impacto sacudió el marco.

Pensó que se lo había inventado, que había imaginado al chico a partir de la sombra, la diferencia entre la oscuridad y la luz de la luna. Su pelo tan oscuro que de noche parecía tinta azul violácea. El marrón de sus antebrazos y su nuca del color de los helechos canela que su madre cultivaba en el lateral de la casa.

Sin embargo, el oscuro brillo de su pelo y sus manos dieron paso al calor de su cuerpo. Sam le levantó los brazos para que lo abrazase porque Miel no los sentía apenas y no podía hacerlo por sí misma; tiró de ella hacia fuera. Poseía la gravedad de la luna en el cielo. Podía arrastrar océanos y ríos. Podía arrastrar lagos a través de desiertos. Había suficiente fuerza en él para convertir el río que la retenía en luz. Vació el agua de aquel lugar donde ella siempre se escapaba del agarre de su madre y se ahogaba en la oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sam.

Respiró el calor que se le pegaba a la piel y le apoyó la frente en el hombro y la mejilla en la camisa. Si se quedaba cerca de él, sería el mundo entero. No habría vidrieras, ni calabazas que se volvieran claras y quebradizas; no habría tonos de rojo que barrieran la oscuridad. No perdería la luna, porque él la reharía miles de veces. Solo existiría la fuerza de todas las noches que había cargado la escalera de madera desde el cobertizo de su madre hasta los árboles. La sentía en las manos y en los brazos. La sentía cuando deslizaba las palmas de las manos por su espalda.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó mientras cruzaba los brazos en su espalda.

Miel solo registró las palabras a medias. Tenía el cuerpo dolorido por la pelea con el cristal y la piel le escocía por la sal seca. Se aferró a él con tanta fuerza que sintió que se sobresaltaba, con la respiración entrecortada.

—Oye —dijo—. No pasa nada.

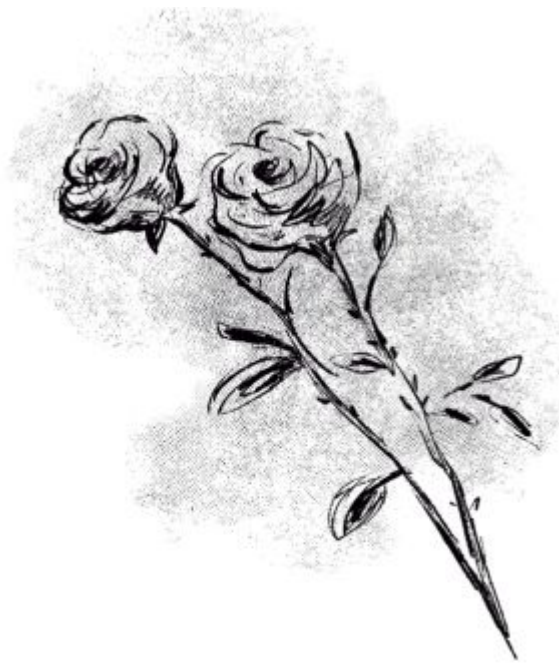
En el espacio de sus palabras, volvieron a ser pequeños, Miel empapada en agua oxidada y Sam, el único chico al que no temía.

Le puso la boca en la mejilla y lo besó donde lo había abofeteado en un intento de retractarse. Dejaría que todo su cuerpo se convirtiera en rosas a cambio de hacer desaparecer esos pocos segundos en los que lo había golpeado cuando estaba sufriendo.

Sam recuperó la firmeza. Lo entendió. Las manos de Miel en su pelo y cómo le agarraban la camisa, la disculpa que escondía la forma en que lo tocaba. Ella sintió en cómo la sostenía y cómo sus palmas la ayudaban a recobrar las sensaciones de su propio cuerpo que él también se arrepentía.

Algunas disculpas son demasiado pesadas para pronunciarlas en voz alta. Incluso demasiado pesadas para expresarlas con las manos. Así que la compartieron. La cargaron juntos. Entrelazaron los dedos, los de ella en los de él, y la sostuvieron entre las palmas. La llevaban en la piel. La guardaron en el espacio entre sus cuerpos.

Esa primera disculpa en un idioma que todavía estaban aprendiendo fue apenas un tartamudeo que después se detuvo. Sin embargo, impidió que se desviaran y se perdieran el uno a la otra. Los mantuvo en el campo de gravedad del otro para que volvieran a encontrarse.



Lago de los Sueños

Todavía aferrada a Sam, le rogó que no la llevara a casa.

—Por favor —dijo—. No quiero que me vea así.

No quería que Aracely tuviera esa imagen de ella, temblorosa y tratando de recuperar el aliento, con la piel pálida por la sal.

Ya lo había estropeado todo con Sam. Había visto las peores partes de ella, las más crueles.

Sin embargo, con Aracely todavía quedaba algo que salvar. Todavía era la niña que le pasaba huevos azules y limones lumia. Todavía compartían una relación parecida a la de dos hermanas, cuando derretían el piloncillo en el fogón para echárselo al café.

Así que había acabado tumbada boca abajo en el sofá del salón de Sam, con la mejilla apoyada en el cojín.

Sam se sentó a su lado y le puso la mano en la espalda mientras le preguntaba:

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha metido ahí?

Miel no era capaz de levantar la vista para mirarlo. Se quedó estudiando la alfombra de lana debajo de la mesita de café, los gruesos nudos rojos, crema y azul oscuro.

Había mucho silencio en la casa, vacía salvo por ellos, que apenas hablaban, así que oyó perfectamente cómo suspiraba.

Retiró la mano y Miel no fue capaz de moverse para decirle que quería que la dejase.

Sam alejó los dedos.

—Lo que te dije…

«No», intentó detenerlo. Habían arreglado las cosas, se habían disculpado con el tacto de sus manos y sus cuerpos. «No tienes que decir nada».

—Lo que te dije —repitió—. No quería…

Exhaló un lento y suave suspiro.

Miel sentía como si el corazón se le hubiera convertido en cristal y el músculo se hubiera vuelto duro y frágil. Lo había deseado desde el

día en que convirtió su piel en un cielo marrón salpicado de pálidas constelaciones. Sin embargo, ahora estaba demasiado rota y frágil para soportarlo. No era un refugio blando para que él se dejase caer. Era toda aristas, ríos feroces y paneles de cristal de colores. Solo las juntas de latón rosa la mantenían unida.

Suspiró y se incorporó. Por el rabillo del ojo, lo vio meter las manos en los bolsillos.

—¿Necesitas más agua? —preguntó.

Negó con la cabeza. Ya había bebido del grifo con la mano ahuecada antes de que a Sam le diera tiempo a traerle un vaso.

—¿Tienes hambre?

Negó con la cabeza.

—Miel —dijo y el calor le pellizcó la herida donde las rosas se desprendían de su piel—. Por favor, di algo.

Necesitaba pensar en el pelo y la piel de Sam, en lugar de en los colores intensos de la vidriera.

Necesitaba pensar en el suave cabello dorado de Aracely, en lugar de en los amarillos insolentes de aquellos árboles.

Necesitaba pensar en las manos de su padre al cortar un trozo de venda, en lugar de preguntarse a dónde había ido, en la vacilación que teñía sus recuerdos de él. Necesitaba recordar la risa de su madre en lugar de sus gritos, su voz suave en lugar del torrente de agua sobre las piedras de un río medio seco.

Eso último, la risa y la voz de su madre, despertó un recuerdo con una fuerza que provocó que el aire que la rodeaba se transformara en el papel pintado de su cocina. Recordaba el dibujo incluso mejor que la cara de su madre, las flores, que debían ser amarillas, pero se habían desgastado hasta convertirse en crema. Aquella cocina había albergado más risas de su madre que ningún otro lugar del mundo. Era donde azucaraba los pétalos de violeta con dedos hábiles como los de un orfebre. Donde añadía canela y cayena al mole. Donde dejaba que Miel y Leandro se cubrieran las manos de harina y azúcar en polvo cuando hacían *alfajores*, el mantecado que untaban con *dulce de leche*.

Encontrar ese recuerdo era como encontrar un árbol mientras florece. Era un recuerdo de cuando Miel apenas tenía edad para crearlos. Después cumpliría tres, cuatro años, y vendrían las rosas que se lo llevarían todo. Sin embargo, podía aferrarse a aquello, a sus manos y a las de Leandro pálidas por el azúcar y la harina.

Alfajores de nieve, recubiertos de azúcar en polvo para que parecieran hechos de invierno.

Ya no tenía a Leandro, ni sus manos, suaves y oscuras como la madera pulida. Pero tenía a Sam y sus manos marrones.

Apartó la mirada de la alfombra de lana y se volvió hacia Sam.

—Creo que sí tengo hambre.

—¿Sí? —Sam esbozo una sonrisa leve, pero sincera—. ¿Te apetece algo en particular?

Miel se impulsó con las manos para levantarse, con el cuerpo rígido como si hubiera dormido mal.

—¿Te he enseñado alguna vez a hacer *alfajores*?

Por la forma en que le cambió la sonrisa, supo que no conocía la palabra. Debía de pensar que se la había inventado, como una de sus historias sobre estrellas. Había probado los *alfajores* que Aracely y ella preparaban y traían en Nochevieja, pero nunca los habían hecho juntos, no como el *recado rojo* con semillas de *achiote* y clavos de olor y una docena de otras especias. Ni siquiera reconocía la palabra *alfajor*.

Se alejó del sofá; sentía el aire a su alrededor etéreo y flexible, como si hubiera caminado con el agua hasta la cintura y de pronto cruzara tierra seca.

Los dos sabían dónde estaba todo en casa del otro. Sam sabía cómo organizaba Aracely el armario de las especias. Miel conocía la parcela del jardín lateral en la que la madre de Sam dejaba crecer la borraja de forma silvestre, las flores de estrella que florecían de color rosa y luego se volvían de color azul intenso. Las recogía a puñados y sin embargo cientos de flores de cinco puntas seguían iluminando las hojas verdes y los capullos de color vino, cubiertos de lo que parecía una capa de plumón blanco.

Sam la siguió como si bailaran y ella guiase. Llevó dentro las flores de estrella en las manos. Miel bajó la harina y Sam sacó los huevos. Ella buscó la leche y él, la vainilla.

Lavaron las flores de borraja, las secaron a palmaditas, las pincelaron con clara de huevo y las cubrieron de azúcar. Mezclaron la mantequilla y la harina hasta que se formó una masa suave y pálida.

—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó Miel mientras añadía canela y clavo de olor molido como hacía su madre, no solo al *dulce de leche* sino directamente a la masa—. ¿No deberías estar en clase?

Sam trabajaba los oscuros hilos de especias con la palma de la mano.

—Woods me mandó a casa.

—¿Por qué?

Hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Es posible que me haya metido en una pelea.

—¿Con quién?

—¿Acaso importa?

Miel tocó las flores de borraja confitadas para comprobar si se habían secado.

El azúcar les daba a los pétalos rosas y añiles el aspecto de un cristal sin pulir.

—¿Por qué fue la pelea? —preguntó.

—Olvídalo. —Sam dobló la masa sobre sí misma—. La cuestión es que se supone que tengo que tranquilizarme.

Miel removió el azúcar y la leche en el fuego. La mezcla empezó pálida como la luna, pero cuanto más la dejaban cocer, más oscura se volvía, pasando del dorado al ámbar. Aracely dejaba que se cocinara durante horas, hasta que se ponía del marrón de las avellanas.

Al calentarse, desprendía el aroma de las semillas de vainilla que había echado en la olla, cálido y dulce. No recordaba si había sido la madre de Sam o Aracely la primera en enseñarle a abrir una vaina de vainilla. Sabía que no había sido su madre. Era demasiado pequeña para sostener el cuchillo.

La madre de Sam apenas acababa de aparecer en los pensamientos de Miel cuando cuatro palabras, dichas con su voz, adquirieron protagonismo. «Ya se dará cuenta». Esas palabras solo habían servido para frustrarla. La calma y la paciencia de su madre no habían servido para calmarla ni para colmarla de paciencia. La habían inquietado y habían hecho crecer la prisa porque Sam comprendiera que *bacha posh* no eran palabras que fueran a convertirlo en algo distinto a lo que era. No eran un hechizo de un cuento de hadas. No le harían desear ser una chica cuando tuviera la edad suficiente para ser una mujer.

«Ya se dará cuenta». Miel todavía recordaba la cara de su madre cuando le dijo esas palabras, los ojos pálidos con marcadas líneas de una preocupación que venía más del cariño que del miedo.

«Ya se dará cuenta», había intentado decirle la madre de Sam. Pero Miel no había dejado que la calma y la paciencia la alcanzasen.

En cambio, cuando se peleó con Sam, lo había usado contra él. Lo había obligado a enfrentarse a cosas que no estaba preparado para ver.

No era mejor que Ivy, ni mejor que las Bonner que deslizaban el certificado de nacimiento de Sam sobre la mesa de madera.

—Lo siento —dijo.

Sam levantó la vista.

—No debería haber… —Se detuvo. No sabía cómo disculparse sin

volver a hacer lo mismo. Sacar el tema a colación para disculparse significaba echárselo encima otra vez.

Sam no se movió. Se limitó a observarla, con el rostro abierto, pero un poco tenso.

—No debería haberte presionado —dijo Miel.

Se le tensó la mandíbula, como cuando estaban junto al río.

—Si alguna vez no te digo algo, no es porque no quiera decírtelo —dijo Sam—. Es porque no lo sé.

Tal vez nadie más lo hubiera captado, pero en ese estremecimiento, Miel comprendió que aquello lo destrozaba por dentro.

La verdad le caló en la piel; si lo amaba, a veces tendría que no hacer nada. Tendría que quedarse quieta. Tendría que no decir nada, pero quedarse cerca para que supiera que estaba allí, que no se iría.

Sam sacó el rodillo de madera de su madre del congelador, donde siempre lo guardaba, un truco que juraba que funcionaba para enrollar el *roti*, pero que, según él, sus tías consideraban poco menos que un sacrilegio para la receta familiar.

Miel sintió que la conversación se evaporaba, como el vapor de la leche del fogón. Dejó que se fuera. Si Sam no quería hablar del tema, no lo forzaría. Tal vez no hubiera nada más que hacer por él en este momento, pero sí podía estar a su lado tanto si quería quedarse callado como si quería hablar.

Se inclinó sobre la encimera, arremangado hasta los codos, y apoyó el peso de los hombros en las manos. Se le marcó la línea del músculo del antebrazo mientras trabajaba con el rodillo.

La sorprendió mirándolo.

—No vas a volver a verme de la misma manera después de esto —dijo Sam.

—¿Bromeas? —preguntó ella—. No hay nada más atractivo que un chico que sabe usar un rodillo.

Él se rio sin levantar la vista.

Sus propias palabras, que había dicho sin pensar, volvieron para torturarla. Incluso aunque se hubiera reído. De hecho, era peor porque se había reído. ¿Había tonteado? No podía tontear. Era Sam. Incluso después de haberse acostado, el tonteo era un acto distante, casi formal, un suceso entre dos personas que acaban de conocerse. Sam sabía de ella todas las cosas que hacían imposible el tonteo. No podía tontear con alguien que sabía que comer melón de casaba le producía un sarpullido en la barriga.

Un destello de color la hizo mirarse las manos.

Un pétalo de flor de estrella azucarada se le había pegado a la

palma.

La superficie áspera y brillante y los bordes de color azul intenso le hicieron preguntarse cuánto podría tocar a Sam sin que él se apartara.

No había sitio para el tonteo. Hacía años que esa fase había quedado atrás.

Se acercó lo suficiente para que levantara la vista.

Sam dio un paso atrás, sorprendido por la escasa distancia que los separaba. Miel le colocó el pétalo en los labios, tocando solo la superficie azucarada, no su boca, hasta que se lo llevó a la lengua.

Cerró los ojos y dejó que el pétalo se disolviera.

Durante ese instante en que cerró los ojos, Miel fingió que el pétalo había salido de una de sus rosas, que lo que se había llevado a la lengua era algo que había cultivado de su propio cuerpo.

Volvió a centrarse en la leche y el azúcar que se cocinaban a fuego lento. Pensar en estar juntos en la cama y en el tacto de su boca al pasarle el pulgar por el labio inferior hizo que se sintiera como el azúcar en polvo en el aire, ligero y brillante.

La cuchara de madera se resbaló en el fondo de la olla y unas gotas de *dulce de leche* caliente le salpicaron la palma.

Se apartó del fogón con un grito ahogado en la garganta. La mancha de calor le quemaba la mano.

Sam se la cogió y se la llevó a los labios. Lamió el *dulce de leche*, que ya se había enfriado lo suficiente, a pesar de que unos segundos antes le había escaldado la mano.

En ese segundo en que su lengua le rozó la palma, sintió que un nuevo capullo de rosa le asomaba en la muñeca. Incluso con el dolor que le rasgaba el antebrazo, pensó en besarlo hasta que fuera una rosa completa y abierta.

Estaba segura de haber sentido sus labios en la mano, en el lugar donde el azúcar habría empeorado la quemadura si no se la hubiera llevado a la boca. Sin embargo, lo hizo muy rápido. Antes de que se diera cuenta, le estaba poniendo el rodillo frío en la palma.

Los dedos le temblaron por el calor del *dulce de leche* y el repentino frío de la madera.

Nunca sería Aracely. Nunca desprendería un encanto intrépido como una cola de gasa. Sin embargo, Sam miraba a Miel como si todos sus bordes afilados y pétalos malditos, todo lo que había intentado mantener en la sombra, fueran las caras brillantes de un cuarzo rosa sin pulir.

Sabía que lo que Sam le había dicho la primera vez que lo besó, sobre la polinización manual de las flores de calabaza, era cierto. No

se lo había inventado. No obstante, parecía inventado, un cuento de hadas sobre un cepillo encantado que brillaba con el polen como si fuera polvo de oro. La envolvía la sensación de que sus dedos eran pinceles que la harían convertirse en algo vivo.

Se quedó quieta unos segundos de más. Una mirada de asombro cruzó el rostro de Sam.

—Lo siento —dijo.

Se miró las manos como si no las reconociera, como si no fueran suyas.

—Dime que te suelte —dijo, con la mano todavía en el dorso de la suya y presionándole la palma contra la fría curva del rodillo. Miel sentía la rugosidad de sus dedos encallecidos—. Dímelo y lo haré.

La miró a los ojos y ella sintió el zumbido de vida en el corazón de Sam como una polilla que revoloteara junto a su oído. Su corazón no estaba muerto ni debilitado por falta de uso. Era duro y fuerte, un músculo que no cedía.

—Hazlo —repitió y sus palabras sonaron como un desafío. Sin embargo, debajo escondía un tono serio, a que quería que hiciera que la soltase—. Dime que no lo haga.

En ese instante, no fue la niña de la torre de agua. Era una chica que se daba cuenta, por primera y centésima vez, que las manos de su mejor amigo eran cálidas como la corteza de un abedul en las noches de verano. Que sus antebrazos eran del color marrón del pelaje de un cervatillo. Que en el borde exterior de sus oscuros ojos marrones había un finísimo anillo de lo que parecía púrpura. El color del azafrán que su familia cultivó una vez a miles de kilómetros de distancia, donde los hombres cosechaban las flores en forma de copa y las mujeres recogían los finos hilos de color óxido.

—Enséñamelo otra vez —dijo.

—¿El qué? —preguntó Sam.

—Cómo te aseguras de que las flores de calabaza crezcan. —Sintió un escalofrío al recordar el roce del cepillo de polinización en la piel y Sam lo entendió, tan deprisa que compartió la sensación.

—No quiero hacer esto —dijo—. No ahora. No si te vas a arrepentir.

—No me arrepentiré —dijo Miel—. Nunca lo he hecho.

Se acercó a él al mismo tiempo que Sam la atraía hacia sí; su boca llegó a la suya tan rápido que le rozó el labio inferior con los dientes. Intentó apartarse y decirle que lo sentía, por si se reirían de ello, pero no la dejó. Le puso la mano en la nuca y la besó con más fuerza; una gota de sangre del labio encontró su lengua y se convirtió en sal.

Era el chico que había hecho que no se avergonzara por tener siempre húmedo el dobladillo de la falda, cuando todos los demás pensaban que era una señal de que era rara o estaba maldita. Le había molestado lo suficiente como para ponerse vaqueros la mayor parte del tiempo, sin doblarlos por debajo para que se arrastrasen por el barro y las hojas caídas hasta que se deshilachaban y se teñían de oscuro, hasta que era imposible ver que, al igual que las faldas, estaban siempre húmedos.

Con Sam no había nada que quisiera ocultar. Ni la herida de la muñeca que no se le cerraba entre una rosa y la siguiente. Ni los pétalos que ahogaba en el río. Ni siquiera que no podía dormir durante la temporada de cosecha de las calabazas sin la luz encendida.

Su aliento le recorrió la boca. Sus dedos se le enredaron en el pelo. La besó tan deprisa que su lengua le separó los labios antes de que Miel pensara en hacerlo.

Primero le supo al pétalo de estrella azucarado que le había puesto en la lengua, luego al *dulce de leche* de la palma de su mano.

La gente discutía sobre el olor de la luna. Algunos decían que sería un aroma fresco, como a lino prensado o a papel nuevo. Otros decían que no, que sería dulce y vivo, como el jazmín que florece de noche en la primera noche cálida de la primavera. Otros juraban que sería nuevo y plateado, como el de las cucharas recién lavadas, todavía tibias del fregadero lleno de agua caliente y jabón de limón. Para ella, tenía que oler a Sam. El metal y el papel de sus lunas, el agua de rosas de la cocina de su madre, el agudo rastro de pintura y trementina que solo percibía cuando estaba muy cerca de él.

Le deslizó las manos por la espalda y le agarró la camisa.

Con los labios encontró motas de pintura que no se habían borrado en la ducha, azules, blancos y dorados que aún no había conseguido lavarse de la piel. Un hilo en la parte superior del brazo, una mancha justo encima del codo, una constelación en el dorso de la muñeca.

Apagaron el fogón, sin importarles que el dulce de leche se cristalizara y tardasen una hora en fregar la cacerola.

Esa vez, en lugar de subirse sobre él, lo arrastró encima de ella. Quería que la cubriera y la empapara como la luz de sus lunas. Quería que su piel absorbiera todo el aroma de Sam que fuera posible contener. Cuando la tocó, se preguntó si sería así como se tocaba a sí mismo, si sería así como había descubierto lo que era agradable.

En los años transcurridos desde que lo pilló cambiándose, en muchas ocasiones había apagado la lámpara de su habitación y deslizado la mano bajo el edredón mientras imaginaba que lo tocaba,

que el lugar donde ponía la mano no pertenecía a su propio cuerpo sino al de Sam. Sin embargo, aunque fueran iguales bajo los vaqueros, Sam era tan distinto a ella que no conseguía imaginar su cuerpo como el suyo. Incluso la ropa interior era diferente, la suya de algodón gris liso, la de ella amarilla, azul y verde pálido que compraba en paquetes de tres colores.

No importaba lo que sus cuerpos tuvieran en común, no eran iguales. Así que la sensación de tocarlo siempre se le había escapado de entre los dedos, incluso cuando sus dedos todavía la tocaban. Lo más cerca que había estado había sido imaginar que la mano no era suya, sino de Sam.

Entonces, sus dedos la recorrieron y el escalofrío que sintió la empujó a arquear la espalda lejos de la sábana. Su pelo se extendía por la sábana y se derramaba por el borde de la cama, con el cuello expuesto para que él acercase la boca y se quedase allí.

Con su peso encima, él era luna y ella, agua, atraída por su gravedad. Era un mundo sin cartografiar, un planeta de valles y mares de vapor que nadie más tenía derecho a nombrar. Si la dejaba, descubriría las bahías y los océanos de su cuerpo. Lo conocería tan bien como Sam conocía los mares de los atlas lunares.

Le agarró el cinturón y la cintura de los vaqueros. Los separó de su cuerpo para meter la mano. Primero, se encontró los bóxer y palpó a través del fino algodón. Luego, arrastró la mano hasta la banda elástica y encontró el camino al interior. Lo agarró con fuerza, como si hubiera una única forma que agarrar. Puso la mano encima como si su anatomía permitiera que lo llamasen «él» sin que nadie se atreviera a cuestionarlo.

Sam no usaba relleno; no se metía un calcetín en la ropa interior. No rellenaba un preservativo con grano seco o gomina ni ninguna de las otras ideas ridículas que habían barajado antes de que se diera cuenta de que trabajar en la granja de los Bonner le servía para convalidar educación física y lo libraba de cambiarse en un vestuario. Era algo que a Miel le encantaba de él, la intrepidez, que simplemente llevara unos vaqueros holgados para que nadie hiciera preguntas.

Durante un doloroso instante, se preguntó si era eso lo que había hecho sospechar a las Bonner, si lo habían mirado con suficiente atención para ver cómo su forma se marcaba o no en la entrepierna de los pantalones.

Sin embargo, no pensaba dejarlas entrar, esa vez no. Cerró todas las ventanas de la casa y las ahuyentó con la luz de las lunas de Sam. Solo estaban los dos, los dedos de él rozando su cuerpo como la luz caliente

de las estrellas fugaces, y ella tocándolo de la mejor manera que conocía para recordarle que no había distancia alguna ni contradicción entre el cuerpo que tenía y un chico llamado Samir.

Lago de la Felicidad

Lo primero que Aracely debió de preguntarse cuando vio a Miel en el umbral de la puerta fue por qué tenía el pelo mojado de la ducha. Por qué no olía a su propio jabón, sino al que usaba Sam. Por qué no llevaba su ropa, sino una de las camisas de cuadros del chico y unos pantalones vaqueros con los puños doblados y los bordes mojados porque, aunque fueran de él, estaban en su cuerpo.

Sin embargo, no le dio tiempo a preguntar nada antes de que Miel hablara.

—Quiero una calabaza —dijo.

Aracely dejó el tarro de cristal que estaba llenando de capullos de rosa secos.

—¿Qué? —preguntó.

—Quiero que tallemos calabazas —dijo Miel—. Tú y yo.

Irían a una granja que no fuera la de los Bonner, cualquiera excepto la de los Bonner, y pasearían por las hileras de vides rizadas. Pasarían por delante de las Rouge Vif d'Etampes y de las calabazas de carnaval con rayas amarillas y verdes, de las redondas y anaranjadas típicas de Halloween, las favoritas para vaciarlas y meterles velas.

Aracely llevaría cuchillos para las dos y cogerían unas pequeñitas para dejarlas en las puertas de casa, tal vez una Corona de otoño o una de Shamrock de color azul verdoso pálido.

También se llevarían otras lo bastante anchas y redondas como para tallarlas. Se sentarían a la mesa de la cocina, con el periódico extendido sobre la madera, y las vaciarían. Meterían las semillas en el horno, para secar las pepitas y espolvorearlas con sal y chile en polvo.

Miel no pensaría en su madre arrancando con frenesí la carne de una calabaza lo bastante grande como para meterla dentro. Borraría ese recuerdo con el amarillo de la mesa de la cocina, los matices de las cáscaras de calabaza y el olor del azúcar oscuro en el aire mientras Aracely le pasaba cucharas de salvia y miel de adelfilla.

No habría calabazas de cristal. Todo estaría húmedo, cálido y vivo.

Miel y Aracely se pintarían los labios para salir y, mientras la mujer le retocaba los bordes a Miel, le recordaría que el achiote que le encantaba por su sabor a tierra, pimienta y flores provenía de una planta que se llamaba el árbol de pintalabios.

Aracely la seguía mirando.

—Para el encendido —dijo Miel.

Usarían los cuchillos más pequeños del cajón para tallar dibujos en las calabazas. Luego, les meterían velas dentro y las llevarían al río. El agua las arrastraría junto a las demás calabazas que el resto del pueblo habría traído y todas las linternas talladas se irían flotando.

La risa de Aracely no fue desagradable, sino incrédula.

—¿Quieres tallar calabazas para el encendido?

Miel todavía se tensaba al pensar en sostener la fría cáscara de una calabaza. Sin embargo, no quería vivir con el miedo a la forma hinchada que crecía en la enredadera, sin caer nunca, solo asentándose en la tierra. Quería apreciar la belleza en las Luminas de color crema, las Jarrahdales de color gris azulado y las Cenicientas de bordes profundos que parecían tan suaves como los cojines de la cama de Aracely.

No quería tener miedo a nada. Quería ser intrépida y generosa como la mujer de la habitación índigo, quería que su risa fuera como la de Aracely, temeraria y amable a la vez.

—Sí —dijo—. ¿Vamos a comprar unas?

Aracely cerró el armario de madera.

—Voy a por el abrigo.

Mar Pequeño

Ya le daba clases falsas a Peyton. El señor y la señora Bonner confiaban en él sin reserva y no tenían ni idea de lo mal que se le daban las matemáticas ni de que jamás había abierto un libro con su hija.

Sam se había ofrecido a ayudar a Lian con la lectura por primera vez cuando iban juntos a clase. Cada vez que la pillaba en el pasillo cuando no había nadie más, le preguntaba si quería que Miel o él repasaran con ella los deberes de lengua e historia. Era probable que a su amiga no le hubiera hecho mucha gracia que la ofreciera para ayudar, pero Lian estaba acostumbrada a la compañía de sus hermanas y no pudo evitar preguntarse si sería más fácil que aceptara la ayuda de otra chica.

La primera vez que le preguntó, había sido amable, como era siempre.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sin borrar la sonrisa. Sacudió un poco la cabeza.

—No eres tonta —dijo Sam.

Sabía que no era tonta. En clase de mates, la había visto dibujar teselaciones y poliedros que podrían haber sido ilustraciones del libro de texto. Podría ser diseñadora o arquitecta. El hecho de que le costase un poco más entregar las redacciones de un párrafo de clase de lengua o que hubiera renunciado a hacer los trabajos de lectura no significaba que fuera tan tonta como todo el mundo pensaba.

No era asunto suyo y lo sabía, pero detestaba ver cómo se adaptaba al molde que veían los demás y cómo se hundía bajo la mentira de lo que todos pensaban. Si había algo que pudiera decirle para recordarle que aún existía, que era a la vez diferente y más de lo que los demás suponían, tal vez se perdería a sí misma un poco más despacio.

Lian no lo vio así.

—No eres tonta —dijo Sam y le cambió la expresión. Entrecerró los ojos verdes y la sonrisa se convirtió en una mueca tensa.

—Vete a la mierda.

Sin embargo, ese día fue a buscar a Lian. La encontró en el camino de ladrillos que pasaba por delante y por el lateral de la casa de los Bonner.

Ella parpadeó y esperó a que hablara.

—Dimito —dijo Sam.

La inexpresividad desapareció de su rostro.

—¿Qué?

—Lo dejo —dijo.

La mirada de Lian voló hacia ambos lados, al brillo del cristal entre las enredaderas. Sam se dio cuenta por el movimiento de sus ojos.

Su rostro se tensó y se deformó en una expresión al mismo tiempo ofendida y herida, como si aceptara el insulto en nombre de su familia. «¿Quién era él para juzgar lo que ocurría allí?, —debió de pensar—. ¿Cómo se atrevía el extraño muchacho que pintaba lunas a decir nada de los campos que se convierten en cristal? ¿Qué derecho tenía a dimitir?».

—No tiene nada que ver con las calabazas —dijo—. Mira, no sé qué os traéis entre manos con Miel.

Todavía sentía las manos de la chica en la espalda ; todavía sentía cómo su cuerpo robaba el calor del suyo. Cómo le había acercado la boca tantas veces, no a la frente, sino a los labios. Sabía a miel, a salvia y a flores silvestres.

Miró hacia las ventanas de la casa.

—Todas vosotras. Sea cual sea vuestro juego, no quiero formar parte de él. Dimito.

Lian recuperó la mirada confusa y parpadeó varias veces.

Incluso entonces que la señora Bonner enseñaba a sus hijas en casa, Lian no mostraba ningún signo de haberse desprendido de la actuación en la que se había acomodado, del papel de hermana tontita. En verano, cuando la familia dejaba las ventanas abiertas, Sam había escuchado las lecciones a través de las mosquiteras. La señora Bonner nunca le pedía a Lian que leyera en voz alta, porque debía de parecerle una crueldad señalar lo que su segunda hija mayor apenas sabía hacer. Cuando comentaban un libro, la señora Bonner moderaba el debate entre Ivy y Peyton sobre si Pip, de *Grandes esperanzas*, era un romántico o un tonto, mientras que Lian se quedaba mirando entre los agujeros de las cortinas de encaje.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó.

—Porque eres inteligente —dijo Sam—. Se lo dirás a quien tenga que saberlo.

Recorrió de vuelta el camino de ladrillos que rodeaba el jardín de los Bonner.

Por el rabillo del ojo le pareció notar un destello de movimiento, como las cintas de papel de aluminio que bailaban en los postes de madera en los campos de fresas.

Peyton Bonner apareció delante de él, con las manos en los codos mientras el viento le ondeaba el pelo rizado. Apretó los labios con preocupación. Sabía que se preguntaba si seguiría siendo su excusa para cuando se viera con Jenna Shelby.

—No te preocupes —dijo Sam—. Estamos bien.

Peyton asintió, con los labios todavía apretados. Parecía más joven, como aquel día en la torre de agua con la calabaza gris en los brazos.

No recordaba cuándo había dejado de llevarla.

Nunca se lo había preguntado hasta entonces. Un día, de repente, había desaparecido de sus manos.

—¿Te acuerdas de la calabaza que tenías cuando tenías tres años? —preguntó.

La mueca se quebró en una sonrisa.

—¿Lady Jane Grey?

No pudo contener la carcajada.

—¿Le pusiste nombre a eso?

—A ella —dijo, primorosa como una maestra que corrige una palabra mal pronunciada—. Sí, le puse nombre.

—¿Qué le pasó? —preguntó Sam—. La llevabas a todas partes.

Peyton suspiró, pero con un rastro de alegría.

—Lady Jane Grey, al igual que su tocaya, terminó decapitada tras un reinado trágicamente corto.

—¿Perdona?

—La calabaza empezaba a ponerse mala y mis hermanas tenían miedo de que no dejase de llevarla a todas partes aunque se pudriera —explicó—. Así que me convencieron de que quería convertirse en tarta.

«Me convencieron». Tres hermanas Bonner contra una. Era probable que hubieran cortado la calabaza sin el permiso de Peyton y hubieran tenido que persuadirla de que dejara de lamentarse diciéndole que era un final digno de Lady Jane Grey.

—Nunca quise asustarla —dijo.

Sam negó con la cabeza.

—¿Qué?

—La noche en la torre de agua. —Peyton desvió la mirada hacia el punto en el horizonte donde solía estar la vieja torre, una silueta

recortada en el cielo—. No quería asustar a Miel con la calabaza. Pensé que a lo mejor querría abrazarla. Pensé que la ayudaría a sentirse mejor.

La expresión que mostraba era sincera, casi una disculpa, y Sam sintió que estaban otra vez frente a la torre, Peyton de pie con sus hermanas mientras él le ponía la chaqueta a Miel en los hombros. Todos eran niños por aquel entonces, así que nunca se había parado a pensar en lo joven que era Peyton, la más pequeña de las cuatro hermanas. Una niña que ofrecía compartir su cosa favorita del mundo con otra a la que no conocía.

El miedo que le tenía Miel a las calabazas no era culpa suya. No obstante, al verlas a las cuatro alineadas, no era de extrañar que interpretase el paso adelante de Peyton como una amenaza.

Quizá si hubiera estado sola, en lugar de ser una de las cuatro chicas de pelo brillante, habría parecido más una amiga y menos una fuerza. Sin embargo, siempre serían las hermanas Bonner; esa era una verdad que las protegía y las aislaba.

—No tienes que contárselo —dijo—. Pero quería que lo supieras.

Lago de la Bondad

Esa noche, la mitad del pueblo iba a poner las calabazas en el agua, como hacían todos los años. Habían ahuecado las frutas compradas para la ocasión. Estrellas naranja oscuro. Alas de otoño de color verde azulado. Grises casi violáceas y Luminas blancas. Habían vaciado las cáscaras de semillas y de carne y luego habían tallado patrones de hojas y celosías de encaje. Cuando metieron las velas dentro, los esquejes brillaron. Una a una, las dejaron en el agua, y la lenta corriente reflejó la luz.

Un poco más abajo en la orilla, Miel vio a la madre de Sam que vigilaba a los mismos niños a los que había convencido para ensayar con el bombardino y el violonchelo. La falda casi arrastraba por el suelo cuando se inclinaba para hablarles; el brillo de sus ojos y su tenue sonrisa los atraía como si estuviera a punto de contarles un secreto.

Sam tenía que andar por allí. Siempre ayudaba a su madre a controlar a los hijos e hijas que se había encargado de llevar a ver los faroles de calabaza. Miel lo buscó, porque, incluso aunque no lo veía, sentía una fuerte atracción y la certeza de que estaba cerca. Que volverían a tocarse antes de que el calor de sus manos se hubiera desvanecido del cuerpo del otro.

Miel estaba con Aracely en la orilla del río, sin avergonzarse por el dobladillo mojado de la falda. Dejó que le rozara las rodillas y no trató de ocultarlo.

El peso de las calabazas les llenaba las manos y las velas del interior calentaban las cáscaras. La que sostenía Aracely, redonda y verde, la había tallado con remolinos como las puntas de los helechos cabeza de chorlito y la luz trazaba las formas. La de Miel, una Lumina de color crema, brillaba donde había recortado pequeños redondeles para que entrara la luz. Parecía uno de los vestidos favoritos de Aracely, de tela pálida salpicada de monedas de tinte dorado.

Unas cuantas ancianas, de las que discutían si la leche ayudaba a

las vides de calabaza a dar frutos más grandes y las mismas que Miel pensaba que habrían sido las primeras en cotillear sobre ella, la observaron y sonrieron. Creyó que su rosa estallaría en pétalos. Se le derramarían por la manga y cubrirían el suelo. Todo el pueblo sabía que le daban miedo las calabazas, pero nunca pensó que las señoras estarían orgullosas de ella por llevar su propio farol.

Nunca había pensado que en el pueblo hubiera siquiera un puñado de personas a quienes les preocupara que tuviera miedo.

—¿Estás lista? —preguntó Aracely.

Asintió. La mujer se agachó junto al río y puso su calabaza en el agua. Se hundió en la oscuridad y la corriente arrastró los remolinos de luz.

Entonces Miel se arrodilló, miró el agua y observó las calabazas que bajaban flotando por el río. Una pálida con puntitos de luz daba vueltas cerca de la orilla. Una de un verde tan oscuro que parecía azul se balanceaba con la corriente. Otra naranja con la forma ondulada de una calabaza de cuento de hadas parecía que brillaba.

Miel soltó la Lumina. La calabaza de color blanco crema se encendió y arrojó monedas de luz en el agua. Se subió a la corriente y se unió a los grupos de otras calabazas; chocó con la de Aracely y la luz de ambas titiló y resbaló.

El suave torrente del río empezaba a afilarse y profundizarse como un cuchillo que cortaba la tierra. Sostenía el hilo de los gritos de su madre. Recogía la pequeña ruptura de los sollozos de Miel al suplicarle que la dejara salir o que no la retuviera. Los sonidos se arremolinaban en el agua como el dobladillo de un vestido.

Una parte de Miel seguía en el agua.

Su madre, Leandro y ella, los tres estaban perdidos allí abajo.

Muchas mujeres habían aconsejado a su madre qué hacer con ella. Dibujarle una estrella en la frente cada domingo. Té de malva al amanecer. Rezar la oración de Nuestra Señora de las Nieves, y luego, cuando fuera mayor, comprarle un vestido azul como el velo de la Virgen.

La historia de la familia de Miel había asegurado que, un día, se volvería contra su madre, que las rosas que crecían en su cuerpo eran un aviso de traición.

Entre todos los sonidos, estaba la voz de su padre, un recuerdo en el que lo veía gritando que solo existía en la distancia. Cuando intentaba mirarlo de frente, se desvanecía.

Su inquietud estalló y le ardió en el estómago.

Estaba en el interior de una de las calabazas. Su cuerpo, pequeño

como cuando tenía cinco años, estaba dentro de una de las más grandes y flotaba en el agua. O tal vez en una de las pequeñas. El pelo en una blanca. La rosa en una naranja como el pelo de Ivy Bonner. Las manos en una azul grisácea. Estaba hecha pedazos.

Miel se metió en el río y el agua le llegó a la cintura. Tiró de las tapas de las calabazas talladas y agarró todas las que pudo. Estaban vacías, salvo por la vela que llevaban dentro.

Incluso entre las paredes del ataúd de cristal, había conseguido mantener alejada la verdad de por qué su madre había hecho lo que había hecho. Incluso cuando recordaba el pequeño espacio dentro de la calabaza, o el río ancho y áspero, mantenía esas ideas lo más alejadas que sus manos podían empujarlas.

Sin embargo, en ese momento, rodeada del agua y de las calabazas, los recuerdos se sacudieron la película de polvo y la bruma de los años.

Su madre la había metido en una calabaza dorada, la más grande que encontró, para intentar hacerla buena.

Las rosas de Miel eran la prueba de lo que su madre ya sabía. El hermano de Miel, Leandro, la había hecho bella y feliz. Sin embargo, Miel la había hecho fea. Su madre había sido hermosa desde que era niña y los hombres ya la miraban años antes de tener edad para casarse. Ella no había salido igual. Había dejado el cuerpo de su madre deformado por el parto, su rostro cansado y desgastado, y no había robado esa belleza para sí misma.

Su madre la había perdonado por eso, por quitarle la belleza y ni siquiera quedársela ella.

Entonces llegaron las rosas. Una declaración de que Miel no era una hija, sino una criatura poseída. Y todas las voces, los curas, las *señoras* y los chismes le habían dicho a su madre la angustia que esas rosas y los niños que las cultivaban le traerían.

Los gritos de su padre, el único recuerdo que tenía de él alzando la voz, se extendieron por la oscuridad. Captó palabras suficientes para entenderlo, sonaba como nubes que caen del cielo.

«No sabes lo que te hará cuando crezca».

«Lo hago por ti, ¿no lo entiendes?».

«Se volverá contra ti».

Las palabras le llegaron con un dolor en la muñeca, pequeño pero profundo. Como la punta de un cuchillo caliente clavado en la piel.

El padre y la madre de Miel habían discutido por sus rosas.

Él se había ido, por sus rosas. Ya no estaba, por sus rosas. Las cosas que crecían de su cuerpo lo habían asustado y lo habían alejado.

Ya no le quedaba nada más que sus rosas.

Miel tiró las tapas de más calabazas y liberó su luz para que se derramara en el aire. Tenía que estar dentro de una. Tenía que haber algún lugar donde encontrar el cuerpo que había sido suyo. Cuanto más oía los lamentos de su madre, más rápido se movía.

No solo le había costado a su madre su belleza y su marido. Le había costado a Leandro. Su madre había perdido a su hijo por intentar salvar a Miel.

Esa era la frágil esencia de cómo había muerto su madre. Buscaba a su hijo, siempre a su hijo; cuando supo que había perdido a Leandro y a Miel, debió dejar de luchar.

Debió de darse por vencida, dejar de patalear y de resistirse a la corriente. Dejó que se la llevase.

Miel solo registró el movimiento del pelo de Aracely justo antes de que la agarrara del brazo.

—Estás bien —susurró—. Estás bien.

Pero no debería haberla tocado. Cualquiera que la tocara, se hundiría con ella. Si Aracely se aferraba a ella, si intentaba salvar a Miel, moriría como Leandro. El río había salvado a Miel, pero no a Leandro. Todavía oía los gritos de su hermano, buscándola.

Le dio un codazo a la mujer en las costillas y se separó de ella. Sam la cogió por los brazos.

—Oye —dijo—. Vamos. Vámonos a casa.

Miel se quedó quieta y el contacto la devolvió al primer día que lo conoció. La sensación de ser pequeña hizo que lo viera con la edad que había tenido entonces.

Aquel día, Miel había vuelto a la vida. Sentía los ojos nuevos e inexpertos. Le picaban por los minerales del agua, que oscurecían todo lo que veía, y quienes la miraban le parecieron criaturas de pesadilla.

La voz de Sam había sido muy amable; había confundido su pelo negro y su piel oscura con los de su hermano. Sin embargo, en el momento en que se le aclaró la visión y le permitió ver el rostro desconocido, escuchó el eco de la voz de su hermano en el agua y supo que se había ido.

Lo peor de todo, lo que nunca podría decirle a Sam, era que siempre había pensado en él así. Incluso antes de verlo como Sam, Samir o Luna. Había sido el primero dispuesto a tocarla y el que la había abierto en canal con la verdad de que no era su hermano. El primero que no había retrocedido porque pensaba que era la hija maldita de un espíritu del río o el presagio de una sequía que se avecinaba, y el que la había hecho darse cuenta de lo mucho que

había perdido.

Cientos de ojos brillaron en la oscuridad. El aire vibraba con susurros. Miel sintió que se preguntaban, en voz alta pero baja, si era la bruja que había convertido en cristal las calabazas de la granja de los Bonner. Ya habían descartado a las hermanas, exoneradas por el miedo que sentían a tocar las calabazas de cristal.

Sin embargo, Miel y Aracely llevaban «*bruja*» escrito en la piel.

Todo el mundo querría saber si la chica de las rosas había endurecido y vuelto translúcidas las calabazas, si había dejado alguna maldición que se había extendido por los campos y enfriado el alma de las cepas y sus frutos.

A continuación, los ojos se volverían hacia Aracely para culpar a la mujer que arrancaba el mal de amores de los corazones cansados. Tendría que esconderse en la casa violeta, temerosa de quién podría estar esperando en el patio lateral o en el borde del camino, y Miel cargaría con la culpa de haber arruinado a todas las personas a las que amaba.

Miró a Sam y luego a Aracely.

En el rostro de la mujer encontró lo que había faltado en el de Sam, las ausencias que le habían dicho que el chico no era Leandro. Las cejas arqueadas. La línea suave y sin arrugas de los labios. El pelo más liso que el de cualquier otro miembro de la familia; ahora lo veía, aunque fuera dorado en lugar de oscuro.

Aracely entreabrió los labios. Parecía atrapada entre hablar y decidir no hacerlo.

Miel repasó todos los momentos en los que había pensado que Aracely iba a preguntarle de dónde había salido, o por qué temía a las calabazas como si tuvieran dientes. Todas aquellas veces, la mujer había abierto la boca con una especie de vacilación que le había provocado un escalofrío, y luego la había cerrado.

Nunca había querido preguntarle nada. Había intentado decírselo.

Pero no se lo había dicho. Todas esas veces, y no se lo había dicho.

Miel nunca había sido capaz de entender por qué esa mujer la había querido cuando era una niña extraña y asilvestrada por el agua.

Le importaba porque conocía los lugares oscuros en los que había estado.

Los recordaba mejor que ella.

Volvió a mirar a Sam. En su rostro había tristeza. No había confusión ni conmoción.

Lo que Miel acababa de comprender, él ya lo sabía. El arrepentimiento de su rostro era claro.

Lo había sabido durante mucho más tiempo que ella.

El chico al que amaba y la mujer que la cuidaba le habían mentido.

Miró a Aracely, con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos.

—Eres mi sangre —dijo. Se volvió hacia Sam—. Y tú…

El chico cerró los ojos. Se rendía a lo que ella sabía; no iba a defenderse.

Apartó los brazos del agarre de Sam y corrió.

—Miel —llamó Aracely.

Intentaron seguirla, pero los perdió. Se escabulló del río y se adentró en los árboles; atravesó las granjas y voló por los caminos de tierra.

La muñeca le dolía y le palpitaba. Su cuerpo asimilaba la ruptura y las mentiras, y las liberaba a través de las rosas, para que el peso no le partiera las costillas.

Mar que se ha vuelto conocido

Pintó el Mare Frigoris, el Mar del Frío, y luego el Lacus Somniorium, el Lago de los Sueños, seguro de que sentía a Miel a través de la tierra abierta, seguro de que encontraría el perfume de sus rosas. Solo captó un hilo, transportado por el viento. Lo volvió valiente y temerario. Le impulsó a cubrir de color todos los pinceles que tenía y a pintar con ellos sobre el metal y el cristal. Quería enviar a la noche su disculpa, hecha de papel, pintura y luz.

Una vieja lona y unos periódicos cubrían el suelo de la habitación; los pinceles y las pinturas estaban esparcidos por el lienzo. Quería colgar una docena de lunas, todas pintadas de oscuro y con nada más que una franja de luz en el borde. Una cubierta de color violeta intenso, con el borde de una media luna rosa. Otra verde militar, con una luna de maíz del tamaño de un pulgar y el color de la hierba. Algunas eran más pequeñas que las calabazas Lumina y otras tan grandes que a Miel le sería imposible fingir que no las veía.

Era lo único que se le daba bien. Pintar lunas y dejarlas en los árboles para que destellasen en oro y plata, para que el cielo nocturno las reclamase como estrellas. Era la única forma que conocía de decirle que, sin ella, él no era Luna. Sin ella, sin la chica a la que llamaban Miel, la chica que lamía su propio nombre de los cuchillos cuando Aracely no miraba y de las cucharas cuando sí lo hacía, él se desdibujaba y desaparecía como una luna casi nueva.

No era más que una luna joven, un delgado hilo de luz que se abría paso por el borde de una oscura luna nueva.

Las lunas siempre le habían dicho lo que Sam no sabía expresar. Cuando era demasiado cobarde para decirle que la amaba, el rubor de una luna rosa, el rojo desgastado de una luna de fresa o el púrpura rosado de una luna de flor hablaban por él. En ese momento, las lunas oscuras y bordeadas de luz eran su pobre intento de disculpa.

Sin embargo, no era una verdadera disculpa porque, aunque lo sentía, no habría actuado diferente. Lo sabía.

Si hubiera sido suyo y le hubiera pertenecido, se lo habría contado. Le había tendido las manos, su verdadero nombre, todas las historias que su madre le había contado sobre Cachemira y Peshawar e incluso Campania, hasta el clan de pescadores del que formaba parte el padre al que no conocía. Le había entregado a Miel los cuentos de hadas de su familia sobre mariposas de pavo real anilladas y un cuerpo que ni siquiera estaba seguro de poseer.

Se lo había dado todo. Si le pertenecía, era de ella.

Sin embargo, aquel secreto no era suyo para contarlo. Incluso si Aracely y Miel se pertenecían la una a la otra, incluso si eran hermanas de una manera que Miel aún no entendía, esa elección no era decisión suya. Nunca había tenido nada que ver con él. Se trataba de los secretos que Aracely había guardado, tantos que Sam se preguntaba si estallaría en cien mil mariposas.

Si no quería que todo el pueblo descubriera que su madre le había puesto el nombre de Samira y que debajo de la ropa tenía un cuerpo acorde con ese nombre, no podía contarle a nadie, ni siquiera a Miel, que la mujer llamada Aracely antes se había llamado Leandro.

Sin embargo, Miel sufría demasiado para entenderlo. Lo odiaba y odiaba a Aracely.

Se había agotado pintando y se sentaba en el borde de la cama con la cabeza entre las manos y los dedos enredados en el pelo. Había cubierto de color todos los papeles y globos de cristal vacíos que tenía. La pintura le manchaba los antebrazos. Al apartarse el pelo de la cara, se había dejado un arco azul oscuro en la frente.

Las palabras de Miel todavía lo acechaban. «Y tú…».

Incluso cuando cerraba los ojos, la veía mirarlo.

Los dedos le dejaron vestigios de pintura en el pelo, pero no los movió. Pintar una luna detrás de otra no lo había hecho olvidar. El azul oscuro y el dorado pálido solo le habían recordado a las noches en las que se escabullían juntos.

El olor a trementina le recordó a estar en la cama con Miel, la inseguridad de preguntarse si su piel y sus sábanas olían a ello, ese olor amargo como a cuero nuevo.

Un golpe suave pero seguro resonó en la puerta.

Se levantó y fingió mezclar un punto de ámbar con amarillo.

—Pasa.

Su madre apenas había entrado en la habitación antes de llevar las manos a la ventana para abrirla.

—Cuánta pintura. Te va a dar dolor de cabeza.

El viento hizo crujir el borde de los periódicos.

Encendió una lámpara.

—Y te vas a quedar ciego.

Sam entornó los ojos por la luz. Pintaba con la menor luz eléctrica posible y se alumbraba con velas en soportes de hojalata o con la misma luna cuando entraba suficiente claridad por la ventana.

—Baja —dijo su madre—. Tienes que comer.

No tenía ganas de discutir. La siguió hasta la cocina, donde las naranjas sanguinas, todavía con los tallos colgando, se agrupaban en la encimera junto a un cuenco de aceitunas.

Había sido uno de sus platos favoritos antes de mudarse allí, la ensalada de naranja y aceitunas. Antes le hacía pensar en su padre, en el pequeño pueblo del que procedía en el Golfo de Salerno. En las historias que le contaba su madre. En arboledas de olivos centenarios y huertos de higos que olían a caramelo cuando caían. En limones en cuencos de cristal azul. En laderas tan empinadas que desde el agua parecían gotas rectas hacia el mar.

Se preguntó cómo pensaría su madre en su padre, tal vez como un visitante locuaz y resplandeciente que se había pasado un par de veces a cenar y luego había desaparecido. Un hombre que apenas les pertenecía y al que por tanto nunca echaba de menos.

Entonces las preguntas se agolparon y le recordaron los rumores de su antiguo pueblo. Aunque era muy pequeño y solo entendía a medias lo que decían, captaba el tono. Las miradas, como si no las viera, incluso cuando las devolvía.

Su madre arrancó los tallos de las naranjas.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que preguntar?

Sam empujó una de las naranjas, dejó que rodase y luego diera la vuelta.

—Pasó algo con Miel —dijo su madre—. En el encendido.

No había ningún indicio de pregunta en su voz.

El encendido. Se preguntó cuántas personas del pueblo se habrían dedicado a murmurar sobre cómo Miel se había precipitado en el agua para arrancar las tapas de las calabazas o si habían estado demasiado ocupadas ayudando a sus hijos a entregar a la corriente los frutos que habían tallado.

Siempre que el tiempo se enfriaba, la gente se aferraba con rapidez a los chismes, como si pudieran hilarlos como lana y envolverse con ellos. En el otro pueblo, durante un invierno con poca luz, su madre había cometido el error de hablar del padre de Sam. Con una amiga de confianza, se había desprendido de la historia como si se limpiara la ceniza de un cigarrillo de la punta de los dedos.

Esa amiga no se resistió a contárselo a otros amigos y pronto el pueblo entero zumbaba con los rumores.

—No creo que Miel y yo seamos ya amigos —dijo—. Creo que ya no somos nada.

Su madre cortó el último tallo y dejó la naranja.

—Lo dudo.

Cortó la parte superior de la fruta y la colocó sobre la base plana.

—Tu padre me enseñó a prepararla —dijo.

—Con hinojo —dijo Sam—. Lo sé.

La mayoría de las cosas que preparaban en la cocina salía de las recetas de su abuela. *Aloo baingan* hecho con berenjena casi azul. La calidez de media docena de especias mezcladas con azafrán y rosa para el chai de Cachemira. Sin embargo, algunas su madre las había aprendido de su padre, que había nacido en Campania. Platos con hojas de limón y rúcula silvestre tan ácida que la notaba fría en la lengua. Ponían los melocotones y las ciruelas en un cuenco que el padre de Sam le había regalado a su madre, de cerámica tintada de un azul intenso como el de un cielo sin nubes. Su madre no había querido aceptarlo porque era una pieza que había estado en su familia durante tres generaciones, pero su padre pensó que estaba destinada a tenerlo porque era de un azul un tono más oscuro que el de su ojos, así que lo había escondido en la parte superior de un armario, sabiendo que lo encontraría después de que se hubiera ido.

A pesar de todo, las habladurías en el otro pueblo lo redujeron a algo frío como comerciar con aceite de oliva o mármol en bruto. «Tú quieres una tarjeta de residencia y yo quiero ser madre». Decían que era un trato que su madre había hecho para acostarse con un hombre al que no amaba, tantas veces como fueran necesarias para tener al bebé que quería. Hablaban de que estuvieron casados solo un par de años y de que era la única mujer divorciada que, embarazada de siete meses, le había deseado lo mejor a su marido cuando la dejó.

De que Sam existía porque a su madre y a su padre les había dado igual comerciar con cosas que otros consideraban sagradas.

Cuando se marcharon de allí, su madre ya había aprendido la lección. Se calló una historia que siempre consideró una prueba de lo mucho que quería a Sam, de lo mucho que había deseado ser madre aunque no hubiera ningún hombre al que quisiera como marido.

Sin embargo, él nunca lo olvidó. Existía porque su madre se había empeñado en que existiera.

Sam le dio vueltas a una de las naranjas en la mano. El color rojo intenso se diluía por la cáscara hasta apagarse.

—Me equivoqué, ¿verdad? —preguntó.

—Probablemente —dijo su madre—. Todos cometemos errores todos los días.

—No. Me refiero a cuando me acerqué a Miel aquel día. Cuando tiraron la torre de agua.

Su madre pasó el cuchillo por una hilera de aceitunas.

—No lo crees de verdad.

Le tendió un cuchillo, con el mango hacia él mientras ella ahuecaba los dedos en la hoja.

De niño, había sido una de sus tareas favoritas, la primera cosa que su madre le había dejado hacer solo con un cuchillo. Rebanar la médula. Usar la punta del cuchillo para quitar las semillas. Hacer rodajas de fruta de color rojo intenso tan finas que fueran casi translúcidas, mientras su madre cortaba aceitunas moradas como ciruelas pequeñas.

—¿Sabes qué clase de niño eras? —dijo su madre, con una risa escondida tras las palabras—. ¿Uno que decidió que tenía que haber un hombre de la casa y que sería él? ¿Uno que declaró que se convertiría en una persona totalmente nueva para que todos supieran que había un hijo que cuidaba de su madre?

Sam acercó el cuchillo a la naranja. Podía hacerlo. Si no podía hacer las cosas bien con Miel, al menos lo haría con su madre. Cortaría rodajas perfectas de naranja sanguina. Las colocaría en el plato como las brillantes tejas del tejado y sabría que había conseguido cumplir al menos esa pequeña tarea.

—Piénsalo. —Su madre sonrió y se le marcaron las arrugas alrededor de los ojos, finas como el collar de plata que su padre le había regalado. Lo llevaba solo con los vestidos buenos—. No habrías existido si no fuera por aquel calamar.

Se rio todo lo que fue capaz. Cuando tenía siete u ocho años, el recuerdo de que su padre había querido venir a ese país por los calamares que le habían desafiado siempre lo había hecho reír. Había nacido en el seno de una familia de pescadores, famosa por su habilidad para pescar calamares rojos como el terciopelo del color del vino. Se acercaban lo bastante a la superficie como para pescarlos solo cuando la luna era un anillo oscuro en el cielo y la familia de su padre era conocida en toda Campania por la pesca nocturna en la que llenaban los cascos de sus barcos antes del amanecer.

Salvo su padre. Cuando su padre salió con sus hermanos, los calamares se dispersaron como pececillos. Los hermanos regresaron al amanecer, con el barco ligero y meciéndose en el agua, entre las

burlas de otros pescadores.

Antes pensaba que era una razón muy tonta para que su padre se marchase de su lugar de origen. Sin embargo, luego meditó sobre sus bisabuelos, sus campos y la habilidad que se necesitaba para plantar los bulbos. Había sido el oficio de su familia. Habría sido una vergüenza para sus hermanos o hermanas que alguien careciera de la habilidad necesaria para cultivar azafrán o que tuviera unas manos demasiado torpes para arrancar las hebras que valían más que el oro.

Su padre se había marchado tanto para escapar de lo que no era como para descubrir lo que podría ser.

—¿Y si…? —Dos palabras y la boca se le quedó tan seca como cuando se despertaba durante una fiebre. Sentía la lengua reseca. Tuvo que forzar las palabras.

Su madre levantó la vista de las aceitunas.

La mirada, ni indiferente ni penetrante, lo forzó a bajar los ojos.

Bacha posh eran unas palabras que había escuchado por primera vez de boca de la madre de su madre. Si no seguía el camino marcado por esas palabras, quizás se olvidaría de sus dibujos de azafranes o de la seguridad con la que movía las manos al separar las hojas de menta de los tallos, sin que el verde se estropeara nunca. Se había convencido de que se convertiría en Samira si apretaba los dientes lo suficiente, si lo deseaba lo suficiente, si se clavaba las uñas en las palmas de las manos hasta que se le pusieran los nudillos blancos. Si no lo hacía, tal vez se olvidaría de cómo su abuela se sentaba con él y extendía un juego de lápices de colores en la mesa de la cocina hasta encontrar el dorado y el púrpura más intenso para enseñarle la forma y el color de los pétalos de azafrán.

Tendría que admitir que, cada vez que su abuela le había contado la historia de los dos amantes de Saiful Muluk, había pensado en ser el príncipe más veces que en ser el hada.

Se preguntaba si sería una traición a su abuela desprenderse del nombre que ella le había pedido a su madre que le pusiera. Temía que, si vivía sin él, si lo alteraba aunque fuera una sola letra, una parte de él desaparecería. Se convertiría en alguien a quien su abuela no reconocería. La sangre que compartía con aquella anciana a la que amaba, aunque apenas la recordara, se desvanecería como el polvo, el hielo y la luz que se desprenden de un cometa.

Sin embargo, nunca lo sabría si no lo decía. Su abuela no estaba allí para escuchar, pero su madre, su hija, sí.

Se le aceleró la respiración, empezaron a arderle los pulmones y las palabras solo le salieron de una en una o de dos en dos.

—¿Y si… Quisiera… Quedarme… Así?

—¿Qué? —preguntó su madre y las finas arrugas volvieron a aparecer, pero de confusión en lugar de diversión.

Intentó calmar la respiración, que continuó rápida y jadeante, y tuvo que arrancarse las palabras.

—¿Y si quisiera quedarme así?

Salieron con un chorro de aire y empezó a toser.

Sentía la boca como pulpa de naranja, amarga y estrujada.

Apretó la lengua contra los dientes y se preparó para las preguntas.

Le preguntaría qué quería decir y tendría que decirle que no quería volver a ser Samira, sino seguir como Samir. Le explicaría que ser un *bacha posh* había sido una mentira que se había contado a sí mismo para fingir que era como las niñas cuyas madres y padres las vestían de niños, pero que luego crecían para ser mujeres. Le diría que había cometido el error de creer que su malestar sería como el de ellas, que no tenía que ver con el deseo de ser chicos, sino con la añoranza de cómo a ellos se les permitía ocupar todo el espacio que proyectaran sus cuerpos.

Sin embargo, él quería ambas cosas. Quería ser un niño que se convirtiera en un hombre y que hubiera espacio en el mundo para él.

Su madre dejó el cuchillo.

—¿Es eso lo que quieres de verdad?

Sam todavía tenía la boca demasiado seca y el aliento demasiado gastado por haber dicho todas palabras seguidas. Su interior se resquebrajaba y se desmoronaba como los marcos de cristal y papel de sus lunas.

Más tarde, tendrían que hablarlo. Tendrían que hablar de que no sabía si quería cambiar su cuerpo, pero sabía que quería cambiar su nombre. De que tendrían que cambiar su documentación para que dijera lo que habían hecho creer a todo el mundo que ya decía.

De que no era posible olvidarse de Samira, porque la sentía como una amiga que había imaginado para llenar el espacio vacío antes de que llegase Miel, pero no podía ser ella.

Todavía había una parte de él que no dejaba de preguntarse cuánto tiempo aguantarían la calma y la paciencia de su madre, cuánto tiempo antes de que cayeran o se desmoronasen por el peso de todo lo que él era. ¿Aguantarían si, un día, se acercaba a la fe de la familia de su padre o a la de su madre, las dos que ella había rechazado porque estaba segura de que Dios era más grande que la religión? ¿Aguantarían si, un día, se marchara del pueblo para colgar lunas en todos los lugares de la tierra donde hubiera árboles o si nunca viviera

en ningún lugar que no fuera ese que su madre le había dado? ¿Aguantarían sin importar en qué se convirtiera o en qué no?

Por el momento, esa pregunta, «¿y si quisiera quedarme así?», era lo único que tenía. Se le habían agotado las palabras.

Así que asintió con la cabeza.

—Vale —dijo su madre.

Con esa única palabra, el espacio que los rodeaba se iluminó con los pétalos violetas y los hilos dorados de todos los azafranes. No los veía, no de manera directa, pero percibía sus formas, las suaves líneas de las flores y las volutas de naranja brillante. Estaban a medio camino entre las flores vivas y los arcos de colores que su abuela le había dibujado años atrás.

El asentimiento de su madre fue como una versión más segura y rápida del que él había dado. Así era ella, recogía la duda y la convertía en algo limpio y definido.

—La gente debe saber lo que quiere —dijo.

Bahía del Rocío

Miel rebuscaba de rodillas en el armario de Aracely. Su camisón favorito, de terciopelo negro con ribetes de raso cobrizo, pesado y lo bastante largo para las noches de otoño. El lino de su falda de campanillas moradas, con el dobladillo manchado por haberla usado para trabajar en el jardín. La falda que se ponía para salir, cubierta de tantas cuentas de cristal que parecía adornada con espuma de agua de mar.

Lo que no encontró fue a Leandro. No encontró ningún rastro de su hermano. En lugar de la ropa planchada que siempre le ponía su madre, había faldas de vuelo. En lugar de su olor, la extraña mezcla a madera y azúcar en polvo de la cocina de su madre, estaba el ámbar del perfume de Aracely. No quedaba nada de Leandro, no porque se hubiera convertido en Aracely, sino porque en lugar de elegir ser la hermana de Miel, había elegido ser una mentirosa.

Todos la llamaban la *curandera* amable. Otras *curanderas* hacían beber a los enfermos de amor cuerno de ciervo, polvo de obsidiana y batata. Una leche negra que los dejaba con náuseas durante horas y facilitaba quitarles el mal de amores.

Aracely no tenía nada de amable. Su gentileza era igual de falsa que su nombre. Podría haberse puesto el nombre de su madre, para que Miel la reconociera. Podría haberle dicho la verdad el día que se cayó de la torre de agua.

Podría haber sido la hermana que se la llevara a casa y pusiera una tetera en el fuego. Se habrían pasado la una a la otra el tarro de miel de aster cristalizada que a ambas les encantaba. Miel se la comía como si fuera caramelo y las dos compartían un tarro cuando se quedaban hablando hasta tarde.

Incluso ese recuerdo había dejado de ser inofensivo. Se había vuelto áspero como los cristales del borde del tarro de miel.

El perfume de Aracely se coló en la habitación, fuerte y profundo como el *whisky* añejo.

Miel no la miró.

Al igual que Leandro, era la más bella de las dos. Era alta como lo había sido su hermano, incluso de niño.

Brillaba con un misterio irónico igual que Leandro había brillado con amabilidad. Solo que en lugar del pelo oscuro de su hermano, a Aracely le caía oro por los hombros como si una corona la rodease.

Miel la conocía tan bien como conocía el blanco de la media luna de sus propias uñas. Conocía sus ojos, oscuros como la melaza española. Pero ahora era otra persona. Era una mujer con el corazón del hermano que Miel creía perdido.

Recordaba su propia percepción de Leandro, cómo lo sentía, cómo se reía y la suavidad de sus manos. Sin embargo, no lo recordaba lo suficiente como para hacer balance de todo lo que era. No sabría enumerar todas las piezas que lo componían para luego reencontrarlas todas en la mujer.

—¿Te acuerdas del pueblo en el que vivíamos? —dijo Aracely. Un suspiro se encondía en sus palabras, como si no supiera por dónde empezar y hubiera decidido que aquel lugar eran tan bueno como cualquier otro.

Miel no lo recordaba. Recordaba más la cocina de su familia que el lugar donde había nacido.

—Estaba más arriba por el río —dijo Aracely—. Por eso nadie de aquí te reconoció.

—¿Cómo acabamos aquí? —preguntó.

—Aquí el río se ensancha y se ralentiza —explicó la mujer—. Es el punto más tranquilo antes de llegar al mar. Todo se detiene aquí.

Miel sintió el impulso de rebatir todo lo que decía Aracely, pero sabía que tenía razón. El lecho del río estaba repleto de redes antiguas y de ramas que había arrastrado la corriente, incluso de barquitos que se habían hundido y se habían mecido por el fondo hasta descansar allí.

—Es donde nos varamos—dijo Aracely.

Miel recordó cómo Leandro la había llamado por su nombre y la había buscado, luego cómo su madre se había lamentado y gritado cuando la corriente se lo había llevado sin que el niño pudiera hacer nada.

—Sé que intentabas salvarme —dijo Miel.

Aracely se acercó al umbral del armario.

—Pero no sabes cómo vivía.

La sonrisa que percibió en su voz hizo que levantara la mirada.

—El agua se me llevó. Me salvó. —Mostraba una dulce paz en el

rostro que a Miel le recordó a los cortos minutos antes de la puesta de sol. Parecía hablarle de un amante de quien se había separado, pero al que seguía teniendo cariño—. Me arrastró y luego me devolvió así.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Me dejó morir como niño y me devolvió como mujer —explicó.

Miel cruzó las manos en el pecho. Las profundidades que más temía le habían devuelto al hermano que había perdido.

Si cerraba los ojos, llegaba a atisbar cómo el agua había despojado a su hermano de todo menos el corazón y lo había reconstruido de nuevo como mujer. Había tomado las partes de Leandro y les había dado el cuerpo que se convertiría en Aracely, para crearla a partir del frío, la oscuridad y todo lo que alguna vez había sido.

El agua la había pulido y convertido en una mujer adulta durante los años que le había pertenecido. Había sido su capullo. Había convertido los elementos en bruto de Leandro en Aracely.

La aparición de aquella mujer tan hermosa había implicado mucho más que un verano de mariposas de alas doradas.

Las mariposas no la habían llevado allí. Tal vez le hubieran dado a su pelo un color que hiciera juego con ellas, pero no la habían traído al pueblo; había sido el agua. Habían sido una celebración de su llegada, una señal de su aparición.

Leandro había reaparecido como Aracely y el acontecimiento lo habían señalado innumerables alas.

Miel se había caído de una torre de metal llena de agua sucia y oxidada.

—No es justo —dijo.

—¿El qué? —preguntó Aracely.

Miel no recordaba los años en el agua. No recordaba el torrente de agua que la retuvo cuando salió del río y entró en la torre. Solo la tenue luz de saber que había existido a medias, sin respirar porque, durante ese tiempo, no tenía corazón ni pulmones. Al igual que el resto de ella, se habían fundido con el río.

Durante un tiempo, no había tenido cuerpo, sino que había estado hecha de agua, antes de que el agua la devolviera a la vida.

—Te hizo mayor. —Miel se había quedado igual que cuando el agua se la llevó, una niña que no había seguido creciendo hasta que había vuelto a tener cuerpo y aliento—. A mí no me hizo crecer.

—No se trataba de hacerme mayor —dijo Aracely, aunque la tirantez de su rostro le decía que escondía más de lo que estaba dispuesta a decir. Sin embargo, a diferencia de todo lo demás, eso era asunto suyo, no de Miel—. Solo me devolvió como lo que estaba

destinada a ser. Además, me alegré de que aún fueras pequeña. Me alegré de que el agua te hubiera mantenido como eras, de que no hubieras perdido tiempo.

Miel estudió su rostro y lo comprendió.

—Sabías que estaba ahí.

Aracely frunció los labios, la había pillado, pero no se mostró avergonzada.

—Había pocos lugares en los que podías estar. No te encontré en el río. Un día me paré debajo de la torre de agua y te sentí. Estabas tan cerca que pensaba que llegaría a cogerte la mano.

—¿Así que decidiste esperar a que la derribaran?

—La torre era un peligro cuando había tormenta —dijo—. Tendrían que haberla derribado años antes. Solo tuve que convencer a la gente adecuada y sus días estuvieron contados.

Miel se estremeció al pensar en que su hermano la hubiera reconocido en aquella agua rancia. No, no su hermano, esa mujer. Intentó recordar lo que había sentido al estar allí y no pudo.

Se sintió vacía al saber que su hermano, el niño que se llamaba Leandro, ya no existía. Sus músculos, huesos y corazón se habían reutilizado para crear a Aracely.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo habría sido un buen momento para decírtelo? ¿Cuando eras una niña y yo no me parecía en nada al hermano que conocías? ¿Cuando eras un poco más mayor? ¿La semana pasada? ¿Cuándo habría sido el momento adecuado?

Los recuerdos de Miel viajaron hacia atrás a todas las veces en las que Aracely había abierto la boca, pero había hecho una pausa antes de hablar, y Miel se había bloqueado tanto que lo había sentido en el cuerpo. Cada vez que pensaba que estaba a punto de preguntarle algo que le resultaría demasiado difícil de soportar. Cada vez, había deseado que no dijera nada.

Y cada vez, no lo había hecho.

Miel había desprendido un miedo tan puro y una aprensión tal que Aracely no había sido capaz de pronunciar las palabras. El pánico de la chica la había asustado. La había espantado con la fuerza de su convicción de que, para que las cosas fueran bien, tenían que quedarse como estaban. Tenían que seguir siendo dos mujeres que supieran lo justo, pero no demasiado la una de la otra.

Al guardar con celo sus propios secretos, había impedido que Aracely le contara los suyos.

—Por favor, no culpes a Sam —dijo—. Enfádate conmigo todo lo

que quieras, pero le pedí que no te lo contara.

—¿Por qué? —preguntó Miel.

—Porque no quería que te hablara de algo que no sabía cómo explicarte por mí misma.

Aracely se sentó en el suelo a su lado y la falda de color rojo oscuro se extendió como los bordes de las zinnias. El suspiro fue como una brisa que agitó los pétalos.

La mujer buscó la mano de Miel y luego dudó; dejó que los dedos se detuvieran a medio camino entre ellas.

—¿Te acuerdas de nuestra familia? —preguntó.

—No mucho —dijo Miel.

—Somos un montón de *brujos* y *brujas*.

Miel se rio, pero la carcajada le salió tensa y corta.

—Venimos de una familia en la que todo el mundo tiene un don —dijo Aracely—. ¿Crees que aprendí sin más a curar el mal de amores? Lo llevo en la sangre. Es mi don. Todos tenemos uno. Nuestros tíos abuelos, los huesos rotos. Nuestros primos, el *susto*.

Miel rebuscó en lo poco que recordaba. Empujado por la voz de Aracely, floreció como un capullo.

Sus parientes tenían dones útiles, sin espinas. Los tíos abuelos de Miel sabían curar las articulaciones agarrotadas por la edad y el dolor de las viejas heridas; les había visto frotar chile en polvo en dedos retorcidos hasta que volvían a la vida. Su primo segundo sabía bajar cualquier fiebre y usaba té de flores frescas para cortarla.

Su bisabuela sabía ahuyentar hasta las peores pesadillas y tenía el jardín lleno de mejorana y flor de luna. Miel tendría dos años, tal vez tres, cuando su madre los había llevado a ella y a Leandro a su casa; ni siquiera recordaba el aspecto de la anciana, pero sí que la casa olía tanto a vainilla que el aire era espeso como un jarabe.

—Somos *curanderas* —dijo Aracely—. Y *curanderos*.

—Yo no soy *curandera*. —Miel giró el brazo para ocultar la muñeca —. No sé curar nada.

La mujer cruzó las manos y las posó en el regazo; los oscuros dedos se fundieron con la tela.

—Había pasado mucho tiempo —dijo mientras le miraba el antebrazo—. Todo el mundo pensaba que las rosas se habían extinguido.

La madre y las tías de Miel debieron de suspirar aliviadas mientras celebraban los otros dones que bendecían a la familia.

—Cuando te salió la primera, hacía cien años que nadie en la familia había cultivado una.

Miel giró la muñeca en el regazo. La aparición de los pétalos debió de resultar tan repentina e inoportuna como la de un murciélago que salía volando de un oscuro desván.

—¿Nuestra madre también las tenía?

Aracely dejó la boca entreabierta un segundo antes de hablar:

—¿Nuestra madre?

—Las rosas —explicó mientras se preguntaba durante un minuto si por eso había estado tan empeñada en deshacerse de ellas. Tal vez su cuerpo también las había cultivado. Tal vez le brotaban de la espalda o del tobillo y las ocultaba bajo la ropa—. ¿Las tenía y las escondía?

—No. Los *curanderos* y *curanderas* no eran de su familia. Nada de esto lo era.

—¿Qué? —preguntó.

—Las rosas —dijo Aracely—. Los *curanderos*. Venían de la familia de nuestro padre, no de nuestra madre.

La posibilidad de que su madre hubiera tenido las mismas rosas se desvaneció, como el viento que despoja a un capullo de sus pétalos.

Su padre.

—¿Qué le pasó? —preguntó, pero incluso al pronunciar las palabras, sintió que su interior zumbaba con la certeza de que ya lo sabía.

Había oído algo más que los gritos de su padre. Había oído los susurros. Sus propios gritos. El llanto y las súplicas de un niño llamado Leandro.

Lo había oído todo.

Debió de tardar unos segundos. Rodeada por el ruido, se sintió como si llevase tanto tiempo sentada en el armario, bajo la amplitud de las faldas de Aracely, como el que había estado en la torre de agua.

—Te acuerdas —dijo. Al principio sonó como una pregunta. Luego empezó a resonar. «Te acuerdas. Te acuerdas». No era ninguna pregunta. Solo la certeza de que Miel empezaba a deslizarse hacia los mismos recuerdos que Aracely debía haber conservado todo el tiempo.

Pantano de las Nieblas

—Miel —Aracely la llamó.

Salió corriendo de la habitación. Intentó dejar atrás cualquier frágil recuerdo que se prendía y alumbraba otra docena más.

Primero escuchó todas las historias, a su padre advertir a su madre en voz baja, pensando que sus hijos no captarían las palabras. Pero Miel y Leandro estaban pegados a la pared del pasillo. Habían estado allí en cada historia sobre cómo los niños nacidos con rosas se volvían contra las mujeres que los habían parido. Ya fuera trayendo maldiciones a las fincas familiares, confesando los pecados de sus madres, en voz alta, en la iglesia, o incluso matándolas. Le volvió un nítido recuerdo de su padre contando la historia de su tía abuela, que envenenó primero a su madre y luego a toda la familia. Aquella chica había extraído las toxinas de las trompetas blancas de las flores de luna y las había introducido en el té.

«A todos —había dicho su padre con un susurro rasposo—. Los mató a todos. ¿Lo entiendes?».

Oyó a sus padres discutir, todavía en susurros tensos que se convertían en siseos. «No será así, es nuestra hija», decía su madre. «¿No crees que todas las madres anteriores dijeron lo mismo? No quiero que se vuelva contra ti», respondía su padre, y las palabras se alternaban con sollozos de disculpa por haberle causado aquella maldición.

Aracely volvió a pronunciar su nombre.

Los pasos de Miel golpearon el suelo del pasillo. Las cosas que recordaba se arremolinaban como estrellas prohibidas. Si corría lo bastante rápido, escaparía de su estela.

Las rosas venían de la familia de su padre. Ahora lo recordaba. Él las había cargado, ocultas, como quien transmite una enfermedad sin mostrar síntomas. «No sabía que volvería —le había dicho a la madre de Miel—. Lo siento mucho, no sabía que volverían. Creíamos que se habían ido. Nunca te habría hecho esto». Su madre le decía que no

había nada que perdonar e intentaba convencerlo, en susurros, de que aquella maldición cubierta de pétalos era un fantasma que se esfumaría si encontraban la forma adecuada de silenciarlo.

Sin embargo, ese amor solo hizo que su padre se empeñase en asegurar que Miel nunca le haría daño, que no traicionaría a su madre como habían hecho muchas niñas portadoras de rosas antes que ella. Por eso, cuando una tarde le inspeccionó el vendaje y descubrió que tres hojas verdes lo habían atravesado —no se habían deslizado por el borde, sino que habían crecido directamente a través de la venda—, debió de sentirse como si las rosas lo desafiaran. Miel recordó su cara y su enfado, no con ella, sino con las flores. No solo habían poseído a su hija. También se burlaban de él.

Miel se arrojó sobre la cama con todas sus fuerzas. Apoyó la cara en la manta e intentó fundirse con la oscuridad, donde solo era una chica que había brotado de una torre de agua.

Sin embargo, lo siguiente que recordó trajo consigo el mismo dolor en la muñeca que la había mantenido despierta muchas noches. Su padre sostenía el mango redondeado de un cuchillo de mantequilla sobre la llama azul de la estufa de gas. Le había preguntado qué iba a hacer con él y había respondido que no se preocupara, que si no quería ser una buena hija para su madre.

Miel había corrido al lado de Leandro cuando su padre se le había acercado con pasos lentos; el brillo caliente apenas se había desvanecido del metal.

Su padre le había gritado al niño que la sujetara y Leandro había dicho que no; luego se había inclinado y gritado que, si no lo hacía, era porque no quería a su hermana, ni a su madre. Si no lo hacía, era porque quería perderlas a ambas.

Recordó cómo Leandro había llorado, había dejado de resistirse y luego había hecho lo que su padre le había dicho.

El metal caliente le había quemado la abertura de la muñeca y el dolor se había extendido por la mano y el brazo. El grito le había desgarrado el fondo de la garganta. Su padre le había explicado, en voz baja incluso a pesar de los gritos, que así sellaría la herida de la muñeca, la cauterizaría e impediría que las rosas volvieran a crecer. «Se acabará en un minuto, *mija*. Todo terminará en un minuto».

Miel cruzó las manos bajo su cuerpo, con las palmas en el esternón. Con el pulgar, encontró el duro nudo de la muñeca, como una perla enterrada bajo la piel.

El nudo de la cicatriz que había dejado que Sam tocara. La herida de la que brotaban las rosas había estado ahí desde que tenía

memoria. Pero no había estado antes de aquella tarde en que su padre había encendido la estufa de gas.

El nudo era la respuesta de su cuerpo al metal que le había abrasado la herida.

Ni siquiera tocarse la muñeca y ser consciente de que su cuerpo ya no era el de una niña le impidió escuchar la voz de su madre. Cómo le había arrancado el cuchillo de mantequilla de la mano a su padre con tanta fuerza y rapidez que los dientes romos le habían cortado la palma. Lo había apartado de Miel y de Leandro de un empujón. «¿Qué le has hecho?». La voz de su madre había sonado como el chillido del viento.

«Nos destruirán a todos», había dicho él. Todavía lo recordaba; nunca culpaba a Miel por las rosas y hablaba de ellas como algo ajeno a ella. Incluso con la maldición que corría por su familia, no se imaginaba a su propia hija entrelazada con los tallos y las espinas.

Leandro le había puesto hielo en la quemadura de la muñeca y la había resguardado en un holgado abrazo mientras ella lloraba con los ojos apretados y las voces de sus padres se hartaban de gritar.

Miel tensó los hombros, como si su cuerpo despertara después de haberse quedado medio dormido, al recordar el portazo.

Con ese portazo, Miel comprendió, en el corto periodo en que tardó en recordar el sonido, la traición que debió de sentir. Cuánto tuvo que dolerle que la madre de Miel no entendiera que lo hacía por ella, por miedo a que perdieran a su hija por las rosas, por miedo a que se volviera contra su madre. Su padre había querido proteger a su mujer de su hija y a su hija de sí misma, pero el único agradecimiento que había recibido habían sido los gritos de su mujer al echarlo de su propia casa.

Entonces el sonido se desvaneció y volvió a ser una niña pequeña que lloraba por el dolor y el calor que le rodeaba la muñeca.

«Así no —le había gritado su madre—. No tratamos así a nuestros hijos». Así que su padre los había dejado.

La calabaza. El bautismo.

Su madre siempre había estado de acuerdo con su padre en que tenían que curar a su hija. Solo discrepaba en los métodos. No iría tan lejos como él. El cuchillo de mantequilla en la estufa de gas era una crueldad que no permitiría, ni siquiera de un hombre famoso por curar heridas y arreglar huesos.

Estaba convencida de que podría curar a Miel sin hacerle daño. Para ella, encerrar a su hija en una calabaza hueca o sumergirla en unas aguas todavía templadas después de un largo verano eran actos

mucho más benévolos que el dolor del metal caliente. Eran curas bendecidas por los sacerdotes y las *señoras*.

Una mano cálida se le posó en la espalda.

—Lo siento —dijo Aracely.

«Lo siento». Leandro le había susurrado las mismas palabras mientras la sujetaba y le desnudaba la muñeca ante el metal caliente. Había apretado los dientes para no llorar, pero al parpadear una lágrima le había caído en la frente, caliente como el chorro del fregadero de la cocina.

Miel negó con la cabeza, sin levantar la cara de la colcha. La oscuridad no se la había llevado.

—Miel —repitió.

Su voz la llamaba para sacarla de las aguas profundas hacia la superficie.

—Lo siento mucho —dijo, y Miel salió a la luz.

Se puso de lado, con la palma de la mano sobre la colcha y el codo apoyado en el colchón.

Los ojos de Aracely estaban oscuros y húmedos como el río que se la había llevado a ella y a su madre.

La culpa que Aracely hubiera heredado de Leandro era minúscula comparada con la de Miel. Sus rosas se lo habían quitado todo.

—Te maté —dijo—. Y luego la maté a ella.

Aracely le agarró la mano, con la palma caliente pero los dedos fríos.

—No digas eso.

—Tuviste que meterte en el río detrás de mí porque me resistí y no pudo sujetarme. Luego ella también tuvo que entrar a por ti.

No se atrevió a decir el resto. Las corrientes inesperadas. El arrastre hasta el fondo del río. Cómo se imaginaba a su madre nadando contra la fuerza del agua hasta que se dio cuenta de que tanto Leandro como Miel habían desaparecido, así que ya no había nada por lo que nadar.

Era la parte en la que no quería permitirse pensar, el momento en el que su madre se rendía y se dejaba arrastrar por el agua.

—Te quería —dijo Aracely—. Se perdió pensando que las rosas eran algo ajeno a ti. —Se detuvo, con la boca entreabierta y la mirada gacha—. Se perdió pensando que sabría salvarte mejor que nuestro padre, que si te quería tenía que…

Volvió a trabarse y se detuvo. Esa vez levantó la vista y miró a Miel a los ojos.

—Nunca quiso hacerte daño.

Los recuerdos le habían dejado el miedo a las manos de su madre,

al pellizco de las noches desesperadas en las que la había encerrado en la calabaza y, más tarde, al momento en que la había sostenido bajo el agua.

—¿De verdad lo crees? —preguntó y escuchó en su propia voz tanto escepticismo como una disculpa. La sospecha de que su madre había intentado hacerle daño y la certeza de que tenía motivos para hacerlo.

—Sí —dijo Aracely—. Siempre lo he creído. Sin embargo, que te quisiera no implica que merecieras lo que te hizo. Ni lo que hizo él.

Sintió el nudo de la cicatriz en la muñeca caliente y tenso. Le dolía preguntarse si tal vez su padre no se había equivocado, si las rosas eran algo que había que matar. ¿Cómo iba a pensar otra cosa? Eran la razón por la que las Bonner sabían lo que Sam más necesitaba que nadie supiera.

—Debería haberla dejado —dijo—. Debería haber dejado de luchar.

Aracely le apretó la mano.

—Nunca dejes de luchar.

El agua y el río que no habían salvado a su madre, los había adoptado. Los había encontrado a ella y a Leandro cuando su madre no pudo. Los había retenido hasta que fue el momento de dejarlos ir. Miel lo odiaba, quería convertirlo en hielo, que fuese sólido y fuera imposible perderse en él, aunque sabía que le debía su vida y la de su hermano.

La de su hermana.

Miró las manos de Aracely. Los largos dedos. Leandro tenía los dedos largos y las palmas pequeñas. Los recordaba incluso cuando no recordaba nada más de él. Ahora esas manos pertenecían a la mujer.

—¿La oyes alguna vez? —preguntó.

Esperaba que le preguntara a quién se refería y tener que explicarle que a veces oía los murmullos de su madre, no llorosos, sino lúgubres, cuando el viento soplaba con fuerza.

Sin embargo, Aracely puso una mueca. Cerró los ojos y asintió.

No pudo evitar mirarle el cuerpo. Tal vez quedara algo de Leandro en ella. Tal vez los hombros que hacían que los vestidos le quedaran bien. O los pies, el izquierdo media talla más grande que el derecho. No recordaba si los de Leandro habían sido iguales.

La envidia le amargó el fondo de la garganta. A la mujer que tenía delante se le había dado muy bien ser Leandro y se le daba bien ser Aracely.

A Miel nunca se le había dado bien ser nadie.

Sin embargo, no podía enfadarse con ella por eso. Ni siquiera con

Leandro, un chico que no existía, salvo porque Miel lo recordaba y Aracely recordaba lo incómodo que le resultaba ser él.

Si la odiaba por no decírselo, no sería diferente de las cotillas del pueblo, las que llamarían a Sam mentiroso entre susurros por no decirles la verdad de un cuerpo que no les correspondía juzgar.

La pequeña astilla de culpa que se le clavó en la palma de la mano la hizo comprender que había cosas por las que enfadarse. El río, la sequía, la corriente subterránea de aquel año. Los miedos que corrían por su familia como la sangre, la fe incuestionable de que todas las niñas que tenían rosas en la piel se volverían contra sus madres.

Podía enfurecerse con todo el cielo sin lluvia, sin necesidad de odiar a Aracely, la mujer que era su familia tanto por nacimiento como por elección propia.

—Eres lista —dijo—. Es un gran escondite.

—¿A qué te refieres? —preguntó la mujer.

—Si querías esconderte de lo que pasó, es la mejor forma de hacerlo. Convertirte en otra persona.

—Miel. Así no me estoy escondiendo. Intentar ser su hijo era el escondite. —Le rozó el antebrazo con las puntas de las uñas, pintadas del color del champán—. Esto es dejar de esconderme.

Lago de la Primavera

Tal vez todavía odiaba a Sam por haberle mentido. Aun así, su vida y sus nombres no pertenecían a las Bonner.

Tampoco Miel. Dejó la muñeca al descubierto para que vieran que había cortado la última rosa. Nunca les había pertenecido.

Encontró a Ivy junto a la casa.

Por un segundo, se detuvo al ver lo nerviosa que parecía. Tenía los brazos cruzados, con las palmas y los dedos extendidos justo por encima del codo. Estaba descalza sobre el ladrillo frío, pero llevaba bufanda. Otra de las mil contradicciones de las Bonner que jugaban con la imaginación de todos los chicos del pueblo.

Miraba las calabazas, las vides que se acercaban cada vez más a la casa. Algunas más se habían convertido en cristal. Una era de un azul verdoso oscuro. Otra, roja como la falda que Aracely había llevado en el suelo del armario. Una tercera, púrpura como la casa violeta, si el color se hubiera destilado y oscurecido como el vinagre que se recude en una sartén. Cada una, antes naranja apagado o verde casi azulado, reflejaba el sol dentro de su cáscara y brillaba como el oro.

Entró por el camino de ladrillos que rodeaba la casa.

—Esto se acaba ahora —dijo.

Ivy se volvió y con la luz sus ojos cambiaron a un gris más oscuro.

—¿Perdón?

Miel se adelantó. Las ventanas que tenían encima estaban entreabiertas, pero no iluminadas. Se acercó a Ivy y mantuvo la voz baja.

—¿Quieres que tus padres sepan lo que hace Peyton los jueves por la tarde? —preguntó—. Seguro que lo saben, a su manera. Aunque nunca nadie los ha obligado a pensar en ello.

La risa de Ivy estaba cargada de algo que se acercaba a la lástima.

—¿Crees que les tengo miedo a mis padres?

Avanzó otro paso.

—¿Y si les cuento cómo aprobaba Lian las clases? Sospecho que

nadie se lo ha dicho. —Estaban tan cerca que veía el tenue tinte azul de sus ojos grises—. ¿Qué hay de ti? Tal vez nadie sepa cuál es tu secreto, pero lo sabrán. Lo que sea que escondas, lo encontraré.

La sonrisa de Ivy mostraba la misma lástima, sin ser desagradable.

—No puedes.

La calma no la disuadió. Se inclinó para susurrar.

—Ponme a prueba.

Por el rabillo del ojo, el último resquicio de luz se reflejó en las calabazas de cristal, profundas y brillantes como las piedras que llevaba la madre de Sam.

—No os pertenecemos —dijo.

Ivy le miró la piel enrojecida de la muñeca y la pequeña herida.

—Les hablaré a todos de ella —dijo Ivy.

Ella. La palabra hizo que apretara más los pies en el camino de ladrillos para intentar no mostrarle a Ivy cómo le afectaba.

Pensar en lo que le haría a Sam le arañó la piel como un imperdible.

—Todo el mundo pensará que te gustan las chicas.

Miel la odiaba por todo lo que creía que sabía sobre Sam, por la insinuación de que su cuerpo lo convertía en chica. Sin embargo, un retazo de admiración empañaba la rabia que sentía. La manera en que Ivy protegía a Peyton con ferocidad mientras hablaba de las chicas a las que les gustaban otras chicas era una muestra de audacia. De la lealtad que mostraba hacia las tres chicas que formaban parte de ella como su propio cuerpo y de la crueldad que extendía a todos los demás.

—Me da igual —dijo. Quería a Sam, tanto lo que era con la ropa puesta como lo que era desnudo. No le importaba en qué la convertía eso—. Que me llamen lo que quieran. Pero no es una chica.

Pensó en él, en el olor a pintura de su piel y el aroma del cardamomo negro en su ropa; sintió un mínimo estremecimiento bajo la piel.

Sintió que un nuevo brote se abría paso hacia la luz. Contuvo el jadeo en los pulmones y miró el brote verde, las nuevas hojas.

Ivy no lo vio. Mantuvo el brazo pegado al cuerpo y se contuvo de poner una mueca de dolor cuando el tallo espinoso se le clavó en la piel.

—¿De verdad quieres que todo el mundo sepa que tu madre intentó ahogar a sus hijos? —preguntó, sin burlarse. Las palabras no fueron ni convincentes ni amenazantes.

Miel se mordió las ganas de replicarle. Su lengua se moría por

soltarle que no era cierto. En vez de eso, susurró:

—Inténtalo.

Ivy la agarró del codo. No se trató de un reflejo de enfado, sino de una lenta envoltura con los dedos.

—¿De verdad quieres enfrentarte a nosotras? —preguntó—. ¿Estás segura?

Miel se inclinó hacia atrás para apartar el brazo, pero se detuvo.

Ivy parecía muy cansada, agotada de mantener esa determinación desafiante.

—No —dijo—. No quiero tener nada que ver con vosotras.

Se miró la muñeca. Había aparecido un nuevo brote rojo como el centro de una naranja sanguina. Cuanto más pensaba en el marrón de las manos de Sam o en el ámbar del perfume de Aracely, más hojas le salían. Las hojas se volvieron de un verde intenso que recordaba al azul de los lupinos del cielo. Unos destellos de oro surcaban los pétalos como las llamas de una vela.

Ivy se fijó en el brillo de sus ojos. Miel apretó los dientes para no gritar ni de dolor ni de alivio.

—Me marcho, Ivy —dijo—. Vas a soltarme y voy a marcharme. Si vuelves a amenazar a alguien a quien quiero, acabaré contigo. Con todas. Encontraré todos los secretos que hayáis intentado ocultar y me aseguraré de que todo el mundo los descubra.

Ambas le miraron la muñeca, donde el capullo de rosa se hinchaba como una bombilla de cristal soplado.

—¿Para qué las quieres? —preguntó—. No van a darte lo que buscas. Por descontado, no harán que Chloe nunca se haya ido. —Casi olía la calidez de sus propias rosas flotar en el aire frío desde la ventana entreabierta, los tallos que seguían dentro en el jarrón azul—. Así que, ¿para qué las quieres?

Ivy levantó la vista.

Un velo le cruzó la mirada, como una mancha de aceite sobre el agua.

Esa luz pasajera y la ligera apertura de sus ojos se le clavó a Miel.

Miedo. Era la razón simple y directa por la que Ivy quería las rosas.

No era por el poder. Era por el miedo. No era por lo que podían conseguir que los demás les dieran. Era por ellas, solo por ellas.

Casi habían perdido a Chloe. Se habían dividido y luego habían tratado de unirse de nuevo, a pesar de que era imposible controlar sus nuevas aristas y bordes, a pesar de que iban a arañarse unas a otras.

En lugar de retorcerse como el verde suave de las vides de campanillas moradas, se desgastaban unas a otras como las zarzas que

rasgan las espinas de otras zarzas.

Ivy debió de pensar que, si controlaba esa única cosa, las mantendría unidas y entrelazadas sin romperse.

Creía que con las rosas tendrían al chico que quisieran. Si sus encantos fallaban en un chico con gafas que tocaba el violín como si fuera una extensión de su brazo o en otro alto con los dientes torcidos pero con unos ojos azules perfectos, entonces recurrirían a las rosas.

Solo que nunca se había tratado de un chico, ni siquiera de unos cuantos. Mientras pudieran conseguir lo que quisieran, seguirían siendo las Bonner. Seguirían siendo una fuerza de la naturaleza en cuatro cuerpos y cuatro tonos de rojo.

A Miel no le importaba. Esa fuerza y esos tonos rojos no la movían al son de lo que las Bonner querían. No amenazaban a Sam.

—Si intentas hacer daño a alguien a quien quiero —dijo—, me aseguraré de que todo el mundo en este pueblo sepa que tus hermanas y tú no sois capaces de nada. Las famosas Bonner ya no consiguen lo que quieren. Ya ni siquiera podéis hacer que los chicos se enamoren de vosotras. ¿Por qué no le preguntamos a Aracely? Apuesto a que podría decirte que no hay un solo corazón en todo el pueblo que esté bajo el influjo de ninguna de vosotras. ¿Las magníficas hermanas Bonner? No existen. Ya no reináis aquí.

El veneno se extendió por su lengua como azúcar derretido. Era oscuro y desconocido, y tan suave que le pareció que se lo estaba bebiendo. El estremecimiento de Ivy solo sirvió para espesar la dulzura en el fondo de su garganta.

—Vas a dejarme en paz y vas a dejar en paz a Sam —dijo Miel—. O todo lo que yo sé, lo sabrá todo el mundo.

Ivy se inclinó y le acercó la boca al oído.

—No sabes nada.

Agarró la rosa por el tallo y tiró.

Miel gritó cuando el desgarro de las espinas le atravesó la piel, como si le arrancaran una vena. No sintió que el grito le perteneciera, sino que sonó estridente y salvaje, el chillido de un pájaro abatido.

Las espinas se arrastraron a lo largo de los músculos. Le rasgaron las venas. Convirtieron la pequeña abertura de su muñeca en una herida que palpitaba como una quemadura, una moneda caliente que le abrasaba la piel.

El último fragmento del tallo se desprendió y el extremo colgó flojo como una cuerda húmeda.

Ivy pellizcó el tallo de la rosa entre los dedos. Las vetas amarillas en los pétalos rojos parecían bandas de luz que cruzaban una luna de

sangre.

La sangre brotó del brazo de Miel. La garganta le supo a sal. La herida le tiñó la camisa y el aroma a pino y ámbar de la rosa se extendió desde su muñeca. Era un árbol de pintalabios que había florecido con un rojo tan brillante que no parecía real.

Un destello castaño irrumpió en el aire que se oscurecía.

Los ojos de Lian Bonner brillaban verdes como una parra de calabaza húmeda. Llevaba un jersey gordo, tejido con hilo grueso, pero, al igual que Ivy, pisaba el camino de ladrillos con los pies descalzos.

El grito de Miel la había hecho salir. Pronto, Peyton y Chloe la seguirían. Tirarían de Miel hacia los campos de calabazas y la harían callar. La sujetarían para mantenerle la boca tapada y las extremidades quietas cuando el señor y la señora Bonner salieran a preguntar qué ocurría, y el verde de las vides la ocultaría.

Fingirían estar agazapadas en los campos de calabazas para buscar un pendiente que Ivy había perdido. Les dirían a su madre y a su padre que Lian había visto un ratón o que Chloe había intentado asustar a Peyton con una culebra. El peso de sus manos extraería más sangre del cuerpo de Miel, hasta que ya no le quedase fuerza para morder la palma de Ivy o luchar contra los dedos de Peyton y Lian que le sujetaban los tobillos y las muñecas.

Agarró una calabaza de cristal y la arrancó. El tallo se quebró y soltó un chorro de astillas de vidrio azul.

Si las Bonner no querían enfrentarse a aquellos campos, si no entendían la fuerza que se derramaba por sus ventanas, Miel las obligaría. Rompería la calabaza y la interpondría entre ellas.

Cerró los ojos y la lanzó contra el camino de ladrillos. Se hizo añicos con un millón de ruiditos limpios y agudos. Como la lluvia al golpear las tejas de colores de la casa de Sam, que sonaban como puñados de agujas de coser al caer.

Abrió los ojos mientras se sujetaba la muñeca contra el pecho para frenar la hemorragia.

Los fragmentos de color azul cubrían el camino de ladrillos y la tierra. Los trozos se habían colado entre las hileras de calabazas. Parecían un centenar de llamas de cristal azul, un río prohibido entre Miel y las chicas descalzas.

Corrió.

Mar de la Lluvia

Por dentro se sentía congelado como la tierra en invierno. Se había acostumbrado a contarle a Miel lo que no le contaría a nadie más. El impulso de buscarla para decirle que lo había hecho, que había pronunciado las palabras que ni siquiera sabía que eran ciertas hasta que las había escuchado en su propia voz, le oprimía el corazón. Era el eco vacío de un instinto en el que ya no podía apoyarse. Ella no quería que se le acercase y a él solo le quedaba hielo y tierra fría. Todo le parecía afilado como las flores de escarcha y le cortaba a pesar de haber salido de sí mismo.

Siempre intentaba evitar que Miel tocara las flores de escarcha, los rizos de hielo que crecían entre la maleza las mañanas más frías de diciembre. Las buscaba para ella y atisbaba el blanco teñido de violeta en la hierba. Sin embargo, le advertía que, aunque parecían suaves como pétalos, estaban afiladas.

De todos modos, siempre las tocaba. Aquellos pétalos, que se parecían al algodón de azúcar y a las lenguas de los lirios, la atraían. Las tocaba y le sacaban sangre de las yemas de los dedos.

Todas las veces, las flores de escarcha la hacían sangrar. Todas las veces, se cortaba los dedos y por ese momento en que su sangre coloreaba el hielo, Sam odiaba los pétalos afilados y hermosos.

Esa noche colgaría todas las lunas que tenía. Le daría al pueblo toda la luz que había en él, aunque para ellos no fuera más que pintura y papel. Para conseguir que Miel le odiara un poco menos. Para demostrarle que las lunas que le había hecho no eran mentiras.

Muchas veces, le había dicho con luz lo que no sabía decirle de otra manera. Necesitaba las lunas para decirle por qué había hecho lo que había hecho, por qué le había ocultado lo que le había ocultado. Para explicarle que no podía traicionar un secreto tan grande como el que él mismo guardaba.

Si intentara convertir toda la luz en palabras, quedaría atrapado en ellas. ¿Qué iba a decir? ¿Que odiaba haberla herido, pero que no

había otra opción, porque no soportaría vivir con la decisión de entregar lo que no le pertenecía? Las palabras serían como espinas que se le clavarían en la piel y en la ropa.

Lo más cerca que había estado de decirle a Miel lo que le decía con la luz era con las manos. Sus palmas en la cintura de ella. Cuando le pasó el cepillo de polinización por el brazo, ella le miró los dedos y la boca y él la tocó de una manera que se había convencido de que nunca podría, a menos que ella hiciera el primer movimiento.

Sin embargo, ahora no le dejaba acercarse, así que lo único que tenía era la luna, la luz del cielo que conocía tan bien como su propio cuerpo. Sabía dónde brillaba más. Donde la luz solar que reflejaba se desvanecía en cráteres y mares. El estallido del contorno más claro. El sombreado que a los niños del pueblo se les enseñó a interpretar como un rostro, pero que Aracely había enseñado a Miel a ver como un conejo.

De niño, Sam la había contemplado e imaginado que la luz de la luna lo bañaba en una ráfaga de aire fresco, lo contrario al calor del sol. Pero no la había conocido de verdad hasta que había empezado a pintarla, a mezclar las gradaciones de colores para el Mare Cognitum y todos los demás cráteres y valles, a aplicar el tono más oscuro de los mares de vapor. Lo había hecho tantas veces que ya podía pintarla a mano alzada, sin bocetos ni plantillas.

Empezaría por los árboles que daban sombra a la casa de color glicinia. Fuera de la casa de su madre, colgaría una luna de sangre y una luna de hidromiel, a juego con las tejas de colores. Iluminaría el haya de la habitación de Miel con una luna de rosas y una luna de flores. Una luna de grano y una luna de heno iluminarían el camino entre las dos casas. Esparciría la luz de todos los mares y valles lunares.

Alejarse del mundo que había construido con Miel y saber que lo odiaba le dolía tanto que lo saboreaba en el aire, como un cristal de sal. El mundo que había entre los dos era a la vez más vivo y más delicado que todo lo demás; se fundía en azules y dorados profundos. Eliminaba la niebla turbia que se instalaba alrededor de todas las demás cosas. Opacaba la forma en que Sam tenía que mantener la miraba gacha si quería que lo dejaran en paz en la escuela, pero levantarla en el momento adecuado para intimidar a cualquiera que molestara a Miel.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Pasa —dijo, esperando a su madre y dispuesto a enseñarle lo que acababa de terminar; la pintura ni se había secado.

Hasta que oyó el suave chirrido de la bisagra de la puerta, no se dio cuenta de que no había sido su madre quien había llamado.

Aracely estaba en el umbral.

—¿Has visto a Miel? —preguntó.

Sam soltó una carcajada.

—¿Tú qué crees? No quiere verme.

—No ha vuelto a casa —dijo—. Estoy preocupada.

Agarró el trapo que se había caído al suelo y se limpió la pintura de las manos.

—Está disgustada. ¿Creías que no nos evitaría durante unos días? No creo que vuelva hasta estar segura de que estás dormida.

—No creo que sea eso lo que pasa —dijo Aracely.

Sam dobló el trapo de tela.

—¿Por qué no?

La mujer extendió la muñeca.

Un hilillo de sangre le recorría el interior del antebrazo. Procedía de una herida invisible para la que Sam no encontraba corte alguno. Sin embargo, la fina franja roja tenía el mismo aspecto que cuando Miel sangraba en el lugar donde le crecían las rosas.

Lago del Tiempo

La luna atravesó el techo de nubes y los tonos rojos y dorados iluminaron el bosque como si los árboles estuvieran en llamas.

El subidón de romper la calabaza de cristal y correr se le había pasado, y el dolor la había obligado a caer sobre las manos y las rodillas. Se arrastró hacia lo más profundo del bosque, con la piel caliente por el dolor, el frío le parecía ligero como el roce de una hoja. La sangre le salpicó los vaqueros, manchas tan profundas como las gemas de los collares de Aracely.

Empezaba a perder la sensibilidad en los dedos. No podría haber gritado aunque hubiese querido. Solo le llegaba el sonido húmedo de su propia respiración en la parte posterior de la garganta. Perdió la sensibilidad en las muñecas y en los tobillos, el entumecimiento se abría paso.

Levantó la cabeza y divisó un destello de púrpura y rojo. Distinguió unas formas de planetas y constelaciones, recortadas y grabadas en paneles.

El ataúd de cristal.

Se alejó de allí y se arrastró bajo el techo de hojas doradas. En voz baja, susurró la oración de Aracely de Santa Rita de Cascia, santa de las causas imposibles. Aunque no sabía si la causa imposible era su vida o su alma cubierta de espinas.

El dolor la ancló y la mantuvo en el suelo. Se apretó el brazo contra el cuerpo y presionó la muñeca en el pecho para frenar la hemorragia. El nudo de tejido cicatrizado del antebrazo era pesado como una cuenta de metal. Arrastrarse con las dos rodillas pero una sola mano la frenaba, por lo que apenas se había distanciado del ataúd.

El bosque parecía interminable, un mundo de verde y oro. No lo conocía como Sam. Los campos de gramíneas eran de los dos, pero los bosques le pertenecían solo a él. Las ramas ofrecían lugares para colgar lunas que los campos en barbecho no.

Aun así, se arrastró. Se arrastró por el suelo y comprendió que las

pesadillas eran débiles tonterías que se dispersaban con la luz. Estaban hechas de cristal tintado, de agua de río y de mentiras que se volvían más evidentes cuando la verdad las iluminaba.

La suciedad le cubría la ropa y la piel. Iba dejando un reguero de sangre por el suelo, pero estaba demasiado débil para cubrirlo con los pies.

Las rosas y Miel estaban demasiado enredadas, como dos árboles que no podían separarse sin matar a ambos. Ivy le había arrancado una flor de raíz y con ella había salido suficiente sangre para teñirle la ropa y convertir cada respiración en un jadeo. Sangraba tanto que su piel parecía un sinfín de pétalos, suficientes para un interminable jardín de rosas escarlatas.

Deseó que las rosas tuvieran la magia que Ivy creía que tenían. Deseó que una taza de pétalos esponjosos y su olor a laurel y lavanda sirvieran para que una mujer se diera cuenta de que estaba enamorada de un hombre que vendía flores de calabaza en el mercado. Deseaba que su perfume sirviera para que la mujer fuera valiente y le dijera al hombre que el suave sabor a calabaza de las flores que cultivaba la hacía pensar siempre en besarlo.

Su pobre madre. Todas las historias que el padre de Miel le contaba, los cuentos sobre las traiciones de las rosas y cómo volverían a Miel en su contra, cómo la convertirían en una criatura poseída por esas cosas que crecían dentro de ella. Su madre tenía razón al intentar salvarla de los pétalos. Porque los pétalos, y el hecho de que Ivy y sus hermanas los desearan, iban a matarla.

La luz nadaba ante sus ojos, como el brillo dorado de los cascarones que se rompían en Pascua. La sangre le había manchado la clavícula de llevarse el antebrazo al pecho.

Su cuerpo no era un jardín. No era tierra que esperaba a verse liberada de las zarzas y las malas hierbas. Ivy le había arrancado esa rosa del cuerpo con sangre y su vida se iba con ella.

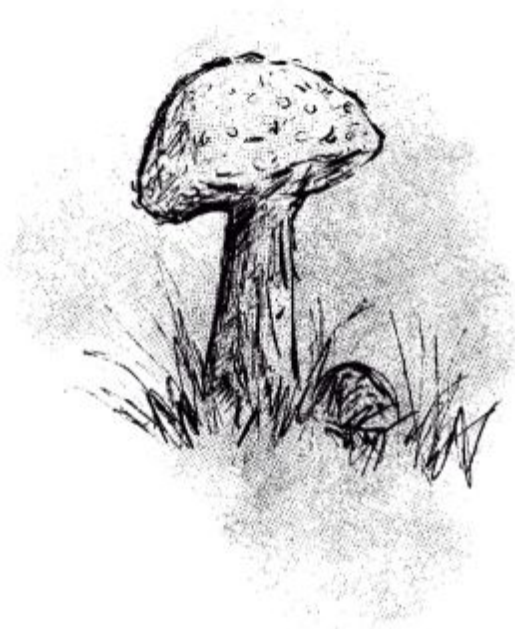
Levantó la cabeza con la esperanza de ver la carretera o el borde de una granja que no fuera la de los Bonner.

Solo encontró el destello de las vidrieras, las estrellas y los planetas grabados, iluminados por los rayos de luna que se colaban entre los árboles.

No podía escapar. Creía que se había alejado a rastras, pero solo se había arrastrado de vuelta. No importaba hacia dónde empujara el cuerpo, el ataúd la esperaría allí. Estaba demasiado perdida para encontrar un camino recto que la alejara de él y todas las estrellas y planetas de cristal la harían volver.

Las Bonner harían desaparecer la luna, la del cielo y todas las que Sam había pintado. Robarían la luz para su piel.

Trató de resistirse a la pérdida de sensaciones de su cuerpo, pero iba a desplomarse en el suelo. Tenía las manos demasiado débiles para hacer nada más que abrir y cerrar los dedos. La sangre y el aire se le escapaban; solo quedaban las espirales de verde y violeta.



Mar del Frío

A Sam no le daba miedo admitir, y sospechaba que a Aracely tampoco, que al pueblo le gustaba más su madre que él, o que Aracely. A pesar de que su madre estaba una generación más cerca de no pertenecer a aquel país, aunque eso fuera algo que le tendrían en cuenta a cualquier otra persona, a ella la adoraban. Se reía con facilidad. Engatusaba a los niños para que tocaran sus instrumentos, probaran alimentos nuevos y leyeran libros a los que sus propios padres no conseguían persuadirlos ni a acercarse.

Eso la convertía en la mejor opción para preguntar por ahí si alguien había visto a Miel. Aracely se ocupó de las granjas, los huertos a los que les compraba naranjas de bergamota y las familias que le vendían los huevos de Araucana y Faverolles. Sam buscó en los bosques, entre los árboles que había cartografiado con la luz de sus lunas.

Llevaba consigo una, fría y azul como la del cielo. Iluminaba el suelo mientras caminaba y enfriaba el calor de los árboles de color óxido.

Encontró una cinta de rojo intenso que cortaba una alfombra de hojas doradas.

Pensó en la muñeca de Aracely, que sangraba en un reflejo de la de Miel, y las hojas que tenía delante se convirtieron en navajas y las rama se cubrieron de cuchillas.

—¿Miel? —Levantó la luna y siguió la banda de rojo.

Un débil jadeo lo atrajo a un bosquecillo de árboles amarillos.

Se detuvo. Frente a él, estaba la caja de cristal en la que la había encontrado encerrada.

Volvió a escuchar el jadeó y miró hacia abajo.

Dejó caer la luna. La llama de la vela parpadeó antes de que la mecha se prendiera de nuevo.

Una forma oscura se agarraba el brazo en el pecho mientras el pelo le temblaba por lo mucho que le costaba respirar.

—Miel. —Se arrodilló a su lado y repitió su nombre una y otra vez.

Sentía que el cuerpo se le convertía en una de sus lunas; la piel y los músculos se volvían un marco de papel y el corazón, una vela encendida.

Tenía los ojos semicerrados, y la camisa y los vaqueros llenos de manchas que empezaban a secarse de un color marrón rojizo. Otra mancha de un rojo intenso, húmeda y brillante como los granos de una granada, le cubría el antebrazo.

La rosa. La habían arrancado de cuajo y la ausencia le estaba costando litros de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Quién te ha hecho esto?

Miel abrió la boca como si quisiera responder, pero no produjo ningún sonido, excepto el de la respiración al rasparle los labios secos.

Las manos de Sam se pusieron a hacer aquello que sabían. Le desabrocharon la camisa para envolver el antebrazo de Miel con ella y la ataron para frenar la hemorragia. Le levantaron el brazo que no estaba cubierto de sangre y se lo pasaron por encima del hombro. Sintió su piel húmeda y cómo las manos seguían en movimiento.

Sin embargo, la vela de su interior se había enfriado y convertido en una mecha que se oscurecía hasta ser solo brasa y luego se apagaba. El frío le caló tan hondo que ni siquiera sintió la mordedura del aire en los antebrazos desnudos. No sintió el frío de la tierra en las espinillas tras los vaqueros, ni a través de la camiseta y el binder.

—Agárrate a mí, ¿vale? —dijo y las palabras salieron tan inestables como su respiración. Tenía que haber una forma de moverla sin hacerle más daño. Tenía que ayudarla antes de que el hueco vacío del antebrazo cediera toda la sangre que le quedaba.

El cuerpo de Miel temblaba pegado al suyo; el movimiento era leve, como el de los pétalos debajo del agua. Sam se aferró a ella e intentó estabilizarla, con la muñeca sujeta entre ambos. De la herida brotaba agua y sangre. Empapó la camisa que le había atado alrededor del antebrazo.

Sam vio en sus ojos que lo reconocía. El hueco que se le había abierto en el pecho se tensó y se calentó. Las rosas le daban vida con la misma fuerza que el corazón, y la forma en que sangraba la estaba matando. Miel agarró la otra mano de Sam y la sangre de la palma de ella manchó la de él. Se aferró con tanta fuerza que le temblaron los dedos. Intentó soltarle la mano.

—Tienes que soltarme, ¿vale?

Miel no aflojó el agarre.

—Por favor, no te vayas —dijo, con la voz seca y exhausta.

Usó toda la fuerza y la voluntad que le quedaban para sostenerle la mano, lo bastante firme como para que Sam sintiera su pulso lento en la palma. Lo bastante fuerte como para que perdiera la sensibilidad en las yemas de los dedos.

—No te voy a dejar —dijo.

Le temblaron las pestañas y dejó de reconocerlo. Tenía la piel húmeda y febril. Estaba demasiado lejos para oírlo, pero lo bastante cerca para aferrarse a su mano con tanta fuerza que le era imposible retirar los dedos sin hacerle daño. Necesitaba las dos manos para ayudarla, pero Miel se aferraba con tanto empeño que sentía que le drenaba la sangre. Empleaba la poca fuerza que tenía, la energía que le quedaba a su corazón y su respiración, para mantenerlo agarrado. Si esperaba a que se debilitara lo suficiente como para que lo soltase, la perdería.

La estaba perdiendo, a la chica que había construido con él cada noche un mundo más suave y hermoso que aquel en el que se despertaba por las mañanas. Miel era las flores silvestres y el azúcar oscuro que daban testimonio de lo que podía ser el mundo. Era las estrellas pálidas sobre su piel morena.

Era todo el cielo.

Esa era la parte más cruel de perder a alguien. Al perderse, se convertían en personas diferentes, incluso más que cuando seguían vivas. Para Aracely, sería la hermana perdida que solo había empezado a comprender que la mujer con la que vivía estaba hecha de un niño llamado Leandro, de cien mil mariposas amarillas y del deseo vivo y salvaje de ser como era en realidad.

Para Sam, era la chica que les daba a sus lunas un lugar donde ir. Era el ámbar oscuro de la miel de haya, el caramelo del oxidendro y el regusto amargo del brezo y el pino. Era todos los tonos de azul entre dos noches.

Y se le escapaba de las manos, porque no quería soltarlo.

Lago de la Perseverancia

El mundo se oscurecía y se iluminaba. El viento recogía el hilo del llanto de su madre, débil y apagado.

Solo el ritmo descendente del pulso en la herida hacía que estuviera segura de que seguía viva.

Las manos de Sam la sacaron de los bosques, de vuelta a una noche en la que le había dejado una luna rosa en el haya frente a su ventana. Se dejó arrastrar lejos de la sensación de la sangre en la muñeca hacia aquella primera ráfaga de luz que le había hecho preguntarse si era primavera. Le había traído una repentina sensación de estar en un mes diferente. Pensar que faltaban meses para el invierno hasta darse cuenta de que era octubre.

Aquella luz pálida y rosada había hecho que esperase encontrar todos los árboles en flor al mirar por la ventana. Un millón de pétalos ruborizados recortados en un cielo de medianoche. El descenso de la primavera sobre el otoño en forma de incontables flores rosas. Aquel rubor en todo el mundo había convertido su siguiente respiración en algo a medio camino entre un jadeo y una risa. Casi lo sentía en la boca de nuevo, casi reía así otra vez, pero la sal en el fondo de la garganta la ahogaba.

Se hundió en el recuerdo de que los árboles del exterior no estaban en flor, sino cubiertos de ámbar y dorado, pero teñidos por esa luz rosa. En lugar de decepcionarse, se había sentido arropada por el sonido de su nombre. Sam. Samir. Luna. Todos los nombres por los que lo conocía. Una sola de sus lunas era capaz de hacer que el mundo cambiara de estación.

Miel abrió los ojos todo lo que pudo, aunque las pestañas le oscurecían la visión. Deslizó los dedos entre los de Sam.

Sintió los latidos de su corazón. Lo oyó decir su nombre una y otra vez, mientras los dos se rompían la una contra el otro.

Los ojos le escocían, pero seguían secos. Solo le quedaba la voluntad de aferrarse a su mano, de no perderlo. El agua se había

llevado a Leandro. Casi se había llevado a Sam. No iba a soltarlo. Dejó que toda la fuerza de su cuerpo se vertiera hacia su mano como si fuera arena. La noche no se convertiría en agua, no le arrebataría su mano. Por mucho que la oscuridad se convirtiera en río y el viento en corriente, por mucha sangre que los pálidos dedos de Ivy le hubieran arrebatado, Miel no soltaría a Sam.

Por encima del ritmo lento y tenaz de su propio pulso en las sienes, lo oyó sollozar en su pelo. Un sonido tan débil que desapareció. Lo contenía con ahínco en la garganta, como si quisiera quedarse callado. Respiraba lo bastante alto como para que Miel sintiera cómo temblaba con cada latido del corazón.

Quiso ponerle la mano en la mejilla para recoger las gotas en su cara antes de que la sal le llegara a los labios o al cuello. No había razón para llorar, ni para tener miedo. No iba a soltarlo, no iba a perderlo. Si sus labios hubieran emitido algún sonido, se lo habría dicho.

Un mechón del pelo de Sam le rozó la mejilla, como un látigo de aire fresco, pero tenía la piel tan caliente que apenas lo sintió. La sostenía tan cerca que sus pestañas le acariciaban la mejilla. Miel quería aferrarse a esas sensaciones, no perderlas como amuletos de plata que se deslizan entre los dedos y caen al agua oscura.

Sintió el roce de algo pequeño y ralo en la mejilla. Creyó que eran las pestañas u otro un mechón de pelo de Sam, pero entonces volvió a sentirlo.

La fría película de los pétalos.

Levantó la vista para mirarlo.

En lugar de la sal de las lágrimas, pequeños pétalos de rosa, rojos como la sangre que ella perdía, se pegaban a las mejillas de Sam. Uno se le había enganchado en el lagrimal del ojo. Otro se le había pegado al labio inferior y un tercero, a la sien.

Parpadeó y otro le cayó de las pestañas.

Notó un leve movimiento dentro del antebrazo. Sintió que un nuevo brote se abría paso hacia la luz. Contuvo un jadeo en los pulmones y miró el brote verde, cubierto de hojitas nuevas.

Empezaba a enroscarse y adquirir el aspecto amaderado de un tallo de rosa. Luego se desenrolló y se volvió verde y flexible, como una enredadera de campanillas.

Una espina se enganchó en la camisa de Sam y tiró de ella hasta zafarse de la tela que le había atado alrededor del brazo. Luego se desplegó, le alcanzó la muñeca desnuda y se apretó contra ella. El chico se estremeció, pero luego se relajó; durante ese segundo, Miel

creyó sentir lo mismo que Sam, el dolor limpio y repentino como una aguja.

Entonces, sintió un tirón, un cambio en las venas.

El tallo se iluminó en rojo; las hojas y las espinas se tiñeron de oro como una polilla al sol.

Le extraía la sangre. Sentía cómo goteaba dentro de ella.

Intentó apartarse, dejar de quitarle nada, cuando ya le había dado tanto.

Sin embargo, entonces fue Sam quien se aferró a ella con dedos seguros. Antes tenía la mano tensa y se había resistido a la suya. Ahora la sostenía.

El resplandor viajó de su muñeca hasta la de Miel, como si el tallo extrajera luz de su cuerpo en vez de sangre.

Sam acercó las muñecas de ambos y entregó con gusto su sangre al tallo iluminado. Miel no quería quitársela, no quería despojarlo de algo que pertenecía a su cuerpo. Pero él se aferraba a ella con más fuerza que con la que ella se había aferrado a él. No la dejaría separarse más de lo que Miel había estado dispuesta a soltarle la mano.

Los pocos pétalos que colgaban de las mejillas de Sam le llovieron en el cuello y la clavícula a Miel. El tallo se alejó de la muñeca del chico y retrocedió hacia la suya hasta meterse bajo la tela de la camisa que le rodeaba el antebrazo. Entonces, su cuerpo comenzó a sentirse de nuevo como un ser vivo; su corazón ya no se estremecía.

El mundo volvió a ella a tiempo de oír a las hermanas Bonner; sus voces se enredaban en el aire como las hebras de una trenza.

Mar Oriental

Darle su sangre le había dejado la muñeca dolorida, pero era un dolor bueno. El mismo que sentía en el cuerpo después de haber pasado una tarde arrastrando las calabazas de Cenicienta y de campo más grandes. El tallo había regresado a la muñeca de Miel y el corte de la espina en la piel de Sam estaba limpio; ya empezaba a curarse.

Sintió que la chica se movía.

—¿Me ayudas a levantarme? —preguntó.

Si no hubiera estado empapada en su propia sangre y no hubiera tenido la camisa tan roja, Sam se habría reído. No podía levantarse sola. El rubor le había vuelto a las mejillas y a los labios, pero todavía temblaba suficiente como para que estuviera dispuesto a llevarla en brazos si era necesario.

Ya se había apoyado en él e intentaba ponerse en pie. La sostuvo, se levantó con ella y la sujetó con un brazo alrededor de la cintura.

—Tienes que irte —dijo Miel, pero sin mirarlo. Observaba un punto entre los árboles, un espacio oscuro entre los dedos de las hojas amarillas.

No fue hasta que el viento se calmó que escuchó por qué.

Las voces de las Bonner, la mezcla de tonos altos y bajos, su cadencia compartida. Solo que en lugar de ser despreocupadas y risueñas, sonaban tensas y apremiantes. Se mandaban callar unas a otras.

—¿Han sido ellas? —preguntó Sam.

Todas las veces que había cubierto a Peyton, todas las que había intentado recordarle a Lian que no era tan lenta como todo el mundo pensaba y las horas que había trabajado para el señor Bonner se le clavaron como las espinas del peral de Callery de su madre. No como las cortas y limpias de las rosas de Miel. Las del peral eran dagas en miniatura, ásperas y largas como puños.

Sintió el calor de la palma de Miel en la clavícula. La sangre le había manchado la camiseta y la mano dejó una leve huella en el rojo.

Lo miraba.

—Tienes que irte.

—Miel —dijo; estaban lo bastante cerca para ver cómo las pupilas se le dilataban y contraían—. ¿Son ellas las que te han hecho esto?

—Vete —dijo—. Tienes que irte.

—Tú también.

—No me voy a echar atrás —dijo y miró hacia los árboles. El miedo se impuso en su voz—. No voy a retroceder ante ellas. Ya no.

—Pues no te voy a dejar sola.

—Mierda, Sam.

Se separó de él.

El movimiento repentino debió de hacerle daño. Se apretó la muñeca y se frotó el dorso del antebrazo con la otra mano. Trastabilló y Sam le puso una mano en la espalda.

Tenía los ojos llenos de lágrimas que estaban a un parpadeo de derramarse. Se lo quedó mirando con la boca entreabierta.

La forma en que le temblaban las pestañas y los labios iba más allá del dolor. Parecía lástima. La boca fruncida, la ligera inclinación de cabeza, la mueca de una causa perdida. Como si Sam fuera un niño que intentaba devolver la vida a un pájaro que se había caído del nido.

—Saben lo tuyo —dijo Miel.

Cada palabra fue como otra espina del peral. Las puntas no le llegaron hasta lo más hondo del cuerpo, como lo había hecho la idea de que las hermanas Bonner le hicieran daño a ella, pero lo pincharon y le dejaron arañazos.

—¿Qué? —preguntó.

—Han visto tu certificado de nacimiento. Tienen una copia.

Las espinas le desgarraron la ropa y se la arrancaron del cuerpo.

—Podrían delatarte ante todo el mundo —dijo Miel. Avanzó a trompicones para alejarse de su mano. La película de agua se derramó y le rodó por las mejillas.

No se le quitaba la sensación de que la camisa, el binder y los vaqueros se le hacían pedazos. Se desprendían de él y lo dejaban desnudo ante la noche y los árboles.

Sin embargo, era su cuerpo. Solo él podía ponerle nombre. Estaba bajo un techo de oro y oscuridad con una chica que aprendería a llamarlo como él decidiera llamarse.

Nunca se desprendería de Samira, la chica que su madre había imaginado cuando nació. Lo seguiría, como una sombra que creería ver de reojo al preparar *roti* en la cocina con su madre. Vería su

silueta cruzando el bosque, con una falda que le quedaría bien, pero que él nunca se había sentido capaz de llevar. Tal vez un día distinguiría su forma y sus manos oscuras colocando una calabaza hueca en el agua mientras una vela iluminaba las formas talladas.

Aun así, eso es todo lo que sería, una sombra, un eco de lo que una vez fue y pensó que volvería a ser. Ya no sería alguien en quien debía convertirse, sino una especie de hermana que vivía en los rincones que él no sabía cartografiar, una hermana que mantenía un ligero pero constante agarre tanto de su mano como de la de su abuela.

Nadie podía obligarlo a ser Samira. Ni él mismo. Ni las hermanas Bonner. Ni las firmas de un papel.

La chica que necesitaba no se escondía a la espera dentro de él. Estaba a su lado. Siempre lo había estado, la chica de flores silvestres y gramíneas, la chica para la que había pintado mil mares lunares, cien encarnaciones de Mare Nectaris y Sinus Iridum.

Atrajo a Miel hacia sí; su antebrazo era lo único que los separaba.

—No me importa lo que tengan —dijo.

—Sam.

Se aferró a ella y la mantuvo cerca.

—Si vas a hacerlo, lo haremos juntos.

—Sam. —Su nombre se rompió en pedazos en su lengua.

—Samir. —Le puso la mano en la cara y le rozó la mejilla húmeda con el pulgar.

Miel apretó los labios y parpadeó para liberar la lágrima que tenía atrapada en la comisura del ojo.

Sam la recogió con la yema del pulgar y ella cerró los párpados.

—Puedes llamarme como quieras, pero me llamo Samir.

Las hojas aplastadas anunciaron la llegada de las Bonner. Salieron de entre las hojas amarillas; los tonos de sus cabellos representaban todos los diferentes colores de una flor de fuego. Llevaban jerséis de colores vivos como los paneles de vidrieras. Verde oscuro y púrpura. Azul y rojo. Sus ojos, dos pares marrones, los otros verdes y grises, se dirigieron a Sam y Miel, a sus cuerpos abrazados.

Sam apretó con la mano la nuca de Miel, pero no apartó la mirada de las cuatro. Miró a todos los ojos que pudo a la vez. Primero a Peyton y Lian, luego se desvió hacia Ivy y Chloe.

Enderezó la espalda y trató de aparentar la altura de su madre. El dolor del brazo era como un amuleto, una moneda que Miel le había deslizado en la mano. Un recordatorio.

—Soy un chico —dijo, porque el resto no importaba.

Sintió que Miel lo observaba. Entre susurros, le preguntó qué hacía

y su aliento le calentó el cuello.

Las mentiras y los rumores que tal vez le llegarían al día siguiente, en ese momento no importaban. La verdad era lo único importante, nueva y reluciente. Desprendía luz y brillaba como la luna que había dejado en el suelo.

—Soy un chico y siempre lo he sido.

Las Bonner parpadearon y se mantuvieron en fila, una hilera de cabellos y jerséis vivos.

Entonces, algo se quebró, como una placa de hielo que cede bajo demasiado peso.

Sam, Miel y las cuatro hermanas volvieron los rostros en busca del origen del ruido.

Una grieta, gruesa y profunda como una línea de pintura, atravesaba el cristal del ataúd.

Bahía del Arcoíris

Los seis observaron cómo la grieta se arrastraba por el verde y el violeta.

Samir. Se había llamado a sí mismo Samir. Había mirado a las hermanas Bonner a la cara, sus rostros que parecían diferentes cristales en la misma hoja de vidrio tintado, les había dicho que sabía lo que habían descubierto, y que no le importaba.

De una en una, las Bonner dejaron de mirar la vidriera agrietada para volverse hacia Sam y Miel. El marrón, el verde y el gris se arremolinaron hasta posarse en ellos.

Sus miradas pesaban como una capa de nieve. Se sentían aún más frías en contraste con la calidez del cuerpo de Sam, su falta de vacilación cuando Miel dejó caer el antebrazo de entre los dos y el chico dejó que le tocara el pecho. No se apartó ni giró el hombro para que no lo sintiera, para que no recordara lo que tenía bajo la camisa que lo ataba.

Pensó en Aracely, que había salido empapada del agua y siendo una extraña en su propio cuerpo. Había salido a la superficie como alguien mayor que cuando había entrado, mientras que el agua había mantenido a Miel en la misma edad. Por aquel entonces, el corazón de Miel cargaba con la pena de una niña, pero el de Aracely llevaba la tristeza de la mujer en la que se convertiría.

La tristeza había mantenido a Miel estática, pero había envejecido a Aracely. Esa misma pena le impedía moverse entonces.

Su madre no la había odiado. Lo sabía. Había temido por ella. La había querido y la había visto como a una hija que iba a perder entre pétalos y espinas. Había sido una madre joven, poco mayor que Aracely, asustada y desesperada por proteger a los hijos que había engendrado.

¿Qué madre se resistiría a cien historias de rosas que robaban las almas de hijos e hijas? ¿Qué madre se resistiría a la insistencia de su marido en que su hija estaba enferma y debía curarse? ¿Qué madre no

desearía encontrar una forma más benévola de lograrlo que con el aguijón del metal caliente?

¿Qué mujer habría sido capaz de ignorar las advertencias de las *señoras* y los sacerdotes que decían saber cómo salvar a su hija? ¿Cómo no iba a llevarla al río cuando le habían prometido que la corriente la libraría de la maldición?

No estaba en su mano decidir si Ivy, las otras Bonner o cualquier persona decía mentiras.

No obstante, sí tenía el poder de decir la verdad.

Miró a Ivy a los ojos.

—Mi madre me quería —dijo. Tal vez su padre también. Quizás todo lo que había hecho, las vendas tan apretadas que le entumecían los dedos y el extremo del cuchillo de mantequilla en la llama del gas, habían sido la forma que había adoptado su amor. Tal vez el miedo lo había retorcido hasta hacerlo jirones.

Fuera como fuera, había una cosa que sí recordaba y podía decirla en voz alta.

No estaba segura a causa de la tenue luz, el brillo de la luna del cielo y la que Sam había traído consigo, pero le pareció que los ojos de Ivy estaban húmedos como la plata.

—Mi madre me quería —repitió, y dejó que cada palabra cayera por su propio peso.

Sintió que el cielo se las llevaba y que las cantaba de vuelta, como un trueno que resuena entre las nubes. Eran el grito del viento.

Era el sonido de otra grieta que serpenteaba por la tapa del ataúd de cristal. La débil luz de las estrellas y la hoz de la luna se reflejaban en el cristal y mostraban cómo la grieta lo había rasgado por la mitad.

Una llama titiló en los ojos de Peyton.

Retrocedió un paso respecto a sus hermanas, mientras las miraba a ellas y luego al ataúd.

—Me gustan más las chicas que los chicos —dijo, y un nuevo conjunto de grietas atravesó las vidrieras, con tantas ramificaciones como una rama desnuda en invierno.

El resto se encogió y retrocedió.

Lian se irguió y pareció casi tan alta como Chloe.

Sus iris adquirieron un color más brillante, como el verde de las hojas de primavera que se calienta y se aclara hasta recordar a las manzanas ácidas.

—Entiendo más de lo que todos creen —dijo y otro conjunto de grietas recorrió el cristal.

Eran las verdades que tenían que decir y Ivy sentía cómo se

arrastraban por sus omóplatos.

Chloe no se movió, pero cuando cogió aliento fue como si un cuchillo cortase el aire. Algunos mechones sueltos suavizaban la trenza de su pelo y la luna hacía que las puntas parecieran casi blancas. Su postura erguida se parecía a la de una bailarina; a Miel no le costaba imaginarla dando vueltas descalza entre las hileras de calabazas.

—Clara —dijo. Aterrizó en cada una de las sílabas y apoyó el peso en las puntas de los pies—. Se llama Clara.

Las palabras estaban impregnadas no solo de desafío, sino también de corrección, como si hubiera intervenido después de escuchar a alguien decir una mentira.

Incluso a través del dolor en la muñeca, Miel sintió una oleada de culpa, compartida con el resto del pueblo.

El bebé tenía nombre. No era «el bebé de Chloe Bonner», como Miel siempre había pensado en ella. No era «el bebé de la Bonner», como la llamaban las malas lenguas.

Tenía nombre. En el centro de todas las miradas y susurros, siempre lo había tenido, el nombre que le había puesto Chloe. Hasta esa noche, Miel no lo había sabido. Peor aún, nunca se lo había preguntado.

Las grietas de las vidrieras se dividieron en otras más pequeñas y blanquearon los paneles.

Sus secretos las estaban matando. Lo sabían. Decirlos les devolvía el poder que las cosas no dichas les habían arrebatado, pero las rompía en pedazos como al cristal.

Miel nunca se había fijado en lo diferente que era el mentón de Chloe con respecto al resto, más afilado. Ni en que los ojos de Lian no solo eran más verdes, sino más oscuros, los más parecidos a los del señor Bonner de las cuatro. Ni en que la nariz de Peyton se parecía mucho a la de su madre.

Entonces, todas miraron a Ivy. Sam la miró.

Ivy, que había llevado el peso de decidir cuando las cuatro se movían y respiraban, como el ser único que eran juntas. Ivy, cuyos secretos estaban tan enterrados que ni siquiera cabalgaban la corriente de los susurros en los pasillos.

Ivy, cuyos labios temblaban por la tensión entre querer hablar y callar.

Miel casi levantó la mano para detenerla.

Lo entendía.

A la mujer con la que había vivido durante años la había conocido

como su hermano Leandro. Ahora era Aracely y con Miel eran dos mitades complementarias. Las chicas del día y de la noche. Aracely tenía el pelo dorado como el atardecer y los ojos del marrón intenso de un campo húmedo y fértil. El pelo de Miel era oscuro como una noche sin estrellas, una noche que se vuelve marrón por las hojas del otoño, y sus ojos reflejaban el oro de dos lunas gemelas bajas. Sin la otra, no había noche ni día para ninguna de las dos.

Sin la otra, ninguna existía.

Sin sus hermanas, Ivy Bonner no existía.

Ivy no solo había querido las rosas de Miel y había convencido a sus hermanas de que las necesitaban porque creía que les garantizarían el amor de cualquier chico, de cualquier corazón que fallaran en conseguir. No solo las quería porque, si conquistaban a cualquier chico que desearan, seguirían siendo las Bonner. No solo había querido que fueran las Bonner para que todo volviera a ser como antes de que Chloe las dejara.

Las había querido porque, si no seguían siendo las Bonner, Ivy no existía.

Si no vivía como parte de la vida que se extendía entre las cuatro, no existía.

Su madre y su padre, tensos por el miedo a sus propias hijas y la preocupación por ellas, ya habían enviado a Chloe lejos. Desde entonces, Ivy siempre se preocuparía de que las cuatro se separaran y se convirtieran en una fracción de vida en cada uno de sus cuerpos solitarios.

El resto tenía secretos. Por mucho que cada una existiera como una Bonner de cuatro, Chloe, Lian y Peyton tenían suficiente vida y aliento fuera de la casa azul oscuro como para tener sus propios secretos.

Sin embargo, ellas eran lo único que tenía Ivy.

Vaciló, apretó los labios y luego los separó de nuevo.

—No tengo nada que sea mío.

Las bisagras y las juntas de latón protestaron y el cristal se hizo añicos. Las estrellas lechosas y el cielo azul verdoso estallaron. Las curvas de los planetas rojos y violetas se rompieron en pedazos. Los grupos de estrellas explotaron y el azul giró sobre sí mismo como las curvas de una concha nautilus. Los paneles se quebraron como el hielo y se pulverizaron en trozos suficientes para llenar todo un cielo de constelaciones.

Miel y Sam se cubrieron los ojos mutuamente mientras los pedazos se desprendían. Las Bonner se abrazaron y se protegieron unas a otras de los cristales que les acuchillaban la piel, hasta que sus cabellos se

convirtieron en una masa de color castaño, cobre y óxido. El aire se volvió frío y cristalino. Al viento le crecieron dientes y uñas.

Sam se aferró más a Miel, los dos con las manos en el pelo del otro.

El eco del cristal al romperse se desvaneció y les dejó respirar. El aroma de todas las rosas que Miel había cultivado la encontró. Pino de invierno, flores silvestres, canela y limones Meyer. El choque de estaciones era tan agudo que, al respirar, le recorrió los pulmones de arriba abajo. Todos se volvieron a mirar los cristales rotos. Sam y Miel giraron el rostro hacia allí. Las Bonner se liberaron del abrazo.

Los trozos de cristal que se desprendían del marco no caían al suelo, sino que se elevaban hacia el cielo. Los diminutos fragmentos brillaban y resplandecían mientras ascendían en el aire y la noche los arrastraba. Los chorros de azul y violeta intenso se mezclaban con cintas de rojo y verde, como los rayos de sol en la superficie de un río. Cada trocito parpadeaba con la luz de la luna y reflejaba el dorado de los abedules y los nogales.

Entonces, el marco de latón rosa quedó desnudo como un bosque en enero. Ya no encerrarían a Miel allí. Ya no se encarcelarían entre sí para asegurarse de que todas fueran pulcras e iguales como la caligrafía de Chloe.

Todos habían renunciado a sus verdades, aquello que guardaban con más celo que sus secretos. Las palabras que habían pronunciado se dirigían al cielo entre los cristales. Nada era suyo para contarlo, a menos que les perteneciera.

Las hermanas Bonner no se marcharon juntas, sino que se alejaron de una en una. Primero Chloe, luego Lian, con una mirada por encima del hombro. Después Peyton, que dudó e inclinó la cabeza antes de darse la vuelta y comenzar a andar.

Los ojos de Ivy estaban húmedos y tallados en piedra. Su rostro expresaba las palabras que Miel sabía que nunca escucharía. «Lo siento. No debería haber tomado lo que no era mío». Desvió la mirada a la muñeca de Miel, como si quisiera saber si seguía sangrando.

Estaban tan poco acostumbradas a disculparse que no sabían cómo tejer las cosas no dichas con palabras.

Las hermanas Bonner no se quedaron agrupadas. En cambio, al salir del bosque, se convirtieron en pájaros de alas rojas entre los árboles amarillos.

Sin embargo, se mantuvieron lo bastante cerca como para oírse. Cuatro hermanas, en lugar de un solo organismo en cuatro cuerpos bonitos y desdibujados. Para llegar a ser ellas mismas, para ser hermanas entre sí y de sí mismas, habían tenido que dejar de ser las

Bonner, *las gringas bonitas*. Un ser que se movía y respiraba como uno solo, que robaba chicos, gatos, rosas y todo lo que quería.

Miel le dio la espalda al ataúd de cristal, con el antebrazo caliente y dolorido, pero en calma.

Sam la detuvo con una mano en la espalda. Miel se miró la clavícula.

Una ola de cobre le caía por los hombros. Su pelo se había vuelto del color de las hojas de roble escarlata, del mismo rojo intenso que el de Ivy. Parecía una cortina de otoño.

Entornó los ojos en dirección a los árboles y distinguió la parte de atrás de un cabello oscuro.

Ivy miró por encima del hombro, el cobre que antes la marcaba se había vuelto oscuro como los ojos de Aracely. El marrón, casi negro, hacía que su rostro pareciera tan pálido como una calabaza de crema. Miel casi distinguía los dos puntos que eran sus ojos, más azules y más grises. Pero Ivy estaba demasiado lejos para estar segura y una lluvia de hojas amarillas cayó entre las dos.

Miel pellizcó un mechón de su propio pelo entre los dedos. Tal vez había sido por las horas atrapada en aquella vidriera donde se encerraban unas a otras. O el momento en que se había dado cuenta de que estaba igual de entrelazada con Aracely que Ivy con sus hermanas. Sea como fuere, las Bonner le habían dejado un poco de lo que eran.

Sin embargo, no era ahí donde miraban los ojos de Sam.

Levantó la barbilla y siguió la dirección de su mirada.

A lo lejos, sobre la granja de los Bonner, el brillo de los cristales rotos se elevaba por encima de los árboles. Miel y Sam lo observaron ascender a la deriva por el cielo.

Las calabazas de cristal y todos los tonos rojos, violetas, verdes y azules se habían hecho añicos como el ataúd. Los fragmentos flotaban hacia arriba, como si el cielo reclamase la nieve de vuelta. Tachonaban las estrellas con su luz enjoyada. Un profundo otoño de constelaciones de cristal, como el verano de la llegada de Aracely entre aquellas cien mil alas doradas.

Todos los pedazos rotos se convirtieron en cien mil estrellas desconocidas.

Bahía del Amor

Hubo rumores sobre todo lo que había pasado. Cómo los cristales se elevaron hacia el cielo como estrellas recién recortadas. Cómo el pelo de Ivy se había oscurecido hasta ser casi negro y el de Miel se había vuelto de un rojo tan intenso que, cuando tenía la piel más clara en invierno, a distancia casi se la confundía con una de las Bonner.

Cómo Chloe se había marchado y nadie sabía si iba a quedarse para siempre con su tía para que ambas cuidaran del bebé, o si iba a traerse a su hija, Clara, de vuelta. Se habló de si el resto de las hermanas volverían o no al instituto.

Poco después de esa noche, Ivy le envió a Miel un mechón de su propio cabello, junto con las rosas que le había quitado prensadas. La naranja, un poco bronceada en los bordes. La de color púrpura intenso que le habían cortado en la oscuridad. La amarilla, manchada de su propio rojo y de los restos de vino seco de la sangre de Miel.

Se había estremecido un poco al abrir el sobre, al ver las flores entre el papel encerado y el mechón de pelo que se parecía tanto al suyo que tardó un minuto en recordar que el suyo ahora era rojo.

Era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir. Era la forma de Ivy de reconocer que sus hermanas y ella habían pasado demasiado tiempo extrayendo vida del acto de tomar lo que no les pertenecía.

Esa fue la parte que se abrió paso en los rumores del pueblo. Aquellas rosas prensadas y aquel mechón de pelo se entretejieron en las historias que se contaban.

Sin embargo, hubo algo antes de lo que nunca se habló.

La noche siguiente a que el cielo se llevara todos los cristales de colores, Miel le pidió a Sam una luna que no le importara no volver a ver. El chico entendió a qué se refería y le entregó una luna de un gris tan claro que parecía plateada. Como la luna de los atlas de la biblioteca.

Miel y Aracely la sacaron al exterior, la levantaron y esperaron a que el cielo la aceptara.

Su madre tendría una luz para ver, sin importar si la luna del cielo era una hoz o una moneda brillante. Podría dejar su corazón roto con ellas. Si lo dejaba marchar, si lo dejaba caer a la tierra como una estrella fugaz, su espíritu se volvería ligero y podría volar a lugares hermosos que ni siquiera conocían los cuentos.

El viento llegó y se llevó la luna; el aire la infló como una vela. Se alejó, pálida y translúcida como una rodaja de jícama. Cuando los árboles se movieron, las hojas la cubrieron y la luz brilló como una estrella.

Miel no oyó la voz de su madre en el viento. Aracely tampoco. Más tarde, la mujer le dijo que eso era una buena señal. Le dijo que significaba que, al igual que los cristales, que ella también había visto la noche anterior moteando la oscuridad, su madre se había liberado del mundo. Ya no estaba atada por la gravedad ni por la preocupación por sus hijas; el agua ya no la atraía.

Miel y Aracely observaron la luna hasta que la luz se volvió pequeña y tenue como una luciérnaga mientras la hierba cortada les rozaba los pies descalzos.

Entonces, quedaron solo las dos en aquel trozo del patio, dos hermanas que levantaban las manos hacia el cielo.

Mar del Néctar

Durante mucho tiempo, hablar de Samira y reconocer su existencia como la de alguien que ya no vivía en él le había parecido tan peligroso como deslizar los dedos por un borde afilado. Como cuando Miel comía un pegote de su nombre de un cuchillo. Una reliquia familiar que su madre nunca dejaba a la vista, temerosa de que Sam fuera todavía un niño que pudiera cortarse.

Sin embargo, ahora era Samir, y Samira era una amiga casi imaginaria, que lo sería un poco más cuando su madre y él finiquitasen el cambio de nombre. No quería olvidar que existía, pero tampoco vivir dentro de ella.

Era alguien que Sam no podía ser.

Tendría que reflexionar sobre todo lo que había ignorado. Lo mucho que tenía que esforzarse para mantener la voz en el tono que quería, lo bastante baja como para que nadie se hiciera preguntas en persona, pero lo bastante aguda como para que evitase hablar por teléfono siempre que podía. Cómo sangraba cada mes a la vez que Miel, cuando la luna era una brizna de luz tan fina que era casi nueva. Tendría que decidir si esas cosas lo molestaban por sí mismas o porque no quería que nadie descubriera el esfuerzo que le suponían.

Por el momento, sabía que su nombre era Samir y que quería que todos los papeles que atestiguaban quién era lo confirmasen.

Le daba igual que lo llamasen Luna. Le daba igual que lo llamasen Sam. Sin embargo, cuando dijera su nombre, sería Samir, la suma de la sangre que le había dado su madre y el hombre en el que se iba a convertir. Cuando conociera a un extraño y se presentara, lo haría como Samir.

A Miel no tenía que decirle cómo llamarlo. Lo sabía. Lo conocía.

Estaba fuera y lo esperaba en el terreno entre las casas. Sam tenía la mano en el pomo de la puerta de su habitación, pero sus dedos no se movían.

No sabía por qué. Lo único que tenía que hacer era salir al pasillo,

bajar las escaleras y salir a su encuentro. Ni siquiera era la primera vez que se veían ese día. Por la tarde la había llevado a la granja de los Shanholt, donde trabajaba ahora. Le había puesto a Miel en la palma de la mano un cepillo de polinización con el mango de madera y las cerdas pálidas como el trigo, y le había enseñado el ritmo al que había que pasarlas por la antera de una flor de calabaza para luego esparcir el polen en otra. Se había arrodillado a su lado. El dobladillo de la falda, húmedo y con una fina capa de polvo, le había rozado los vaqueros.

Sin embargo, no conseguía salir de ese espacio frente a la puerta de su habitación. Ni siquiera por la chica que recorría el camino de luz que dejaban sus lunas.

Tal vez Sam conociera la superficie de la luna y hubiera memorizado los nombres de los mares lunares, pero Miel había hecho más que eso junto a él. Había aprendido lo que era, pero había dejado espacio para lo que a él todavía le quedaba por aprender. Conocía su forma, todas sus sombras y sus luces, sin decidir que tenía derecho a ponerle nombre.

Retiró la mano hacia su propio cuerpo.

Dejó que sus extremidades actuasen sin pararse a pensar en detenerlas. Le quitaron la chaqueta, la camisa, la camiseta y el binder, hasta que quedó desnudo de cintura para arriba.

Luego le pusieron todas las prendas de nuevo, excepto una. Esta vez, cuando encontró el pomo de la puerta con los dedos, lo giró.

Para cualquier otra persona, cualquiera que no lo mirase de cerca, habría sido el mismo. Un chico en la oscuridad, con una chaqueta encima de la camisa.

Miel sí se dio cuenta. En cuanto lo vio. Se había dejado la chaqueta abierta y la chica distinguió la forma de su pecho a través de la camisa.

Le recorrió el cuerpo con la mirada antes de volver a su cara. Sam se rio. Esperaba que se sorprendiera al verlo salir a la calle sin el binder debajo de la ropa. Delante de cualquier otra persona, siempre lo llevaba, además de una camiseta interior y después otra camisa por encima. Ahora solo llevaba la camisa y la camiseta interior, que lo cubrían, pero le mostraban a Miel más formas de las que nunca le había dejado ver.

Lo que no había esperado era la mirada que le dedicó, con la boca un poco entreabierta.

Le preocupaba que, si alguna chica lo veía, lo miraría como a un insecto disecado. Le preocupaba que, con la ropa puesta, fuera la parte

inferior marrón de una luciérnaga que se confundía con las ramas y la corteza, pero que, desnudo, la realidad de su cuerpo resultara igual de sorprendente que el verde azulado brillante de sus alas interiores.

Pero lo que le decía esa mirada era que Miel estaba interesada, no fascinada.

No lo veía como un espécimen.

Era alguien a quien deseaba.

Podía entregar su cuerpo, tal y como era, a la única chica que entendía que eso no lo era todo. Que la historia que contaban los contornos de su pecho y lo que tenía o dejaba de tener dentro de los vaqueros no era su única historia. El resto de él estaba en lo que elegía ser. Su corte de pelo. Su ropa.

Su nombre.

Miel no miraba alrededor; no estudiaba la oscuridad. No había nadie más en el espacio entre sus casas, iluminado por una cadena de lunas. Lo sabía. No había miedo a que los vieran. Sin embargo, todavía le quedaban dudas en el rostro cuando le miraba la camisa, no avergonzada, sino protectora.

Se preguntó si él la miraba así cuando se le abría una rosa en la muñeca, con la sensación de querer protegerla. Lo habría sentido en ese momento si hubiera habido alguien más cerca, mientras la nueva rosa de Miel le asomaba por el borde de la manga. Los pétalos exteriores, blancos como la luna, contenían un centro oscuro como su pintalabios. La flor a medio abrir desprendía un aroma que recordaba menos al perfume y más al roble y al musgo.

La luz de las lunas que había colgado le iluminaban el pelo y aclaraban el rojo oscuro hasta convertirlo en el de las pomarrosas. La astilla blanca de la luna en el cielo recortaba la silueta de sus manos.

Le había entregado a Ivy Bonner algo que nunca antes había tenido, una parte de ella que fuera suya y que ninguna de sus hermanas pudiera reclamar. El pelo de Ivy parecía negro en contraste con la piel pálida que compartía con sus hermanas, mientras que el suave marrón de Miel hacía que el rojo recordara menos al fuego y más a una naranja sanguina.

Ivy siempre sería una Bonner; Miel y ella siempre compartirían un hilo que las uniría y que Sam solo entendía a medias. Todavía no le había contado todo lo que había pasado.

Aun así, eran cosas para las que sabía que tenía que darle tiempo. Miel le había dado años para que le dijera su nombre.

Le apartó un mechón de pelo de la cara, una cinta del color de la miel de albaricoque.

Lo sorprendió mirándolo.

—¿Te molesta?

Sam se miró el pecho, suelto bajo la camisa y la camiseta interior.

—¿Y a ti?

—Nunca lo ha hecho —dijo—. Pero no tienes que hacerlo. No por mí. No por nadie.

—Lo sé. Aunque tú no eres nadie.

Miel deslizó una mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Un pinchazo le recorrió la espalda y las caderas, pero no se apartó. Le puso la otra mano entre los omóplatos y los pétalos de rosa le rozaron la nuca.

Dejó un poco de espacio entre los dos, lo suficiente para que el calor de su cuerpo no se mezclara con el de ella. Seguía las reglas que nunca habían establecido con palabras, pero que habían mantenido, que había partes de Sam que no quería que le recordaran.

Sin embargo, ahora quería reclamar todo lo que era.

Cuando se vestía para ir a clase, se ponía el binder antes que cualquier otra cosa. No quería que nadie lo mirara y decidiera por él lo que era.

Esa noche, sin embargo, quería sentir todas las partes de su cuerpo y saber que no lo definían. Que no tenían el poder de obligarlo a ajustarse a una vida que nunca había sido suya.

—Si no estás preparado… —dijo Miel.

Le cogió la mano y la puso en el borde de la camisa; dejó que sus dedos agarraran el dobladillo.

—Lo estoy.

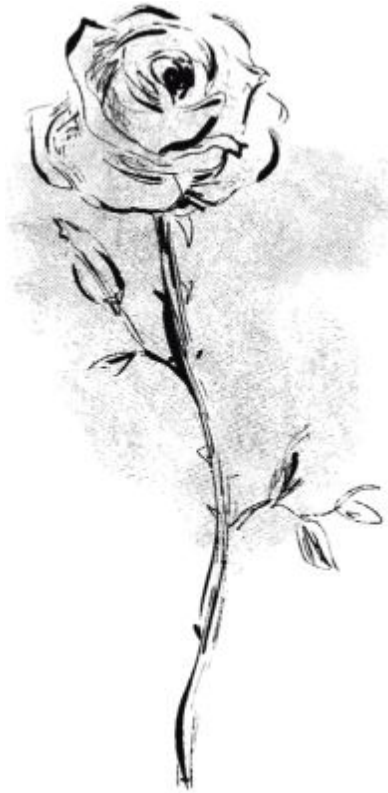
Lago de la Esperanza

Durante mucho tiempo, Miel había temido todo lo que crecía en los campos de calabazas y no había sabido entender el milagro que guardaban las manos de Sam. Con sus pinceles, convertía el papel y la pintura en lunas, y con el cepillo de polinización, convertía la posibilidad de que creciera vida en una certeza. Hacía que las flores que se abrían durante un solo día se transformaran en carne, semillas y colores.

Con el calor de su palma en el dorso de la mano, había aprendido el arte de tomar un destello de posibilidad y ayudarlo a convertirse en lo que aguardaba en su interior.

Aracely le había enseñado que muchas cosas que merecen ser temidas, como el agua y la oscuridad, también traen consigo otras que merecen ser deseadas. El río hacía que los campos del pueblo crecieran y estuvieran vivos. La oscuridad les daba las estrellas y el calor repentino de ciertas noches de otoño.

No obstante, había cosas que solo un chico llamado Samir podía enseñarle, porque las había vivido con ella. Era a lo que se aferraba entonces, mientras se encontraban en la tierra vacía entre sus casas. Ambos se convertirían en lo que aún no imaginaban y seguirían siendo lo que una vez fueron. La chica de la torre de agua, con una rosa que le crecía en la muñeca, y el chico en la escalera de madera, que colgaba la luna cerca para que la encontrasen.



Nota de le autore

No pasó mucho tiempo desde que nos conocimos y nos enamoramos en la adolescencia hasta que empecé a preguntarme si aquel que todavía no era mi marido sería trans. Me lo preguntaba cuando lo veía poner una mueca al verse incluido en los términos «señoritas» o «chicas». Me lo preguntaba cuando captaba su brizna de esperanza al ser llamado «jovencito», y la devastación posterior cuando un análisis más atento de su cuerpo en camiseta y vaqueros provocaba una disculpa, «lo siento, jovencita».

Lo entendía de una manera en la que él mismo todavía no se entendía, y él hacía lo mismo por mí. Conocía mis pesadillas infantiles sobre la llorona, la mítica mujer espíritu que había ahogado a sus hijos y desde entonces se lamentaba por las noches mientras buscaba robar a hijas mestizas de sus padres. No tenía ni idea de que más tarde reimaginaría la leyenda de la llorona en un libro sobre una niña que teme a las calabazas y un niño que pinta lunas. Todo lo que sabía de pequeñe era que el miedo que le tenía era una prueba de que había nacido entre dos mundos. A causa de su incomodidad con el género que le habían asignado al nacer, el que todavía no era mi marido conocía bien ese sentimiento.

Somos lo bastante jóvenes para que todo esto haya ocurrido hace relativamente poco y para haber escuchado la palabra «transgénero» cuando pasábamos de la adolescencia a la veintena. Sin embargo, ningune de les dos se atrevía a decirla todavía. Decirla habría marcado un punto del que mi marido no podría dar marcha atrás.

Fue en ese tiempo cuando descubrí el *bacha posh*, una práctica cultural en algunas partes de Afganistán y Pakistán en la que las familias que tienen hijas, pero no hijos varones, visten a una de las niñas como si fuera un chico. La hija actúa entonces como un hijo para la familia. Cuando llega a la edad adulta, el *bacha posh* vuelve a vivir como una niña, ahora una mujer.

Es comprensible que, a menudo, un *bacha posh* tenga dificultades para adaptarse a su papel de mujer adulta tras años de vivir como un niño. Desde el otro lado del mundo, es fácil fingir que dicha

incomodidad es solo un producto de la cultura en la que vive. Pero ¿qué hija, en cualquier parte del mundo, podría aprender el lenguaje de ser un chico y no sentirse incómoda al retomar el papel de mujer joven?

Ese espacio entre las vidas que se espera que habiten los niños y las niñas se volvió más evidente cuando mi marido salió del armario como hombre trans y cuando comenzó la transición para vivir de una manera que reflejara mejor su identidad de género.

Cuando somos adolescentes, sentimos el peso creciente de las preguntas que nos han rondado la cabeza desde la infancia. Para mi marido, esa pregunta era cómo quería vivir y con qué nombre quería que lo llamaran. Para mí, era si podría verme como algo más que une hije nacide en el espacio entre mundos.

Algo sucedió cuando empezamos a plantearnos esas preguntas, juntes, pero en silencio. El chico con el que me casé se convirtió en el hombre que nunca creyó que podía ser. Yo llegué a comprender que la noche no solo albergaba a la llorona, sino también la luna y todas las estrellas.

Esto es lo que aprendí de enamorarme de un chico trans que tardó años en pronunciar su propio nombre. Esperar con alguien, existir en ese espacio silencioso y confuso a su lado cuando lo necesita, vale todas las palabras que llevamos dentro.

Agradecimientos

Aunque este libro es sin duda una obra de ficción, no me habría sentido segure al escribir una historia que recurre a tantos aspectos de mi identidad si no fuera por todas las personas maravillosas a las que tengo el privilegio de conocer y con las que he trabajado. Siento una inmensa gratitud hacia todas ellas y nombraré aquí a algunas.

Gracias a Taylor Martindale Kean, con quien quise trabajar desde el momento en que nos conocimos, a quien he querido dar las gracias por trabajar conmigo desde entonces y que es una increíble defensora de la diversidad en la literatura. A Stefanie Von Borstel y Adriana Domínguez, por ayudarme con el español, y a todo el equipo de Full Circle Literary, por crear un lugar donde les autores y las historias diversas se sientan a gusto.

A Kat Brzozowski, por su orientación y sabiduría en este libro, así como por su energía, su sentido del humor y su espíritu. A Lisa Pompilio, por otra preciosa portada que ha captado el espíritu de mis dos personajes y su mundo. Al equipo de Thomas Dunne Books/St. Martin's Press: Tom Dunne, Michelle Cashman, Brittani Hilles, Marie Estrada, Karen Masnica, Brant Janeway, Lisa Davis y Romanie Rout; a Talia Sherer, Anne Speith y Peter Janssen de Macmillan Library; y a todas las personas que han transformado esta historia en un libro.

A las escritoras que me ofrecieron sus puntos de vista. A Mackenzi Lee, por la franqueza y la camaradería desde cinco mil kilómetros de distancia. A Kelly Loy Gilbert, por sus valiosas reflexiones, independientemente de la fase en que se encontrase el manuscrito. A Aisha Saeed, por ayudar a que la base de esta historia fuera más auténtica y su magia más accesible. A Shveta Thakrar, por sus consejos para que la herencia de mis personajes brillase y por ser una hermana en los cuentos.

A Robin Talley, que a través de sus libros y su amistad me ha vuelto más valiente y un poco menos temerose a la hora de escribir personajes queer.

A Nadia Hashimi y Jenny Nordberg, cuyo trabajo me introdujo en el contexto cultural y social del *bacha posh*.

A mi madre, que me enseñó a ser une romántique empedernide. A mi padre, por educarme en la creencia de que no había nada que no pudiera hacer a causa de mi género. A mi familia, por hacerme sentir orgullose de la gente y los lugares de los que procedo.

A mi marido, por su bondad y su paciencia en todo, especialmente, con todas mis preguntas sobre su vida como chico trans.

A quienes me leen, por hacer que los libros cobren vida propia.

Posfacio

por Almudena Martínez

Se piensa muchas veces que los cuentos de hadas, las fábulas y las leyendas son algo muerto. Historias antiguas, mil veces contadas, transformadas y olvidadas que tan solo merece la pena recordar en algunas ocasiones, como esas noches en las que un niño aburrido es incapaz de conciliar el sueño.

Aún así, estas viejas leyendas siguen muy presentes en nuestras vidas; a veces, estas historias sobreviven como cuentos, costumbres o supersticiones; otras, se transforman y dan lugar a la creación de nuevas fábulas en las que nacen nuevas narrativas y formas de representación.

Cuando la luna era nuestra es una buena muestra de ello. Con esta novela Anna-Marie McLemore quiso crear un cuento de hadas *queer* protagonizado por personas de color. Una fábula con un folclore propio con el que dar voz a toda una comunidad y mostrar que, sea cual sea el camino que tomes, siempre habrá un espacio para ti y para tu historia.

Para ello, tomó prestada la leyenda de la llorona, ese alma en pena que vaga por ríos y lagos, arrepentida, tras haber ahogado a sus hijos. Este mito perteneciente al folclore latinoamericano y con una presencia muy importante en México, lo encarnarán en la novela Miel y su familia, a través de los que conoceremos un relato lleno de dificultades pero con un desenlace esperanzador, muy alejado de la leyenda original.

En aquella, la culpabilidad persigue a la madre por el pecado cometido, y ese pecado, relacionado una vez más con la religión católica, es algo que está presente en *Cuando la luna era nuestra*. Los sacerdotes y *las señoras* tratan de exorcizar a Miel de diferentes maneras, incluso su padre, un famoso curandero, intenta eliminar ese pecado que ha heredado de su familia de la manera más cruel. Aún mucho después, en el pueblo, su nuevo hogar, la niña vuelve a encontrarse con el rechazo de los vecinos, que perciben las rosas que nacen de Miel como una muestra más de culpabilidad. Pero en su historia, Anna-Marie McLemore ofrece un final distinto a la leyenda, libera a la madre de toda esta culpabilidad con el perdón de sus hijas, las convierte a todas en víctimas y muestra la importancia del amor, la familia y la capacidad de perdón.

Le autore no solo reinventa esta leyenda, sino que crea un mundo propio, tan vívido y personal que parece estar compuesto por multitud de pequeños mitos. Inventa una fábula llenándola de detalles y costumbres en los que interviene esa magia de las pequeñas cosas, de

lo tangible y familiar.

Anna-Marie McLemore tiene muy presente su identidad en todas sus historias. De origen mexicano, creció leyendo novelas enmarcadas dentro del realismo mágico, que terminaron definiendo su estilo narrativo.

El realismo mágico es un movimiento artístico que en Latinoamérica tuvo su auge a nivel literario a mediados del siglo XX. En él, los elementos fantásticos son percibidos con normalidad, integrados en la historia de una manera muy natural. Se aleja del género fantástico porque la realidad prevalece tanto por su contexto sociocultural como por el devenir de las historias y los personajes. De esta manera se interviene en el mundo ya existente, no creando otro nuevo, sino añadiendo nuevas fábulas y leyendas, mitos muy enraizados en el contexto histórico y cultural de la propia historia.

Otra de las características del movimiento, que se aprecia en la obra de McLemore, tiene que ver con la importancia del entorno, la casa o el pueblo, un pequeño microcosmos que genera una atmósfera única como la creada en el Macondo de *Cien años de soledad*, Comala en *Pedro Páramo* y el pueblecito en el que viven Miel y Sam en *Cuando la luna era nuestra*.

También el tiempo suele percibirse de una manera diferente tanto en aquellas historias como en esta, el lector tiene que desentrañar los acontecimientos y los personajes, las palabras buscan generar cierta confusión y sensación onírica, el pasado y el presente se entremezclan de una manera única. Como en los cuentos de Borges, en ocasiones muy ambiguos, aquí tampoco comprendemos qué ocurre con Miel ni el origen de su familia hasta casi el final de la novela, pero su historia se nos va revelando a retazos a través de pequeños recuerdos intercalados durante toda la novela, para que vayamos recogiéndolos y asimilándolos poco a poco.

Quizás el realismo mágico encaja tan bien en el estilo de le autore porque suele llevar implícita la crítica social y prevalencia de esa magia autóctona, muy ligada a las costumbres locales, algo que se plasma en *Cuando la luna era nuestra* a través de la leyenda de la llorona, de la importancia de la gastronomía y de los detalles culturales que salpican la narración.

Para McLemore el realismo mágico no es solo ver lo extraordinario en lo ordinario. Como explicaba en un artículo para el blog *Diversity in Young Adult* hablando precisamente de lo que significaba para elle ser una persona latina y *queer* escribiendo realismo mágico, en la cultura de la opresión descubrir esta magia de las pequeñas cosas dentro de lo

trágico e injusto es una manera de sobrevivir.

Es esa magia la que al final salva a Miel. La maldición de sus rosas, que habían supuesto la fatalidad para su familia, terminan salvándola. Ella, y Sam.

Cuando la luna era nuestra incorpora toda la tradición del realismo mágico, pero trayéndola a una narrativa actual y muy personal, se aleja de los pilares del movimiento como pueden ser las obras de García Márquez, Juan Rulfo, Cortázar o Vargas Llosa en las que el sentimiento trágico, los espectros y las maldiciones pesan sobre los personajes, y se acerca a otra mirada, la de Laura Esquivel, Lorca o Isabel Allende. Se aprecian retazos de *Como agua para chocolate* en Araceli y sus curas del mal de amores, una de las novelas preferidas de le autore y que más le inspiraron. Como en aquel libro, la gastronomía, ese territorio que siempre ha pertenecido a las mujeres y ha sido por ello desechado en todas *las grandes novelas*, tiene aquí una importancia vital.

Los pequeños platos que preparan y comen los personajes sirven para acercarnos más a su cultura, la pakistaní de Sam y la latina de Miel. También a través de la comida solventan sus dificultades de comunicación y encuentran una manera de hablar y entenderse.

Le autore siempre ha incluido su propia cultura y tradiciones en sus novelas, tradiciones que marcan a sus personajes como los distintos, los otros. *Cuando la luna era nuestra* está plagada de pequeñas muestras de racismo hacia Sam y Yasmin, su madre, por su origen diferente y pertenecer a otra tierra. De la misma manera, aunque tanto las hermanas Bonner como Miel y Araceli son consideradas brujas por todos los habitantes del pueblo, las Bonner son constantemente exoneradas por tener la piel clara y el cabello entre rubio y rojizo.

En el realismo mágico actual son muchos los autores que tienen estos temas en común con McLemore: sus raíces latinoamericanas, el racismo que han sufrido y las dificultades para integrar su doble nacionalidad. Aunque muy diferentes entre sí, va llegando a las estanterías españolas una nueva corriente de autores como Silvia Moreno-García, Zoraida Córdova, Romina Garber, Isabel Ibañez o Aiden Thomas. Sus historias oscilan en ocasiones hacia la fantasía o el terror, en otras hacia el realismo mágico, pero en todos ellos encontramos esa necesidad de compartir unas historias, las suyas propias, que por fin empiezan a publicarse e interesar a un público amplio. Autores que, a pesar de llevar muchos años escribiendo, comienzan a llegar a los lectores estadounidenses y españoles ahora. Cuando Romina Garber trató de publicar *Lobizona* hace una década, le

dijeron que a los lectores estadounidenses no les interesaban los inmigrantes argentinos. Por suerte eso parece estar cambiando.

Una peculiaridad de esta nueva corriente de autores es que muchos de ellos nacieron en Estados Unidos, o emigraron dejando Latinoamérica siendo muy jóvenes, pero aún así sus raíces latinas, las costumbres y también el idioma están muy presentes en sus obras. Como ocurre con McLemore, todos ellos escriben en inglés, pero incluyen muchas palabras en castellano, introducen elementos de la gastronomía, costumbres, acontecimientos históricos o culturales importantes en su tierra de origen o la de sus padres. Es su manera de reivindicar lo que siempre se ha ocultado y denostado.

Además, esta nueva ola de autores incorpora en sus historias temas sociales relacionados con la inmigración, el bullying, la segregación o el mestizaje y en muchos casos hay una amplia representación LGTBIQ +.

Así como *Cuando la luna era nuestra* señala la discriminación hacia las personas trans, también pone el foco sobre el racismo, algo muy presente en todas las obras de estos autores.

En *La herencia de Orquídea Divina* de Zoraida Córdova (Umbriel, 2021) vemos también una buena representación del realismo mágico actual, en el que aparecen elementos comunes, como la importancia de esa familia de corte matriarcal, la historia en dos tiempos y líneas argumentales, el poder de la tierra y de Cuatro Ríos, el pueblo en el que se ambienta. Pero además en esta novela conocemos el racismo desde diferentes puntos de vista y épocas, en el propio Ecuador o en la vida actual de esos jóvenes nacidos en Estados Unidos que tienen dificultades para encontrar un arraigo real.

Gótico, de Silvia Moreno-García (Minotauro, 2021), una novela mucho más cercana al horror, denuncia también ese racismo lacerante, el desprecio de los colonizadores sobre una tierra, la impunidad ante una situación de esclavitud y asesinato. Como en el realismo mágico más clásico, aquí también encontramos fantasmas, pero de una manera más simbólica. En esta historia resulta interesante cómo la magia está ligada una vez más a la tierra y a la propia casa; además, la autora se basó en un lugar real y en la Historia de México para dar forma a su libro.

Dentro de la literatura juvenil, novelas como *Lobizona*, de Romina Garber (Puck, 2021) juegan con los estereotipos habituales del género marcando la diferencia al mostrar buena parte de la cultura argentina de la autora, y especialmente al dar el punto de vista de una inmigrante ilegal, poniendo el foco en la deportación y los abusos de

poder en Estados Unidos.

Otras novelas como *Los chicos del cementerio* de Aiden Thomas (Kakao books, 2021) o *Magia a la luz de la luna* de Isabel Ibañez (La Galera, 2021) hablan de esta tradición latinoamericana, la primera haciendo hincapié en el tema del género, la segunda en la política.

Todos estos autores están escribiendo sobre la dificultad de tener dos nacionalidades que, en ocasiones, equivale a no tener ninguna, hablan de colonización, explotación y segregación, algo que también abarca McLemore en muchas de sus novelas posteriores, como *Belleza Salvaje* (Destino Argentina, 2018) donde encontraremos una historia tan lírica y fascinante como *Cuando la luna era nuestra*, con muchos puntos en común, como el concepto de familia latinoamericana, el poder matriarcal, las maldiciones y el racismo.

Pero volviendo a nuestra fábula, la de Miel y Sam, la de Araceli, Yasmin y las hermanas Bonner, la nuestra es una historia repleta de belleza, con una narrativa poética y que cuida cada palabra, cada detalle, que recrea olores, texturas y juega con muchos símbolos creando imágenes inolvidables en nuestro recuerdo.

Símbolos como el agua, que siempre moja la falda de Miel, o el ataúd de cristal en el que las hermanas Bonner se esconden, el campo de calabazas, los tonos violeta de la casa de Araceli, las lunas que pinta Sam.

Muchas son metáforas dentro de la propia novela que le dan una simbología única dejando entrever todas las capas que esconde esta historia de amor adolescente. Le autore utiliza la repetición y la belleza de las palabras para generar esa sensación onírica y envolvente que consigue por una parte atrapar al lector y por otra hacer llegar su mensaje de una manera más clara.

Cuando la luna era nuestra juega con verdades que son difíciles de ver. Verdades sobre nosotros mismos que a veces nos cuesta admitir. Y así lo demuestran los últimos pasajes del libro, con todas aquellas cosas que tenemos escondidas y ocultas.

«Soy un chico y siempre lo he sido», dice por fin Sam, dando así el paso con el que lleva vacilando durante toda la novela, sosteniéndose en la tradición *bacha posh*, que su abuela le contaba, imaginando que un día por fin podría transformarse en la joven mujer que todos esperan, como tantas otras antes que él.

En cada página de la novela se aprecia el esfuerzo de McLemore por representar fielmente las dudas y dificultades de las personas transgénero, pero también su valentía y coraje. Sam es un personaje que siempre ha supuesto un apoyo para Miel. Desde el mismo

momento en que se conocen, es el primero en quien Miel confía y se convierte en cierta manera en su pilar. Pero es llamativo que no sea la propia Miel la que da el primer paso para que Sam se abra, sino que es Araceli la que le cuenta su experiencia dándole así el apoyo necesario, la ayuda que Sam estaba pidiendo en silencio, sin saber cómo expresarse. McLemore nos muestra que el amor romántico no puede con todo y son muy necesarios los referentes en los que reconocerse.

Me gusta ver a Araceli como una representación de esta misma historia.

Una voz nítida, que transmite su experiencia con sinceridad y esperanza, ayudando a otras personas como ella misma a enfrentarse a las dificultades en las que se encuentran.

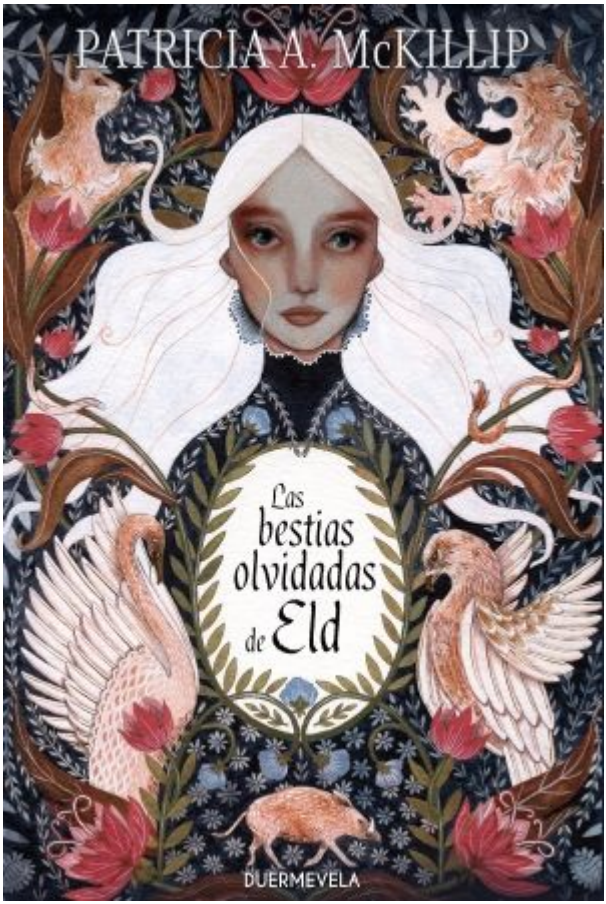
Es importante tener personajes así, historias así.

Es importante que las leyendas y fábulas que hoy se crean reinterpreten el mundo con todos sus habitantes y no solo con unos pocos, que hablen de realidades diversas y personajes que nos hagan comprender y empatizar.

Cuentos de hadas, relatos y ficciones que hablen de otras culturas e identidades de género, de todos aquellos, como decía McLemore, que viven en los márgenes y en los espacios intermedios y que hasta ahora permanecían ocultos.

Almudena Martínez Viña

Editora


PATRICIA A. McKILLIP
Las bestias olvidadas de Eld
DUERMEVELA

Las bestias olvidadas de Eld

McKillip, Patricia A.
9788412319637
276 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sybel es una poderosa hechicera que vive aislada en la montaña de Eld. Su única compañía son las sabias y mágicas bestias que han estado bajo su cuidado desde que su padre falleció.
Los asuntos y vidas humanas, sus guerras, pasiones y sueños, carecen de interés para ella hasta que un día un desconocido con un bebé en brazos irrumpe en su hogar enredándola en los complejos hilos que tejen los hombres.
Perdida su serenidad, se verá forzada a abandonar su refugio y enfrentarse a sus demonios interiores en una lucha por mantenerse libre y fiel a sí misma, transformando para siempre al mismo tiempo el reino de Eldwold tal y como se conocía hasta el momento.

Cómpralo y empieza a leer